

ESCUELA DE ENFERMERAS  
"CARLOS VAN BUREN"



Paleologue, Maurice.



\*12898\*

ALEJANDRO I

DISTRIBUIDORES  
EXCLUSIVOS  
PARA CHILE  
LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1165 - - Casilla 4130.  
Santiago de Chile.

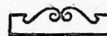
10:10  
COLECCION "HOMBRES E IDEAS"  
FILOSOFIA — POLITICA — BIOGRAFIAS



92 Ac  
P 156  
1937  
c. 1  
MAURICE PALEOLOGUE

# ALEJANDRO I

TRADUCIDO POR  
JULIO MEZA T.



968

EDITORIAL "CULTURA"  
Casilla 4130  
Santiago de Chile  
1937

Am. 12098

Re. 26422  
IT 47286  
CB 00417141

R. ~~1989~~

Printed in  
Santiago of Chili

16.11.72 Desconocido Es 10.-

INDICE

	<u>Págs.</u>
CAPITULO PRIMERO .....	11
CAPITULO SEGUNDO .....	13
CAPITULO TERCERO .....	19
CAPITULO CUARTO.....	27
CAPITULO QUINTO .....	35
CAPITULO SEXTO.....	43
CAPITULO SEPTIMO.....	57
CAPITULO OCTAVO.....	69
CAPITULO NOVENO.....	75
CAPITULO DECIMO.....	97
CAPITULO UNDECIMO.....	119
CAPITULO DUODECIMO.....	135
CAPITULO DECIMOTERCERO.....	147
CAPITULO DECIMOCUARTO .....	167
CAPITULO DECIMOQUINTO .....	181
CAPITULO DECIMOSEXTO.....	193

	<u>Págs.</u>
CAPITULO DECIMOSEPTIMO.. . . . .	209
CAPITULO DECIMOCTAVO.. . . . .	225
CAPITULO DECIMONOVENO.. . . . .	231

*“Los golpes de estado no son crímenes, y todo lo que da gloria es grande... Sabed, señor filósofo, que no hay que tener la conciencia estrecha cuando se gobierna el mundo”.*

FEDERICO EL GRANDE:

Diálogo de los Muertos.

## CAPITULO PRIMERO

Retrato físico del zarevitz Alejandro; nobleza elegante de los modales; seducción de las maneras. Insaciable deseo de agrandar, bajo una afectación de sencillez; sobresale en los papeles representativos: "el Talma del Norte".— Inteligencia rápida y brillante; aptitud para comprenderlo todo; instrucción superficial: "carece de fondo".— Ardor imaginativo; incredulidad religiosa; lagunas y rarezas del sentido moral; enigma del carácter.

---

En los albores del siglo XIX, el zarevitz Alejandro, hijo de Pablo I, nieto de Catalina la Grande, es un hermoso joven de veintitrés años, delgado el talle, corto el busto, azules los ojos, los rasgos finos, la nariz recta, el cabello moreno claro, y, en todo el rostro, una expresión encantadora que se prosigue en la soberana elegancia de los modales.

Sencillo de maneras, algunas veces acentúa un tanto esta sencillez, pues lleva en sí un insaciable deseo de agradar. Constantemente siente clavada en él la mirada sumisa, la mirada implorante de las mujeres; cautiva todos los corazones; es adorado por su joven esposa Isabel, nacida princesa de Baden, una criatura encantadora, tan hermosa como sería y novelesca.

Sin embargo, es tímido: "Siempre me he sentido turbado de aparecer en público". Esta turbación la experimentó hasta el fin de su reinado, pero fué el único en advertirla: pues siempre sobresalió en los papeles representativos. Pues bien, su destino le reserva algunos papeles extraordinarios: su coronación en el Kremlin de Moscú, la escena romántica de Potsdam, en la tumba de Federico el Grande, las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, la guerra liberadora de 1812, las entradas a París, los congresos de Viena, de Aquisgrán y de Verona, etc. . . En ninguna de estas graves circunstancias se emocionará mucho; experimenta una excitación temerosa, una especie de ansiosa embriaguez que lo incomoda y lo enardece a la vez; lo turba y lo inspira. El maravilloso actor que hay en él, justificará siempre el sobrenombre que le diera Napoleón, después de haber sido él también seducido por su encanto: "Es el Talma del Norte".

Su inteligencia es viva y brillante, su ingenio alerta y curioso, su juicio sutil, su palabra agradable y cariñosa, todo al servicio de una

voluntad imaginativa y contradictoria, astuta y tenaz. Pero su instrucción es sólo superficial. Su preceptor, el valdense La Harpe, un pedagogo ridículo, le atiborró la cabeza de nociones abstractas, de ideas humanitarias y filosóficas, dejándolo completamente ignorante de las realidades positivas. Su prontitud para comprender las cosas, o más bien, para adivinarlas, hace creer que las había reflexionado largamente, cuando un momento antes no tenía la menor idea de ellas. Según la cruel expresión de una mujer que lo conoció bien por haberlo amado demasiado, "carece de fondo". Por eso, a pesar de sus felices dotes, a pesar de la nobleza habitual de sus entusiasmos y de sus impulsos, a pesar de los terribles golpes y de los sorprendentes desquites que la fortuna le prepara, no será un gran soberano.

Su educación religiosa es casi nula. Su abuela, Catalina II, la amiga de Diderot y de Voltaire, el ídolo de los enciclopedistas, "Nuestra Señora de San Petersburgo", lo ha hecho educar en una total indiferencia con respecto al cristianismo, pues la religión no tiene otro valor que el de una institución policial. La Harpe le dictó un día esta definición del Salvador: "Un judío, del cual ha sacado su nombre la secta de los cristianos". En su incredulidad, nada revela la menor preocupación por el más allá, nada permite adivinar en él al místico obsesionado que será más tarde.

Por naturaleza, es de corazón muy sensible, y las amistades, los afectos, los amores, ocuparán un gran lugar en su vida. A menudo se advertirá su conmiseración, su mansedumbre para con los pobres, los enfermos, los heridos, los inválidos, los prisioneros; lo que no le impedirá aprobar u ordenar muchas veces espantosos suplicios. Sin duda conoce esta frase de su ilustre abuela Catalina: "Soy buena, soy habitualmente dulce; no me gustan los suplicios ni las ejecuciones de horca; pero, por estado, estoy obligada a querer terriblemente lo que quiero".

Su peor defecto, que explica todo su reinado, es la inestabilidad mental. Imaginativo y nervioso, no se conduce sino impulsivamente. Los cambios de humor, las bruscas alternativas de egoísmo y de generosidad, de entusiasmo y de abatimiento, de alegría y de melancolía, de coraje y de miedo, la franqueza siempre mezclada de reticencias y de subterfugios, el pueril atractivo de los más vanos placeres que intervienen en medio de las más graves ocupaciones, en fin, extrañas lagunas en el sentido moral y complejidades malsanas en los deseos amorosos, todas estas disparidades revelan en él un principio mórbido, una peligrosa herencia. No impunemente es hijo de ese degenerado desconfiado, cruel y grotesco, de ese monstruo "con cabeza de muerto" que era Pablo I.

Napoleón, siempre tan equilibrado, tan consecuente consigo mismo, jamás logrará explicarse las discordancias y las contradicciones de Alejandro. Se lo confesará una vez a Metternich: "No se podría tener más inteligencia que el emperador Alejandro; pero encuentro que en su carácter falta una pieza, y me es imposible descubrir cuál es".

## CAPITULO SEGUNDO

El drama de Pablo I. Sorda hostilidad de Catalina II contra su hijo degenerado, a quien quisiera desheredar; Alejandro aceptaba robar el trono a su padre.— Súbita muerte de Catalina; advenimiento de Pablo.— Cuatro años de extravagancia y de tiranía. Los complots. Primeras proposiciones al zarevitz; el diálogo con el conde Panin en un establecimiento de baños; tácita aquiescencia.— La conjuración se organiza; participación de Alejandro.— La noche del 23 de marzo de 1801, en el Palacio Miguel; tumultuoso salvajismo. Inacción del zarevitz: "Yo dormía". Su abatimiento después del asesinato; valerosa ayuda que encuentra en su joven esposa Isabel Alejeivna.— Responsabilidad de Alejandro en el asesinato de su padre; no se atreve a perseguir a ninguno de los regicidas, y hasta hace de algunos de ellos sus más íntimos amigos. Remordimientos que lo atormentarán durante toda su vida.

En el instante mismo en que llega a ser emperador, se ve sumido en un drama espantoso, cuyo torturante recuerdo conservará hasta su último día.

Su complicidad en el asesinato de su padre no ofrece ninguna duda.

Desde hacía mucho tiempo se había, o mejor dicho, lo habían preparado a él.

Catalina II jamás pudo resignarse a legar su imperio, su glorioso imperio, al energúmeno caricatural y convulsivo que había concebido de Soltikoff, su primer amante; pues parece comprobado que su marido, Pedro III, estrangulado por Ropcha, no había tenido intervención en esto. Lo cual había sido para ella, durante treinta años seguidos, un tormento secreto, un sufrimiento agudo. Las relaciones de la madre y del hijo recordaban, en muchos aspectos, las de Agripina y Nerón; una sorda hostilidad animaba implacablemente al uno contra el otro.

Por eso, en los últimos días de su reinado, la Semíramis del Norte, sintiendo decaer sus fuerzas, había resuelto desheredar a su odioso hijo y transmitir directamente la corona a su nieto Alejandro, a quien adoraba.

El joven, que ya tenía completo discernimiento, puesto que frisaba en los diecinueve años, parece no haber experimentado el menor escrúpulo en ocupar el lugar de su padre en el trono imperial, como se puede juzgar por su laudativa y dócil respuesta a las intenciones que su abuela acababa de notificarle:

"Jamás podré expresar mi reconocimiento por la confianza con que Vuestra Majestad ha querido honrarme y la bondad que se ha dignado tener de hacer con Su mano un escrito que sirve de inteligencia a los demás papeles. . . Nunca podré pagar suficientemente, ni aun con mi propia sangre, todo lo que Ella se ha dignado hacer por mí. Estos papeles confirman evidentemente todas las reflexiones que Vuestra Majestad ha tenido a bien comunicarme, y que, si me es permitido decirlo, no pueden ser más justas. Poniendo una vez más a los pies de Vuestra Majestad Imperial los sentimientos de mi más vivo reconocimiento, me tomo la libertad de ser, con el respeto más profundo y el más inviolable afecto.

"De Vuestra Majestad Imperial el muy humilde y muy sumiso súbdito y nieto.

Alejandro".

Desgraciadamente, no conocemos el escrito de la zarina; pero el horror que su hijo le inspiraba nos es suficientemente conocido para que nos sea fácil imaginar lo que eran esas reflexiones tan justas, que motivaban la destitución de Pablo Petrovich.

¿Por qué no se realizó el plan de Catalina II? ¿Qué fin tuvo el proyecto de manifiesto que debía anunciar al pueblo ruso el prematuro advenimiento de Alejandro? . . . Es este un misterio. Es probable que el 17 de noviembre de 1796, la apoplejía fulminante que derribó bruscamente a la vieja emperatriz, causara en el Palacio de Invierno tal confusión, que Pablo se aprovechó de ella para echar inmediatamente mano a la herencia imperial y proclamarse zar mientras Catalina agonizaba todavía.

\*  
\* \*

Cuatro años más tarde, los caprichos, las extravagancias, las ferocidades y los furores del nuevo autócrata se hacían tan intolerables que la misma idea se formulaba en la mente de todos los rusos: "Ya es demasiado. . . Puesto que ya no dispone de su razón, hay que destramarlo. . . hay que asesinarlo. . ." En efecto, los excesos del absolutismo no tienen otro correctivo que el asesinato.

A principios de 1800, el Conde Panín, vicescanciller de Relaciones Exteriores, se arregla para encontrarse, como por casualidad, con el joven zarevitz en un establecimiento de baños. Allí, bajo las apariencias de una conversación fortuita y que escapa a toda sospecha, expone francamente al gran duque heredero la crítica situación del imperio y la urgente necesidad de poner fin al reinado de Pablo: no se

puede dejar por más largo tiempo el destino de Rusia en las manos de un loco, en el cual, la menor oposición a sus voluntades, la menor lentitud en obedecerle, desencadenan un huracán de cólera; se ven, así, en la dolorosa obligación de deponerlo; pero no se cometerá ninguna violencia con él; se le asegurará, en las condiciones más honorables, un apacible retiro donde su alma turbada volverá quizá a serenarse.

El zarevitz escucha silenciosamente esta grave confidencia, que equivale a una sentencia de muerte; no experimenta por ella la menor sorpresa, la menor indignación. Las aventuras de este género no se contaban ya en la familia de los Romanoff.

¿Va al menos a tener piedad de su padre y a tratar de abrirle los ojos? . . . No: lo dejará friamente proseguir su carrera hacia el abismo.

\*  
\* \*

Algunos meses después del encuentro en el baño, el destronamiento de Pablo está resuelto y maquinado. Una sesentena de conjurados participan en él, sabiendo todos que arriesgan su vida.

Dos jefes dirigen la peligrosa maniobra, el conde Pahlen, gobernador militar de San Petersburgo, y el general Bennigsen: el uno vale lo que el otro por la energía, la audacia y la sangre fría. La mayoría de los demás cómplices, entre los cuales figuran el príncipe Pedro Volkonsky, el príncipe Yachwill, los príncipes Platón y Nicolás Zuboff, el príncipe Alejandro Galitzín, el conde Uvaroff, pertenecen a la guardia, que vuelve a tomar así el papel tradicional y decisivo que desempeñara en las revoluciones de palacio en tiempos de Ana Ivanovna, de Isabel Petrovna y de Catalina Alejevna.

Se fija la fecha del 23 de marzo, a medianoche.

El Palacio Miguel, morada acostumbrada de Pablo y verdadera fortaleza, de un aspecto siniestro, es custodiado aquella noche por el tercer batallón del regimiento *Semenowsky*, en el que los conjurados se han procurado espías.

El zar, cuyos departamentos privados están en el segundo piso, no sospecha nada.

Pero, en su primer sueño, un ruido formidable y una visión de espanto lo derriban súbitamente de su lecho.

Habiendo empujado la puerta de su cámara, los conjurados, que en su mayoría están ebrios, se precipitan sobre el desdichado, le rompen el cráneo y el pecho a sablazos, a puñetazos, a puntapiés, y por último lo estrangulan con una faja.

Como el cadáver parece, por instantes, estremecerse todavía, uno de los asesinos le salta sobre el vientre, a pies juntos, para "hacerle salir el alma".

Mientras tanto, ¿qué hace el zarevitz Alejandro?

Habita en el primer piso del Palacio Miguel, bastante lejos del departamento donde acaba de realizarse la horrible tragedia. Se puede, pues, creer que no haya oído la tumultuosa irrupción de los asesinos,

los clamores y los aullidos de la víctima. "Yo estaba durmiendo", dirá más tarde, a manera de excusa. Extraño sueño, puesto que está iniciado en todos los detalles del complot; puesto que él mismo ha designado el tercer batallón del regimiento *Semenowsky* para tomar la guardia en el Palacio Miguel, el 23 de marzo; puesto que, ese mismo día, a las seis de la tarde, Pahlen ha venido a ponerlo al corriente de los preparativos supremos.

No por eso deja de sufrir un horrible estremecimiento cuando uno de los asesinos, el teniente Poltoratky, desgreñado, jadeante, azorado, viene a decirle:

—Ya está hecho.

—¿Qué es lo que está hecho?

—El emperador está muerto.

Casi inmediatamente llega Pahlen. Y por primera vez el zarevitz se oye saludar por su nuevo título: "Vuestra Majestad..." Diríase que es una escena de *Macbeth*.

Alejandro se viste apresuradamente para recibir a los conjurados... que lo urgen a mostrarse a las tropas y afirmar así que, en adelante, a él es a quien le deben obediencia.

Desciende con ellos; pero, en el primer piso, en el vestíbulo, se pone súbitamente tan pálido y es presa de un espasmo tan violento que está a punto de desvanecerse. Deben llevarlo a su cámara, donde su esposa, la generosa y tierna Isabel Alejieвна, le ayuda a recobrar el coraje. Uno de sus familiares, que aparece inesperadamente, los ve apoyados el uno contra el otro en un diván, con los brazos entrelazados, los labios juntos y cubierto el rostro de lágrimas.

Cuando por fin ella lo ha levantado, va a presentarse al saludo de las tropas que lo aclaman frenéticamente, como lo hacen siempre en semejantes casos.

En seguida, alejándose del Palacio Miguel, donde ya ningún zar se atreverá a vivir, se dirige al Palacio de Invierno.

Allí va a encontrarse bajo los reconfortantes y gloriosos auspicios de Catalina la Grande. Pero no bien ha franqueado el umbral, cuando sus nervios lo traicionan nuevamente: Uno de los policías que lo custodia nos lo describe caminando con lentitud, dobladas las rodillas, la cabeza baja, el cabello en desorden, el rostro bañado en lágrimas, la mirada fija derechamente delante de él, como un sonámbulo.

Apenas ha quedado solo, se abate en el acto, aniquilado.

\*  
\* \* \*

Para atenuar su culpabilidad, algunos apologistas han hecho valer que, si había tenido que resignarse a la internación de su padre enfermo, jamás autorizó ni siquiera previó el asesinato; que nunca dió carta blanca a los conjurados; que no merecía, pues, la horrible acusación de parricidio. El mejor argumento que se puede invocar en este

sentido es una conversación que un emigrado francés, al servicio de Rusia, el conde de Langeron, recogió de Pahlen, quien le contaba los preliminares del atentado: "En verdad, debo decir que el zarevitz Alejandro no consintió en nada antes de exigir de mí la más sagrada promesa de que no se atentaría a los días de su padre; se la di..."

Prácticamente, esta *más sagrada promesa* no valía nada; no era más que una precaución de lenguaje, una cláusula de estilo, un eufemismo obligatorio. Sobre esto, Alejandro, no pudo hacerse la menor ilusión. Demasiado bien conocía a su padre para figurarse, ni por un solo instante, que no resistiría, que se dejaría internar, como ese pobre Iván VI, a quien la emperatriz Isabel había hecho encarcelar en la fortaleza de Schlüsselburgo y al que, una buena mañana, habían encontrado fusilado en su calabozo. No, ese monómano de la autocracia, apasionado de su grandeza, constantemente envuelto en su orgullo, y a quien la menor crítica hacía temblar de cólera, no por cierto; Pablo I jamás habría consentido en su destitución. Pedirle su abdicación era condenarlo a muerte. Ninguno de los actores o figurantes que aceptaron un papel en la noche trágica dudaba del desenlace fatal. Y Pahlen, menos que cualquier otro, puesto que en el último momento, creyendo notar un poco de vacilación en algunos de los conjurados, los había reanimado con este alegre euforismo: "No se hacen tortillas sin romper huevos".

Pero lo que más incrimina a Alejandro, es su conducta ulterior para con los asesinos: no se atreve a perseguir a ninguno.

Su antiguo preceptor, La Harpe, que se había retirado a Suiza, y que no conoció sino muy vagamente el drama del 23 de marzo, se siente turbado por las sospechas que pesan sobre Alejandro; le escribe, pues:

"No basta que Vuestra Majestad Imperial tenga una conciencia pura, o que los que tienen el honor de conocerla estén convencidos de que Ella no ha cedido sino a la necesidad. Es menester que se sepa que Ella castiga el crimen en cuanto lo reconoce y dondequiera que se encuentre.

"El asesinato de un emperador en medio de su palacio, en el seno de su familia, no puede permanecer impune, sin despreciar las leyes divinas y humanas, sin comprometer la dignidad imperial. Hay que hacer cesar en Rusia el escándalo de los regicidas constantemente impunes, y hasta recompensados a menudo, que rondan alrededor del trono y están dispuestos a recomenzar sus crímenes".

Todo el mundo en San Petersburgo era afectado por este escándalo; los unos para indignarse, los otros para hacer bromas al respecto. Una aventurera francesa, espía de Luis XVIII, la condesa de Boneuil, escribía a Fouché: "El joven emperador camina precedido de los asesinos de su abuelo, seguido de los asesinos de su padre, y rodeado de los suyos".

He aquí de qué modo accede Alejandro a los consejos del ingenuo La Harpe.

Los condes Pahlen y Panín son mantenidos primeramente durante algunos meses en sus altas funciones. En seguida, como la emperatriz viuda, María Feodorovna, se indigna por su asiduidad a la corte, se les sugiere discretamente que se retiren a sus suntuosos dominios de Eckau, en Curlandia, y de Marfino, cerca de Moscú.

El general Bennigsen, "el jefe asesino", como lo llama Joseph de Maistre, es nombrado casi inmediatamente gobernador general de Lituania y general en jefe de la caballería. Después de lo cual prosigue tranquilamente su hermosa carrera hasta el día en que las campañas de 1807 y 1812 lo elevarán al primer rango. A veces, cuando siente alguna frialdad en su señor, suelta palabras como ésta: "¡Ingrato! Olvida que para elevarlo al trono, he corrido el riesgo del cadalso...". Muy alto, flaco, la cara huesosa, la palabra breve y cortante, las maneras altivas, personifica, a los ojos de todos, las atrocidades de la noche funesta; inspira a todos un temor supersticioso: la condesa de Lieven le encuentra "una semejanza con la estatua del Comendador".

El príncipe Pedro Wolkonsky es nombrado sucesivamente edecán general, jefe del Estado Mayor, miembro del Consejo del Imperio, etc... Hasta su último día será el amigo y el confidente más íntimo de su señor.

Salvo dos o tres subalternos, que indecorosamente se obstinarán en jactarse de haber desempeñado el principal papel en el acto decisivo de la estrangulación, ninguno de los asesinos caerá en desgracia.

Pero el caso más pertinente es el del conde Uvaroff, que el 23 de marzo, comandaba el noble regimiento de los caballeros-guardias. Nombrado edecán general desde el advenimiento de Alejandro, llegará a ser el familiar inseparable del soberano, el compañero de todos sus ratos de ocio y de todos sus paseos, el *partenaire* de todas sus diversiones, el único ser de que necesita continuamente y, como se dirá pronto, "el niño mimado de la familia imperial".

Lo que mejor se puede alegar en defensa de Alejandro, son los reproches que él mismo se hará en su fuero interno, y que lo perseguirán hasta su postrer suspiro. En los primeros tiempos de su reinado, se le sorprenderá muchas veces sobre un diván, la tez lívida, las facciones crispadas, las manos temblorosas, los ojos horrorizados.

Un día, su amigo íntimo, el príncipe Adán Chartoryski, tratando de consolarlo, sólo obtendrá de él esta respuesta:

—No, es imposible... Mi mal es sin remedio. ¿Cómo quiere usted que deje de sufrir? Esto no puede cambiar...

Posteriormente, sus abatimientos serán menos dramáticos. Pero, con cortos intervalos y en las circunstancias más variadas, tanto en la alegría como en la tristeza, en la victoria como en la derrota, un dolor súbito y punzante le volverá a poner ante los ojos el fantasma acusador de su padre. Lejos de debilitarse con los años, su remordimiento invadirá poco a poco todo el campo y todos los repliegues de su conciencia, con la roedora tenacidad de una idea fija.

## CAPITULO TERCERO

"Por fin, Rusia respira...". Felices comienzos de Alejandro; sus ideas humanitarias y liberales; proyecto nada menos que una renovación de todo el edificio ruso.—El Comité Secreto. Actividad febril; programa excesivo y paradójico. Resultados insignificantes. A pesar de sus brillantes cualidades, Alejandro nada tiene de un reformador; pronto se cansa de su obra.—Distracciones amorosas: la bella polaca María Antonovna Naryschkina. El emperador ostenta su intriga amorosa.—Romanes personales de la zarina Isabel Alejieva: "Es Psi-que!". Extrañas relaciones de los esposos; complacencias equívocas del marido. La condesa Varvara Golovina y el príncipe Chartoryski.

"Por fin Rusia respira...". Esta es la frase que traduce la opinión general cuando, el 24 de marzo, se difunde la feliz noticia: "Pablo Petrovich ha muerto".

Que haya succumbido a un ataque de apoplejía, según la versión oficial, nadie lo cree ni por un solo instante: la crónica fúnebre de los Romanoff había recurrido ya demasiado a menudo al eufemismo de la hemorragia cerebral. Tampoco Talleyrand se engañará, quince días más tarde, cuando reciba la siniestra noticia con esta severa frase: "Los rusos deberían inventar otra enfermedad para explicar la muerte de sus emperadores".

En la masa heterogénea del colosal imperio, desde los boyardos, los oficiales, los *chinowniks* y los obispos, hasta los simples sacerdotes y los simples soldados, hasta la multitud confusa y sumisa de los *mujiks*, el nieto de Catalina la Grande es acogido con transportes de alegría por la unanimidad de una inmensa esperanza. Nadie duda: se está en el umbral de una época nueva; se espera nada menos que una reforma total de la vida rusa.

Deliciosamente reanimado por tantos homenajes y bendiciones, Alejandro se da a la obra sin dilación.

Todas las ideas liberales que su preceptor La Harpe le inculcaba antaño, despiertan en él bajo la forma de ukases: va, pues, a regenerar totalmente el edificio arcaico del zarismo.

Rodeado de tres jóvenes patricios que comparten sus opiniones, el príncipe Adán Chartoryski, el conde Víctor Kochubey y el conde

Pablo Stroganoff, los reúne por la noche en un *Comité Secreto*, cuyo verdadero jefe es su hábil secretario particular, Novossiltsoff.

En este Comité se estudian los más grandes problemas del orden político y social, tales como la organización del gobierno, la reforma del Senado y de la Cancillería Secreta, un ejercicio más regular de la voluntad soberana, la codificación de las leyes, el control de las finanzas, la responsabilidad de los funcionarios, una administración más equitativa de la justicia, menos horrores en las prisiones y en los presidios, en fin, la moderación de la servidumbre. Por mucho entusiasmo, por mucha generosidad que se ponga en el estudio de estos vastos problemas, no se logra resolverlos, o al menos, las vagas soluciones en que se detienen no son sino una ilusión, pues en cuanto se aborda el fondo real de las cosas, las dificultades se acumulan, sin hablar de las resistencias que de todos lados se coaligan.

La obra es demasiado inmensa, y es, además, tan paradójal como química.

Alejandro nada tiene de un reformador. Lo que le falta es a la vez la experiencia, el método, la razón ordenadora, el mando rápido y claro, la obstinación en el esfuerzo, la energía de las convicciones. Por lo demás, en el fondo de sí mismo no es liberal, o mejor dicho, solamente lo es en sueño. Su idealismo humanitario se complace en las formas abstractas y vaporosas de la libertad; pero cuando habla de modernizar los rodajes del estado ruso, no admite que deba sacrificar a ello nada de sus prerrogativas supremas, en las que su orgullo dinástico, sus instintos de grandeza, su imaginación teatral y caballeresca, encuentran cotidianamente tan halagadores placeres.

A mediados de 1803, la renovación de su imperio ya no le interesa: las viejas doctrinas del zarismo ortodoxo seguirán gobernando a Rusia.

\*  
\* \*

Su brusco desinterés por la política se debe también a una causa íntima. En esa época, un gran amor absorbe todos sus ardores, acarpa todas sus facultades.

Una princesa polaca, María Antonovna, de los príncipes Chetwertynski, casada con el más fastuoso de los boyardos, Dimitri Naryschkin, y reconocida por todos de tan impecable belleza que se la sobrenombra "la Aspasia del Norte", lo domina soberanamente.

Su intriga amorosa, por algún tiempo secreta, se ostenta sin pudor. Los dos amantes se pasean en público. Cada día, Alejandro se dirige abiertamente a casa de María Antonovna, quien lo recibe en su magnífico palacio de la Fontanka o, en el verano, en su lujosa villa de las Islas; cada noche, la más brillante sociedad de la capital y del imperio se reúne allí. Allí es, pues, donde el monarca tiene su corte; ése será poco menos que su verdadero hogar. Además de las satisfacciones voluptuosas que le prodiga su amante, a su lado goza

de una tranquilidad de espíritu y un alivio moral que aprecia infinitamente. Ella no le habla sino de su amor, de sus trajes, de sus recepciones, de sus bailes, de los demás amores que ve formarse o acabarse a su alrededor; jamás de la política. De aquí infieren algunos que ella no es inteligente; otros, que es muy hábil. Estos sostendrán pronto que ella lleva la habilidad hasta cerrar los ojos ante las efímeras traiciones, las jugadas ocasionales que su amante se concede gustosamente... reservándose ella también la libertad de gustar el sabroso placer de darse subrepticamente a otros.

Esto no impide que sus relaciones parezcan más estrechas, a tal punto que va a confundirse con un extraño rumor. Y este rumor parece haber tenido algún fundamento. Para poseer mejor a María Antonovna, para reforzar su amor por una consagración indestructible, Alejandro, siendo el amo de la iglesia, y teniendo el Santo Sínodo a su entera discreción, pensaría nada menos que en hacer anular su matrimonio con la emperatriz Isabel Alejievna. En seguida, habiendo ordenado también el divorcio de María Antonovna, se habría casado con ella. Por último, habría transmitido la corona a su hermano menor, Nicolás, que habría llegado a ser emperador bajo la regencia de la emperatriz viuda, María Feodorovna. Y los dos amantes, unidos ahora ante Dios, habrían ido a vivir al extranjero en medio de una dicha inefable. Es éste el primer germen de una idea que se verá reaparecer varias veces en el alma turbada de Alejandro, y que desempeñará ciertamente un papel en el enigma indescifrable de su muerte.

\*  
\* \*

Ante este adulterio que se ostenta a plena luz, ¿qué piensa la joven zarina?... ¿Cómo reacciona? ¿Por la indulgencia, el desdén, la rebelión o la resignación?

La vida íntima de Isabel Alejievna es una de las más singulares que haya llevado una soberana. Y esta singularidad no tiene otra causa que ciertos gustos equívocos, ciertas extrañas depravaciones de su esposo. La psicología secreta de Alejandro, cualquiera que sea el aspecto bajo el cual se la estudie, es un laberinto inextricable.

Hija del príncipe heredero Carlos Luis de Baden, Isabel, de quince años de edad, se había casado el 9 de agosto de 1793, con el gran duque Alejandro, que tenía dos años más que ella.

Se le reconoce inmediatamente una rara seducción de maneras, de talento y de rostro. En 1795, la condesa Golovina resumía así la opinión de todos los que la trataban:

"Isabel tiene dieciséis años; es alta, esbelta, un talle encantador. Hombros poco pronunciados, cabello rubio ceniciento, largo y fino, tez lechosa, pétalos de rosa en las mejillas, ojos azules, rodeados de pestañas negras y de cejas del mismo color, una boca muy agradable, una mirada dulce y espiritual. Su fisonomía expresa las sensaciones de su alma: sería aún más decidora si su demasiado gran reserva no

ofreciese un obstáculo a ello. Su trato es frío, pero cortés; es poco comunicativa. Inteligencia justa, penetrante, a veces exaltada por la gran vivacidad de su imaginación. Posee una profunda sensibilidad, mucha alma. Se ocupa en alimentar su espíritu de lecturas serias, adecuadas para formarlo. Su corazón es delicioso; no está bastante lleno; necesita alimento; ella no estará tranquila sino cuando su corazón esté satisfecho".

En la misma época, Mme. Vigée Lebrun, a quien la emperatriz Catalina acababa de llamar a su corte, ha anotado su primera visión de Isabel:

"M. de Esterhazy me daba el brazo, y atravesábamos el parque, cuando en la ventana de un primer piso divisé a una joven que regaba un macetero de claveles. Tenía a lo sumo diecisiete años; sus facciones eran finas y regulares, su óvalo perfecto, su hermosa tez de una palidez en armonía con la expresión de su rostro, cuya dulzura era angelical. Su cabello, rubio ceniciento, flotaba sobre su cuello y sobre su frente. Iba vestida de una túnica blanca, ceñida por un cinturón anudado negligentemente alrededor de un talle fino y esbelto como el de una ninfa. Tal como acabo de describirla, se destacaba en el fondo de su departamento, adornado de columnas y tapizado de gasa rosa y plata, de una manera tan encantadora que exclamé: "Es Psique". Era la princesa Isabel, esposa de Alejandro...".

Pero un testimonio todavía más decisivo sobre la seducción de Isabel nos viene de Catalina II, quien, el 7 de abril de 1795, escribe a su habitual confidente Grimm: "Madame Isabel es una *sirena*; tiene una voz que va directamente al corazón, y ha ganado el mío completamente".

En la misma época, Feodor Rostopchín, el futuro incendiario de Moscú, cuyo espíritu curioso está siempre en acecho, observa atentamente a la joven pareja granducal. Escribe a uno de sus amigos: "El gran duque Alejandro tiene el mejor carácter del mundo; su corazón es bueno, puro y muy inclinado hacia el bien; pero es perezoso y no quiere ocuparse de nada... La gran duquesa es una persona muy interesante, del mejor tono de sociedad, que posee una voluntad propia y obra la mayor parte del tiempo a su arbitrio. O mucho me equivoco, o un día ella lo hará todo; su marido la adora. La gran duquesa Isabel no goza de buena salud; *el aburrimiento la mata*. Ama a su marido; pero él es demasiado joven para ocuparla enteramente, pues ella tiene una inteligencia superior a su edad...".

Una carta confidencial de Alejandro a su antiguo preceptor La Harpe, nos permite entrever las relaciones íntimas de los dos esposos: "No es posible ser más felices juntos de lo que somos".

¿Habría refrendado Isabel esta afirmación?... Después de cuatro años de matrimonio, sin duda se repetía todavía lo que había escrito "en un pedazo de papel", en la época de su noviazgo: "Tiene la felicidad de mi vida en sus manos. Por eso está seguro de hacerme desdichada para siempre, si alguna vez deja de amarme. Lo soportá-

ría todo todo, excepto eso... Pero tener semejante idea es pensar mal de él".

Sin embargo, bastante pronto, la sombra de una nube obscurece un poco su felicidad; ella lo confiesa discretamente a su madre: "Al principio, el gran duque me gustaba locamente. Ahora que comienzo a conocerlo, hay *nadas* que no son de mi gusto, y que han destruído la manera excesiva como lo amaba".

El conde Platón Zuboff, cuyos sucios besos gustaban todavía a Catalina la Grande, a los sesenta y siete años, ha notado sin duda estas *nadas*; pues, guiado por sus instintos de presumido y de seductor, trató de seducir a la joven esposa. Pero no pudo llevar muy lejos sus artificios; ella lo rechazó con repugnancia.

Sin embargo, tiene cada día más la impresión de que su marido la abandona: "Alejandro no me ama como necesito ser amada, cómo me amaría si supiese comprender...". ¿Adivina ya que otras mujeres agujujean sus deseos?... Lo ignoramos. Lo cierto es que su hermoso sueño de amor, su gran sed de cariño y de confianza, sufren entonces una extraña desviación.

La condesa Varvara Nicolaievna Golovina, nacida princesa Galitzyna, esposa del Mariscal de la Corte, había llegado a ser la amiga íntima de Isabel: conversaciones, lecturas, paseos, música, las dos mujeres aprovechaban todas las ocasiones para verse, escribirse, confiarse una a otra. No poseemos ninguna carta de Mme. Golovina; pero poseemos una veintena, y muy largas, de su correspondencia. La exaltación de ambas, siempre grave o melancólica, atestigua, al menos en la emperatriz, una ardiente riqueza de corazón y de imaginación, una rara intensidad de las resonancias emotivas, una maravillosa prontitud para inflamarse noblemente. Alejandro sabrá comprenderlo y aprovecharlo más tarde, cuando vengan los años trágicos.

He aquí, por ejemplo, lo que la gran duquesa escribe a su amiga, justamente un año después de su matrimonio, el 11 de agosto de 1794:

"No gozo de la vida cuando estoy separada de usted... Le ruego que venga a comer el primer día que pueda. No puedo soportar el Palacio de Táuride (1); pero cuando la haya visto a usted aquí una vez, me parecerá menos insoportable... ¡Ah, si pudiéramos pasar la noche como las del otoño pasado...! Mire, querida, le envío este pensamiento que se marchitará esta noche; pero es muy bonito, y pensé en usted al cogerlo... Usted pasa sin cesar por mi cabeza; forma en ella un tumulto que me hace incapaz de todo... ¡Ah! ya no

(1) Este palacio había sido construído en 1783, por el príncipe Potemkin, el omnipotente ministro y favorito de Catalina II. Cuando el conquistador de Crimea, "el héroe de Táuride", murió en 1791, el palacio fué comprado por la corona. El emperador Pablo lo había atribuído como residencia al gran duque heredero.

tengo la dulce idea que se ofrecía a mí por la mañana. ¡Es bien cruel, bien cruel!"

Y en los meses siguientes:

"... ¡Dios mío! Pierdo la cabeza; me extravió completamente... Si esto dura, me volveré loca. Usted me ocupa todo el día hasta el momento de quedarme dormida. Y, si despierto por la noche, me entra usted en la cabeza..."

"... ¡Si pudiera volver a verla!... ¡Oh! ¡Qué delicia dejarla leer en mis pensamientos y en mi corazón! Me estoy volviendo completamente loca..."

"Querida amiga, si en este momento usted no ha pensado en mí, no existe simpatía entre nosotras. Yo no he hecho más que tocar los dos primeros compases de *Che vi fui a versi stella*. Puede usted imaginarse lo que esto me recuerda y todas las sensaciones que este recuerdo ha despertado".

"... La quiero, la amo. ¡Y tengo que estar separada de usted! Todo San Petersburgo me fastidia si usted no está aquí. ¡Dios mío, cómo la quiero!"

"... Estoy demasiado triste, no resisto más; mis ideas me matan. Llorar, pensar en usted, ésta es mi ocupación de todo el día. Apenas tengo fuerzas suficientes para contener mis lágrimas delante de la gente, cuando la veo o cuando pienso en usted... ¡Gran Dios, qué poder tiene usted sobre mí! La adoro; sí, esta es la verdadera expresión. ¡No se creería, al leerme, que estas palabras se dirigen a un amante?"

"... El otro día, en el gran baile, si la turbación me impedía hablar a alguna persona, yo pensaba en usted. Usted me gobierna, aunque ausente, y encuentro en ello mi felicidad. ¡La quiero tanto, tanto...! Adios, amiga de mi corazón; me interrumpen: y, cuando le escribo, quiero que toda mi atención esté fija en usted".

"... ¡Ah! los 30, amiga mía, ¡cuánto tardan en llegar! ¡Dios mío, todas las sensaciones que el solo recuerdo de esos dulces momentos me trae a la memoria!... El pensar en ese dichoso 30 de mayo me ha trastornado completamente. Espero que usted comprenderá cuán querida debe serme la fecha del día en que me di completamente a usted".

Un detalle íntimo que confía a su madre nos demuestra en qué estado de tensión nerviosa vivió entonces la joven: "Imagínese, mamá, que ayer en la noche, la Herbster me peinó completamente el cabello. Al peinarlo, hacía un ruido como chispas de electricidad; decía que tal vez había en él chispas. Apagamos todas las luces, y, verdaderamente, mis cabellos se inflamaban. Es la primera vez que esto me sucede". Y al año siguiente: "Le escribo mientras me encrespan el cabello, lo cual hace que escriba casi ilegiblemente. Ya sabe usted que le dije, el año pasado, que mis cabellos eran tan eléctricos. Este año, lo son mucho más, pues en cuanto los tocan con el peine, despiden chispas".

No es dudoso que Alejandro conozca y hasta favorezca la singular intimidad que se ha creado entre su esposa y la condesa Golovina, puesto que Isabel tiene el derecho de escribir a su amiga el 12 de diciembre de 1794: "La amaré a despecho de todo el universo. Por lo demás, no me pueden prohibir que la ame, y estoy autorizada para ello por otra persona que tiene tanto, si no más, derecho a ordenarme que la ame. Espero que usted me comprenda".

Esta equívoca complacencia del marido va a expresarse pronto de manera aun más extraña.

Desde hacía algún tiempo, el gran duque había trabado amistad con un polaco de alta nobleza y de tenebrosa belleza, el príncipe Adán Chartoryski. Los dos hombres fraternizaban por su liberalismo, por la generosidad de sus aspiraciones políticas, por su desprecio a las ideas comunes, por su gusto novelesco por el poder, la quimeta y la gloria.

Alejandro sufrió profundamente la elocuente seducción de su nuevo amigo, hasta el punto de querer que su mujer experimentase también los turbadores efectos de esta seducción.

Pronto, esto ya no basta, y su imaginación malsana se deleita con una idea monstruosa: pretende que Isabel se dé enteramente al tenebroso polaco. Por un escrúpulo de conciencia que no es sino un refinamiento de aberración, obtiene de Chartoryski la firma de un contrato formal, que envuelve en una palabrería idealista la transmisión de sus derechos maritales:

*Et que m'ordonnez—vous, seigneur, présentement?  
De plaire à cette femme et d'être son amant!*

Isabel Alejeievna tarda algún tiempo en comprender a dónde quiere llevarla su esposo. Pero una noche que comen juntos los tres, Alejandro sale bruscamente en la mitad de la comida, dejando así el campo libre a las galantes audacias de Chartoryski. Otra vez, la condesa Golovina, que habita el piso superior, ve a la pobre Isabel precipitarse a sus brazos, inundada en lágrimas, para pedirle socorro. Las *Memorias* de Madame Golovina, escritas algunos años más tarde bajo el control de Isabel, no han revelado sino parcialmente esta fantástica aventura: "El príncipe Adán Chartoryski, alentado por el gran duque, y encontrándose en compañía de la gran duquesa, no pudo verla sin experimentar sentimientos que el respeto, los principios y el reconocimiento deberían haber ahogado en su nacimiento... Cada día parecía un peligro más. Habitando el piso superior al de la gran duquesa, yo la veía salir y entrar, lo mismo que al gran duque, quien llevaba regularmente todas las noches a Chartoryski a comer con él. Sólo Dios leía en su alma... Una mañana, estaba yo junto al clavicordio cuando oí abrir la puerta. Apareció la gran duquesa y, por decirlo así, voló al salón. Me cogió de la mano, se llevó a mi pieza, cerró la puerta con llave y, fundida en lágrimas, se arrojó a mis brazos. Jamás podré olvidar lo que me dijo entonces".

La joven resiste por largo tiempo. Pero está tan sedienta de amor: ¡tiene "los cabellos tan eléctricos"! ¡Y además, las palabras de Chartoryski la bañan en tan deliciosos efluvios!...

Hace tres años que el idilio se prosigue, feliz y tranquilo, bajo la mirada aprobadora del marido. Isabel se complace tanto más cuanto que se considera ahora unida a su amante por un lazo irreprochable, si no legítimo.

Pues bien, el 18 de mayo de 1799, da a luz una niña, María Alejandrovna, cuyo parecido con Chartoryski es patente. Apenas informado, el emperador Pablo estalla en furor. Su primer impulso es enviar al polaco a Siberia. Sin embargo, como siente cierto cariño por su nuera, decide encomendarle una misión diplomática ante la corte de Cerdeña, con la orden de partir inmediatamente. Y el improvisado diplomático parte esa misma noche.

\*  
\* \*

"En las primeras pasiones —ha dicho La Rochefoucauld— las mujeres aman al amante; en las demás aman el amor.

Los dos años de amoroso fervor que Isabel acaba de vivir bajo el magnetismo de Chartoryski, la han cambiado demasiado intensamente para que ahora pueda privarse del amor.

Llegada a emperatriz, sentirá siempre en ella, como una herida secreta, la necesidad de enamorarse y de darse.

Así se le atribuirán uno o dos romances, sobre los cuales estamos mal informados; pues los vivirá en un profundo misterio, no dejando jamás ver nada de lo que la tortura o la embriaga, no olvidando nunca lo que debe a su rango dinástico.

En la corte más brillante de Europa, en los suntuosos palacios de San Petersburgo, de Zarkoie Selo, de Peterhof, de Pavlowsk, sabrá crearse impenetrables soledades. No obstante, jamás se substraerá a la disciplina de las tareas oficiales, y se mostrará en ellas siempre perfecta de gracia, de elegancia y de majestad soberanas. Poseyendo el secreto culto de su cuerpo, llevará al más alto grado de refinamiento el gusto por sus trajes y sus aderezos. Pero, en sus departamentos privados, parecerá lo más a menudo melancólica, taciturna, soñadora, la mirada lejana y apasionada. Muchas veces, por la extraña atmósfera que emana de ella, se adivinará, según la expresión del poeta:

*Que les regrets du lit, en marchant, la suivaient*

## CAPITULO CUARTO

Descuidando la política interna, la imaginación de Alejandro se vuelve hacia los grandes problemas que plantea, ante Europa, el prodigioso crecimiento del poder napoleónico. — Sus primeros sentimientos de admiración y de simpatía por Bonaparte; "deseo una alianza eterna entre Rusia y Francia". — La ejecución del duque de Enghien provoca en el zar una explosión de horror. Protesta públicamente. El *Moniteur Français* responde inmediatamente con una injuriosa alusión al asesinato de Pablo I. Alejandro, mortificado, será ahora "el irreconciliable enemigo de Bonaparte". — Entre todos los soberanos de Europa, el autócrata ruso es, con mucho, el más inteligente, y aun el único inteligente: mide, con notable lucidez, las fatales consecuencias que implica la creación del imperio francés. — Napoleón y Carlomagno. Uniendo la corona de Italia con la corona de Francia, el "Usurpador corso", convertido en amo del Occidente, ¿no querrá también dominar el Oriente? "Este hombre es un azote para el mundo". — Alejandro se considera como designado por la Providencia para luchar contra el intolerable exceso de las ambiciones napoleónicas. Trata de procurarse la alianza de Austria y de Prusia. Habiendo fracasado ante estas dos cortes, se vuelve hacia Inglaterra. — Misión de Novossiltsoff en Londres. — Promociones ideológicas y poco claras; el zar es el primer apóstol de una Sociedad de las Naciones. El espíritu realista de William Pitt lleva inmediatamente la negociación a las contingencias prácticas: Rusia le parece, sobre todo, un depósito de hombres. Subsidios generosos: "La sangre humana ya no es hoy día más que una mercadería en las manos de los ingleses..." — El tratado del 11 de abril de 1805; una terrible máquina de guerra. Austria accede al pacto anglo-ruso, que llega a ser "la Tercera Coalición".

Hacia mediados de 1803, el entusiasmo reformador de Alejandro se había enfriado bruscamente. Todos los hermosos proyectos que, en su pensamiento, debían hacer "la felicidad común de Rusia y la felicidad particular de cada ruso" se le habían hecho súbitamente fastidiosos.

Pues bien, precisamente más allá de sus fronteras, veía realizarse o prepararse grandes cosas, que parecían destinarle a él también un papel magnífico.

Aver no más profesaba una calurosa admiración por el vencedor de Marengo, por el salvador de la sociedad francesa, por el genio bienhechor que descansaba de sus victorias militares creando el Código Civil y el Concordato. Sin duda, pensaba él, según Maquiavelo, los hombres que, por la virtud de las instituciones y de las leyes salvan las repúblicas, deben ser alabados inmediatamente después de los dioses. . . Por eso cuando en el mes de mayo de 1801, el general Duroc le entregó una cortés carta de Napoleón, respondió al mensajero: "Mi gran anhelo fué siempre la unión de Francia y de Rusia; mucho deseo entenderme directamente con el Primer Cónsul, cuyo carácter leal me es bien conocido. . ." Algunos meses más tarde, otro emisario de Napoleón, el futuro embajador Caulaincourt, recibió del zar las más halagadoras palabras y hasta el deseo "de una alianza eterna entre Rusia y Francia".

Pero pronto, por su ruda fuerza y sus principios arbitrarios, el restaurador del orden francés había desagradado al potentado ruso que, no habiendo perdido todavía sus ambiciones liberales, no quería ver ya en él sino un falso ídolo, un monstruo de impostura y de orgullo, un odioso tirano.

En la primavera de 1804, el drama de Vincennes provoca en Alejandro una explosión de horror.

Olvidando el asesinato de su padre y los tumultuosos salvajismos del Palacio Miguel, ordena inmediatamente un gran duelo de corte. En seguida, en términos solenes, denuncia a la Dieta de Ratisbona la impúdica violación de la neutralidad de Baden que debería haber protegido al desdichado duque de Enghien en el castillo de Ettenheim.

La respuesta no se hace esperar. Bajo la pluma de Talleyrand, el Primer Cónsul hace insertar esta nota en el *Moniteur*, por el cual es informada toda Europa: *Cuando Inglaterra meditaba el asesinato de Pablo I, si el gobierno ruso hubiese sabido que los autores del complot se encontraban a una legua de la frontera, ¿no se habría apresurado a hacerlos detener?*

En esta sarcástica alusión a la muerte de su padre, Alejandro ve un insulto personal, un ultraje mortificante que le quedará siempre en el corazón. Tilsit, Erfurt, y todos sus abrazos, y todas sus fantasmagorías teatrales no borrarán de su memoria el injurioso artículo del *Moniteur*. Y, diez años más tarde, cuando se declare "el irreconciliable enemigo de Bonaparte" para imponerle la abdicación de Fontainebleau, no lo habrá perdonado todavía.

\*  
\* \*

Pero una razón menos personal, una concepción de alta política, va a inspirarle la loca audacia de tentar la fortuna de las armas contra el más grande capitán de los tiempos modernos.

El 18 de mayo de 1804, Napoleón es proclamado "Emperador de los franceses".

A los ojos de Alejandro, esta proclamación es una intolerable ofensa a todos los monarcas de derecho divino.

Contraer una alianza con el general Bonaparte, jefe temporal de una república, es lícito. ¿No se tiene el ejemplo de Luis XIV y de Cromwell? . . . Pero como un advenedizo revolucionario, un simple aventurero corso, pretenda el rango de las majestades, eso no, jamás.

¿Cómo no recuerda, al razonar así, que la dinastía de los Romanoff no cuenta todavía dos siglos de historia, y que sus orígenes valen tanto como los de la dinastía napoleónica, puesto que ambas proceden de un levantamiento nacional? Se necesitará nada menos que Austerlitz y Friedland para que el heredero de Pedro el Grande y de Catalina la Grande se resigne a tratar a Bonaparte como a un igual.

Por profundo que sea en Alejandro el sentimiento del honor monárquico, otra consideración, y mucho más fuerte, va a dominar poco a poco su espíritu: es la vista perspicaz de las fatales consecuencias que implica la creación del imperio francés.

Por su inteligencia viva y clara, el joven autócrata aventaja a todos los soberanos de la vieja Europa; y hasta es el único inteligente. El rey de Inglaterra, Jorge III, está ya camino de la demencia, donde pronto sucumbirá. Federico Guillermo III de Prusia, tímido, torpe y ceñudo, se deja demoler por la menor objección. Francisco II de Austria, obtuso, solemne, preocupado únicamente de ceremonial y de precedencias, merecerá que se le llame un día "la tontería en gran tenida". Carlos IV de España, ciego y sonriente a todos los adulterios de su esposa María Luisa, es un monumento de estupidez. Fernando I de Nápoles no es más que un fantoche imbécil y perezoso, en manos de la reina María Carolina y de los amantes de ésta. Gustavo IV de Suecia, sumido en el misticismo y la taumaturgia, aborrecido por su pueblo, no conservará por mucho tiempo más la corona sobre su cabeza.

Así, desde el primer día, Alejandro adivina que la ascensión de Bonaparte al rango supremo no es solamente el triunfo y la apotheosis de la Revolución, sino además el presagio y el anuncio de una época terrible, en la que Napoleón no estará por mucho tiempo satisfecho con reinar en Francia; pronto aspirará a reconstituir el Imperio de Occidente y, por la fuerza de las cosas, por la inevitable extensión de sus conquistas, no tolerará ya en el mundo ningún otro poder fuera del suyo. Por lo demás, no lo oculta. ¿No es significativo su primer acto, o más bien, su primer gesto de emperador? Apenas revestido de la dignidad imperial, ¿no ha ido inmediatamente a arrodillarse en la basílica de Aquisgrán, ante la tumba de Carlomagno? ¿No se ha recogido a meditar largamente sobre la gloriosa figura que domina toda la Edad Media? En seguida, uniendo la superstición a la impiedad, ¿no se ha hecho dar por los canónigos, con

el pretexto de ofrecerla a la emperatriz Josefina, una de las reliquias más preciosas de la Catedral, un pedazo de la verdadera cruz, introducido en un talismán de zafiro y de oro, que Carlos había recibido del califa Harún-al-Raschid con la llave del Santo Sepulcro? . . . Sí, verdaderamente, cuando salió de la iglesia, transfigurado, se veía brillar sobre su cabeza un reflejo de la aureola carlovingia. Y, en su fuero interno, se podría haber leído ya su frase soberbia al cardenal Caprara: "Decid al papa que yo soy Carlomagno".

Sin embargo, esto no es más que un simple exordio, un tímido preámbulo. Dos meses más tarde, Europa no podrá ya ignorar que la resurrección del Santo Imperio Romano Germánico es la obsesión de Napoleón. Lo que el papa León III no había hecho por Carlomagno, ni el papa Juan XII por Otón el Grande, lo que ningún emperador de las insignes casas de Sajonia o de Franconia, de Suabia o de Habsburgo, había obtenido jamás de papa alguno, he aquí que el continuador de los apóstoles, Pío VII, acepta abandonar a Roma para venir a París a consagrar al hijo de la Revolución sacrilega, como el primer emperador de los franceses. El acontecimiento es tan enorme, que el escéptico Talleyrand pierde en él la sobria gravedad de su estilo habitual cuando notifica a los gabinetes europeos el espectáculo inaudito que se les prepara: "Será, a los ojos de Europa, un acercamiento notable, el ver volver de la antigua residencia de Carlomagno al más ilustre de sus sucesores, en tanto que el jefe del mundo cristiano va a abandonar a Italia y avanzar a su encuentro para consagrar, en medio del más poderoso imperio y de las aclamaciones universales dirigidas a ambos soberanos, la nueva dignidad imperial que el reconocimiento de los franceses ha deferido a Napoleón".

¿Eso es todo? No, todavía no. . . El 26 de mayo de 1805, en la catedral de Milán, Napoleón coloca orgullosamente sobre su cabeza, ya ceñida de la corona imperial, otra corona considerada desde hace doce siglos como el emblema de la más eminente soberanía: la corona de Italia. La llamaban "la Corona de Hierro", porque los orfebres bizantinos, que la habían forjado en 625 para los reyes lombardos, habían incrustado en ella, en un círculo de esmalte, uno de los clavos que habían atravesado las manos y los pies del Salvador en la cruz del Gólgota; tantas grandezas simbolizaba, que desde Carlos V, nadie se había atrevido a llevarla.

Al tomar la Corona de Hierro bajo el domo de San Ambrosio, el usurpador corso, ¿no reveló hasta el impudor, hasta la fanfarronada, toda la inmensidad de sus ambiciones? . . . A las provincias lombardas, pronto anexará la república de Génova, Venetia, Toscana, los Estados Pontificios, el reino de Nápoles. ¿Dónde se detendrá? . . . Dueño de todo el Occidente, querrá también subyugar el Oriente, Grecia, Constantinopla, el Ponto Euxino, Georgia, Persia, la India. . . "Este hombre—exclama Alejandro—es insaciable; su ambición ya no conoce límites; es un azote para el mundo" . . .

Por otra parte, Alejandro no es el único que razona así. En las solemnidades de Milán, un observador juicioso, un italiano al servicio de Prusia, el embajador Lucchesini, encargado de llevar a Napoleón las prudentes felicitaciones de su señor, no concibe el porvenir próximo bajo colores menos sombríos: "El emperador Napoleón ya no teme a nada, ni en el interior ni en el exterior. . . ¿Cómo este hombre extraordinario no habría de marchar, de adquisición en adquisición, de dignidad en dignidad, a la dominación de la mayor parte de Europa? ¿Dónde encontraría obstáculos a la realización de sus proyectos? ¿Quién los creería imposibles cuando él los forma? Y cuando ha pasado a la ejecución, ¿hay un gabinete que quiera o que se atreva a oponerse a ellos? . . ."

Con tanto coraje como ingenuidad, Alejandro se considera como el instrumento providencial de esta oposición que reclama urgentemente la salvación de Europa.



En ese año 1805, Alejandro tiene por ministro de Relaciones Exteriores a su amigo polaco, el príncipe Adán Chartoryski, de quien la emperatriz Isabel conserva tan conmovedores recuerdos. Los dos hombres se entienden a maravilla, siendo ambos igualmente inteligentes y no menos superficiales, no menos versátiles, aunque hay un poco más de realismo y de paciencia en el polaco, más envergadura, fantasía y complicación en el soberano.

Para luchar contra el intolerable exceso del poder napoleónico, tienen, como posibles aliados, a Inglaterra, Austria y Prusia.

Las solemnidades de Milán habían sumido en el estupor a la corte de Viena. Que después de usurpar la corona de Francia, Bonaparte hubiese agregado a ella la corona de Italia, esto era más que un escándalo; era una provocación, puesto que el tratado de Luneville había estipulado formalmente la independencia de la república Cisalpina. Pero ¿qué hacer sino resignarse? . . . Austria no estaba repuesta todavía de los desastres que había acumulado desde 1796. Por falta de dinero, no había podido reconstituir su ejército: los fusiles, los cañones, los caballos, los equipos, todo le faltaba. Y, estando el tesoro vacío, no había medio alguno de adquirirlos. La hacienda pública nunca había sido el fuerte de los gobiernos austríacos, y, sin pudor, continuaban justificando esta humillante designación: "las partes vergonzosas del estado. . ." Por eso, cuando el zar propone al emperador Francisco que se ponga de acuerdo con él "sobre las medidas que es preciso tomar contra el enemigo común", no obtiene sino respuestas triviales, llenas de restricciones y de evasivas. O bien, la franqueza lleva a los labios del ministro Cobentzel confesiones como ésta: "Nosotros estamos en la boca del cañón, y los franceses nos habrán aniquilado antes de que podáis socorrernos. . ." Pero, lo que no se le dice es que desconfían de Rusia casi

tanto como de Francia; pues no ignoran la idea principal, la maquiavélica segunda intención de Chartoryski: aprovechar una conflagración general para restaurar la integridad de Polonia, reuniendo, bajo el cetro de los Romanoff todos los territorios que se habían repartido Catalina II, Federico II y María Teresa. No es, pues, sorprendente que los ministros de Francisco le aconsejen responder evasivamente a las proposiciones rusas.

En Berlín, estas proposiciones no encuentran una acogida más favorable; pero por otros motivos. A pesar de su pesadez y de su timidez naturales, Federico Guillermo está orgulloso de su ejército que, para él, sigue siendo siempre el ejército del Gran Federico, el invencible ejército de Rosbach, de Leuthen y de Liegnitz. Toda su familia, toda su nobleza, todos sus generales, todo su pueblo, toda la Alemania, lo obligan a pensar así. Sin embargo, tiembla cuando Alejandro le escribe: "No podemos esperar ya ninguna moderación de Bonaparte; es preciso, pues, demostrarle que 200,000 prusianos, 200,000 rusos y 300,000 austríacos están dispuestos a atacarlo..." Atormentado por las inquietudes, inerte y desamparado, se refugia entonces en las medidas dilatorias, en las maniobras oblicuas e indirectas. La neutralidad, a la cual se inclina por temperamento, le agrada tanto más cuanto que su espíritu, limitado pero frío y justo, no advierte incompatibilidad absoluta entre la continuación apacible de su reinado y el desarrollo de la grandeza francesa, mientras que el prestigio de los Hohenzollern en el mundo germánico no puede sino perder con el resurgimiento del poder de los Habsburgos. Experimenta, no obstante, cierta vergüenza de su debilidad y de su irresolución; pues repite gustosamente, irguiendo el talle: "Mis principios son inquebrantables; no temo a nadie; espero los acontecimientos con firmeza". Y, dicho esto, hace sonar sus espuelas.

Habiendo fracasado así en Berlín como en Viena, Alejandro, con un gesto rápido, cambia todo el plan de su gran maniobra diplomática, dirigiéndose a Londres.

El cambio es feliz. Hacía ya varios años que Inglaterra no cesaba de obrar insidiosamente en San Petersburgo y en Viena para hacer que las dos cortes se unieran contra Francia.

Se confía la negociación al colaborador más activo del Comité Secreto, a Novossiltsoff. Si le falta totalmente la experiencia diplomática, la suple por la fertilidad de su ingenio y una maravillosa aptitud para la controversia; justifica los burlones sobrenombres que sus rivales le prodigan: "El hombre de genio, el hombre capaz de todo, el hombre de todas las salsas". Nadie, ni el mismo Chartoryski, interpreta mejor el pensamiento vaporoso del soberano. Parte a Londres a fines de octubre de 1804.

En las instrucciones que lleva, diríase que el zar y su ministro se han esforzado en dar la plena medida de su imaginación desbordante y fantasmagórica. Ya no es solamente el programa de una acción común para oponer una barrera a las ambiciones napoleónicas; los dos amigos no se contentan con tan poco: aspiran nada menos

que a salvaguardar la paz del mundo mediante una reconstrucción total de Europa y la instauración de un nuevo derecho público.

Necesariamente, habrá primero una guerra, una gran guerra; no dudan que Napoleón sucumbirá en ella. En seguida, elevándose por sobre todos los egoísmos nacionales y dinásticos, se corregirán todas las fronteras. En el mapa así retocado, nadie reconocerá ya el rostro deforme y grotesco del antiguo continente. Para terminar esta obra pacificadora, todos los estados se comprometerán "a no comenzar nunca más una guerra sino después de haber agotado los medios que una mediación tercera puede ofrecer". Y, como supremo coronamiento, se instituirá "una Liga cuyas estipulaciones formarán un nuevo código de derecho de gentes, que llegará a ser fácilmente la regla inmutable de la conducta de los gabinetes, tanto más cuanto que los que pretendieran infringirla, correrían el riesgo de atraer contra ellos todas las fuerzas de la nueva unión..." Ciento quince años más tarde, la ironía trascendental, que preside las aventuras políticas y morales de las sociedades humanas, ha querido que esta quimera nebulosa, creada por dos eslavos, resucite más ingenua y más absurda todavía en el cerebro de un anglosajón. Las perpetuas vueltas y repeticiones de la historia podrían hacer creer, a menudo, en la metempsicosis.

Fácil es imaginar lo que William Pitt debió de experimentar cuando Novossiltsoff le desarrolló su generosa utopía.

Sin embargo, retiene los rudos sarcasmos que, en cualquiera otra ocasión, le hubieran brotado de los labios; pues en ese fárrago de ilusiones y de sublimidades, un punto le parece de primordial importancia: el autócrata ruso ofrece positivamente la cooperación de sus armas para atacar a Napoleón, quitarle la supremacía de Europa y "obligar a Francia a volver a sus límites antiguos o a otros que parecieran convenir mejor para la tranquilidad general de los pueblos..." He ahí, en verdad, algo que merece la más seria atención. En cuanto a lo demás, en cuanto al retoque del mapa europeo y a la renovación del derecho público, se examinarán todos estos grandes problemas ulteriormente... después de la victoria. Así, pues, con muchas restricciones, veladas de hermosas palabras y de vagas promesas, el ministro inglés adopta el plan ruso, agregando que pronto enviará a San Petersburgo el proyecto de un pacto formal. Concluye con estas palabras, que suenan deliciosamente a los oídos de Novossiltsoff: "En cuanto a los subsidios, los llevaremos tan lejos como el estado de nuestra hacienda nos lo permita; daremos cinco millones de libras esterlinas y quizá si hasta algo más..." Armar el continente, pagar a los proveedores de hombres, ¿no es éste el preliminar obligatorio de toda acción británica? Pues bien, ¿qué depósito de hombres más abundante que Rusia? Y allá no hay ningún parlamento al cual se deban dar cuentas o explicaciones; ningún control de la opinión pública. Para el comercio de las vidas humanas, ningún mercado ofrece tantos recursos y facilidades como el imperio de los Romanoff... Tráfico abominable, dirá pronto Na-

poleón. que, sin embargo, en este asunto, no tenía la conciencia completamente pura: "La sangre humana—exclamará con una generosa indignación—ya no es hoy día más que una mercadería en las manos de los ingleses".

En el proyecto del *Foreign Office*, que llegó a ser el tratado del 11 de abril de 1805, nada subsiste de la ideología eslava; éste es únicamente lo que debe ser un tratado semejante: una máquina de guerra.

Inmediatamente después de la firma, Alejandro es presa de tal espanto, que esboza una última tentativa de arreglo con Napoleón. Demasiado tarde: el autócrata ruso no es ya libre de sus ademanes, y William Pitt se lo hace sentir.

El 9 de agosto de 1805, Austria, habiendo comprendido por fin que toda Italia va a caer bajo la garra napoleónica, accede al pacto anglorruso del 11 de abril.

Ahora, la Tercera Coalición está formada. Van a seguir once años de matanzas, de horrores y de catástrofes. En los libros del destino, dos nombres centellean ya, dos nombres desconocidos, pero que la menor clarividencia de las sibilas podría deletrear fácilmente: *Austerlitz*, *Trafalgar*.

## CAPITULO QUINTO

En la temeraria aventura en que se compromete contra Napoleón, el zar no ve sino una carrera rápida y gloriosa, una cruzada heroica y triunfal por la salvación de Europa; estado defectuoso del ejército ruso. — El 21 de septiembre de 1805, Alejandro abandona a San Petersburgo después de un solemne oficio en Nuestra Señora de Kazán. Preocupaciones supersticiosas; Kondratj Selivanoff: "el Cristo eunueo".—Mientras sus tropas se encaminan hacia Austria, el zar se dirige a Pulawy, dominio ancestral de los Chartoryski, cerca de Varsovia; sus designios quiméricos con respecto a Polonia.—En su marcha de concentración hacia el Danubio, las tropas francesas violan el territorio prusiano de Anspach; emoción de Alemania. El zar se precipita a Berlín. Azoramiento de Federico Guillermo. La reina Luisa, "Armida"; su romance con Alejandro: "el fascinador".—Dos truenos: la capitulación de Ulm y el combate de Elehingen. Negociaciones de Potsdam. Entrada en escena de Metternich. El tratado secreto del 3 de noviembre de 1805. Conjuración nocturna en la tumba de Federico el Grande. Después de largos rodeos, Alejandro se une con su ejército, el 18 de noviembre. Primeras desilusiones; el viejo Kutusoff: "la marcha inevitable de los hechos".—2 de diciembre de 1805, "Austerlitz, mi más hermosa batalla". El ejército ruso en dispersión; huida humillante del zar.

En vísperas de hacer frente a Napoleón en los campos de batalla, Alejandro ¡ha elevado, sin duda, al máximo su poder militar, el abastecimiento de sus arsenales, la instrucción de sus tropas? No; nada de eso... Las cuestiones de efectivos, de maniobras, de municiones, de vestuario, de subsistencias, de transportes, todo lo que no es revistas de parada con hermosos uniformes lo aburre. La aventura a que se lanza tan tranquilamente, se desarrolla ante sus ojos como una guerra de espectáculo y de magnificencia, una empresa de paladín, una carrera gloriosa y rápida, una cruzada heroica y triunfal por la salvación de Europa. Diríase que ya prevé las apoteosis de que se embriagará diez años más tarde. Pero cuando uno se pregunta qué interés específicamente ruso lo pone tan belicoso, no descubre ninguno.

Por lo demás, en ese momento está muy preocupado por sus galanterías amorosas. No es que ya sea insensible a las seducciones de su bella Naryschkina; pero, aunque sigue adorándola, le da a menudo efímeras rivales: damas del palacio, damas de honor, actrices francesas y hasta pequeñas burguesas rusas.

\*  
\* \* \*

El 21 de septiembre de 1805, una mañana fría y triste, abandona a San Petersburgo, después de solemnes devociones en Nuestra Señora de Kazán.

Los pensamientos que había tenido durante el oficio no eran quizá de una ortodoxia perfecta: dos días antes había recibido misteriosamente a un singular personaje, un heresiarca mutilado, Kondrati Selivanoff, el apóstol de los *Skoptzy*. La doctrina de este místico se fundaba en las palabras del profeta Isaías: "Entonces el Señor Dios dijo a los eunucos: A los que observen estrictamente mi ley, les asignaré un lugar privilegiado en mi casa; les atribuiré un rango de predilección entre mis hijos y mis hijas; les daré un nombre eterno y que no perecerá". Enseñaba, pues, la necesidad de substraerse, mediante un sangriento sacrificio, a las infernales tentaciones de la carne. Y sus discípulos se contaban por millares. En vano la Iglesia lo había agobiado con sus rigores. La santidad de su alma se había manifestado por pruebas tan sorprendentes que una aureola extraordinaria lo rodeaba. Muchos de sus fieles, no dudando que fuese la verdadera encarnación del Salvador, no querían llamarlo sino "el Cristo eunuco". Por sus creencias, había padecido varios años en el presidio de Irkutsk. Pero un día, Pablo I, a quien le habían referido fantásticas historias sobre el santo heresiarca, quiso conocerlo y, habiéndolo agraciado, lo hizo volver de Siberia. El drama del 23 de marzo de 1801 había impedido el encuentro de estos dos locos. Pero Alejandro I, adoptando la idea paterna, había ordenado que se hospedara a Selivanoff en un monasterio de San Petersburgo, y de vez en cuando conversaba con él; pues algunos días el "Cristo eunuco" veía el porvenir. Pues bien, esta vez, su presciencia le había permitido afirmar al zar que aun no había llegado el momento de atacar al "francés maldito".

En julio de 1914, otro "hombre de Dios", otro *Bojy tcheloviek*, el inundo Rasputin, se pronunciará también violentamente contra la guerra: "Te lo repito una vez más—le escribirá a Nicolás II—, una nube terrorífica se extiende sobre Rusia; por todas partes, lágrimas, un océano de lágrimas... Y en cuanto a la sangre, no encuentro palabras: es demasiado horroroso... Ni una sola luz de esperanza..." La razón ocupa tan poco lugar en la conducta de los asuntos humanos, que el instinto adivinatorio concuerda muy bien con el trastorno del espíritu.

\*  
\* \* \*

Mientras las tropas rusas, mal equipadas y mal alimentadas, se encaminan lentamente por Polonia hacia Austria, Alejandro se dirige a Pulawy, dominio ancestral de los Chartoryski, sobre el Vistula.

Hay multitud en la suntuosa residencia. El autócrata recibe allí una entusiástica acogida; las fiestas no se interrumpen durante quince días seguidos.

En sus conversaciones con los representantes de las grandes familias, en las que se ha conservado el fuego sagrado de las esperanzas nacionales, deja entender que, inmediatamente después de derrotar a Napoleón, restaurará la unidad de Polonia bajo la égida rusa. Es tan elocuente, tan encantador, tiene miradas tan penetrantes y sugestivas, que ninguno de sus auditores duda de que la gloriosa patria de los Boleslaos y de Sobieski esté en vísperas de resucitar. Al propio tiempo, brinda sus más delicadas atenciones a las bellas polacas, y les pregunta si tienen "comisiones para París". El seductor que es por naturaleza, gusta, en aquellos días, exquisitos placeres.

Pero en Alemania la situación se ha agravado súbitamente. Veinte mil franceses, que han partido de Hannóver y se dirigen hacia el Danubio, han violado insolentemente la neutralidad prusiana atravesando el territorio de Anspach. Explosión de furor y gritos de guerra en toda Prusia.

Queriendo aprovechar la circunstancia para arrastrar a Federico Guillermo, y temiendo "que éste se amengüe una vez más delante de Napoleón", Alejandro abandona bruscamente a Pulawy y se dirige a Berlín, donde llega el 25 de octubre.

Se le prodigan los honores. En seguida lo llevan a Potsdam para gozar más íntimamente de su presencia. Pronto se da cuenta de que Federico Guillermo está más nulo, temeroso y vacilante que nunca. La reina Luisa, por el contrario, es admirable de valentía y de altivez. Los aplausos que provoca en todas partes no la halagan menos en su coquetería femenina que en su orgullo real. Se anuncia ya lo que pronto ha de ser: la encarnación del patriotismo prusiano, el ídolo de la corte, del ejército y del pueblo.

No era esta la primera vez que ella encontraba al monarca ruso. Se habían conocido en 1802, durante una corta visita de Alejandro a Memel, donde maniobras militares habían llamado a Federico Guillermo.

Nacida princesa de Mecklemburgo, de veinticinco años de edad, está ahora en la flor de la belleza. Por la fineza de sus rasgos, la llama de sus ojos, la elegancia de sus líneas, la gracia de su ingenio, la seducción y el magnetismo que se desprenden de toda su persona, merece el nombre que Napoleón le infligirá más tarde como un insulto: "Armida". Muy sentimental, piadosa, mística, sedienta de en-

sueño y de emoción, es, no obstante, de una irreprochable virtud. Pero la coquetería de la cual nunca se priva, el placer que constantemente se da de probar en cualquiera el poder de sus encantos, en fin, cierta ífebrilidad que a menudo la pone ojerosa, permiten aplicarle esta reflexión de La Rochefoucauld: "Hay pocas mujeres honradas que no estén cansadas de su oficio". Ella tiene derecho a estar más cansada que muchas otras; pues, verdaderamente, Federico Guillermo es demasiado aburridor y demasiado estúpido.

A la primera mirada había seducido a Alejandro o, como decía un testigo de ese encuentro, lo había "hechizado". Pero, como sucede a veces, ella misma se había cogido en sus encantos: Alejandro la había "fascinado". En pocos días habían recorrido una larga distancia en las peligrosas vías de la intimidad platónica.

Después de la partida del "fascinador", la reina escribió a su hermano: "La entrevista de Memel ha sido divina... Te envío adjunto mi *Diario*, el depósito más sagrado que poseo. Devuélmelo inmediatamente, en el nombre de las llagas de Cristo".

En su exaltación novelesca, la virtuosa Armida, ¿no fué imprudente? Un detalle, que se lee en las *Memorias* del príncipe Charotryski, obligaría a creerlo. Al regresar de Memel, Alejandro le contó "que había estado seriamente alarmado por la disposición de las piezas que comunicaban con las suyas, y que, durante la noche, se encerraba dando dos vueltas a la llave de sus cerraduras para que no vinieran a sorprenderlo e inducirlo a tentaciones peligrosas que quería evitar".

Bajo el pretexto de la política, el *fűrt* de Memel continúa, pues, agradablemente en Potsdam, cuando, el 30 de octubre, dos truenos, dos fulgurantes resplandores iluminan el horizonte berlinés: los austríacos atacados en el Danubio, en Elchingen, por el mariscal Ney, han sufrido una grave derrota, mientras el general de Mack, encerrado en Ulm, se ha visto obligado a capitular vergonzosamente con 32.000 hombres. Así, ningún obstáculo serio detendrá ahora a Napoleón en el camino a Viena.

En medio del desconcierto de la opinión pública, las deliberaciones se suceden en Potsdam varias veces al día. La reina interviene en ellas, impetuosa e irritada: su ardor, su heroísmo, las miradas y los estímulos de Alejandro, la alegría de descubrirse así enteramente ante ese amigo caballeresco, iluminan fantásticamente su belleza. También interviene aquí otro personaje; viene a "debutar" en el prestigioso papel que lo mantendrá, durante cuarenta y tres años seguidos, como principal personaje en la escena del mundo: el joven conde, el futuro príncipe de Metternich. Tal como se le ve hoy día, tal permanecerá durante toda su carrera, impertinente, vanidoso, frívolo, destastando a Francia, despreciando a los Hohenzollern y a los Romanoff, desprovisto de todo principio y de todo escrúpulo, pero notable de clarividencia, de astucia y de tenacidad.

Después de incoherentes discusiones, que a menudo se prolongan hasta avanzadas horas de la noche, Federico Guillermo, abruma-

do, aturdido más bien que persuadido, se resigna, el 3 de noviembre, a participar en la coalición austrorrusa.

Los ministros Hardenberg y Hauwitz, redactan apresuradamente una serie de protocolos, en cuyos términos Prusia interpondrá su mediación entre los beligerantes. Se intimará a Napoleón a suscribir, antes del 15 de diciembre, en condiciones inaceptables. Su negativa que no es dudosa, obligará al gobierno prusiano a poner en marcha, contra él, 180,000 hombres. El juicioso Metternich querría, sin embargo, que el plazo asignado a Napoleón fuese de cuarenta y ocho horas a lo sumo, es decir, un ultimátum. Con una sorprendente perspicacia, declara: "Si dejáis a Bonaparte tiempo para tomar otro camino, nos decartará a uno tras otro". Por abrumado que esté, Federico Guillermo encuentra fuerzas para rechazar esta proposición adivinatoria.

Se cambian las firmas en el departamento de Alejandro, como para hacer notar la preeminencia del Romanoff sobre el Hohenzollern, como si Federico Guillermo no fuera más que el vasallo del autócrata ruso.

Habiendo terminado su obra, el zar fija su partida para el día siguiente, por la noche.

Pero, para consolidar mejor la unión de los dos soberanos, para garantizarse contra un posible desfallecimiento de su marido, la reina imagina un epílogo teatral, que daría, a cualquiera renegación de la fe jurada, el carácter de un sacrilegio.

El 4 de noviembre, a medianoche en punto, los tres monarcas salen misteriosamente del palacio y, recorriendo las calles desiertas, se dirigen a pie hacia la iglesia de la guarnición, donde penetran por una puerta falsa. En seguida, a la débil luz de una antorcha entran en la cripta donde reposan las cenizas de Federico el Grande. Después de haberse recogido piadosamente delante del sarcófago, el emperador y el rey, cogidos de la mano, mirándose a los ojos, cambian el juramento de una eterna amistad. La reina Luisa, muy pálida, envuelta en un manto negro, parece presidir esta conjuración fúnebre de la que los manes del rey filósofo, el amigo de Voltaire, "el príncipe de los escépticos y de los renegados", deben haberse reído.

Al regresar de la iglesia, Alejandro se despide de sus huéspedes y sube al coche.

\*  
\* \* \*

Su ejército, que ha venido por Polonia, se concentra en Moravia; su estado mayor lo espera en Olmütz.

El tiempo urge: Napoleón se acerca a Viena a marcha forzada. Sin embargo, Alejandro no se rehusa el placer de ir a ver a su hermana María, esposa del príncipe heredero de Sajonia-Weimar. Este rodeo lo hará perder cuatro o cinco días. No importa...

"En Weimar—escribe Chartoryski—, fuimos recibidos con testimonios de un verdadero afecto. Después de trabar conocimiento con varios autores ilustres, que se encontraban reunidos en la corte, con Goethe, Schelling, Herder, Wieland, continuamos nuestro camino. Alejandro tenía prisa por llegar a Olmütz, donde lo esperaba el emperador Francisco..."

Al abandonar "la deliciosa Atenas de Alemania", el 13 de noviembre, recibe inquietantes noticias sobre el desarrollo de la maniobra francesa, y escribe a Federico Guillermo: "Los asuntos están en una situación mucho más alarmante de lo que suponíamos a mi partida de Berlín; cada momento es precioso; la suerte de Europa está en vuestras manos".

Ese mismo día, el 13 de noviembre, Napoleón se instala en el palacio de Schoenbrunn, el antiguo palacio de María Teresa, donde, veintisiete años más tarde, su hijo, el Rey de Roma, privado de todas las grandezas prometidas, adornado de un título irrisorio, morirá de nostalgia y de consunción, bajo el uniforme de un capitán al servicio de Austria.

Por fin, el 18 de noviembre, Alejandro, habiendo tenido que atravesar oblicuamente toda la Bohemia para llegar a Moravia, está en Olmütz.

70,000 rusos y 12,000 austríacos, he ahí todas las fuerzas que los dos soberanos unidos pueden oponer a los 75,000 hombres de Napoleón. El resto, que se reunirá no se sabe cuándo, se agota en marchas y contramarchas en los caminos de Bohemia y de Silesia. No hay servicio de intendencia; las tropas, hambrientas, se ven a menudo reducidas al pillaje. Ningún comando superior; ninguna voluntad directriz. El viejo general Kutusoff, aburrido, soñoliento y fatalista, pero de una sangre fría a toda prueba, porque desde hace tiempo está resignado "a la marcha inevitable de los hechos", parece haber tomado por modelo el sorprendente retrato que Tolstoi hará de él en *La Guerra y la Paz*.

¿Cómo va a reaccionar el zar ante este rudo contacto con las realidades de la guerra, con lo que Napoleón llamaba "el juego embriagador de las batallas", y Bismarck, más prosaico, "los juegos sangrientos de la fuerza y del azar"?

Sobre este punto, poseemos, para el conocimiento de su psicología personal, un documento de primer orden, una carta que su gran amigo polaco, que no lo abandonaba, le escribió cuatro meses más tarde, bajo el efecto de una amarga desilusión: "A vuestra llegada a Olmütz, Sire, fué posible notar dos ideas dominantes entre las personas que se acercaban a vos. Las unas habrían estado de acuerdo en abandonar la partida sin recurrir a las armas; otras parecían no desear más que batirse cuanto antes posible para marcharse en seguida. Solamente en un pequeño número se advertía esa voluntad reflexiva e inquebrantable que es la única que puede asegurar la victoria... A consecuencia de los diferentes informes que llegaban a Vuestra Majestad Imperial, pasábamos, en el curso de una mañana,

de un exceso de abatimiento a un exceso de seguridad. Durante este tiempo, no se hacía más que gritar contra la miseria y contra los austríacos. Hubiera sido más político y más generoso reanimar el valor de éstos por medio de consideraciones y algunos elogios, que humillarlos y exasperarlos haciéndoles sentir nuestra superioridad y lanzando contra ellos sarcasmos demasiado públicos para que no los advirtieran, de suerte que los militares de los dos ejércitos aliados se detestaron pronto entre sí con más fuerza que detestaban a los franceses... A la llegada de Vuestra Majestad al ejército, los generales no vieron ya esa resolución de sacrificarlo todo por triunfar, que divisaban de lejos: fueron accesibles a opiniones que creyeron las vuestras. Era urgente que Vuestra Majestad abandonase a Olmütz para dejar que las operaciones tomaran su curso natural".

El 1.º de diciembre, por la noche, Napoleón se felicita del "curso natural" que han seguido las operaciones.

En Schlapnitz, ante un fuego de vivaque, conversa libremente con sus oficiales: les habla del gran Corneille y de la renovación que desea para la tragedia moderna.

—Ahora, la política es la que debe reemplazar, en el teatro, a la fatalidad antigua, esa fatalidad que hace a Edipo criminal sin que sea culpable...

Concluye dándole esta hermosa máxima: "Querer vivir y saber morir". Pero, bruscamente, invadido por un pensamiento que desde la campaña de Egipto se le venía a menudo a la cabeza, exclama:

—¡No haber salido vencedor en San Juan de Acre!... Tomaría el turbante; haría usar calzones anchos a mi ejército; ya no lo expondría sino como último recurso; haría de él mi batallón sagrado, mis Inmortales. Con árabes, griegos, armenios, habría terminado la guerra contra los turcos. En lugar de una batalla en Moravia, ganaría una batalla de Iso; me proclamaría emperador de Oriente, y volvería a París por Constantinopla.

Su ayudante de campo, Ségur, suelta estas palabras:

—Pero, Sire, ¿no estamos en el camino de Constantinopla?

Si el eco de estas palabras, lanzadas en la noche, llegara a los oídos de Alejandro, ¡qué angustia le oprimiría el corazón!

\*  
\*  
\*

2 de diciembre, Austerlitz. "Mi más hermosa batalla"—dirá siempre Napoleón.

¡Ay! ¡Un lamentable recuerdo para Alejandro! En medio de la confusa refriega que pronto se transforma en derrota, sus nervios lo traicionan y toda su moral se abate. Chartoryski, llevando un poco lejos lo que él llamaba "el derecho de una franqueza legítima", se atreverá a recordarle cruelmente: En Austerlitz, vuestra presencia

no fué de ninguna ventaja. *Precisamente, en el sitio donde os encontrabais, la derrota fué inmediata y completa.* Vuestra Majestad misma tuvo su parte en ella, y debió alejarse apresuradamente; vuestra partida aumentó la confusión y el desaliento. . . .”

Mientras tanto, ha llegado la noche, glacial. Separado de su estado mayor y de sus coches, acompañado solamente de Chartoryski y de tres cosacos, quebrantado de fatiga y de vergüenza, quemado por la fiebre, torturado por dolores al estómago, llorando cuando se detiene para dejar tomar aliento a sus caballos o satisfacer sus necesidades, cayendo a veces de sueño en alguna choza arruinada, llega, al tercer día, a Holitsch, donde, por fin, no corre el riesgo de ser capturado por las vanguardias francesas.

Así termina, pues, esa cruzada generosa que, en sus primeros sueños, le había aparecido triunfal.

## CAPITULO SEXTO

La vuelta a San Petersburgo. Acerbas recriminaciones contra el vencido de Austerlitz. La corte de la emperatriz viuda, María Feodorovna, llega a ser un ardiente foco de oposición.—Consecuencias de la victoria francesa; el Oriente amenazado: “Debemos hacer saber a Bonaparte que estamos dispuestos a recomenzar la guerra antes que a consentir sus avances en Turquía”.—Despertar del patriotismo alemán; ruptura entre Francia y Prusia. Arrastrado por su novelesca devoción a la reina Luisa. Alejandro promete su apoyo a Federico Guillermo.—El 14 de octubre de 1806, “el ejército invencible de Federico el Grande” es destruido en Jena.—Espanto y estupor en toda Rusia. El Santo Sínodo lanza anatemas contra Napoleón. El zar confirma a Federico Guillermo “su adhesión sin límites al principio de una indisoluble unión entre Rusia y Prusia”. — El general Bennigsen, “el asesino en jefe”, es generalísimo. Ruda campaña de invierno; batallas indecisas de Pultusk y de Eylau. El 14 de junio de 1807, brillante victoria de Napoleón en Friedland: “Mis águilas son enarboladas sobre el Niemen”.— Encuentro de los dos soberanos en Tilsit; abrazos, negociaciones y fantasmagorías: “Yo le pregunto si todo esto no parece un sueño. . . .”— Lamentable intervención de Federico Guillermo: “Es tan estúpido como un sargento instructor. . . .” Llegada de la reina Luisa; vanas esperanzas que ella funda en Alejandro; heroica altivez de su actitud; palabras vulgares y desagradables que le dirige Napoleón.— Los tratados de Tilsit; la parte de la realidad, de la ficción y del espejismo. Entre los dos emperadores, ¿cuál ha comprendido mejor al otro?

La vuelta a San Petersburgo es una amarga prueba para Alejandro. El soberano y sus compañeros de armas apenas se atreven a mostrarse en público. Según la expresión de Novossiltsoff, “temen la plena luz como los buhos”.

En los salones, donde la sociedad rusa encuentra el único medio de expresar su opinión, se oye un concierto de recriminaciones y luego de sarcasmos, de burlas desdeñosas dirigidas al emperador, que se siente mortificado por ellas.

Este movimiento de oposición y de hostilidad encuentra un precioso apoyo en la emperatriz viuda, María Feodorovna. Tan alta y cortante como su hijo es dócil y fugitivo, ella le hace oír crueles verdades sobre los errores, las imprudencias y las torpezas de su política; le reprocha duramente la elección de sus colaboradores, y sobre todo su confianza ciega en Chartoryski: "Recordad mi profundo dolor cuando lo nombrásteis en el ministerio, y todas las representaciones que os dirigí, y todas las predicciones que os hice sobre las consecuencias que de ello resultarían..."

Pero en ninguna parte la humillación de Austerlitz es experimentada más duramente que en el cuerpo de oficiales. No se explican, no admiten que una sola batalla haya obligado a Rusia a depone las armas, y reclaman un pronto desquite. Más aun, algunos descontentos llegan hasta decir que, si el zar no se rehabilita pronto, se le hará sufrir la suerte de su padre.

Instruido de estos propósitos, o adivinándolos, Alejandro se sume nuevamente en "las terribles meditaciones y los ramodimientos desesperantes" en que Chartoryski lo ha sorprendido ya tantas veces.

A medida que pasan las semanas y llegan los informes de Berlín, de Viena, de Munich, de Stuttgart, de Londres, de Nápoles, se advierten mejor las enormes consecuencias de Austerlitz. Así como las ven ahora, así Napoleón, al día siguiente de su victoria, las supuso complacientemente al papa Pío VII: "Soy ahora como Carlomagno, puesto que reino la corona de Francia y la de los lombardos, y que mi imperio continúa en el Oriente".

Inmediatamente, la diplomacia francesa en Constantinopla redobla su insistencia y su actividad. El 2 de mayo de 1806, Napoleón ha nombrado embajador ante la Sublime Puerta a uno de sus más vigorosos oficiales, el general Sebastiani. Para las instrucciones del nuevo plenipotenciario, el mismo emperador ha dictado a Talleyrand este programa conciso y perentorio: "1.º Triple alianza entre yo, la Puerta y Persia contra Rusia. 2.º Que la unión con la Puerta aparezca claramente a Rusia, a Inglaterra y a toda Europa. 3.º Cerrar el Bósforo a los rusos. 4.º No quiero dividir el imperio de Constantinopla; aunque quisieran ofrecermé las tres cuartas partes de él, no lo quiero; deso consolidar este imperio y servirme de él como oposición a Rusia". Turquía va a llegar a ser de este modo, el campo de batalla entre Rusia y Francia.

Cuando esta perspectiva inesperada se descubre en San Petersburgo, provoca allí la indignación. A cualquier precio hay que apartar a Napoleón del Oriente que, desde el testamento de Pedro el Grande está prometido a los Romanoff.

Sobre esto, Chartoryski no vacila: "Debemos hacer saber a Bonaparte que estamos dispuestos a recomenzar la guerra antes que a consentir sus avances en Turquía o dejarle adquirir una notoria preponderancia en este imperio".

Y para apoyar esta declaración conminatoria, propone ocupar militarmente Moldavia y Valaquia. "Esta vez Bonaparte comprenderá".

Pero pronto un peligro más directo y más inminente se cierne sobre Europa: las relaciones entre Berlín y París están extremadamente tirantes.

Después de Austerlitz, Federico Guillermo ha perdido la cabeza. En su confusión, ha buscado simultáneamente dos alianzas contradictorias, la una con Rusia, la otra con Francia. Pero Napoleón no ha sido víctima de esta truhanería, tanto más cuanto que un elemento nuevo en la historia de Prusia, la rebelión del orgullo nacional, sobreexcita ruidosamente a la población del reino. Es éste el primer despertar del patriotismo alemán, que se revelará tan unánimemente en 1813, y que Napoleón, para desgracia suya, no comprenderá.

En el mes de junio de 1806, como la guerra parece inevitable, Federico Guillermo apela a la generosidad de Alejandro.

Armida había calculado bien al imaginar la escena romántica de Potsdam. Su recuerdo permanece grabado en el corazón del zar, que tal vez asocia a él otros recuerdos más íntimos.

La constancia de su apego a los monarcas prusianos primeramente había extrañado, y, en seguida, chocado en los salones rusos, donde la inercia del Hohenzollern durante la campaña de Moravia era generalmente calificada de traición. Habíase formado un numeroso partido que hubiera querido, por el contrario, que se acercara a Francia. Puesto que decididamente Bonaparte era el más fuerte, ¿por qué no entenderse con él? Se repartirían enormes beneficios; "se comerían los pasteles juntos".

Alejandro no había cesado de mantener con Federico Guillermo una correspondencia afectuosa. El 10 de marzo de 1806, le escribía, por ejemplo: "La unión más íntima entre Prusia y Rusia me parece más que nunca indispensable. En todos los momentos de peligro, recuerde Vuestra Majestad que tiene en mí un amigo dispuesto a volar en su ayuda. Vuestras palabras y vuestras determinaciones pueden apoyarse resueltamente en todas las fuerzas que Rusia está pronta a enviarnos en cuanto lo juzguéis oportuno".

Hacia el mismo tiempo, la reina, que no cesa de ver en él a su "ángel de consolación", el único sostén de su débil esposo, el magnánimo defensor de su corona y de sus hijos, el maravilloso adivinador de sus tristezas conyugales y de sus aspiraciones íntimas, le recuerda tiernamente "el peregrinaje nocturno a la tumba de Federico, ese último día de felicidad..." ¡Cuánta emoción ferviente y contenida hay en esta frase que termina una de sus cartas! "Para creer en la perfección, hay que conocerlos". Y en esta otra frase: "Os repito que creo en vos como en Dios..."

En vano Chartoryski suplica a Alejandro que interrumpa el juego de sus adulaciones y zalamerías con Prusia, y se una al sistema francés. Hasta se atreve a incriminar las relaciones personales de su señor con la corte de Berlín; no teme decirle que el desastre de

Austerlitz tiene su primer origen en su visita a Memel, en 1802: "La amistad íntima que, al cabo de algunos días de conocimiento, contrajo allí Vuestra Majestad Imperial con el rey, hizo que ella no considerase ya en Prusia un estado político, sino una persona que le era querida y hacia la cual creía tener obligaciones particulares. Esta unión personal, contraída con el soberano de una potencia cuyos intereses son, lo más a menudo, opuestos a los de Rusia, influyó considerablemente en la marcha de nuestro gabinete, lo obstaculizó continuamente e impidió por fin el desarrollo de las medidas vigorosas al comienzo de la campaña. . . ." Naturalmente, cuando Chartorvski trae a cuento las relaciones personales del emperador con el rey, alude a su intimidad con la reina; el estúpido Federico Guillermo no es, seguramente, "la persona querida" hacia la cual Alejandro creía haber contraído "obligaciones particulares".

Todos sus consejeros le dicen las mismas palabras. Y su madre, la emperatriz María Feodorovna, abrega a ellas una amonestación profética: "El afecto de vuestro abuelo a la corte de Prusia no le fué menos funesto. Os ruego que dediquéis toda vuestra atención a que no se pueda acusaros de sacrificar a ella los intereses y la gloria de Rusia".

Según el gran duque Nicolás Mijailovich, el único historiador al cual se han abierto los archivos íntimos de los Romanoff, la política de Alejandro I en esa época no puede explicarse sino por su novelesca devoción a la reina Luisa.

\*  
\* \*

Mientras tanto, toda Prusia está en efervescencia. En los salones de la corte y de la nobleza, en los cuarteles, en el teatro, en las oficinas de los diarios, y hasta en las calles, en cuanto se divisa un regimiento no se oyen más que insultos y provocaciones a Francia.

El 8 de agosto de 1806, Federico Guillermo, exasperado por la exaltación belicosa de su pueblo, ruega al zar que le preste ayuda. Luego, al día siguiente, ordena la movilización general de sus tropas y, para comandarlas, escoge al viejo duque de Brunswick, ya bien conocido de los franceses por el injurioso Manifiesto de 1792: "*Entregaré la ciudad de París a una ejecución militar y a una subversión total sin ninguna esperanza de perdón*".

El 14 de octubre, el ejército prusiano, "el invencible ejército de Federico el Grande", es destruido en Jena; el duque de Brunswick es muerto; Rosbach y el Manifiesto de 1792 están vengados. El 27 de octubre, Napoleón hace su entrada solemne en Berlín, después de haber ocupado todas las fortalezas del reino, Hameln, Spandau, Stettin, Prenzlau, Custrin, Magdeburgo, sin encontrar en ellas la menor resistencia. La pareja real está en fuga hacia Graudenz, sobre el Vístula, y en seguida mucho más lejos, hacia Ortelsburgo, Königsberg, Memel. El estado prusiano ya no existe.

\*  
\* \*

Estas noticias, rápidamente conocidas en los círculos oficiales de San Petersburgo, no se publican en Rusia sino a fines de noviembre; producen una impresión de estupor y de espanto: "No solamente Prusia está perdida; con ella lo está toda Europa".

El 28 de noviembre, la Santa Iglesia Ortodoxa, por boca del Santo Sínodo, fulmina el anatema contra Napoleón, el perturbador del mundo, el enemigo de la religión cristiana, el destructor de coronas, el autor de los más execrables delitos, el apóstata que se ha instituido en defensor de Mahoma en Egipto, que construye sinagogas en Francia, que pretende restablecer en todas partes el culto de los ídolos. . . No se ignora que este llamado a "la guerra santa" sea deseado por el emperador, pues no se ignora que el Santo Sínodo está estrictamente sometido al poder imperial, del cual no es sino el órgano religioso.

En efecto, la resolución de Alejandro está tomada. Por segunda vez, va a medirse con Napoleón. A pesar de Austerlitz, a pesar de Jena, todavía no cree en el extraordinario genio del gran capitán, como tampoco cree en la inferioridad de sus tropas ni en la insuficiencia de sus generales. Confirma, pues, a Federico Guillermo, "su adhesión sin límites al principio de una indisoluble unión entre Rusia y Prusia". Y agrega: "Para consolidar la gran obra de una paz general, no solamente es preciso que Vuestra Majestad sea restablecida en la plena posesión de sus estados, sino también que Alemania sea libertada del yugo de los franceses y que éstos sean rechazados al otro lado del Rin".

Se puede creer que al tomar esta resolución temeraria, haya sido fuertemente impresionado por las públicas injurias con que Napoleón no cesa de agobiar a la reina Luisa.

En sus *Boletines del Gran Ejército*, el vencedor se encarniza contra la infortunada soberana, que ha llegado a ser para su pueblo lo que pronto será para la Alemania entera: la imagen heroica, la imagen santa de la patria. Desde la entrada en campaña, él la denuncia a Europa como el autor responsable de la guerra: "La reina de Prusia está en el ejército, vestida de amazona, llevando el uniforme de su regimiento de dragones, escribiendo veinte cartas al día para avivar el incendio en todas partes. Parece ver a Armida, en su extravío, pegando fuego a su propio palacio. . . ." "Los prusianos acusan de sus desdichas al viaje del emperador Alejandro. El cambio que desde entonces se ha operado en el espíritu de la reina — que de mujer tímida y modesta, que se ocupaba de su casa, se ha tornado turbulenta y guerrera —, ha sido una súbita revolución. Ha querido inmediatamente tener un regimiento, ir al consejo. Ella quería sangre: la sangre más preciosa ha corrido. . . ." Casi diariamente, los *Boletines* la atacan, pasando alternativamente de la invectiva a la irrisión, ora haciendo de ella, como la Cleopatra del poeta latino, una es-

pecie de *fatale monstrum*, funesto al género humano, ora ridiculizando la frivolidad de su espíritu, sus gustos novelescos, y el desorden en que se habían encontrado en Charlottenburgo los papeles de estado y los retratos del zar mezclados, en sus cajones, con los adornos y los encajes perfumados. Forzando el tono, los diarios pagados por el cuartel imperial la tratan de manera más injuriosa todavía. En fin, el emperador mismo, en toda ocasión, habla de ella y de su culto por Alejandro, con bromas groseras. Nunca Napoleón justificó tanto la frase de Talleyrand: "¡Qué lástima que tan grande hombre haya sido tan mal educado!".

Así, pues, no solamente "para conjurar la ruina total de Europa" emprenderá Alejandro su nueva cruzada: quiere también castigar al ofensor de su querida Armada.

"Consagraré todos los medios a mi alcance a defender la buena causa"—escribe a Federico Guillermo. Estos medios se reducen a 120 mil hombres y 486 cañones. He ahí todo el concurso que el ejército ruso puede aportar a los 14,000 hombres y 92 cañones que representan los últimos restos del ejército prusiano. Pues bien; Napoleón dispone ya de 120,000 hombres sobre el Vístula, y recibirá pronto otros 80,000.

Para las funciones de generalísimo, Alejandro ha vacilado mucho; en seguida su elección ha recaído en el general Bennigsen; no podía escoger mejor. Presente en San Petersburgo en 1801, Bennigsen había desplegado cualidades poco comunes de audacia y de sangre fría en la noche trágica del 23 de marzo. Sin duda, a él, a su espíritu de mando, se había debido el buen resultado de esa tumultuosa operación. Y Joseph de Maistre no exageró la importancia decisiva de su papel cuando lo sobrenombró "el asesino en jefe".

Comenzadas el 23 de diciembre, las hostilidades se desarrollan con lentitud en las nieves, las brumas y las hondonadas de la Polonia septentrional y de la Prusia oriental. Falta de víveres, falta de forraje, falta de municiones, falta de hospitales; impericia, negligencia y querellas de los estados mayores: las tropas rusas vuelven a encontrar allí todas las miserias que, el año anterior, habían hecho inútil su valentía en Moravia.

Después de seis meses de agotadores esfuerzos, después de las batallas indecisas de Pultusk y de Eylau, estas desdichadas tropas sufren un irreparable fracaso en Friedland, el 14 de junio de 1807, el día aniversario de Marengo. Es el aplastamiento final.

Embriagado con su victoria, que tanto tardó en llegar, Napoleón la pregona magníficamente a los cuatro puntos cardinales: "El ejército ruso está aún más vencido que el ejército austriaco lo ha estado jamás... Se acabó la jactancia de los rusos... Mis águilas son enarboladas sobre el Niemen..."

\*  
\*  
\*

El 27 de junio, Alejandro y Napoleón se encuentran en Tilsit, donde se ha detenido la persecución del ejército francés. Allí permanecerán hasta el 9 de julio; no se abandonarán durante esos trece días.

La disposición de esta memorable entrevista, el decorado, la *mise en scène*, el trabajo de los actores y de las comparsas, todos los detalles de esta obra de gran espectáculo están desde hace tiempo fijados por la estamperia popular: la balsa en el Niemen; los dos emperadores exhibiendo su amistad; sus paseos sonrientes, de bracero, en la pequeña ciudad asombrada; sus interminables cabalgatas por las orillas del río y en las selvas vecinas; las paradas militares; las solemnes distribuciones de cruces a los más valientes de uno y otro ejército; las dos guardias imperiales congratulándose y fraternizando a los gritos entusiastas de: "¡Viva el emperador de Oriente!... ¡Viva el emperador de Occidente!..." En seguida, llegada la noche, los dos monarcas aislándose nuevamente para largas y misteriosas conversaciones, de las que cada uno sale diciéndose encantado del otro.

Y no son menos populares algunas de sus frases: Alejandro, comenzando su primera entrevista con estas palabras: "Sire, odio a los ingleses tanto como vos". Y Napoleón respondiendo: "Entonces, todo puede arreglarse, la paz está hecha". O bien, Napoleón recibiendo muy oportunamente un despacho que le anuncia el asesinato del sultán Selim en una revuelta de genizaros, mostrándolo al zar y comentándolo así: "He aquí un decreto de la Providencia que me dice que el imperio turco no puede vivir más...". O bien esta otra exclamación, menos agradable al oído del nieto de Catalina la Grande: "¡Constantinopla! ¡Constantinopla!... ¡Nunca, pues es la llave del imperio universal!..."

En el séquito, y como a la sombra de esos dos potentados que parecen repartirse el mundo, una humilde silueta, torpe y mendicante, se perfila de vez en cuando: es el rey de Prusia. No lo han invitado, solamente le han permitido venir. Para hospedarse, no ha encontrado más que un molino en los arrabales. Su rostro y su talante expresan a la vez la humillación, el ceño, el sufrimiento y la estupidez. El desdichado se siente importuno, y, por lo demás, Napoleón no tiene inconveniente en hacérselo sentir. Durante la primera entrevista de los emperadores en la balsa, él permanece a caballo, dos horas seguidas, a la orilla del Niemen, helándose bajo la lluvia, con los ojos ávidamente fijos en el pabellón con randas de oro, donde se decide el porvenir de su reino. En vano trata de introducirse en los conciliábulos imperiales. Una vez que acompaña a los dos amigos en una de sus cabalgatas, Napoleón se ofrece el cruel placer de distanciarlo con Alejandro, al galope, y verlo trotar ridículamente, solo, muy lejos, atrás. Una noche espera que por fin el vencedor de Jena y de Friedland preste oído a sus clamores. Pero inmediatamente Napoleón le hace una bro-

ma con respecto al uniforme arcaico que lleva, un traje a la moda de los húsares, cubierto de brandeburgos y de guarniciones: "¿Cómo hacéis para abrochar tantos botones?...". Y su diálogo queda ahí. Pero, inmediatamente, lo ha juzgado cruelmente: "Tan estúpido como un sargento instructor".

Mientras tanto, a veinte leguas de Tilsit, en las tristes y arenosas riberas del Báltico, en Memel, antigua fortaleza de los caballeros teutónicos, la reina Luisa, enferma, extenuada, "sufriendo todo lo que se puede sufrir", conserva todavía la esperanza de que su "ángel de consolación" sabrá alegar la causa de Prusia y de los Hohenzollern ante el implacable vencedor. "¡Ah! No nos abandonéis—le escribe ella—sin vos, ¿qué sería del rey y de mis hijos? Poco importa que yo sucumba con tal que el rey y el porvenir de mis hijos se salven... Yo perdería toda esperanza si vos no fueseis el árbitro de nuestros destinos".

Mientras que Alejandro y Napoleón evolucionan majestuosamente en el proscenio, el príncipe de Benevento, los príncipes Lobanoff y Kurakin, trabajan día y noche entre los bastidores, en la redacción de los protocolos. Entre ellos, ningún debate, ninguna controversia. Talleyrand dicta simplemente a sus colegas rusos las órdenes de su señor; pues el tratado, que se firmará el 7 de julio, no expresa otra cosa que la concepción napoleónica del imperio francés.

He aquí, pues, el nuevo estatuto de Europa, tal como el emperador de todas las Rusias lo acepta y lo sanciona.

Prusia, lastimosamente reducida y mutilada, pierde la mayor parte de su dominio polaco y todos sus territorios al Oeste del Elba, la mitad de su población. La Polonia prusiana formará en adelante el gran ducado de Varsovia, que gobernará el rey de Sajonia, dócil cliente de Francia. El zar consiente además en reconocer la Confederación del Rin, los reinos feudatarios de Holanda, de Nápoles y de Westfalia; somete así al poder napoleónico las dos terceras partes de Europa. Por último, se declara contrario de Inglaterra y promete observar el bloqueo continental. Es, pues, el trastorno y la retractación de las antiguas coaliciones: Francia coaliga ahora a Europa contra Inglaterra.

En premio de estas grandes ventajas, ¿no ha obtenido Alejandro grandes beneficios en Oriente?... No. Al comienzo de las negociaciones, ha debido abandonar a su terrible interlocutor las bocas del Catartar y Corfú, esos puestos avanzados de las ambiciones rusas en la costa de la península balcánica. Napoleón estima que Rusia no tiene ya nada que hacer en el Mediterráneo, el cual debe pertenecer a Francia; pues no duda que pronto expulsará de él a las escuadras británicas. Las ambiciones de Alejandro deben concentrarse, pues, solamente, en Turquía. Lo menos que pide es una hipoteca sobre una parte del imperio otomano, sobre el Bósforo y los alrededores de Constantinopla. Napoleón se la rehusa. Cuando Rusia le haya dado entera satisfacción en su duelo con Inglaterra, cuando la alianza franco-rusa haya derribado al león británico, entonces, pero solamente entonces, se exa-

minarán los grandes problemas que plantearía la disolución del imperio turco. En cuanto a dejar a la cruz ortodoxa y el águila moscovita cernerse sobre Bizancio, jamás. "Constantinopla es el imperio del mundo, es la llave del imperio universal".

De todos estos hermosos acuerdos diplomáticos, de los que muchas veces el escéptico de Talleyrand debió de sonreír, los acontecimientos próximos no dejarán subsistir gran cosa. Pero lo que da a la entrevista de Tilsit un inmenso interés para el historiador y el psicólogo, son los contactos personales de los dos emperadores. Uno y otro se revelan aquí en su naturaleza profunda, bajo los aspectos más curiosos.

¿Comprendió Napoleón a Alejandro? No; pero, por instinto, lo engañó maravillosamente.

Después de su primera conversación con el zar, en el decorado flotante del Niemen, escribió a la emperatriz Josefina: "Amiga mía, acabo de ver a Alejandro; he estado muy contento de él; es un emperador muy buen mozo, bueno y joven; tiene más inteligencia de lo que comúnmente se cree". Lo ha juzgado simpático, inteligente, serio, un buen joven; su hermosa mirada, su voz dulce y sus ingenuas efusiones le han garantido su sinceridad. ¿Habría descubierto, por fin, en ese monarca de treinta años (él tiene treinta y ocho), al gran aliado de que tanto necesita para derribar a Inglaterra y fijar los nuevos destinos del mundo?

Sí, ciertamente, cree que se ha conquistado la amistad, la durable y fiel amistad del autócrata ruso. Y es este uno de sus más grandes errores. Tiene un espíritu demasiado claro, demasiado simplista, demasiado latino; está demasiado apasionado por los héroes cornelianos y sus frases lógicas para penetrar el alma impulsiva y compleja, ondulante y sinuosa de este Romanoff, un alma que se diría escapada al poder creador de Shakespeare, Tolstói o Dostoiéwski. A lo sumo se puede admitir que haya observado, por instantes, algo extraño, obscuro, indefinible, en ese amigo seductor que nunca le resiste; pues pronto dirá a Metternich: "No se podría tener más inteligencia que el emperador Alejandro; pero encuentro que en su carácter falta una pieza, y me es imposible descubrir cuál es".

¿Fue Napoleón, o fue Alejandro quien propuso la entrevista de Tilsit? Ciertamente, el vencedor de Friedland la deseó; pues el inmenso esfuerzo que realizaba desde hacía un año, languidecía; la opinión francesa comenzaba a murmurar contra esa fastidiosa aventura que se eternizaba en los confines de Europa; Austria, en fin, parecía creer que había llegado la ocasión de "tentar nuevamente la suerte de las armas". Tenía, pues, necesidad de la paz.

A pesar de su derrota, Alejandro era más libre de continuar la guerra. Su ejército podía refugiarse detrás del Niemen, retroceder, en caso necesario, hasta el Dvina, donde ya no correría el riesgo de ser perseguido, donde se reorganizaría tranquilamente. Este era el plan de Bennigsen, la retirada indefinida hacia las profundidades ilimitadas del imperio, el plan que salvará a Rusia en 1812. Pero Alejan-

dro estaba muy lejos de ser el hombre de esas grandes resoluciones heroicas, cómo se verá cinco años más tarde. Y por otra parte, en su propio estado mayor, se formaban cábalas que reclamaban "la paz a toda costa". En fin, su hermano, el gran duque Constantino, excitado como siempre, se atrevía a decirle que nuevamente se cuchicheaba la siniestra amenaza que ya tantas veces le había quebrantado los nervios: "El emperador haría bien en recordar cómo murió su padre". Así, había solicitado de Napoleón un armisticio, preludio velado de una franca explicación sobre la paz.

Enviado a Tilsit para negociar la suspensión de armas, el príncipe Lobanoff es recibido cordialmente por Napoleón, quien, después de expresarse en los términos más halagadores con respecto al zar, propone reunirse con él para pactar la paz, y hasta una alianza. En seguida, extendiendo un mapa del Vístula ante los ojos del príncipe, dice bruscamente: "Mire, ésta debe ser la frontera de nuestros imperios... A un lado del Vístula debe reinar su soberano; al otro lado yo".

Tales palabras no podían dejar de inflamar la imaginación hiperemotiva de Alejandro. Olvida inmediatamente las solemnes declaraciones que ha reiterado a Federico Guillermo, "su adhesión sin límites al principio de una indisoluble unión entre los Hohenzollern y los Romanoff", su firme voluntad de libertar a Prusia, a Alemania, a Europa, y de "rechazar a los franceses al otro lado del Rin".

En su nuevo entusiasmo, escribe a Lobanoff: "Expresaréis al emperador Napoleón cuán sensible soy a todo lo que me ha mandado decir por vuestro conducto, y cuánto deseo que una estrecha unión entre nuestras dos naciones repare los males pasados. *Le diréis que encantado me entrego a la esperanza de que mi sistema favorito, el que desde hace tanto tiempo he deseado ver establecido, reemplace por fin este orden de cosas...*" Al releer esta última frase, juzga sin duda que ha ido un poco lejos en su impulso de neófito, pues la borra y la substituye por ésta, de un tono más moderado: "Le diréis que esta unión entre Francia y Rusia ha sido constantemente el objeto de mis deseos, y que abrigo la convicción de que sólo ella puede asegurar la felicidad y la tranquilidad del globo. Un sistema enteramente nuevo debe reemplazar al que ha existido hasta ahora, y creo que nos entenderemos fácilmente con el emperador Napoleón, porque trataremos sin intermediarios. Una paz durable puede celebrarse entre nosotros, en pocos días...". Así, los dos monarcas se pondrán de acuerdo solos, de hombre a hombre; lo arreglarán todo, inspirándose solamente en ellos mismos, en una libre efusión de sus almas generosas: serán sus propios secretarios, sin ministros, sin testigos.

El 29 de junio, escribe a su hermosa hermana Catalina, de dieciocho años de edad, su amiga íntima, demasiado íntima, la confidente de todos sus pensamientos: "Dios nos ha salvado. En lugar de sacrificios, salimos de la lucha con una especie de brillo. ¿Pero qué dirá usted de todos estos acontecimientos? ¡Yo, pasar mis días con Bona-

parte! ¡Estar horas enteras conversando a solas con él... Le pregunto a usted si todo esto no parece un sueño..."

En esta última frase, se descubre enteramente a nosotros. Vive en un sueño, en una ficción novelesca y teatral; desempeña un papel; es la víctima voluntaria y más o menos consciente de su propia ilusión. Como un actor, se emociona y se admira de su personaje, de sus discursos, de sus réplicas, de sus intenciones, de sus poses, de sus gestos. Con el poeta podría decir:

*Donc je marche vivant dans mon reve étoilé!*

Es éste un fenómeno bien conocido de los psiquiatras: la auto-sugestión imaginativa, la tendencia constitucional a crearse ilusiones capciosas, en las que la vanidad se despliega libremente, en las que la óptica de la escena deforma y vaporiza los contornos de las cosas. Falta todavía una incitación extraña, una circunstancia favorable. para desencadenar este mecanismo en un cerebro. En Alejandro, profundamente abatido por el desastre de Friedland, dos palabras de su vencedor han producido un sobresalto violento y una como sacudida eléctrica: "El Vístula debe ser ahora la frontera de nuestros imperios... Cuando marchemos de acuerdo, seremos los amos del mundo...". Su espíritu se ha complacido desde entonces en los horizontes indeterminados, en las perspectivas lejanas, fluctuosas y fantasmagóricas. Y así es cómo, habiendo abandonado toda Europa a Napoleón, se da por satisfecho con algunas promesas vagas en Oriente.

Cuando uno piensa en lo que hubiera hecho en semejante coyuntura uno de esos grandes realistas, uno de esos espíritus fríos y perspicaces que se llamaron Richelieu, Cromwell, Federico II, William Pitt, Cavour, Bismarck, se dice uno que indudablemente ninguno de ellos habría suscrito las quimeras de Tilsit.

Pero para los hermosos ojos de la reina Luisa, Alejandro ¿no ha obtenido al menos substanciales resultados en favor de Prusia? No.

Sin embargo, su conciencia, muy ingeniosa en casuística, no le reprocha nada. En su primera entrevista en la balsa, juzgó que sería impotente para salvar la monarquía prusiana: "He hecho—escribe a Federico Guillermo—todo lo que era humanamente posible... Me es cruel perder hasta la esperanza de seros útil como mi corazón lo hubiera deseado".

Seguramente, el tratado final expresa que si el emperador de los franceses, después de haber quitado a Federico Guillermo la mitad de sus estados, consiente, sin embargo, en restituírle la vieja Prusia, Pomerania, Silesia, Brandeburgo, es "por consideración a Su Majestad el Emperador de todas las Rusias". Y el propio Napoleón, la antevíspera de su partida, ha dirigido al plenipotenciario prusiano, el conde de Goltz, estas palabras: "Habiendo terminado mis negocios con el emperador Alejandro, ni siquiera tengo la intención de negociar con Prusia. Vuestro rey lo debe todo al caballeresco afecto del emperador Alejandro; sin él, la dinastía habría perdido el trono, y yo habría

dado la Prusia a mi hermano Jerónimo. En estas circunstancias, vuestro soberano debe aceptar como un favor de mi parte el que todavía le deje algo en su posesión..." Sin disminuir el valor de estas declaraciones ostentativas, ellas no son quizá suficientes para probar que, en sus innumerables conferencias con Napoleón, el zar haya hecho "todo lo que era humanamente posible" por inclinar al "monstruo" en favor de sus amigos.

En los últimos días, el rey, agobiado por el dolor, mostraba un rostro tan triste y lastimoso, que uno de sus consejeros, el viejo mariscal Kalckreuth, el heroico defensor de Dantzic, tuvo la idea de llamar a la reina a Tilsit. Solamente ella—pensaba él—podría salvar todavía la situación; levantaría la moral de su esposo; recordaría al zar los juramentos de Potsdam; intercedería, en fin, ante Napoleón, y el gran encanto que poseía, ese magnetismo de seducción al cual nadie había resistido todavía, obraría quizá sobre el inexorable vencedor.

Cuando ella recibió en Memel la carta en que Federico Guillermo le suplicaba que acudiese, se puso pálida, titubeó y estalló en llanto. Las personas que estaban allí creyeron que acababa de saber una nueva catástrofe.

En efecto, Bonaparte le inspiraba tal horror, que la idea de verlo, de dirigirle la palabra, de presentarse suplicante ante él, la turbaba hasta en el fondo del alma. Partió, pues, para Tilsit, con una terrible angustia, como si marchara al sacrificio, pero repitiéndose que sin duda era necesaria una expiación para la salvación de su reino, y que era justo que ella fuese la víctima.

El 6 de julio, cuando apenas acaba de llegar a la humilde morada que habita su esposo, Napoleón se hace anunciar bruscamente. Después de algunas frases de simple cortesía, ella aborda el motivo de su viaje, que es obtener para Prusia una paz aceptable.

—¿Cómo—le dijo Napoleón—os habéis atrevido a declararme la guerra?

Y ella respondió con dignidad:

—Sire, la gloria de Federico el Grande nos ha engañado; era tan magnífica que este error nos estaba verdaderamente permitido. (1).

Entonces, ella solicita la restitución de Magdeburgo, de Westfalia, etc. . .

—Pedís mucho,—replica él—pero os prometo pensarlo.

En seguida, queriendo desviar la conversación, él la cumpli-

(1) Talleyrand, que asistía a la entrevista, ha escrito en sus Memorias: "Esa palabra gloria, tan felizmente colocada, y en Tilsit, en los salones del emperador Napoleón, me pareció soberbia. Repetí esta hermosa respuesta de la reina lo bastante a menudo para que el emperador me dijese un día: "No sé lo que encontráis de tan hermoso en esa frase de la reina de Prusia; haríais igualmente bien en hablar de otra cosa."

menta por el gusto exquisito de su traje, y se entusiasma hasta palpar la tela sedosa de su vestido:

—¿Qué es, señora, esta tela? . . . ¿Es crespón o gasa de Italia?

Ella lo interrumpe, con un gesto un poco altivo:

—Sire, ¿hablaremos de modas en un momento tan solemne?

Las lágrimas le asoman a los ojos. . . También esta vez, Napoleón debería haberse dado cuenta de que la galantería y los chistes de salón no eran su fuerte.

Sin embargo, se formó una idea bastante favorable de aquella a quien poco antes se complacía en ridiculizar bajo los rasgos burlescos de una Cleopatra o de una Bradamante. Más tarde dirá: "La reina Luisa es una mujer inteligente, una mujer que tiene ingenio, discreción; es cien veces superior a su marido; no puede amarlo ni estimarlo. . . El emperador Alejandro fué quien la perdió en 1805. . . Creo que Alejandro no tenía con ella más que una agradable intimidad, y con un buen fin. . ."

El 7 por la noche, ella preside la comida imperial: acaba de saber que el rey ha tenido que suscribir en "condiciones espantosas", y que "la sentencia de muerte está pronunciada".

Tiene al emperador Napoleón a su derecha, al emperador Alejandro a su izquierda. Muy bella, vestida con una bata púrpura y oro, tocada la cabeza de un alto turbante, mantiene valientemente su papel de figuración hasta el fin, sin dejar percibir nada de los horrosos pensamientos que desgarran su corazón.

Su vecino de la derecha, "el monstruo", "el hijo de la Revolución", le parece aún más odioso y más infame de lo que se lo había imaginado. Aun físicamente, lo juzga de una fealdad común, el rostro tosco, amarillento, hinchado, el vientre prominente, las piernas demasiado cortas, la mirada escrutadora y dura, "la encarnación del Destino". ¡Y qué vulgaridad en el trato, en los ademanes, en las palabras! En un momento, vuelve a empezar las bromas:

—¿Y por qué lleváis un turbante? No será para hacer la corte al emperador Alejandro, puesto que él está en guerra con los turcos.

El mameluco Roustan está de pie precisamente detrás de ellos.

—No,—responde ella, esforzándose por sonreír—es para hacer la corte a vuestro mameluco.

A su izquierda, su amigo Alejandro, que poco antes se aureolaba, a sus ojos, de tan raras virtudes, no sabe qué decirle. Sin embargo, ella debe reconocer que está más seductor que nunca, el tallo ágil y esbelto en su bello uniforme de los *Preobrajensky*, la voz cariñosa, el rostro puro, los ojos cándidos y soñadores, tan refinado de maneras como de lenguaje, exquisito de coquetería y de astucia. . . ¿Qué le dice ella en sus breves conversaciones a solas? De todos los

reproches con que ella tiene el derecho de abrumarlo, no se conoce más que éste: "Me habéis engañado cruelmente".

Después del suplicio de esa comida, como ella se dirige hacia su coche, Napoleón le ruega que acepte una rosa que acaba de coger para ella. Por un instante, vacila; pero, cambiando de humor, murmura:

—¡Al menos con Magdeburgo!

—Haré observar a Vuestra Majestad que soy yo quien ofrece y que Ella es la que recibe.

## CAPITULO SEPTIMO

La alianza con el vencedor de Friedland indigna a la opinión rusa: "la execrable traición de Tilsit...". La emperatriz viuda, María Feodorovna, estimula nuevamente el movimiento de reprobación contra la política de su hijo. Cábala de los salones; rumores inquietantes; "el remedio asiático".—Misión del general Savary en San Petersburgo; elección singular: "el ejecutor del duque de Enghien". Alejandro lo colma de amabilidades; los salones lo ponen en cuarentena; audiencia de un minuto en casa de la emperatriz viuda.—Alejandro ha recobrado ya su plena libertad de espíritu con respecto a Napoleón; el espejismo de Tilsit ya no lo engaña.—Llegada del general de Caulaincourt, embajador de Francia. Queriendo hacerse agradable al autócrata ruso, no encuentra nada mejor que escribirle secretamente para desligar su responsabilidad personal en la ejecución del duque de Enghien; el funcionamiento de la alianza es falseado desde el primer día.—La cuestión de Oriente y la marcha hacia la India. Complicado juego de Napoleón. Alejandro ve la celada; maquiavelismo y duplicidad. — Las capitulaciones de Bailén y de Cintra confirman a Alejandro en la idea de que Napoleón no es invencible. Armamentos de Austria; Caulaincourt asevera que Alejandro es más adicto que nunca al pacto de Tilsit.—La entrevista de Erfurt. La emperatriz viuda ruega a su hijo que no concurra a ella. Por primera vez, Alejandro descubre a su madre el gran designio que persigue contra Napoleón; carta profética.

El 16 de julio de 1807, Alejandro hace su entrada en San Petersburgo; es tan mal recibido como a su regreso de Austerlitz.

En todas las clases de la sociedad, se murmura contra el vencedor de Friedland que, para colmo de oprobio, acaba de "arrojarse a los pies del vencedor y de fraternizar con él". Nunca todavía,—dicen—Rusia, la Santa Rusia ortodoxa, la Rusia de Pedro el Grande y de Catalina la Grande, ha sufrido tal degradación.

Por una irónica coincidencia, el episcopado ruso, no habiendo recibido contraorden del Santo Sínodo, continúa sosteniendo en sus mandamientos la tesis que le han prescrito antes de la guerra, y ful-

mina, cada domingo, el anatema contra Napoleón, ese perturbador del mundo, ese renegado, el enemigo de la religión cristiana, el defensor de los musulmanes y de los judíos...

Pero lo que principalmente estimula este desencadenamiento de cóleras contra "la execrable traición de Tilsit", es que en ninguna parte se expresa con tanta libertad como en los salones de la emperatriz madre. Su hermosa residencia de Pavlowsk, donde ella conserva, en medio de un lujo un poco teatral, todas las tradiciones y toda la etiqueta de la antigua corte, ha llegado a ser así un foco de oposición.

La joven zarina, Isabel Alejievna, siempre prendada de Alejandro, y no sin razón, pues él exhibe más que nunca su adoración a la bella Naryschkina, está indignada con su suegra, delante de la cual la gente se permite las murmuraciones más escandalosas, y escribe a su madre, la margrave de Baden:

"A consecuencia de ese amor propio desordenado que la guía en toda ocasión para halagar la opinión pública y atraerse adulaciones, la emperatriz María es la primera en dar el ejemplo del descontento y en protestar contra la política de su hijo, afectando humillar a todos los que han tomado parte en los acontecimientos que han puesto fin a la guerra, al príncipe Lobanoff, por ejemplo, cuyo nombre figura en todas las gacetas. Por último, la emperatriz que, como madre, debería defender los intereses de su hijo, se parece ahora a un jefe de oposición; todos los descontentos se reúnen alrededor de ella y la elevan a las nubes; nunca su corte ha sido tan grande; nunca ha atraído a Pavlowsk tanta gente como este año. No puedo expresarle hasta qué punto me indigna esto. En un momento como este, cuando ella no ignora hasta qué grado está el público irritado con el emperador, ¿le corresponde a ella atraer, halagar a los que protestan más?... Este buen emperador, que es el mejor de toda la familia, me parece vendido y traicionado por su propia familia. Cuanto más penosa es su situación, tanto más estas protestas me mueven a piedad por él, hasta el punto de hacerme quizá injusta con los que no lo respetan..."

Este movimiento de reprobación y de hostilidad se agrava pronto. La cábala de los corrillos mundanos toma caracteres de conspiración. Aquí y allá circulan palabras subversivas; por momentos, diríase que una revolución de palacio se trama en la sombra, como en 1762, como en 1801. Y nuevamente se susurra al oído el refrán siniestro: "El emperador debería recordar cómo murió su padre". El malestar es profundo; la inquietud general. "Para salir de esta situación peligrosa,—escribe el ministro de Cerdeña, Joseph de Maistre— mucha gente no ve más que el remedio asiático..."

Entristecido de verse así desconocido y tan duramente criticado, Alejandro conserva, sin embargo, al menos exteriormente, una impasible serenidad... cuya provisión renueva cotidianamente en el regazo de Madame Naryschkina. Es que no duda que sus peores enemigos lo cubrirán de flores, cuando por fin pueda revelarles los se-

cretos de su política y todos los gloriosos beneficios que de ella espera. Pues vive todavía bajo el encanto y en la ilusión de Tilsit; pues sufre aún los sortilegios del fascinador. Observadora, inteligente y perspicaz, Isabel escribe a su madre: "Bonaparte me parece un seductor libertino que, de grado o por fuerza, hace caer en sus brazos a todas las bellas. Rusia, como la más virtuosa, se ha defendido por largo tiempo; pero ha dado el paso como las demás. Y ha cedido, en la persona del emperador, quizá tanto a la seducción como a la fuerza. El emperador siente por su seductor un secreto atractivo que se manifiesta en todo. Quisiera saber cuál es la magia de que se sirve Bonaparte para metamorfosear las opiniones tan súbitamente y hasta tal punto."

Antes de proceder a la reanudación normal de las relaciones diplomáticas, — lo que exigirá largas formalidades — Napoleón ha querido disponer inmediatamente, en San Petersburgo, de un representante oficioso, que lo mantenga en relaciones de amistad con Alejandro y que lo informe con respecto a las disposiciones de la sociedad rusa. Pero para esta delicada misión ha tenido la singular idea de escoger al general Savary, menos conocido por sus hazañas guerreras que por sus habilidades de policía; nadie ignora que él comandaba la gendarmería escogida en 1804, y que desempeñó un papel activo, y quizá un papel decisivo, en la ejecución del duque de Enghien.

Alejandro no le escatima las amabilidades, los favores, las coquetterías. Y constantemente le recuerda los días deliciosos de Tilsit: "El emperador Napoleón me dió entonces muestras de afecto que jamás olvidaré. Cuanto más pienso en ellas, tanto más dichoso estoy de haberlo visto... ¡Qué hombre tan extraordinario!..."

En cambio, apenas ha franqueado el umbral del palacio imperial, Savary no encuentra a nadie con quien hablar. Todas las puertas se cierran delante de él. Fingen no verlo; no lo invitan; no le envían sus tarjetas. O bien, en las ceremonias, en los paseos, lo miran fijamente y con descortesía. Una atmósfera de malevolencia y de reprobación lo sigue en todas partes. La razón de esto es que, a los ojos de la sociedad rusa, él es "el ejecutor del duque de Enghien", el hombre que ha dirigido el drama de Ettenheim y de Vincennes, que ha dictado a los jueces militares su sentencia abominable, que ha comandado el pelotón de ejecución, que además, impaciente por terminar todo en la noche, y queriendo ganar tiempo, ha hecho cavar de antemano la fosa de la víctima. Generosa indignación. Pero, ¿por qué no la aplican primeramente a los asesinos de Pablo I, quienes son recibidos y festejados en los salones de la más alta nobleza y hasta en el círculo íntimo del zar?

Algunos días después de su llegada, Savary solicita una audiencia de la temible María Feodorovna. Como no tiene el título de embajador, como no es más que un enviado oficioso, ella pretende no conocerlo. En seguida, cambiando de parecer, se digna recibirlo. ¡Pero qué mortificación para el general! "El 30 de julio,—escribe a París—

fui presentado a la emperatriz madre, en el palacio de Táuride: *la acogida fué fría y no alcanzó a durar un minuto*".

Para hacerle olvidar tantas contrariedades, descortesías y vejaciones, Alejandro le prodiga nuevas atenciones y sonrisas. Hasta ordena expresamente que ciertos salones se abran al enviado de Francia. Pero he aquí todo lo que el general saca de ello para su información diplomática: "Noté en todas partes, con respecto a las negocios públicos, un silencio que rayaba en el estupor. Nadie se atrevía a hablarle de Tilsit, ni de la paz, ni de Francia, ni del emperador Napoleón...".

En cuanto Savary ha abandonado a Rusia, todas las lenguas se desatan y se entusiasman en las más vehementes diatribas contra la ceguera y la pusilanimidad del monarca. Isabel Alejieвна escribe a su madre: "Cuanto más afecto muestra el emperador a su nuevo aliado, cuanto más lo distingue en la persona de Savary, tanto más son las protestas, a tal punto que esto se ha hecho espantoso". Sobre la cabeza de su demasiado querido esposo, ella ve constantemente suspendida la espada de Dámocles.

Mientras tanto, el espíritu de Alejandro sufría lentamente una sorda transformación, en la que las maledicencias de los salones no tenían sino una escasa participación.

El transcurso de los días, la modificación de las perspectivas, una nueva iluminación de los horizontes, el desagradable contacto con las realidades rusas, en fin, el despertar de un instinto profundo y que las más bellas embriagueces no lograban adormecer por mucho tiempo, la desconfianza, desvanecían poco a poco los radiantes vapores de Tilsit.

A esta desconfianza apelaban cotidianamente dos colaboradores directos del soberano, el conde Nicolás Rumiantsoff y el conde Pedro Tolstoi. El uno, Rumiantsoff, acababa de recibir la cartera de Relaciones Exteriores; el otro, Tolstoi, estaba virtualmente designado como embajador en París. Ambos, inteligentes y capaces de lejanas perspectivas, aportaban al servicio de su señor la ventaja, más preciosa todavía, de una voluntad fría, que no se dejaba deslumbrar ni intimidar.

Pues bien, el primer acto que las convenciones de Tilsit imponían a Rusia, era el ofrecimiento de su mediación entre Francia e Inglaterra. Lo demás, es decir, los beneficios que había que reivindicar en el Oriente, no vendrían sino más tarde.

Hábilmente influido por Rumiantsoff y Tolstoi, Alejandro ordenó que se hiciera la gestión ante el gobierno británico, cuya negativa no era dudosa. Era, pues, la ruptura... al menos ostensiblemente; pues, secretamente, por medio de un emisario privado, el zar transmitía a Londres la seguridad de su persistente amistad, que se disimularía por algún tiempo detrás de un simulacro de hostilidades.

Declarándose así contra Inglaterra, Alejandro daba a su aliado una prueba demostrativa de su buena fe, lo que lo autorizaba pa-

ra pedirle, en cambio, la inmediata ejecución de las promesas orientales.

Entretanto se veía llegar a San Petersburgo al nuevo embajador de Francia, el general marqués de Caulaincourt, caballero mayor del emperador, muy elegante de talle y de maneras, hombre de sociedad, brillante charlador, que gustaba de la representación y la magnificencia, inteligencia clara y tan amplia como avisada, corazón noble en el que dominaba un gran amor. Pero, en cambio, naturaleza inquieta, humor triste, conciencia turbada, y sobre todo voluntad débil, vacilante, sugestionable, pronta a las escapatorias, a los sofismas, a los compromisos, a las colusiones.

Casi simultáneamente, Tolstoi llegaba a París. En su primera conversación con Bonaparte, lo adivinó: "Los propósitos de Napoleón a nuestro respecto son evidentes. Quiere hacer de nosotros una potencia asiática: reducirnos a nuestros antiguos límites... En cuanto a Constantinopla, trata de alejar de ella nuestras tropas a fin de estar allí en condiciones favorables, proponiéndonos lanzar una parte de ellas contra Suecia y emplear la otra en expediciones lejanas, en Persia, en la India...".

Algunos días más tarde, cuando Alejandro expresa a Caulaincourt su deseo de anexar inmediatamente Moldavia y Valaquia al imperio de los zares, el embajador le da a entender que, a cambio de esta anexión, Napoleón reclama nada menos que Silesia, de la cual quiere hacer el puesto avanzado de la dominación francesa en Europa, en los confines mismos de Polonia.

Ahora Alejandro ve claro; su desconfianza ha despertado ya completamente.

Sabe, por otra parte, que Napoleón intriga en Viena para detener, en caso necesario, a Rusia en el camino de Constantinopla.

Medita, por fin, y largamente, una extraña conversación de Tolstoi con el conde de Metternich, que representa ahora a la corte de Viena en París, y a quien sabe en secreto intimidar con Talleyrand. Ya en su visita a Potsdam, en 1805, Alejandro advirtió la vista penetrante y el sentido profético de este joven diplomático. Pues bien, he aquí las palabras que el embajador austriaco ha expresado confidencialmente a su colega ruso: "No tenemos ni podemos tener sino un objetivo: el de conservar nuestra integridad en medio del trastorno general. El emperador Napoleón os halagará hoy para caer mañana sobre vosotros; otro tanto hará con nosotros..." Para la conducta que Austria y Rusia deben seguir, hay que evitar dos temibles escollos: pelearse con Napoleón y dejarse coger por sus falsos halagos. Y concluye: "Parezcamos ser su víctima y no lo seamos. Llegaremos así al gran día que pondrá fin a un estado esencialmente precario, porque está fuera de la naturaleza y de la civilización..." En este programa, concebido en noviembre de 1807, se presagia todo el desenlace del drama napoleónico. Talleyrand quería que un diplomático tuviese "porvenir en la mente"; su maquiavelismo y el de Metternich estaban hechos para entenderse.

*Parezcamos ser su víctima y no lo seamos...* Estas palabras son para Alejandro como un rayo de luz; ya no las olvidará.

Hacia ese tiempo, precisamente, Caulaincourt se arriesga ante Alejandro en la más escabrosa, por no decir la más escandalosa gestión que un embajador pueda concebir. En una carta al zar, se disculpa humildemente de haber participado en la ejecución del duque de Enghien; reduce cuanto puede su papel en las medidas militares que ordenó alrededor de Ettenheim, el 15 de marzo de 1504; para apoderarse del príncipe; en resumen, desliga su responsabilidad de la sucia labor de que fué uno de los principales artesanos, y que, por lo demás, le fué tan generosamente pagada; desaprueba a su señor. Conociendo las estrechas relaciones de Caulaincourt con Talleyrand, y ya muy al corriente de "la política independiente" que éste hace preceder a sus grandes traiciones, ¿cómo debió Alejandro explicarse la sorprendente apología del embajador francés?

Lo menos que se puede decir de esto, es que ha tomado el compás del hombre, y que ahora le lleva la ventaja.

Por lo demás, Caulaincourt, a pesar de su fasto, a pesar de los honores excepcionales que se le prodigan, no parece a gusto en su papel; le falta naturalidad y sencillez, como si constantemente adivinase en los demás el injurioso pensamiento que a él no lo abandona. El ministro de Cerdeña, Joseph de Maistre, observador tan penetrante, ha anotado finalmente esta singular turbación del pomposo diplomático; "Me divierto mucho observando a Caulaincourt. Es bien nacido, y se gloria de ello; representa a un soberano que hace temblar al mundo; tiene seiscientos o setecientos mil libras de renta; es el primero en todas partes, etc. Sin embargo, bajo todos sus ornamentos, tiene un aire muy común; es rígido como si tuviese alambre en las coyunturas. Según la opinión de todos, parece *Ninette en la corte*. Este fenómeno del poder vacilando ante la verdadera dignidad, me ha llamado mil veces la atención desde el comienzo de la gran tragedia".

A la inversa, ningún observador parisiense podría haberse expresado en estos términos sobre el embajador de Alejandro. Calmado, sencillo y altivo, Tolstoi da otro aspecto a su personaje. En vano Napoleón lo colma, a su vez, de agasajos demostrativos y de engañadores halagos. Ni una sola vez el ruso se deja influir, ni deslumbrar, ni engañar. Con tanta facilidad como firmeza, sostiene inquebrantablemente el honor de su señor y la causa de su país.

\*  
\*   \*  
\*

El 29 de enero de 1808, Napoleón recibe al general Savary, que llega de San Petersburgo, y lo interroga a fondo, de esa manera precisa y minuciosa, fatigante y brusca, en la que sobresale para dirigir los interrogatorios. Saca de él todo lo que el diplomático improvisado ha más o menos velado en sus relaciones, todo lo que no ha

tenido el valor de escribir, todo lo que ha oído o averiguado aquí y allá, sin advertir siempre su importancia exacta, su significación reveladora y profunda.

Napoleón se sobresalta: creía tener cogido a Alejandro, y no lo tiene. De una ojeada, mide las consecuencias: todos sus planes desorganizados, todos los resultados de Austerlitz, de Jena, de Friedland, puestos en peligro, y justamente en el momento en que Austria se hace amenazante, en que la monarquía española se disloca, en que el gobierno británico proclama más alto que nunca su implacable resolución de proseguir la guerra a muerte.

Con su habitual prontitud, y prosiguiendo la aplicación de sus principios de guerra a las operaciones diplomáticas, inventa inmediatamente una maniobra de gran estilo para volver a coger al aliado que se le escapa.

El 2 de febrero, escribe personalmente al zar una larga carta, ditirámica y sonora, para sugerirle un infalible medio de prosternar a Inglaterra "a los pies del continente". Francia y Rusia deben enviar, por Constantinopla y el Cáucaso, un ejército de 50,000 hombres a la conquista de la India. "Un mes después que nos hubiéramos puesto de acuerdo en esto, el ejército podría estar en el Bósforo". Su efecto repercutiría formidablemente hasta en el Ganges. Pero no hay tiempo que perder. "Todo puede estar firmado y decidido antes del 15 de marzo. El 1.º de mayo, nuestras tropas pueden estar en Asia... Entonces, los ingleses, amenazados en la India, expulsados del Levante, se verán agobiados por el peso de los acontecimientos... Yo no me niego a ninguna de las estipulaciones previas necesarias para un objetivo tan grande..." Después de esta insinuante alusión a la repartición de Turquía, una hermosa copla final para halagar los sentimientos humanitarios de Alejandro: "Vuestra Majestad y yo habríamos preferido la dulzura de la paz y pasar nuestra vida en medio de nuestros vastos imperios, ocupados en vivificarlos y en hacerlos felices por medio de las artes y los beneficios de la administración. Los enemigos del mundo no lo quieren. Debemos ser más grandes a pesar nuestro. Es parte de la cordura y de la política, el hacer lo que el destino ordena e ir donde la marcha irresistible de los acontecimientos nos conduce... En estas pocas líneas, expreso a Vuestra Majestad mi alma entera. La obra de Tilsit fijará los destinos del mundo".

Para entrar en el detalle positivo de este programa resonante y lírico, Napoleón invita al desconfiado Tolstoi a una partida de caza. Y allí, en medio del galope que los lleva, en medio del cierzo helado que les azota el rostro, le predica y lo adoctrina impetuosamente. Hasta se apoya en los grandes conquistadores que se agotaron antaño queriendo apoderarse del Asia: "Que Alejandro y Tamerlán hayan fracasado en su empresa, no importa. Haremos más que Alejandro y Tamerlán... No se trata sino de llegar al Eufrates. Una vez que hayamos llegado a las márgenes de este río, no hay razón para no llegar a la India..."

Quando la deslumbradora carta llega a San Petersburgo, Alejandro manifiesta ante Caulaincourt una entusiasta alegría: ¡"He aquí grandes cosas!... ¡He aquí un grande hombre!... ¡Reconozco el estilo de Tilsit!..."

Y responde a su augusto aliado:

"La carta de Vuestra Majestad me ha trasladado a los tiempos de Tilsit, cuyo recuerdo me será siempre tan querido. Al leerla, creía encontrarme en esas horas que pasábamos juntos, y no puedo expresaros suficientemente el placer que me ha causado. Los propósitos de Vuestra Majestad me han parecido tan grandes como justos. Estaba reservado a un genio tan superior como el suyo el concebir este plan tan vasto. Este mismo genio es el que guiará su ejecución..."

Y ordena a Rumiantsoff que se entienda con Caulaincourt con respecto a las bases del acuerdo sugerido por Napoleón. Después de lo cual, los dos monarcas se encontrarán en Erfurt, para estrechar mejor los lazos de su amistad: "Me regocijo de antemano,—escribe Alejandro—y considero este momento como uno de los más bellos de mi vida".

Así, pues, la maniobra napoleónica ha triunfado maravillosamente.

Sin embargo, las conferencias del ministro y del embajador no comienzan muy favorablemente. Por el solo hecho de explicarse no se comprenden. Sobre la repartición de Turquía, el disentiimiento de los negociadores se acentúa rápidamente; sus contestaciones se hacen irónicas, a veces acrimoniosas. Caulaincourt persiste en creer que Alejandro sigue siendo inquebrantablemente adicto "de opinión y de corazón" a Napoleón; pero pronto se da cuenta de que el aliado de Tilsit no concederá jamás la ayuda de sus ejércitos contra Inglaterra, si no obtiene primeramente Constantinopla.

Los transportes de admiración y de alegría que el zar manifestó al leer la epístola grandilocuente del 2 de febrero, engañaron a Caulaincourt. No ha sospechado la silenciosa evolución que, desde hace algunos meses, ha apartado progresivamente al zar de la alianza francesa. Lejos de impedir este movimiento, la carta del 2 de febrero lo ha precipitado, o más bien lo ha fijado, lo ha cristalizado. Alejandro ha visto la celada. Bajo la redundancia y el oropel de las frases, ha presentido inmediatamente un inmenso engaño. El "gran proyecto indio" no es sino un subterfugio para eludir la repartición del imperio otomano y servir de pretexto a Napoleón para retardar la evacuación de Prusia, conservar a Silesia, quedar como único dueño de Europa... El ardid es demasiado evidente... No se acierta dos veces la jugada de Tilsit.

Alejandro ha meditado largamente el consejo de Metternich a Tolstoi: "No pelearse con Napoleón, pero no dejarse coger por sus halagos. Parecer ser su víctima y no serlo".

Desde entonces, todos los cálculos y todas las actitudes políticas de Alejandro tendrán este triple carácter: la desconfianza, la

disimulación, la duplicidad. En este papel complejo, de infinitos matices, se revelará pronto un incomparable virtuoso.

\* \*  
\* \*  
\* \*

Los meses que vienen serán decisivos para el reinado de Alejandro y para la fortuna de Napoleón.

En los primeros días del otoño, los dos emperadores deben reunirse, en la mitad del camino de sus imperios, en el centro de Turingia, en Erfurt.

Pero, antes de esta fecha, una serie de acontecimientos imprevistos sume a Europa en el estupor y el espanto.

El 7 de abril, Napoleón ejecuta una operación que medita desde hace mucho tiempo: el secuestro en la persona del papa Pío VII y en los estados pontificios. En adelante, Roma, la antigua capital del mundo, la metrópoli del catolicismo, la ciudad de los Césares, de los apóstoles y de los mártires, no será más que la simple prefectura de un departamento francés. Y se dirá: "El Tíber, capital Roma", lo mismo que se dice: "Vienne, capital Poitiers" o: "Aude, capital Carcassonne".

Casi simultáneamente, otro golpe de estado, no menos alarmante y monstruoso, aumenta todavía el espanto de Europa. El 15 de abril, Napoleón ha atraído fraudulentamente a Bayona al rey Carlos IV, a la reina María Luisa y a su hijo mayor, el príncipe de Asturias, Fernando. Después de escenas alternativamente melodramáticas, vergonzosas y grotescas, la dinastía de los Borbones españoles ha cesado de reinar; su trono le ha tocado al rey de Nápoles, José, quien es, a su vez, reemplazado por Murat; lo que Chateaubriand ha resumido así: "Entre José, su hermano y Joaquín, su cuñado, plugo a Napoleón operar una transmutación; tomó la corona de Nápoles de la cabeza del primero y la colocó sobre la cabeza del segundo; hundió de una manotada estos tocados en la cabeza de los dos nuevos reyes, y ellos se fueron, cada uno por su lado, como dos conscriptos que han cambiado de chacó".

El atentado de Bayona produjo en San Petersburgo una emoción tanto más viva cuanto que el maquinador de esta "emboscada satánica", el hombre que, por el ardid y por la fuerza, ha sabido llevar a los Borbones españoles a manos de Napoleón, es el general Savary, "el ejecutor del duque de Enghien", el innoble policía a quien la sociedad rusa agobiaba poco antes con sus desprecios. El desencadenamiento de las pasiones galófobas no impide, sin embargo, comprender que, por la posesión de Roma y de Madrid, Napoleón es ahora el amo absoluto de Italia y de España. ¿Dónde se detendrá?...

Pero pronto, dos noticias increíbles, que llegan también casi simultáneamente, lanzan la opinión pública en otra dirección: hacia fines de agosto, se sabe primeramente que toda España está ardiendo; y en seguida, que el 22 de julio, tres divisiones francesas, comanda-

das por el general Dupont y cercadas en Bailén, han tenido que rendirse.

Así, por primera vez, un cuerpo del ejército francés y un general del imperio han tenido que pasar por las hordas caudinas. Todo el mundo está todavía asombrado, cuando llega la segunda noticia: un desembarco de los ingleses en la costa portuguesa ha obligado al general Junot a evacuar Lisboa, y el 30 de agosto, en Cintra, a depone las armas. El efecto de estas dos capitulaciones sucesivas es enorme en toda Europa. ¿Napoleón no es, pues, invencible?

\*  
\*  
\*

El 14 de septiembre, Alejandro parte para Erfurt.

Deja tras él un gran rumor de pesimismo, de reprobación y de inquietud. No se comprende que se atreva a repetir la humillante y desastrosa experiencia de Tilsit. ¡Qué aberración! De seguro que va a hacerse mistificar nuevamente por Napoleón... ¿Y quién sabe lo que le espera en Erfurt, cuando esté bajo la garra del monstruo?... Pues la emboscada de Bayona está en todos los espíritus.

Su madre, que pasa el verano en Gatchina, le escribe llorando para rogarle que se detenga al borde del abismo: "Querido Alejandro, estas líneas os juzgarán y me juzgarán en el tribunal del Ser Supremo..." En seguida, en colores violentos, le describe la Europa sometida a todos los caprichos de un tirano sanguinario, el comercio ruso destruído, la bancarrota inminente, el pueblo condenado a la miseria, el odio a los franceses que llega al paroxismo. La entrevista de Erfurt marcará su reinado con una mancha imborrable... Por último, insiste en el peligro personal que va a correr al encontrarse con Bonaparte en el centro de Alemania, lejos de toda ayuda, en una ciudad fortificada que el vencedor de Friedland ocupa militarmente. Después de Vincennes, después de Bayona, ella cree a Napoleón capaz de todo, y ahora más que nunca, pues su prestigio acaba de recibir en España un golpe terrible; pues, visiblemente, "el ídolo se bambolea". María Feodorovna concluye con esta adjuración patética: "Alejandro: váis a perder vuestro imperio y vuestra familia. ¡Deteneos; todavía es tiempo! ¡Rendíos a la voz del honor, a los ruegos, a las súplicas de vuestra madre! ¡Deteneos, hijo mío!"

Si Alejandro no confiesa gustosamente a su madre los negocios políticos, si la relega cuanto es posible al papel decorativo y majestuoso que, por lo demás, ella desempeña excelentemente, le reconoce al menos una inteligencia recta, un carácter inflexible, una gran autoridad moral sobre la nobleza, la Iglesia y el Ejército, una concepción muy alta de la responsabilidad soberana. Esta vez se cree, pues, obligado a explicarse ante ella. Y ésta es también la primera vez que descubre a alguien su pensamiento integral. El 25 de agosto de 1808, en términos calmados y respetuosos, invoca la necesidad en que se encuentra de adaptarse por algún tiempo a las perspectivas napoleóni-

cas. "Es preciso que Francia crea que sus intereses políticos pueden aliarse con los de Rusia. En cuanto no tenga ya esta creencia, no verá en Rusia sino a una enemiga que es necesario destruir..." Rusia debe tratar, por sobre todo, de no despertar la desconfianza de Bonaparte, a fin de poder respirar primeramente y aumentar en seguida sus fuerzas militares. "Pero solamente en el más profundo silencio podemos trabajar en esto. Nadie pregona sus armamentos en las plazas públicas..." Además, importa grandemente "salvar a Austria y conservar le sus medios hasta el verdadero momento en que pueda emplearlos en beneficio del bien general..." Por último, los reveses que Napoleón acaba de sufrir en España, son reparables: "Quisiera yo que me probaran de dónde se deduce esa caída tan próxima de un imperio tan poderoso como es actualmente Francia. ¿Han olvidado que ha sabido resistir a la Europa entera ligada en su contra, mientras ella era víctima de todas las facciones, en una guerra civil en Vendée; cuando, en lugar de un ejército, no tenía sino guardias nacionales y, a su cabeza, un gobierno débil, vacilante, derribado tantas veces por otro igualmente débil? ¡Y ahora que es regida por un hombre extraordinario, cuyo talento y cuyo genio no pueden ser negados, con toda la fuerza que le da el poder más absoluto, secundado por todos los medios más temibles, a la cabeza de un ejército aguerrido, experimentado desde hace quince años de guerra, quieren que este mismo imperio se derrumbe porque dos cuerpos franceses, imprudentemente dirigidos, han sido vencidos por fuerzas superiores! No puedo compartir esta opinión. Las quimeras han sido demasiado funestas para Europa entera; ya es tiempo de que ellas cesen de guiar a los gabinetes, y de que se consideren las cosas tales como son en la realidad, absteniéndose de toda prevención... Así, no nos apresuremos a declararnos contra Napoleón; correríamos el riesgo de perderlo todo. Antes bien, finjamos fortalecer la alianza para adormecer al aliado. Ganemos tiempo y preparémonos. Cuando llegue la hora, asistiremos serenamente a la caída de Napoleón".

En una forma más concisa y familiar, escribirá pronto a su querida hermana Catalina: "Bonaparte sostiene que no soy sino un tonto: el que ría último reirá mejor".

Mientras tanto, los despachos de Caulaincourt aseguran a Napoleón que su gran amigo del Norte le es más adicto que nunca. Y con toda convicción le comunica las calurosas palabras con que Alejandro lo agasaja en toda ocasión: "Decid al emperador que puede contar conmigo como con vos, y que obre en consecuencia. Castigaremos a los que se amotinen... Así, pues, a fines de septiembre, en Erfurt, y, en el invierno, los resultados..."

## CAPITULO OCTAVO

En el camino de Turingia, Alejandro se detiene dos días en Koenigsberg para dar allí una muestra de simpatía a los monarcas prusianos. Elocuentes imploraciones de "Armida".—El 27 de septiembre de 1808, los dos emperadores se encuentran en Erfurt. Gran espectáculo; efusiones y zalamerías; apoteosis del poder napoleónico. Servilismo de los príncipes alemanes: "Ninguno sabe pasar dignamente la mano por la melená del león".—Preparándose para la guerra con Austria, y queriendo asegurarse la cooperación militar de Rusia, Napoleón promete al zar las provincias danubianas y Finlandia.—Conciliábulos de Alejandro y Talleyrand en casa de la princesa de Tour y Taxis; en plena felonía; complicidad de Canlincourt.—Napoleón, resuelto a divorciarse de Josefina, solicita antes la mano de la joven gran duquesa Ana Pavlovna; respuesta evasiva del zar.—Balance diplomático de la entrevista: "Europa no puede ser salvada sino por la más íntima unión de Austria y Rusia".

---

Habiendo partido de San Petersburgo el 14 de septiembre y viajando "más velozmente que un correo", Alejandro tiene el corazón demasiado sensible para no disponer de tiempo y detenerse dos días en Koenigsberg, donde los monarcas prusianos, agobiados por su desgracia, llevan la más miserable existencia.

Para acogerlo con dignidad, se han impuesto grandes sacrificios; pues quieren mostrarle que la monarquía de los Hohenzollern, por mutilada que esté, es todavía una potencia. Pero, una vez celebradas las ceremonias, lo llevan fuera de la ciudad, a una modesta casa de campo, donde podrán conversar íntimamente.

Delante de Federico Guillermo, siempre tan torpe y timorato, la valiente Armida recomienza el tema acostumbrado de sus imploraciones: "De modo que vais a ver nuevamente a Napoleón. . . Os lo ruego: desconfiad de él. A pesar de lo que os diga, estad en guardia. . . Tratará de arrastraros a una guerra contra Austria. . . Por favor, en el nombre de Dios, no hagáis eso. ¡Salvad a Europa! . . ."

Sin descubrir su juego, el zar se limita a promesas vagas, fugitivas, que terminan con miradas misteriosas. Pero aconseja constantemente la paciencia, la temporización. Sólo el primer ministro, ba-

rón de Stein, que se revelará pronto como el más grande animador del patriotismo germánico, adivina el secreto pensamiento del Romanoff: pues escribe a un amigo: "El emperador Alejandro ve el peligro que amenaza a Europa, y creo que no habrá aceptado la entrevista de Erfurt sino para conservar por algún tiempo más la tranquilidad exterior. No creo que ataque a Austria cuando esta nación esté en guerra con Francia..."

De Koenigsberg, Alejandro se dirige a Custrin y Leipzig, desde donde llegará a Erfurt sin pasar por Berlín.

Desde el paso del Vístula, en Bromberg, un espectáculo significativo se graba cotidianamente en su espíritu. En toda su línea de etapas, es saludado por las tropas francesas. Napoleón acaba de llamar algunas para enviarlas a España; pero se ha fortificado en las plazas del Oder, en Glogau, Custrin y Stettin, lo cual le asegura la dominación absoluta de Alemania, puesto que ocupa también Pomerania, Brandeburgo, Silesia, Franconia, Hannóver, Holstein, la desembocadura del Elba, sin contar que mantiene en estricta obediencia a los soberanos de Baviera, de Hesse, de Berg, de Sajonia, de Wurtemberg, de Baden y de Westfalia. Para una imaginación tan receptiva como la de Alejandro, ningún espectáculo podía ilustrar mejor esa idea que lo obsesionaba desde Austerlitz y Friedland, a pesar de Tilsit: "La condición primera de una paz general es que Alemania sea libertada del yugo de los franceses y que éstos sean rechazados al otro lado del Rin".

El 27 de septiembre, los dos emperadores se encuentran en Erfurt.

No es ya la balsa y el pabellón del Niemen, en los que se reconocía un tanto el gusto ingenuo y la ruda mano de los pontoneros militares. Es un decorado de gran lujo y de gran estilo, donde el guardamuebles francés no ha escatimado nada de sus talentos y de sus riquezas para hacer aparecer en el más vivo resplandor de su gloria a los dos autócratas que van a decidir la suerte del mundo.

La ciudad, de ordinario tan tranquila y burguesa, está llena de reyes, de altezas, de embajadores, de mariscales, de ministros, de chambelanes, de príncipes y de principillos. Toda la Alemania, enfeudada, subyugada, domesticada, ha solicitado muy humildemente el honor de ser admitida a inclinarse ante el amo. Por eso Napoleón no tendrá empacho en tratarla sin consideraciones, como lo atestigua su rudo apóstrofe al altivo descendiente de los Wittelsbach, al rey Maximiliano José, que se ha tomado la libertad de hablar demasiado alto, en su rincón: "¡Callaos, rey de Baviera!" Y Talleyrand, que está en el cortejo imperial, recuerda sin duda las hermosas tradiciones de Versalles, cuando observa que ninguno de esos príncipes germanos sabe "pasar noblemente la mano por la melena del león".

Durante dieciocho días, las fiestas suceden a las fiestas, más brillantes y suntuosas unas que otras, mientras los dos emperadores prosiguen, pública o privadamente, sus conferencias, sus zalamerías y sus efusiones.

Redactada por Champagny y Rumiantsoff, el acta final, que será firmada el 12 de octubre, confirma solemnemente la alianza de Tilsit. Ambos soberanos convienen, además, en que harán colectivamente a Londres un ofrecimiento de paz, y que si el gabinete británico lo rehusa, se pondrán de acuerdo sobre las operaciones de una guerra común con todos los recursos de sus imperios; que Finlandia y las provincias danubianas serán anexadas a Rusia; que, salvo Moldavia y Valaquia, se mantendrá la integridad del imperio otomano; por último, que si Austria ataca a Francia, Rusia atacará a Austria.

Dos días más tarde, el 14 de octubre, los dos emperadores se abandonan ceremoniosamente, después de prodigarse una última vez las demostraciones de la más cordial y sólida amistad.

\*  
\* \* \*

Detrás de esta fachada brillante, ¿qué ha pasado?

Quizá nunca una conferencia de soberanos disimuló tantas evasivas y mistificaciones, mentiras y trapacerías.

Al llegar a Erfurt, el 27 de septiembre, Alejandro estaba lleno de desconfianza, íntimamente convencido de que la salvación de Europa tenía por condición previa y necesaria el acuerdo de Austria, de Prusia y de Rusia.

Desde el primer día, recibe una sorprendente confirmación de sus ideas.

Cuando Napoleón resolvió llevar a Talleyrand, que, desde hacía un año no ocupaba ya el ministerio de Relaciones Exteriores, le dijo: "Vamos a Erfurt. Quiero volver de allí libre de hacer en España lo que desee; quiero estar seguro de que Austria estará inquieta y contenida; no quiero estar comprometido de una manera precisa con Rusia en lo que concierne al Oriente. Prepáreme, pues, una convención que contente al emperador Alejandro, que sea sobre todo dirigida contra Inglaterra, y en la cual yo pueda obrar a mi gusto en cuanto a lo demás..." Le dijo también: "Haga sus preparativos para partir; es preciso que usted esté en Erfurt uno o dos días antes que yo. Buscará usted los medios de ver a menudo al emperador Alejandro. Usted lo conoce bien: le hablará el lenguaje que le conviene. Le dirá que, en la utilidad que nuestra alianza puede tener para los hombres, se reconoce un designio de la Providencia... Yo le ayudaré. No faltará el prestigio..." Esta palabra *prestigio*, Napoleón la entendía evidentemente en el sentido propio, que es el de *fantasmagoría*.

A su llegada, el 20 de septiembre, Talleyrand se procura "los medios de ver a menudo al emperador Alejandro". Diariamente, hacia medianoche, después de las recepciones oficiales, se encuentran en casa de la princesa de Tour y Taxis, que es hermana de la reina Luisa.

Y allí no hay ningún temor de que vengan a perturbar sus conversaciones a solas.

Pues bien, he aquí de qué manera aborda el príncipe de Benvento los graves asuntos que tiene la misión de tratar:

—Sire, ¿qué venís a hacer aquí? . . . A vos os corresponde salvar a Europa, y no lo lograréis sino resistiendo a Napoleón. El pueblo francés es civilizado; su soberano no lo es. El soberano de Rusia es civilizado; su pueblo no lo es. Luego, el soberano de Rusia debe ser aliado del pueblo francés. El Rin, los Alpes, los Pirineos, son las conquistas de Francia; el resto es la conquista de Napoleón; a Francia no le interesa. . . .”

La audacia inaudita de estas palabras, y el tono solemne, patético, en que Talleyrand, siempre tan frío, las ha pronunciado, hacen en la mente de Alejandro el efecto de una iluminación. Súbitamente, el porvenir se ilumina delante de él. Por primera vez, siente que podrá vencer a Napoleón.

En el curso de sus conversaciones siguientes, las confidencias de Talleyrand se precisan. Se examinan todas las cuestiones. Alejandro sabe así que “el proyecto de una guerra en la India y la repartición del imperio otomano no son sino fantasmas producidos en la escena para ocupar la atención de Rusia hasta el arreglo de los asuntos españoles. . . .” Otra noche, Talleyrand insiste en que el zar “no se deje arrastrar por Napoleón a medidas amenazantes o simplemente ofensivas para Austria. . . .”

Y adivinando que toca aquí el punto más sensible de su interlocutor, le suplica que escriba al emperador Francisco para tranquilizarlo secretamente, pues están muy inquietos en Viena. La idea de esta carta seduce mucho a Alejandro; pero lo turba un poco en su conciencia romántica y caballeresca. El tentador se hace cada vez más insinuante: “Yo veía que causaba placer al emperador Alejandro; él tomaba con un lápiz notas sobre lo que yo le decía; pero aún no estaba decidido. Fué M. de Caulaincourt el que, por su crédito personal, arrancó la determinación”.

Aquel día, bajo la presión directa de Talleyrand, el duque de Vicenza realizó deliberadamente su primer acto de felonía.

Difícil es explicarse que Napoleón no haya sabido ni sospechado nada de todas las perfidias, intrigas y prevaricaciones que se elaboraban a dos pasos de él, en los salones de la princesa de Tour y Taxis. Sus primeras conversaciones con el zar le han recordado las más hermosas horas de Tilsit. ¡Qué atractivo en este hombre! ¡Qué encanto de maneras y de elocución! Escribe a la emperatriz Josefina: “Estoy contento del emperador Alejandro. Si fuera mujer, creo que me enamoraría de él. . . .” Sin embargo, no tarda en advertir que le han cambiado a su amigo. No existe ya la inmediata docilidad de antes, la súbita y alegre solicitud para admirar todo, aceptar todo. Bajo la gracia seductora de los ademanes y de la voz, se adivinan a cada instante pensamientos que se ocultan, cálculos y objeciones que no se confiesan. Pero, de día en día, el autócrata resiste más abierta-

mente. Las adulaciones y los halagos no obtienen de él más que las impaciencias y las recriminaciones. Y hasta algunas veces, como su diálogo llega a la disputa, cambian palabras acerbas. Un día que discuten, por vigésima vez, la insoluble cuestión de Austria, y el zar se niega todavía a toda diligencia conminatoria para con su antiguo aliado de Austerlitz, súbitamente Napoleón, no contentándose ya, arroja su sombrero al extremo del salón. Friamente, y con una sonrisa, Alejandro le dice:

—Usted es violento; yo soy porfiado. Así, pues, conmigo la cólera no consigue nada. Hablemos, razonemos, o me marchó.

Lo que más sorprende a Napoleón, es que Alejandro, teniendo siempre presente el consejo de Talleyrand, afecta no conceder ya ninguna importancia a la repartición del imperio otomano y las perspectivas orientales.

Por eso, Napoleón tiene cada día más la impresión de que la alianza de Tilsit va a perder mucho de su eficacia.

No obstante, le queda una última esperanza. . . . Y, naturalmente, ¿a quién se la confiesa? A Talleyrand, a ese “diablo de hombre”, del cual no puede prescindir a la vez que le teme y lo desprecia.

Para el relato de este episodio, nada mejor que el texto de las *Memorias*. Era el 12 de octubre; los emperadores debían abandonarse al día subsiguiente.

“Napoleón, que estaba contento de su jornada, me había hecho permanecer en su casa, largo rato después de haberse acostado. Su agitación tenía algo de singular; me hacía preguntas sin esperar mi respuesta; trataba de hablarme; quería decir algo diferente de lo que decía; por fin pronunció la palabra de divorcio: “*Mi destino lo exige —dijo— y la tranquilidad de Francia me lo pide. No tengo sucesor. José no es nada, y tiene sólo hijas. Soy yo el que debe fundar una dinastía. Pero no puedo fundarla sino casándome con una princesa que pertenezca a una de las grandes casas reinantes de Europa. El emperador Alejandro tiene hermanas; tiene una cuya edad me conviene. Hable de esto a Rumiantsoff; dígame que después de terminado mi asunto de España, me uniré a todas sus perspectivas para la repartición de Turquía, y los demás argumentos no le faltarán. . . .”*— “Sire, si Vuestra Majestad lo permite, no diré nada a Rumiantsoff; no le encuentro bastante inteligencia; es mucho más natural tener sobre este importante asunto una conversación con el propio emperador Alejandro; yo me encargo de hacer la primera insinuación. . . .”

Napoleón está demasiado feliz de aceptar este ofrecimiento. Talleyrand cumple su comisión al día siguiente:

“Confieso que, por Europa, yo temía una alianza más entre Francia y Rusia. A mi entender, era preciso conseguir que la idea de esta alianza fuera suficientemente admitida para satisfacer a Napoleón, y que hubiese, no obstante, reservas que la hicieran difícil. Todo el arte de que creía necesitar con el emperador Alejandro, fué inútil. A la primera palabra, me comprendió, y me comprendió pre-

cisamente como yo quería ser comprendido. *Si sólo se tratara de mí. —dijo—daría gustosamente mi consentimiento; pero no es éste el único que hay que tener; mi madre ha conservado sobre sus hijas un poder que no debo negar. Puedo tratar de darle una dirección: es probable que ella la siga; pero no me atrevo a responder de ello. Todo esto, inspirado por una verdadera amistad, debe satisfacer al emperador Napoleón...*"

Si, ciertamente, cada uno de los interlocutores ha comprendido al otro a maravilla. Jamás la altiva María Feodorovna, en quien sobreviven todos los orgullos dinásticos de Catalina la Grande, dará una de sus hijas al usurpador corso. Desde ese día, Napoleón no debe contar ya con la mano de una gran duquesa rusa.

Por tan hermoso trabajo, Talleyrand merecía una recompensa. Y, por lo demás, no tiene el menor inconveniente en pedirla: quisiera que su sobrino, Edmundo de Périgord, casase con la joven princesa Dorotea de Curlandia, una riquísima heredera. Que ya esté casi prometida al príncipe Adán Chartoryski, no importa. El zar, autoritariamente, la da al conde de Périgord. Ella se llamará más tarde la duquesa de Dino, será la deliciosa y turbadora Circe, por quien Talleyrand, envejecido, fatigado, lúgubre, no esperando ya nada de la vida, experimentará hasta en el umbral de la muerte, un maravilloso retoño de deseos y de encantos.

Apenas vuelto a París, el príncipe de Benevento se apresura a continuar sus conciliábulos con Metternich en los salones de la vizcondesa de Laval y de la princesa de Vaudémont. Le expone magistralmente todos los resultados oficiales o clandestinos de la gran negociación en que acaba de participar: "Desde la batalla de Austerlitz, las relaciones del emperador Alejandro con Austria no han sido más favorables. No dependerá sino de usted y de su embajador en San Petersburgo el reanudar con Rusia relaciones tan íntimas como las que existían antes de esa época. Solamente esta unión puede causar la independencia de Europa. Caulaincourt, enteramente adicto a mis ideas políticas, tiene instrucciones de secundar todas las diligencias que haga el príncipe de Schwarzenberg. El interés de Francia misma exige que las potencias en condiciones de resistir a Napoleón, se reúnan para poner atajo a su insaciable ambición. La causa de Napoleón ya no es la de Francia; en fin, Europa no puede ser salvada sino por la más íntima unión de Austria y Rusia...!"

Desde el punto de vista diplomático, no se podría resumir mejor la entrevista de Erfurt. Pero, para desprender de ella todo lo que contiene de verdades morales, todo lo que nos enseña sobre el mecanismo, la hipocresía y los secretos de las ambiciones humanas, se necesitaría nada menos que un Maquiavelo y un Saint-Simon.

## CAPITULO NOVENO

Primer resultado de Erfurt: invitación de los monarcas prusianos a San Petersburgo. Recepción magnífica; todas las miradas fijas en la reina Luisa; comparación con la emperatriz Isabel y Madame Naryschkina. Angustias y desilusiones de Armida; el regreso a Koenigsberg: "Mi reino no es ya de este mundo".— Alejandro es nuevamente seducido por la idea de modernizar todo el edificio ruso. Un humildísimo y muy inteligente hijo de pope, Speransky, llega a ser su más íntimo colaborador. Programa soberbio: "Cortar por lo vivo y obrar libremente".— Pero, por un contraste a que está habituado, Alejandro da simultáneamente su confianza al representante más obstinado del absolutismo reaccionario, el general Arakeheieff. "Un bulldog con mirada de hiena"; ignominia y ferocidad. Antiguo edecán de Pablo I, Arakeheieff conserva un culto a la memoria del zar asesinado; Alejandro ve en ello una preciosa garantía para sí mismo. La víspera de romper con Austria, Napoleón recuerda bruscamente al zar el pacto de Erfurt. El mensaje de Valladolid. Caulaincourt registra complacientemente las declaraciones, por lo menos equívocas, de Alejandro, quien se deja adivinar sutilmente por el embajador de Austria, el príncipe Schwarzenberg: "En Viena, están convencidos de que Rusia permanecerá neutral o pasiva".— El 12 de abril de 1809, estalla la guerra. El 22 de mayo, batalla de Essling; este grave fracaso de Napoleón produce en toda Europa una extrema emoción; Tirol y Westfalia se sublevan.— ¿Pero qué hace, entonces, el ejército ruso?... Impaciencia de Napoleón. Solamente el 3 de junio, cincuenta y dos días después del comienzo de las hostilidades, un ejército ruso penetra en Galitzia. Los austríacos en Varsovia. Cólera de Napoleón: "Todos mis enemigos se han dado cita sobre mi tumba..." Instrucciones del 6 de junio a Caulaincourt: "Destruíd esta carta". La alianza francorrusa no es más que un espejismo.— El 5 de julio, batalla de Wagram. El tratado de Viena hace aparecer la fragilidad del imperio napoleónico; módica recompensa a Rusia.—Extraña intimidad de Alejandro y su hermana Catalina de Oldemburgo; fermentación del nacionalismo ruso. Visita

del zar a Moseú; acogida entusiasta; revelación del alma popular. — Napoleón pide officiosamente la mano de la gran duquesa Ana Pavlovna; el zar es invitado a pronunciarse “dentro de un plazo de dos días”. Ofrecimiento de abandonar totalmente Polonia a la hegemonía rusa. “Las palabras Polonia y polaco desaparecerán de la historia”. Insidiosa maniobra del zar para hacerse atribuir Polonia, esquivando el matrimonio; complacencia de Caulaincourt. En cuanto ve claro, Napoleón “vuelve su juego”, y arregla en algunas horas su matrimonio con la archiduquesa María Luisa.

Vuelto el 29 de octubre a San Petersburgo, donde la opinión de la corte y de la sociedad le sigue siendo severa, Alejandro sorprende a todo el mundo por su aire de satisfacción, de seguridad, de equilibrio, de autoridad, un aire que no le conocían todavía.

Las semanas que acaba de pasar con Napoleón le han comunicado un sentimiento más vivo de su poder absoluto. Ahora sabe que un soberano, digno de este nombre, debe mandar personalmente y solo: que, ante todo, debe “despreciar los salones y dejar charlar a los ministros”.

Por lo demás, ¿por qué no habría de estar satisfecho? Trae de Erfurt algunas ventajas substanciales, las únicas ventajas inmediatas que la alianza podía procurarle: es dueño de Finlandia y pronto ocupará los principados danubianos. Ahora puede, pues, consagrarse libremente a la urgente reforma de su imperio. Pero, más aun, necesita meditar las inverosímiles confianzas que ha recibido de Talleyrand y que, en la reflexión, le parecen tanto más significativas cuanto que Lannes y Berthier, conversando con Tolstoi, le han dicho palabras no menos extrañas sobre la locura creciente de su señor. La única conclusión que por el momento saca de esto, es que un día necesitará apoyarse en Austria y en Prusia.

El primer gesto por el cual demuestra cierta independencia con respecto a Napoleón, es insinuar a los monarcas prusianos que estaría feliz de recibirlos en su capital.

Súbitamente reanimados en todas sus esperanzas por este llamado imprevisto, ellos llegan, el 7 de enero, a San Petersburgo.

Una recepción magnífica les esperaba allí. Treinta mil hombres estaban bajo las armas. Y, durante dos semanas, mil obreros, que trabajaban día y noche, tomando lo que había de más hermoso en todas las moradas imperiales, habían arreglado, para la comodidad particular de los augustos invitados, el palacio Chepeleff, anexo de l'Ermitage.

Inmediatamente, las fiestas comenzaron en medio de un lujo inaudito, y que no se había visto desde los gloriosos tiempos de Isa-

bel Petrovna y de Catalina la Grande. Fácil era adivinar que el zar había querido así recordar al mundo que los Hohenzollern, por desdichados que fuesen, conservaban todavía en la frente la aureola inalterable de las antiguas dinastías. Toda la sociedad rusa no necesitaba tanto para lanzarse al torbellino de las ceremonias y de las fiestas. Habiendo permanecido bajo la humillación de Austerlitz y de Friedland, de Tilsit y de Erfurt, gustaba un maligno placer en festejar a las víctimas de Napoleón, y sobre todo a la reina Luisa, a quien éste había ofendido tan abominablemente.

Esto duró veinticuatro días; era como una locura de regocijo, de alegría y de ostentación. Los negocios públicos eran suspendidos. El zar, las dos zarinas, los grandes duques, las grandes duquesas, los más ricos boyardos, no sabían qué imaginar para variar el programa de los honores y de las diversiones que mejor podían hacer olvidar a sus huéspedes el recuerdo de todas las ruinas y desgracias que habían dejado en Koenigsberg.

Federico Guillermo se veía tan grotesco con sus uniformes arcaicos, con sus maneras pomposas, su torpeza vanidosa, precipitada y engeñada, que casi no se fijaban en él más que para reírse.

Todas las miradas y todas las atenciones se concentraban en la reina Luisa. A la simpatía que a todo el mundo inspiraba, uníase una viva y maliciosa curiosidad. ¡Por fin iban a conocer a la bella Armida! ¿Qué actitud tomaría el zar para con ella, delante de la emperatriz Isabel y de Madame Naryschkina, sin hablar de las numerosas favoritas más o menos pasajeras, entre las cuales había prodigado caprichosamente sus atenciones?

Durante los preparativos de la visita real, Caulaincourt no había podido disimular su despecho; pues no dudaba que Napoleón le atribuiría toda la responsabilidad de ella. Una noche, en casa de la princesa Dolgoruky, su irritación sobrepasó la medida. En testimonio de esto tenemos una carta de Joseph de Maistre a su ministro, el caballero de Rossi: “Difícilmente se presta mi pluma a comunicar las palabras que el embajador de Francia ha pronunciado en casa de la princesa Dolgoruky; pero es absolutamente necesario hacerlos conocer esta frase. El embajador ha dicho, pues, sin cumplimientos: *No hay ningún misterio en este viaje; la reina de Prusia viene a acostarse con el emperador Alejandro.* He ahí lo que ha dicho; no conozco el francés lo bastante para dar a tamaño horror el nombre que merece”.

En los salones de San Petersburgo, la frase se propagó rápidamente. Sin creer en esta calumnia, se había hecho notar, sin embargo, con algunas observaciones equívocas, los presentes un tanto ricos que la reina Luisa había encontrado en su departamento del palacio Chepeleff: un servicio de toilette de oro macizo, una maravillosa colección de chales persas y turcos, en fin, una docena de trajes, uno de los cuales, bordado de perlas, había costado, al decir de las gentes, más de cien mil rublos. La soberana, muy escasa de dinero, tenía en efecto mucha necesidad de que le renovasen sus vestidos y sus

adornos; pero Alejandro podría haberlo hecho de una manera más discreta.

La primera cuestión que apasionaba a la corte, era ésta: "¿Merece verdaderamente la reina. Luisa su reputación de belleza? . . . Nuestra emperatriz Isabel, ¿no es por lo menos igual a ella por la finura del rostro, la elegancia de las formas y la soberanía de los modales? . . .

La aparición de Armida no le fué de las más favorables. Los sufrimientos que soportaba desde hacía tres años, toda la larga cadena de desdichas que para ella se llamaban Potsdam, Jena, Prentzlov, Memel, Friedland, Tilsit, Koenigsberg, la habían afectado hasta en el fondo de su ser, en todas las fuentes vitales de su organismo femenino. Aquí también, el testimonio de Joseph de Maistre es precioso de anotar: "La reina Luisa puede verdaderamente llamarse bella . . . Mucho la han comparado con la emperatriz reinante: la reina es quizá más bella mujer; pero la emperatriz es más bella soberana".

El testimonio de Isabel Alejeivna concuerda con esto. Escribe a su madre: "Es imposible no encontrar a la reina una hermosa mujer. Sin embargo, no debe engordar más; está en el principio de una preñez que la hace sufrir la mayor parte del tiempo y que le da una "mirada apagada".

Pero lo más grave, es el juicio que la reina Luisa emite sobre ella misma en su Diario: "8 de enero de 1809: en la cama, sin sueño; estoy enferma y temo un comienzo de preñez; sufro mucho y me veo horrible . . . —10 de enero: noche sin sueño; fiebre, dolor de muelas, náuseas . . . —12 de enero: muerta de fatiga; si esto continúa, me enterrarán en el cementerio de San Alejandro Newsky . . . —13 de enero: fatigada como un perro . . . —16 de enero: en el teatro de l'Ermitage, Mlle. Georges, celestial, bella, sorprendente; he tenido fiebre toda la noche . . . —20 de enero: fuerte resfriado, etc."

Y a pesar de su mal semblante, sus facciones contraídas, su "mirada apagada", a pesar de otras miserias importunas que el público no sospechaba, ella luchaba heroicamente por defender su reputación de belleza. Y una noche, cubierta de pedrerías, se atreve a lucir un escote cuya extrema audacia no produjo en absoluto el efecto que la pobre Armida esperaba de él.

En medio del torbellino ininterrumpido de las fiestas, lo que en más alto grado intrigaba a los asistentes, lo que los más maliciosos se esforzaban en adivinar, era saber si, detrás de ese pomposo decorado, el emperador y la reina tenían entrevistas clandestinas.

La extraña actitud que Isabel había adoptado con Luisa, las atenciones que le prodigaba, la tierna simpatía que le demostraba en toda ocasión, hacían aún más misterioso el problema. Manifiestamente, Isabel no experimentaba en absoluto celos de aquélla que tantas veces la habían opuesto como rival y que, sin lugar a dudas, amaba a Alejandro.

Su razón principal para no estar celosa era que su esposo no le interesaba ahora en modo alguno; pues seguía en el más profundo secreto un romance que le llenaba enteramente el corazón. Pero aun

conservaba el odio desdeñoso que desde hacía mucho tiempo le inspiraba Madame Naryschkina. Y, por un sentimiento muy femenino, gozaba con la mortificación que las asiduidades del zar a la seductora prusiana debían causar a la bella Naryschkina.

Pero en esto se engañaba ingenuamente.

Después de algunos meses de ausencia en sus tierras de Curlandia, María Antonovna, cuya fidelidad amorosa valía lo que la de Alejandro, recobró pronto todo su ascendiente sobre él.

La venida de la reina Luisa y todos los comentarios que acerca de ella se hacían, le habían sido francamente desagradables. Y uno de sus amigos nos la representa "furiosa por este viaje".

Pero, a la primera mirada, ella comprobó que no tenía nada que temer de Armida.

Mientras más recurría la reina Luisa a los artificios del traje, del maquillaje y de las pedrerías para atenuar la decadencia de sus encantos, con mayor sencillez se adornaba Naryschkina. La noche del malhadado escote, llevaba un traje de raso blanco, enteramente liso, sin perlas, sin joyas, sin otra flor que un pimpollo de *Vergiss mein nicht*, "Nomeolvides", que había colocado en sus opulentos cabellos negros.

Con una sonrisa, el zar le respondió que había comprendido. ¡Había esperado la reina Luisa volver a experimentar a orillas del Neva sus emociones "indescriptibles", sus "alegrías divinas", de Memel y de Potsdam? En tal caso, parece que quedó dolorosamente decepcionada. A la vez que la colmaba de honores y de galanterías, Alejandro parece no haberle ofrecido ninguna ocasión de intimidad.

Cuando ella abandone a San Petersburgo, el 31 de enero, para volver a su destierro de Koenigsberg, dejará escapar la confesión de su desilusión: "No traigo de esas brillantes fiestas sino fatiga y pena . . . Vuelvo de ellas como había ido . . . En lo sucesivo, ya nada me deslumbrará; mi reino no es de este mundo".

Pero, al pasar por Memel, al fin de su viaje, los recuerdos de San Petersburgo la invaden súbitamente; en medio de una efusión de amor y gratitud escribe al querido amigo que acaba de abandonar: "Jamás podré encontrar palabras que expresen lo que siento. Mi reconocimiento por vuestras bondades, durante nuestra feliz permanencia en vuestra casa, será siempre un secreto para vos si no miráis a mi corazón que conocéis desde hace seis años, y que os ama más allá de toda expresión . . . Os recomiendo nuevamente los intereses del rey, la dicha futura de mis hijos y la de toda Prusia. Adiós, mi querido primo. Os abrazo imaginariamente, y os ruego que creáis que, en la vida y en la muerte, soy vuestra agradecida amiga,

Luisa

"P. S.—Todo era soberbio en San Petersburgo. Solamente que os vi demasiado poco".

✱  
✱

Considerada en sus resultados políticos, la visita de los monarcas prusianos a la corte de Rusia no tendrá sino una mínima importancia. El zar podrá decir sinceramente a Caulaincourt: "El rey y yo hablamos sólo dos veces de política". Y cada vez, el emperador convocó a Federico Guillermo de que, tanto en interés de Prusia como de Europa, era preciso resignarse provisoriamente a la supremacía francesa, no comprometer el porvenir, esperar días mejores...

El 10 de febrero, los monarcas prusianos hacían tristemente su entrada en Koenigsberg, la antigua capital de la Prusia teutónica, donde iba a recomenzar su humillante destierro. Todavía tendrían que esperar cerca de un año para que Napoleón consintiese en devolverles Berlín. Pero, desde Wagram y el monstruoso matrimonio de María Luisa, desde esa apoteosis diabólica del imperialismo napoleónico, la pobre Armida no tenía ya la fuerza de vivir. Su corazón, del que había abusado, le falló súbitamente: expiró el 19 de julio de 1810, a la edad de treinta y cuatro años.

\*  
\* \*

Vuelto a las negocios serios, Alejandro se lanza en una obra que, en los albores de su reinado, lo había preocupado apasionadamente, de la cual la guerra y la diplomacia lo habían apartado en seguida, pero que ahora seduce en el más alto grado su ardiente imaginación, porque cree haber descubierto por fin al único hombre capaz de comprender su sueño y realizar sus voluntades. Las magnánimas reformas que sus grandes amigos de 1802, Chartoryski, Stroganoff y Kochubey, no habían sabido llevar a cabo, las realizaría gloriosamente Speransky.

Nacido en 1772, Miguel Mijailovich Speransky era hijo de un pope, lo que, a la sazón, representaba en Rusia la última clase de los hombres libres. Para hacer de él también un sacerdote de campo, un pobre *sviachenik*, lo habían educado en el seminario de Wladimir. Así, pues, muy humilde por su origen, pero dotado de la más viva inteligencia, gran trabajador, manejando tan hábilmente la palabra como la pluma, notable de coraje y de tenacidad habíase elevado rápidamente, sin otro apoyo que sus talentos personales, hasta los primeros escalones de la jerarquía burocrática.

Así que lo había conocido, el zar habíale concedido su favor, y pronto también su amistad. Sufrió hasta tal punto el encanto de este humilde colaborador, que lo había llevado a las conferencias de Erfurt, donde lo había presentado a Napoleón y a Talleyrand. En seguida, a su regreso, habíale confiado el ministerio de la Guerra.

Llegado a la cima de las grandezas, Speransky no tardó en revelarse allí un excelente hombre de estado, en toda la fuerza del término. Para la política interior, es ahora el brazo derecho de Alejandro.

La primera tarea que su señor le asigna, es la de establecer un proyecto de constitución. Se entrega a ella con una impetuosa audacia, que no es, por lo demás, sino un sentido exacto de las realidades. Sus trabajos preliminares le han demostrado inmediatamente que, para realizar una obra de tal envergadura, hay que "cortar por lo vivo y obrar libremente". Si se quiere transformar el absolutismo imperial en monarquía constitucional, es de toda evidencia necesario restringir los poderes de la autocracia y echar al menos las bases de la representación popular. Alejandro lo aprueba. El 13 de enero de 1810, el Consejo del Imperio, simple órgano consultivo, es solemnemente instaurado.

Este no es sino un primer paso en el camino de las reformas. Speransky va a abordar ahora los más graves problemas que plantea la modernización del edificio ruso, incluso el angustioso problema de la servidumbre.

En este papel inmenso, para el cual no puede bastar sino desempeñando un trabajo de galeote, el reformador, nombrado secretario del imperio, provoca, naturalmente, en todas partes, una oposición violenta y odios feroces. Alejandro lo protege, sin embargo, con su amistad; porque encuentra en este hijo de pope la íntima comprensión de sus más deslumbrantes sueños.

✱  
✱

Pero, mientras los honores y las prerrogativas no cesaban de acumularse sobre el ex seminarista de Wladimir, se había visto súbitamente reaparecer, "salir de debajo de la tierra", a un hombre que, bajo el reinado de Pablo I, había adquirido una espantosa reputación de crueldad y de arbitrariedad, el conde Arakcheieff.

Invidioso de altas funciones militares, habiendo sabido captarse la ciega confianza del autócrata demente, había hecho temblar a todo el imperio. Joseph de Maistre lo consideraba como "el Seyano de Rusia". Más familiarmente, lo sobrenombraban, por lo bajo, "el monstruo, el *bulldog*, la hiena".

A principios de 1801, se encontraba ausente de San Petersburgo; de modo que no había tenido la menor participación en la conjuración del 23 de marzo que, por lo demás, había condenado abiertamente.

Desde entonces, se había retirado a su dominio de Gruzino, a cien verstas de la capital, no lejos de Novgorod, magnífico dominio que antaño había pertenecido al príncipe Menchikoff, favorito omnipotente de Catalina I. El lugar debía de inspirarle singulares meditaciones sobre los caprichos y los contrastes de la fortuna; pues, en

1727, Menchikoff, habiendo perdido el favor de Pedro II, había sido brutalmente relegado al extremo Norte de Siberia, a los pantanos helados de Berezoff, de donde no había vuelto jamás.

Arakcheieff se mostraba raramente en San Petersburgo.

Allí no lo atraían; causaba horror. El talle recto, el busto corto, los cabellos erizados, la mirada dura, las fosas nasales temblorosas, la boca apretada, la palabra concisa y brusca, la actitud seca, todo en él respiraba una implacable energía.

Lo que se sabía de sus pasatiempos en Gruzino, mantenía alrededor de su persona una leyenda siniestra.

Viudo de una mujer muy joven, estaba ahora bajo el dominio carnal de una gitana, violenta, codiciosa y lujuriosa, que durante veinte años llenaría su casa de escándalos y deshonras. Se citaba a los campesinos de Gruzino como los más desdichados siervos de Rusia; de tal modo los agobiaba de gabelas, impuestos y suplicios la crueldad del *barín* y de su amante. Un día, exasperados por el sufrimiento, llegarán a arrojarle sobre la gitana y a degollarla, lo cual les valdrá espantosas represalias: toda la aldea será ahogada en sangre.

Pero con estos perversos instintos que a menudo lo arrastraban hasta las peores aberraciones del sadismo, el general Arakcheieff habíase revelado, bajo el reinado de Pablo I, un notable instrumento de trabajo y de autoridad, porque poseía, en un alto grado, la inteligencia clara, la razón recta, la apreciación rápida, la preocupación constante de la exactitud, el sentido de la organización, el coraje de las iniciativas, y en fin, un extraordinario vigor en el mando.

¿Por qué motivos lo había llamado Alejandro de Gruzino, nombrándolo a la vez ministro de la Guerra, Inspector General de la Artillería y de la Infantería, es decir, el amo absoluto del ejército?

Ciertamente, la situación agitada de Europa, los preparativos belicosos de Austria y de Francia, obligaban a Rusia a restaurar rápidamente sus fuerzas militares, que estaban demasiado abandonadas desde Friedland. Y nadie mejor que Arakcheieff podía convenir para esta tarea que se parecía mucho, según decían, a la de Hércules en los establos de Augias.

Pero, indudablemente, había también otro motivo para ello, puesto que se vio al zar manifestar inmediatamente a su nuevo ministro la misma confianza, el mismo abandono, el mismo favor que a Speransky. Y no había ninguna inclinación común, ninguna idea común entre estos dos hombres; su colaboración simultánea parecía una paradoja.

Apasionado por el liberalismo, abierto a todas las concepciones generosas, indiferente a todas las grandezas mundanas, impecable en sus costumbres, de una piedad grave y mística, el ex seminarista de Wladimir sólo pensaba en modernizar gradualmente la estructura social de Rusia. Para el gobierno de los hombres, el sátrapa lúbrico de Gruzino, defensor intransigente de las viejas doctrinas moscovitas, no admitía sino la fuerza y la coerción. Por lo demás, algunos años más tarde, debía instituir el más espantoso sistema de policía inqui-

sitorial y represiva que el pueblo ruso ha conocido desde Iván el Terrible al bolchevismo.

Además de las maneras rudas, el temperamento brutal y salvaje, las inmundas orgías del "bulldog" no podían sino herir a cada instante los gustos delicados y la refinada cortesía del zar.

El hecho de que, no obstante, haya podido escoger como confidentes inmediatos, para la parte más alta y más secreta de su actividad soberana, a dos servidores tan radicalmente opuestos como Arakcheieff y Speransky, nos descubre una vez más todo lo que había de complejo, de enmarañado, de fluctuoso y de insondable en la psicología de Alejandro.

Entre las diversas explicaciones que es posible imaginar, hay que considerar probablemente el hecho de que Arakcheieff no se medía en condenar abiertamente el atentado del 23 de marzo de 1801, cuyos principales actores, Wolkonsky, Bennigsen, Uvaroff y algunos más, continuaban compartiendo los favores imperiales. Tampoco se ignoraba que, en la iglesia de Gruzino, el retrato de Pablo I, en plena evidencia, llevaba una inscripción que recordaba que Alejo Andreievich Arakcheieff guardaba un culto religioso a la memoria del emperador mártir; que él, al menos, no habría faltado al deber de defenderlo de los asesinos, si las circunstancias no lo hubiesen alejado de San Petersburgo; pues en el servicio de este monarca venerado, siempre había tenido "el alma recta y el corazón puro".

A los ojos de Alejandro, debía de ser, pues, como un reproche viviente. Entonces, ¿no era un vago sentimiento de expiación el que llevaba a Alejandro a imponerse la sociedad continua del hombre que, a pesar de todas sus ignominias, condenaba tan profundamente el regicidio abominable?

Quizá otra consideración, de orden más práctico, obraba también en el mismo sentido; pues los móviles de Alejandro nunca fueron sencillos.

Demasiado frecuentemente había tenido ocasión de notar que los recuerdos de Austerlitz, de Friedland, de Tilsit, de Erfurt, y quizá más aun los rigores del bloqueo continental, fomentaban contra él, en todas las clases de la sociedad, una hostilidad que a veces se expresaba con una increíble audacia. Joseph de Maistre escribía: "Es imposible imaginar un estado de cosas más peligroso..." Corrientemente se oía decir: "Este reinado está maldito, porque ha comenzado con un asesinato..." Un día, la policía sorprendía la organización de un complot que se maquinaba en tres regimientos de la guardia, y que tenía por objeto nada menos que destronar a Alejandro para reemplazarlo por su hermana Catalina. Otro día, su gran amigo, el conde Pedro Tolstoi, cuya absoluta abnegación conocía, se atrevía a decirle: "Tened cuidado, terminaréis como vuestro padre..." Sabemos también, por la correspondencia de la zarina Isabel con su madre, que todos los años, la vuelta del 23 de marzo conmovía profundamente la sensibilidad de su esposo, y que el servicio fúnebre en

la catedral de la Fortaleza lo sumía en las más dolorosas meditaciones.

Para protegerse de las fuerzas malélicas, cuya obsesionante amenaza sentía así, ¿podía desear un espantajo mejor que los robustos dientes del "bulldog" y su mirada de "hiena"?



Pocos días después de la partida de los monarcas prusianos, un correo, que llegaba directamente de Valladolid, traía a Caulaincourt una instrucción urgente. Fijamente atento ahora a las disposiciones belicosas de Austria, Napoleón prescribía a su embajador que recordara al zar los acuerdos de Erfurt y reclamara su más enérgico apoyo en Viena. Por medio de una gestión colectiva y conminatoria, se intimaría al gabinete austríaco a reducir sus preparativos militares. Si la respuesta no era enteramente satisfactoria, estallaría inmediatamente la guerra.

Muy impresionado por este brutal llamado a los principios y a las realidades de la alianza francesa, Alejandro no vaciló un momento. A pesar de todos los obstáculos y todos los sinsabores que Napoleón encontraba en España, Austria no poseía las fuerzas suficientes para luchar contra el irresistible estratega. Pues bien, una nueva derrota de Austria sería para Rusia "una desgracia inmensa". Era preciso, pues, a cualquier precio, impedir la ruptura que la gestión pedida por Napoleón seguramente habría precipitado.

Pero, ante todo, es menester tranquilizar a Caulaincourt, o al menos permitirle tranquilizar sin tardanza a su terrible déspota. Alejandro no le escatima las protestas de su fiel amistad: "El emperador puede contar conmigo... No ignoro mis obligaciones para con él; las cumpliré escrupulosamente... ¡Ah, los austríacos pagarán caro su jactancia y su locura!..."

Caulaincourt registra alegremente estas libres expansiones de un alma generosa: "Desde que tengo el honor de tratar los negocios con el emperador Alejandro, jamás me ha hablado con tanto entusiasmo..."

Pero inmediatamente Alejandro convoca al nuevo embajador de Francisco I, el príncipe de Schwarzenberg: "Me sorprende y lamento ver que Austria se lanza en una aventura tan peligrosa... En seguida, lealmente, le habla de los lazos que lo unen a Francia: "He medido mis obligaciones; no faltaré a ellas..."

Schwarzenberg, perteneciendo a una de las más antiguas familias del Santo Imperio, excelente militar y diplomático; dotado de una inmensa fortuna, unía a los más grandes modales un espíritu serio, observador y penetrante. Lo que más lo impresionaba en las palabras de Alejandro, es la razón, la cortesía, la benevolencia: ni la menor huella de hostilidad, menos aun de intimidación.

Caulaincourt se apresura a comunicar a Napoleón que el zar ha sermonado "fuertemente" a Schwarzenberg: "Si usted se mueve, —le ha declarado— lo atrapo..."

Entretanto, se sabe que Napoleón, que guerreaba en Castilla, ha vuelto súbitamente a París, y que su primer acto ha sido despedir a Talleyrand, después de cubrirlo de injurias.

Para Alejandro, es ésta una advertencia cuya gravedad no podría escapársele; pues desde Erfurt ha permanecido en relaciones con el príncipe de Benevento, ya sea por mediación de Caulaincourt, ya sea, más íntimamente, por intermedio de la duquesa de Curlandia y de su hija la duquesa de Sagán. Varias veces ha encargado al embajador francés que transmita a Talleyrand mensajes como éste: "El emperador se digna pedirme a menudo noticias vuestras... Se venera vuestro buen carácter, se ama vuestra persona..." Fácilmente puede, pues, explicarse la ultrajante desgracia que acaba de fulminar al ex ministro de Relaciones Exteriores. Por lo demás, no tiene más que recordar las sabias recomendaciones que el príncipe de Benevento le daba cinco meses antes, en sus conversaciones nocturnas en casa de la princesa de Tour y Taxis. Indudablemente, la terrible injuria del 28 de enero significa que Napoleón quiere destruir a Austria y que Talleyrand quiere salvarla.

Alejandro se confirma, pues, en la idea de que debe ensayar todo para evitar la guerra y, si a pesar de esto estalla, evitar a la dinastía de los Habsburgos una catástrofe de la que no se repondría jamás.

Sin embargo, Napoleón no encuentra, en los despachos invariablemente optimistas de su embajador, las precisiones positivas que necesita. Lo urge a apresurar la movilización rusa y, el 21 de marzo, le escribe: "No quiero atacar hasta cuando tenga noticias suyas... No creo a los austríacos tan insensatos como para comenzar las operaciones teniendo al ejército ruso a sus costados..." En Viena, continúa, están convencidos de que Rusia permanecerá neutral o pasiva. "Lo esencial es que Rusia me informe de lo que haga, y, sobre todo, que tome sus medidas cuanto antes posible... ¿Será preciso, pues, que el resultado de nuestra alianza sea que yo tenga que combatir solo con toda Austria?..."

Devorado por la impaciencia, irritado por la desidia de su embajador, Napoleón aguijonea directamente a su aliado: "No hay un momento que perder para que Vuestra Majestad haga acampar sus tropas en las fronteras de nuestros enemigos comunes. He contado con la alianza de Vuestra Majestad. Es preciso obrar".

Mientras esta carta va de París a San Petersburgo, los austríacos toman la ofensiva en Baviera. el 12 de abril. Nueve días más tarde, el mariscal Davout, duque de Auerstaedt, los hace arrepentirse de su temeridad, con su victoria de Eckmühl.

Napoleón precipita entonces su marcha hacia Viena, donde entra el 13 de mayo.

Mientras tanto, ¿qué hace el ejército ruso?

Después de dejar a los austríacos invadir el ducado de Varsovia, el zar ha dado orden de concentrar unos sesenta mil hombres en la frontera de Galitzia. La concentración se ejecuta con sabia lentitud. La orden de marcha, solemnemente prometida para el 27 de abril, no será dada sino el 18 de mayo. "Somos lentos,—dice el canciller Rumiantsoff a Caulaincourt—pero marchamos rectamente".

He aquí la prueba de esta rectitud. El 15 de abril, Schwarzenberg resume así las declaraciones que Alejandro acaba de hacerle: "El emperador me dijo que iba a darme una gran prueba de confianza asegurándome que nada se olvidaría de lo que fuera humanamente posible imaginar para evitar darnos golpes. Agregó que su posición era tan extraña, que, aunque nos encontráramos en una línea opuesta, no podía menos que hacer votos por nuestro buen éxito".

Caulaincourt no parece experimentar la menor sorpresa de que el embajador austríaco, a pesar del comienzo de las hostilidades, permanezca en su puesto, y ni siquiera hable de regresar a Viena. ¿Pero por qué habría de inquietarse? Su querido Alejandro, ¿lo ha colmado alguna vez de palabras más cordiales y de gestos más afectuosos? "Al decirme esto, Su Majestad se dignó abrazarme".

Pero allá, en el terreno de las operaciones militares, el resultado de todas estas zalamerías y de todos estos abrazos, o más exactamente, de todas estas traiciones, no tarda en hacerse sentir.

El 22 de mayo, Napoleón, que, desde hacía un mes, buscaba ardientemente la batalla decisiva, un nuevo Austerlitz, la brillante victoria que de un solo golpe terminara la guerra, sufre en Essling su primera derrota. Se ve obligado a abandonar todo el terreno conquistado en la ribera izquierda del Danubio, y a replugar su ejército a la isla de Lobau. Cuarenta y dos días necesitará para ponerse en condiciones de tomar su desquite.

La "carnicería" de Essling produce en Europa una extrema emoción. Los que ahora se han batido no son solamente generales franceses, como en Bailén, como en Cintra; es el propio Napoleón.

Inmediatamente, Tirol y Westfalia se sublevan; Alemania entera está en ebullición; un oficial prusiano, el mayor Schill, se atreve aún a reclutar un cuerpo de partidarios e intenta levantar a Brandeburgo, Sajonia, las márgenes del Elba. "Parecía—escribe un contemporáneo—que la batalla de Essling hubiera *volcanizado* todas las cabezas alemanas".

¿Pero qué hace, pues, el ejército ruso?

Solamente el 3 de junio, cincuenta y dos días después del comienzo de las hostilidades, el príncipe Sergio Galitzin ordena a su ejército penetrar en Galitzia.

¿Es para venir en ayuda de los franceses que sostienen tan rudo esfuerzo en el Danubio? De ningún modo. Es para combatir las tropas del gran ducado de Varsovia, aliado de Francia, que, bajo las órdenes del príncipe Poniatowsky, maniobran tan hábilmente que despiertan en todos los corazones polacos la esperanza de una resurrección nacional.

En San Petersburgo, los salones y la corte han lanzado gritos de triunfo al saber la noticia de Essling. Siempre correcto y falaz, el zar escribe a Napoleón: "Los austríacos acaban de difundir rumores sobre ciertas ventajas que habrían obtenido. Acostumbrado a contar con el genio superior de Vuestra Majestad, doy poco crédito a ellos..." Y termina con la seguridad de una fidelidad a prueba de todos los acontecimientos.

Caulaincourt se alarma por fin del apoyo insignificante que Rusia presta a Francia contra Austria. Pero como se queja de la extraña diversión que el ejército del príncipe Galitzin ejecuta en Polonia y que lo desvía de Olmütz, obtiene del canciller Rumiantsoff esta réplica brutal: "Es preciso que Francia escoja entre la alianza rusa y la reconstitución de Polonia..." Es éste el primer golpe dado oficialmente a la obra de Tilsit y de Erfurt.

Durante este mes de junio de 1809, Napoleón realiza prodigios de actividad organizadora para reunir en la isla de Lobau los medios que le permitan reparar gloriosamente su derrota.

Está triste. Enconado con su pérfido amigo de San Petersburgo, sintiendo tras él a toda Europa en fermentación, descubriendo ante él en la "chusma austríaca", una fuerza de resistencia y de renovación que no sospechaba, tiene como un presagio de 1813.

Las *Memorias* de Rovigo nos lo muestran así en algunas líneas vigorosas.

Era el 5 de junio. En la aldea de Ebersdorf, situada en la ribera derecha del Danubio, enfrente de Essling, el mariscal Lannes, a quien se le habían amputado las dos piernas, había sucumbido a sus heridas después de una horrorosa agonía. Napoleón había venido a rendirle un último homenaje; había contemplado dolorosamente el despojo mortal del intrépido compañero de armas, que le evocaba todos los grandes recuerdos de su epopeya fantástica: Montenotte, Mílasimo, Arcola, Rivoli, Campo Fornio, las Pirámides, Abukir, el 18 de Brumario, Montebello, Marengo, Ulm, Austerlitz, Saalfeld, Jena, Prenzlav, Pultusk, Friedland, Tudela, Madrid, Eckmühl, Ratisbona: tenía el corazón desgarrado. En seguida volvió, por los arrabales de Viena, al palacio de Schoenbrunn, a tres leguas de distancia.

Pues bien, ese día 5 de junio hacía un calor excesivo. Por el camino abrasado por el sol, Napoleón iba al paso, dejando flotar las riendas sobre el cuello de su caballo. Para preservarse del polvo, había ordenado que sus ayudantes de campo y su escolta lo siguieran a larga distancia; pero llamó a Rovigo: "El emperador me llamó solo adelante. Yo sospechaba que quería hablarme de Rusia, y efectivamente eso era lo que lo preocupaba. Me preguntó lo que pensaba yo de la jugada que le habían hecho en ese país, agregando: Bien me ha valido no contar con aliados como esos... ¿Qué ventaja saco de la alianza de los rusos, si ni siquiera están en condiciones de asegurarme la

paz en Alemania? Es posible que se hubieran declarado también contra mí, si un resto de respeto humano no les hubiera impedido traicionar tan pronto la fe jurada. No hay que engañarse: todos mis enemigos se han dado cita sobre mi tumba; pero cada cual trata de no llegar el primero". Después de estas palabras, Napoleón volvió a quedar silencioso y meditabundo, y continuó caminando al paso.

Cuando llegaron a los arrabales de Viena, hizo acercarse a su escolta y sus ayudantes de campo. En seguida, en buen orden, altivamente, galopó hasta Schoenbrunn.

Al día siguiente, el profético monólogo recogido por Rovigo en el ardiente camino de Ebersdorf, tiene por consecuencia una instrucción perentoria a Caulaincourt. Napoleón la dicta él mismo a su ministro de Relaciones Exteriores, Champagny, sucesor de Talleyrand. Inmediatamente después de leerla, Caulaincourt la quemará: "El emperador no quiere que os oculte que las últimas circunstancias le han hecho perder gran parte de la confianza que le inspiraba la alianza rusa, y que ellas son para él el indicio de la mala fe. Nunca se había visto todavía pretender conservar al embajador de la potencia a la cual se declaraba la guerra... Seis semanas han transcurrido, y el ejército ruso no ha hecho todavía un movimiento... El corazón del emperador está herido. No escribe al emperador Alejandro, pues no puede testimoniarse una confianza que ya no siente. No dice nada, pero ya no aprecia la alianza de Rusia... El emperador quiere que consideréis como anuladas vuestras antiguas instrucciones... Tened la actitud conveniente, pareced satisfecho. Que no se note ningún cambio en vuestra conducta. Que la corte de Rusia esté siempre tan contenta de vos como vos parecáis estarlo de ella. Por lo mismo que el emperador no cree ya en la alianza, le importa más que esta creencia, de la cual está desengañado, sea compartida por toda Europa. Destruid esta carta después de leerla, y que no quede ninguna huella de ella."

Así, la alianza francorrusa no será en adelante más que una ficción, un espejismo. No obstante, en lo secreto de sus pensamientos, los dos emperadores están de acuerdo. Napoleón ha dicho a Rovigo: "Todos mis enemigos se han dado cita sobre mi tumba; pero cada cual trata de no llegar el primero". Alejandro decía a Schwarzenberg: "Debemos reservarnos para el porvenir, conservarnos intactos para mejores ocasiones, esperar a que suene la hora de la venganza".

El 5 de julio, el ejército austríaco es derrotado en Wagram. Brillante victoria para Napoleón, pero que le ha costado pérdidas enormes, y que deja a Austria más temible todavía. En 1805, Francisco I tuvo que firmar la paz veinticuatro días después de Austerlitz. En 1809, no consensará en firmarla sino cien días después de Wagram. A toda Europa, el tratado de Viena, firmado el 14 de octubre, le parece un jaque a la supremacía francesa. A pesar de los sa-

crificios territoriales que se le ha impuesto en Galitzia, en la región de Salzburgo, y en las provincias ilirias, la monarquía de los Habsburgos tiene ahora el sentimiento de que el imperio napoleónico, por la difusión immoderada de su grandeza, no es ya viable, y que de un día a otro, puede derrumbarse "en una súbita ruina".

En premio de su ficticia cooperación, Rusia se ha visto atribuir por este tratado una módica recompensa, el distrito de Tarnopol, en Galitzia, o sea 400,000 almas, "exactamente lo que la emperatriz Catalina daba a cada uno de sus favoritos como cédula de consolación cuando tomaba otro".

En San Petersburgo también se estima que esta guerra ha hecho, sobre todo, ver la fragilidad del edificio napoleónico. Y Joseph de Maistre se inspira en la opinión general cuando escribe: "En resumidas cuentas, Austria está en pie, Rusia está en pie, Inglaterra está en pie, España no está conquistada. El emperador Alejandro puede jactarse de haber conducido su barca con una destreza poco común: *He dejado decir: pero he adquirido Moldavia y Valaquia; acabo de adquirir 400.000 súbditos en Galitzia; he extinguido las esperanzas de los polacos y, por mi influencia, he salvado a Austria!*"

Frente a Caulaincourt, el zar nada cambia en sus modales seductores; pero la sociedad afirma sin pudor sus simpatías por Austria. Y es la bella favorita, la propia María Antonovna, la que en esta afirmación se muestra más audaz. También aquí, el testimonio de Joseph de Maistre es precioso: "El domingo pasado, hubo una fiesta soberbia en casa de la favorita, en el campo. Baile, magníficos fuegos artificiales sobre el Neva, y cena de doscientos cubiertos. No quedamos poco sorprendidos de no ver allí al embajador de Francia ni a ningún francés. Todos los departamentos estaban abiertos e iluminados. En la pieza de la bella dama, decorada con la más suntuosa elegancia, vimos, encima de un sofá, adivinen qué. El retrato del príncipe Schwarzenberg... Todo el mundo se tocaba con el codo: ¡*Vayan a ver!*... ¡*Vayan!*..."

\*  
\* \*

El 10 de diciembre de 1809, Alejandro parte para Twer. donde reside su hermana apasionadamente amada, la gran duquesa Catalina, casada, once meses ha, con el príncipe Jorge de Oldemburgo. Piensa ir en seguida a Moscú.

La pequeña ciudad de Twer, capital de un gobierno, situada a cuatrocientas cincuenta verstas de San Petersburgo y a ciento sesenta de Moscú, está construida en las orillas del alto Volga. Fundada en el siglo XII por el príncipe Vsevolod de Wladimir, encerraba entonces entre sus murallas un gran número de iglesias, de tumbas y de monasterios, que la devoción rusa rodeaba de una ferviente pie-

dad. En la época de las peregrinaciones, se sentía allí latir fuertemente el corazón de la Santa Rusia Ortodoxa.

El marido de Catalina Pavlovna, el príncipe Jorge de Oldemburgo, gobernador general de la provincia, era un Juan Lanás, de mala estampa, simple y tartamudo. La joven, de veintidós años de edad, se hacía notar, por el contrario, por la independencia y la vivacidad de su espíritu, por su vena burlona, por su prontitud en las réplicas mordaces, por el brillo móvil y centelleante de sus ojos, por la animación comunicativa de toda su persona. No era precisamente bonita; pues tenía la nariz un poco corta, las facciones un poco toscas; pero tenía la tez de una frescura deslumbradora, una cabellera magnífica, el cuerpo esbelto, los movimientos ágiles, una seducción provocante, felina y dominadora, cuyo sortilegio había comprobado muchas veces. Sus intrigas románticas ya no se contaban. Para su hermano Alejandro, era "la más deliciosa loca que hubo en el mundo..." No cesaba de repetirle: "El verme amado por tí es indispensable para mi felicidad... Te quiero como un loco, como un poseído, como un maníaco..." Y todavía iba más lejos.

En Twer, en ese centro de conservatismo nacional y religioso, ella vivía lujosamente, pues era fastuosa en sus gustos, y su hermano le perdonaba y le pagaba todos sus caprichos.

Las malas lenguas de San Petersburgo le atribuían ambición política; se sospechaba que aspiraba a la corona imperial para el caso de que su hermano Alejandro hubiera terminado trágicamente, como su padre. Y se decía que, después de todo, su ascensión al poder supremo no habría sido más extraordinaria ni más anormal que la de Catalina Alejiévna, en 1762. Lo no dudoso es que ella se interesaba intensamente por los negocios de estado; aplicaba a ellos un sagaz discernimiento de los hombres y de las cosas, un valeroso instinto de las grandezas y de las responsabilidades soberanas. Fuera del régimen autocrático, no veía salvación para Rusia; detestaba, pues, los oscuros sueños del liberalismo; no detestaba menos la alianza francesa. Se propalaba esta frase suya: "Preferiría ser la mujer de un pope antes que la soberana de un país enfeudado a Francia..." Sobre esto, disputaba constantemente con su hermano.

Un grupo—y hasta se decía un "partido"—de hombres distinguidos se encontraban en su corte: el príncipe Bagration, que tan valientemente se había batido de 1805 a 1807, y a quien no negaba amar,—el historiador Karamzin, el vocero del nacionalismo reaccionario, el vehemente defensor del absolutismo integral y, a este título, el enemigo a muerte de Speransky,—en fin, el terrible conde Feodor Wassilievich Rostopchin, fanfarrón y fogoso, heroico y astuto, implacable en sus rencores, galófobo rabioso, el ídolo de los patriotas moscovitas. Frecuentemente se veía también en Twer a la altiva emperatriz María Feodorovna, que adoraba a su hija Catalina, hasta el punto de dejarse tratar por ella con un atrevimiento burlón e impulsivo que la arrogante soberana afectaba tomar por originalidad.

Después de cinco días consagrados a "hacer valer sus derechos (?) sobre la más graciosa criatura que se haya visto jamás", el zar la lleva a Moscú.

Los esperaba allí una acogida entusiasta.

En las proximidades del Kremlin, en la Plaza Roja, en la Puerta del Salvador y delante del *Uspensky Sobor*, la afluencia es tan grande que el cortejo imperial se ve obligado a detenerse a cada paso. Pronto, el zar no puede ya avanzar: los *mujiks*, entusiasmados, se prosternan aún a los pies del caballo que lleva a la Majestad Santa. Alejandro les grita: "¡Poneos en orden, hijos míos! ¡Dejadme pasar!..." Ellos le responden: "¡No, no! ¡Sois nuestro padre; caminad sobre nosotros, aplastadnos!..." Experimenta por ello tan intensa emoción que las lágrimas le asoman a los ojos. Y esto continúa durante los días siguientes.

El 27 de diciembre, el monarca vuelve a su capital.

De esta corta visita a Twer y a Moscú, trae impresiones penetrantes y que no se borrarán. Se ha como retemplado en el pasado de la vieja Rusia teocrática y bizantina, la Rusia de los grandes zares medievales que se hicieron "los juntadores de la tierra rusa". Por primera vez quizá, ha sentido el poder temible y misterioso que pone a su disposición el alma popular.

\*  
\* \*

Al día siguiente de su llegada, recibe a Caulaincourt, que ha solicitado una audiencia inmediata para hablarle de un asunto considerable y *secretísimo*.

El embajador de Francia tiene la misión de decirle: 1.º que Napoleón, preparándose para divorciarse, quisiera saber, "dentro de un plazo de dos días", si puede contar con la mano de la gran duquesa Ana, hermana menor del zar; 2.º que Napoleón está dispuesto a concertarse con su aliado de Tilsit "para borrar el recuerdo de Polonia en el corazón de sus antiguos habitantes"; y hasta aprueba "que las palabras Polonia y polaco desaparezcan no solamente de todas las transacciones políticas, sino también de la historia". Lo cual equivale a decir: "Por el precio de una gran duquesa, Napoleón ofrece al zar no solamente dejarle Polonia, sino además mantenerla en su tumba, quitarle hasta la esperanza de una resurrección; Francia acepta así hacerse la cómplice y la garante del criminal reparto..." Es doloroso pensar que tal instrucción figure en los archivos de la diplomacia francesa.

Sobre la cuestión de la gran duquesa, Alejandro se muestra inmediatamente de lo más favorable. ¿Cómo no habría de sentirse dichoso de tener a su querido aliado por cuñado?... Reserva, sin embargo, la opinión de su madre, a quien el testamento del emperador Pablo atribuye pleno poder para el matrimonio de sus hijas. Pues bien, la emperatriz María Feodorovna está actualmente en Gat-

china. El plazo de cuarenta y ocho horas, fijado por Napoleón, es, pues, insuficiente. "Para consultar a mi madre, necesito diez días más".

Que este aplazamiento pueda ser una evasiva, el preliminar de una negativa, Caulaincourt no parece haberlo pensado un solo instante.

Pero sobre la cuestión polaca, no pierde un momento; por lo demás, Napoleón le ha dado una *firma en blanco* para arreglarla según los deseos de Alejandro: "No os negaréis a nada de lo que tenga por objeto alejar toda idea del restablecimiento de Polonia".

El 4 de enero de 1810, firma con el canciller Rumiantsoff una convención secreta que se resume en esta cláusula perentoria: "El reino de Polonia no será restablecido jamás".

Aquí también Caulaincourt no parece haber pensado un solo instante si, en el pensamiento de Napoleón, no había conexidad entre el acuerdo sobre el matrimonio y el acuerdo sobre Polonia, si la abolición irrevocable de la nacionalidad polaca no tenía por condición subterránea de la mano de la gran duquesa.

Mientras tanto, han pasado los diez días. El zar pide inmediatamente diez días más: la emperatriz María Feodorovna quiere consultar a la gran duquesa Catalina de Oldemburgo. De este modo, Alejandro se ha atrincherado primero detrás de su madre. Ahora, la madre se oculta detrás de su hija.

Caulaincourt, lejos de extrañarse, continúa asegurando a Napoleón las excelentes disposiciones de Alejandro, quien desea el matrimonio porque nada anhela tanto como estrechar indefectiblemente la alianza por lazos de familia. Y el perspicaz negociador escribe a Talleyrand: "Nunca un embajador fué tratado como lo soy yo. El emperador y el canciller me testimonian más que confianza, amistad".

Pero, desde el primer día, Napoleón ha adivinado el juego de Alejandro: ha comprendido que, bajo las palabras halagadoras y los aplazamientos evasivos, el zar ocultaba una negativa.

Por eso tembló de cólera cuando vió que su embajador, estúpidamente, se había desprendido de la carta polaca antes de haber obtenido la menor garantía, la menor promesa acerca del matrimonio: no ratificará, pues, la convención del 4 de enero.

Sin embargo, no desespera demasiado pronto. No conoce todavía la respuesta definitiva de Alejandro.

Pero una voz secreta le afirma que su instinto no lo engaña. Evidentemente, Caulaincourt se ha dejado burlar una vez más; ni siquiera parece darse cuenta de que el zar trata de desembarazarse corrientemente de él.

Napoleón se considera, pues, libre de preparar ahora su réplica al injurioso esguince que su pérfido aliado le hace.

Como en guerra, organiza, por si acaso, una contra-maniobra. lo que él llamaba "volver su juego".

Prevaliéndose de una tímida insinuación que ha recibido de Viena, entabla una negociación subsidiaria con el vencido de Wagram.

Francisco I. En seguida, en algunos días, en algunas horas, se hace conceder la mano de la archiduquesa María Luisa.

Comenzada oficialmente el 6 de febrero con una gestión del príncipe Eugenio ante el príncipe de Schwarzenberg, que ha llegado a ser embajador en París, la negociación está terminada al día siguiente, 8 de febrero; el contrato nupcial, copiado del de Luis XVI y María Antonieta, será enviado esa misma noche a la corte de Viena.

Mientras así se hacían los preliminares del matrimonio, un correo partía de San Petersburgo llevando la "determinación" del zar.

El instinto de Napoleón no lo había engañado: Alejandro se disculpaba con la irreductible oposición que había encontrado en su madre. El único motivo alegado para la negativa era la edad de la gran duquesa Ana. Es tan joven todavía. Ciertamente, es núbil, "estando formada desde hace cinco meses, como lo muestran, por lo demás, su talle, su pecho, etc.", pero apenas entra a los dieciséis años... Ciertamente también, la zarina María Feodorovna estaría orgullosa de unir su hija con el ilustre emperador de los franceses; "Sin embargo, ninguna razón ha podido determinarla a no considerar el temor de exponer la vida de la joven princesa, casándola a tan temprana edad, pues llora ya a dos hijas que ha perdido por haberlas casado demasiado jóvenes..." Al leer estas minuciosas consideraciones sobre la puertad de Ana Pavlovna, parecería que solamente acabarían de descubrir su acta de nacimiento y que se hubiese necesitado nada menos que cuarenta días para saber si era capaz de soportar una preñez... Alejandro terminó su respuesta expresando su vivo pesar de no poder ofrecer a Napoleón sino "votos por su felicidad", cuando habría sido tan dichoso de "darle una de sus hermanas en prueba de su amistad".

En realidad, la objeción de la edad no era sino un pretexto. Y la resistencia no había provenido solamente de la emperatriz viuda. Desde el primer día, Alejandro y Catalina se habían puesto de acuerdo con ella para "descartar esta petición incongrua que los hería en lo más profundo de su orgullo dinástico: "El matrimonio de un soberano no se improvisa en veinticuatro horas; se prepara con larga anticipación mediante atenciones recíprocas. En seguida, la idea de casar a una Romanoff con un advenedizo de la Revolución, un espoliador de coronas, un despreciador de todas las leyes divinas y humanas, un hereje, un apóstata cubierto de crímenes y de sacrilegios, les causaba horror. ¿Pero, era tan pura la conciencia de los Romanoff?... ¿No tenía, pues, nada que reprocharse en la muerte del zarevitz Alejo, y de los zares Iván VI, Pedro III, Pablo I...?"

Si, no obstante, Alejandro había acogido en un principio con tanta cordialidad las insinuaciones de Caulaincourt, si no había parecido poner en duda el buen resultado final, si había explotado la obstinación de su madre para ganar tiempo, mucho tiempo, es porque había esperado que Napoleón, una vez que se hubiera hecho cargo de la convención polaca, la hubiera ratificado inmediatamente para evi-

tar siquiera la apariencia de una relación sinalagmática entre el sacrificio de Polonia y la mano de la gran duquesa. Así, pues, el zar lo habría obtenido todo sin pagar nada. Pero Napoleón no era ingenuo hasta tal punto.

Enviado de París, a toda prisa, el 7 de febrero, el despacho que debe anunciar a Caulaincourt el matrimonio austríaco, le es entregado el 23.

Alejandro es demasiado orgulloso para dejar ver el menor despecho, el menor descontento. Ni su rostro ni su voz revelan ninguna alteración, cuando dice a Caulaincourt:

—Felicidad al emperador por la elección que ha hecho. Quiere hijos; toda Francia se los desea; la determinación que ha tomado es, pues, la que se debía preferir. Es un bien para Austria y para Europa; es una garantía de paz. Por eso me véis encantado de lo que sucede. . . Y agradezco a vuestro soberano el haberme comunicado, a mí primero, la noticia de su matrimonio.

En seguida, considerando que con estas palabras ha salvaguardado suficientemente su dignidad, pero no queriendo que Napoleón se imagine haberlo engañado, agrega:

—Cuando vuestro soberano decidió casar con una princesa austríaca, no había recibido todavía mi respuesta definitiva. Evidentemente, trataba en las dos partes a la vez, puesto que, el 7 de febrero, la mano de la archiduquesa le estaba concedida.

Por último, con un aire grave, acentuando las palabras, se extraña de que la convención polaca no sea ratificada. ¿Qué sucede?

—¿Qué razón hay para negar lo que solemnemente se me ha prometido? . . . Que se quiera o no ratificar este acuerdo, se debía al menos responderme dentro del plazo fijado, tanto más cuanto que, entre vosotros, no se economizan los correos. El respeto del plazo es una cosa sagrada. . .

En la sociedad rusa, el anuncio del matrimonio austríaco provoca una emoción desconcertante, "un terror universal". Se ve en él primeramente el fin de la alianza. ¿Pero qué sucederá en seguida? ¿Qué hay que esperar? Y la misma conclusión se deduce en todos los espíritus: "Fortalecido ahora por el lado de Austria, Napoleón nos atacará pronto".

Cuando se han tranquilizado un poco, la indignación persiste; pues no se tarda en conocer los secretos de la negociación fracasada. Se experimenta como una mortal ofensa el que Napoleón haya tratado secretamente con el Habsburgo mientras negociaba oficialmente con el Romanoff; que ni siquiera haya esperado la respuesta del zar para comprometerse con una archiduquesa. Por último, para colmo, se sabe también que Napoleón se ha negado desdeñosamente a ratificar una convención, ofrecida por él mismo, firmada por su embajador, y que tenía por único objeto garantizar a Rusia contra una restauración de Polonia. Esta vez se ha colmado la medida, y la cólera des-

Para Alejandro, es ésta la prueba más amarga que haya sufrido todavía. Todos los que lo ven quedan impresionados por su abatimiento. Por su policía, conoce las furiosas recriminaciones que se propalan contra él en los salones: "Incapaz de hacer la guerra, incapaz de hacer la paz. . . Conduce a Rusia a la vergüenza y a la ruina. . . Por lo demás, ¿qué se puede esperar de un reinado que ha comenzado con el parricidio? . . ." Nuevamente circulan rumores facciosos. ruidos de conspiración. Y, en un momento de efusión, el desdichado zar ha dicho a uno de sus íntimos: "Bien veo que todo esto terminará en mi muerte. . . Tengamos paciencia. . ."



## CAPITULO DECIMO

La primavera de 1810 marca una época decisiva en el reinado de Alejandro, quien ha descubierto ahora claramente la psicología de Napoleón y la inestabilidad de su obra. Influencia de Joseph de Maistre, ministro de Cerdeña en San Petersburgo: "A menudo pienso de cuán poco depende el poder formidable que hace temblar a toda Europa..." — El zar prevé ahora como inevitable una guerra con Francia; concibe todos sus riesgos. Sus insinuaciones a los polacos; reanuda su intimidad con Chartoryski: "Los ojos huraños de Austerlitz". — Bajo el vigoroso impulso de Arakeheieff, el ejército ruso progresa de día en día; plan de una ofensiva súbita a través de Polonia. — Conferencias clandestinas entre San Petersburgo y Viena; las dos cortes deben comprender la necesidad "de hacer su salvación conjuntamente". — Despachos optimistas de Caulaincourt: continúa certificando a París la fidelidad del zar. ¿Ceguera o disimulación? Fin de su embajada. Tiene por sucesor al general de Lauriston. — Prosiguiendo sus ardidés secretos, que dirige personalmente, el zar busca ayuda en Londres, en Berlín y en Estocolmo. — Aconsejado por dos oficiales prusianos, el general de Phull y el coronel de Clausewitz, Alejandro abandona su idea primera de una ofensiva súbita a través de Polonia, para adoptar el programa de una retirada lenta y continua en la inmensidad de su imperio: "Pondré un desierto entre el ejército de Napoleón y el mío". — La tensión diplomática no cesa de aumentar entre Francia y Rusia. Alejandro se ha creado en París un incomparable servicio de informaciones. El brillante coronel Chernichef, un virtuoso del espionaje; un amigo de Paulina Borghese. Desde su regreso a París, Caulaincourt, tratado duramente por Napoleón, ha quedado bajo la dependencia de Talleyrand; ellos comunican regularmente al conde de Nesselrode, primer secretario de la embajada rusa, las más preciosas informaciones sobre los designios políticos del emperador, sobre el estado y los movimientos de sus tropas. — La anexión de Oldemburgo a Francia; un insulto a los Romanoff. — Desastroso efecto del bloqueo continental sobre el comercio ruso. Represalias aduaneleras, en un sentido favorable al comercio inglés. — El 15

de agosto de 1811, delante de todo el cuerpo diplomático, Napoleón apostrofa violentamente al príncipe Kurakin, embajador de Rusia: "Aunque vuestros ejércitos acamparan sobre las alturas de Montmartre..." — Últimos preparativos de Alejandro; destierro de Speransky; nombramiento de Rostopchin en el gobierno de Moseú.— Grave error de Napoleón sobre la mentalidad de Alejandro, a quien todavía cree poder seducir o intimidar. La velada de las armas.

"Austria ha hecho al minotauro el sacrificio de una hermosa ternera"—decía el príncipe de Ligne. Un mes más tarde, mientras Napoleón celebra pomposamente su matrimonio con "la hermosa ternera", Alejandro ha recobrado el pleno dominio de sus nervios, de su lenguaje y de su fisonomía, con un ardor en el trabajo, una firmeza de resolución, un espíritu de mando, un aire de seguridad, que revelan en él una profunda transformación. Esos meses de marzo y abril de 1810 marcan en su reinado una época decisiva.

Es que, por primera vez, libre de todas sus ilusiones, habiendo abandonado todos sus apasionamientos, ha descubierto claramente la psicología de Napoleón y la inseguridad de su obra.

Los cinco años que van a seguir no lo elevarán, ciertamente, en el plano moral, pues abusará de la disimulación y de la duplicidad; pero, en el plano político, revelarán muchas veces en él un raro conjunto de cualidades: la inteligencia, el espíritu positivo, el método, la perseverancia en los designios, el secreto, el valor, una audacia prudente, la decisión, la energía, la tenacidad, en fin, una facilidad natural en el mando, una rapidez de impresiones, una superioridad de apreciación y de conocimientos que le valdrán más tarde el sobrenombre de "el Agamenón de los reyes". Tendrá para ello tanto más mérito cuanto que, constantemente, deberá mantenerse en guardia contra las sorpresas de su imaginación inflamable y de su deprimente emotividad.

Vagamente esbozada algunos meses después de Tilsit, fuertemente acentuada por las conversaciones de Erfurt, esta evolución interior con respecto al imperio napoleónico se ha cristalizado definitivamente en los primeros meses de 1810, bajo una influencia oculta, que los contemporáneos no parecen haber advertido, la influencia de Joseph de Maistre.

Representando en San Petersburgo al rey de Cerdeña, Víctor Manuel I.—que vivía refugiado en Cagliari desde que Francia había anexado el Piamonte y Saboya—el conde Joseph de Maistre se había creado una situación de gran favor en el mundo ruso. No la debía sino a sí mismo, a la elevación habitual de su pensamiento, al encanto de sus modales, a la valiente dignidad de su vida; pues, pudiendo difícilmente mantenerse en correspondencia con Cagliari, y casi siempre falto de recursos, estaba condenado secretamente a las más penosas privaciones, frecuentemente "reducido a compartir la sopa de su ayu-

da de cámara..." En un triste día de diciembre, escribía: "He aquí el segundo invierno que paso sin peltiza; esto es exactamente como no tener camisa en Cagliari. Al salir de la corte, o de la casa del canciller del imperio, en medio de la pompa asiática, un miserable lacayo me echa sobre los hombros un capote..."

Pero era muy invitado, muy apreciado en aquellos salones de la capital donde más libremente se discutían los negocios públicos, en casa del conde Rumiantsoff, de la condesa Potocka, del conde Stroganoff, de la princesa Waldemar-Galitzyn, de la condesa de Lieven, del conde Alexis Razumowsky, del conde Golovin, de la princesa Alexis-Galitzyn, cuñada del impetuoso Rostopchin, etc...

Por Londres, por Viena, por Constantinopla, se correspondía arriesgadamente con la corte de Cerdeña. Por lo demás, pronto se había dado cuenta de que todos sus despachos eran leídos y a menudo copiados por el gabinete negro de San Petersburgo, lo que le explicaba la particular benevolencia y la consideración que le manifestaba el zar. Muchas veces, el canciller Rumiantsoff u otros ministros le rogaban que expresara por escrito lo que acababa de decirles, "para comunicarlo a Su Majestad Imperial". Hasta llegará un día, a comienzos de 1812, en que el conde Tolstói, gran mariscal de la corte, hablando en el nombre del emperador, le propondrá "ser durante la guerra que ahora parece inevitable, el redactor secreto de todos los escritos oficiales que emanen de Su Majestad, no debiendo tener para esto relaciones sino con la persona del soberano o el canciller del imperio..." Un mes más tarde, como Alejandro acaba de partir para el ejército, después de un solemne oficio en Nuestra Señora de Kazán, Joseph de Maistre escribirá: "Ayer nueva conferencia con el emperador, pero esta vez en su gabinete interior. Esta conversación podría tener muy grandes consecuencias. Al despedirme, me abrazó afectuosamente". Y, el 7 de mayo, mientras el ejército francés se acerca al Niemen, escribirá además: "Pienso partir mañana al servicio del emperador que me llama a Polotsk". Su intimidad con Alejandro está, pues, bien establecida.

Y he aquí las proféticas opiniones que Joseph de Maistre expresaba entonces corrientemente, ya sea en sus despachos oficiales, ya sea en sus conversaciones privadas: "Por su genio excesivo, Napoleón está condenado a arriesgar constantemente el todo por el todo... Mientras Napoleón exista, la idea misma de la tranquilidad no podría entrar en una cabeza razonable... Napoleón no puede, dentro de su sistema, dejar voluntariamente en pie una potencia como Rusia. Es absolutamente necesario que la ataque. La guerra con Rusia es inevitable; Polonia es la manzana de la discordia que encenderá esta guerra... A menudo pienso de cuán poca cosa depende el poder formidable que hace temblar a toda Europa... A través de este poder, se ven todos los elementos de una ruina infalible. Lo que engaña, es que se les busca fuera de Francia, cuando hay que buscarlos solamente en Francia... Todos los estruendos, todos los triunfos que veo, no

me desaniman. Me dirán: “¿Dónde está la fuerza capaz de derribar a este coloso?” Y responderé: “Está en una cena de París, donde tres o cuatro personas estuvieran de acuerdo”. Nada puede vencer a Francia; pero Francia puede muy bien vencerse a sí misma. En cuanto a las fechas, siempre he dicho que esto es un secreto para el espíritu humano... Todo el problema político se reduce a este solo punto: persuadir a los franceses de que no se hace la guerra sino a Bonaparte, y de que ellos no tendrán jamás la paz con Bonaparte; es preciso además convencerlos de que no se trata de atacar sus fronteras...”

Esto es exactamente lo que pensaban, por su parte, Metternich y Talleyrand; Napoleón había sobrepasado los límites de lo posible; su ruina era en adelante segura; pues la enormidad dispar y difusa de su poder lo condenada a vencer siempre, a conquistar perpetuamente. Sin embargo, su profetismo no era tan perspicaz como el de Maistre, puesto que ni el uno ni el otro podían concebir “el momento” de la infalible catástrofe; ni el uno ni el otro adivinaban todavía que las causas inmediatas de la bancarota final se elaborarían en el seno mismo de Francia.



En el curso de marzo de 1810, cerca de dos meses después del anuncio del matrimonio austriaco, es cuando Alejandro parece haber precisado sus primeras ideas para la guerra que, tarde o temprano, lo pondría en pugna con Napoleón.

Se lo había confesado primeramente al príncipe Adán Chartoryski, su gran amigo de antaño, más o menos caído en desfavor, abandonado al día siguiente de Tilsit, y que acababa de volver a San Petersburgo, después de todo un año de permanencia en Polonia.

Razones misteriosas, en las que se cree ver la continuación de su extraño romance con la emperatriz Isabel, llamaban al seductor polaco a orillas del Neva.

Inmediatamente, la intimidad de estos dos hombres, que se parecían y se oponían en tantos puntos, volvió a tomar su curso de antes. Sus conversaciones se prolongaban durante horas, como en 1804.

Para testimoniar a su amigo toda su confianza, Alejandro había comenzado por ocultarle que, a proposición de Napoleón, había aceptado “que las palabras *Polonia* y *polaco* desaparecieran no solamente de todas las transacciones políticas, sino también de la historia”. Sin conocer precisamente la convención del 4 de enero, Chartoryski había oído en una u otra parte algunos rumores de ella, y había tenido el valor de expresar su dolor al zar. ¿Cómo un potentado tan magnánimo y que parecía destinado por la Providencia a las más caballerescas empresas, cómo había podido hacerse el implacable destructor de la nación polaca y del nombre polaco?... Alejandro no negó que había estado concertándose con Napoleón con respecto a Polonia; pero imputó al maquiavelismo habitual de la diplomacia fran-

cesa todo lo odioso de las cláusulas abominables de que se quejaba Chartoryski. Por lo demás, la negociación estaba lejos de celebrarse. Rumiantsoff iba a proponer un texto nuevo: “Así, pues, tranquilícese. Mis sentimientos por Polonia no han cambiado: mi intención es siempre reconstituirla, uniéndola a la corona de Rusia... Como usted ve, permanezco fiel a nuestro proyecto de antes...”

En medio de estas leales efusiones, no le costó a Chartoryski adivinar, en su augusto amigo, el deseo de crear una *Po'lonia Rusa* que se agregaría ulteriormente a la *Polonia Francesa* que Napoleón había creado sobre el Vístula al organizar el gran ducado de Varsovia. Pero lo que no sabía, lo que no habría podido creer, era que en el momento mismo en que el autócrata le confiaba su intención de restaurar la Polonia bajo el cetro de los Romanoff, en ese mismo momento, hacía ante Napoleón una última tentativa “para estrechar los lazos de la alianza”, por la adopción de este compromiso recíproco: “El reino de Polonia no será restablecido jamás”.

Las generosas disposiciones del zar para con los compatriotas del príncipe Adán Chartoryski estaban, pues, subordinadas al caso, muy probable, de que su aliado de Tilsit y de Erfurt quisiera reservarse, él también, el recurso precioso de “la carta polaca”.

Varias veces Alejandro se abandona a discurrir, delante de Chartoryski, sobre la eventualidad de una guerra con Francia; cree esta guerra inevitable; así, va a prepararse para ella, pero no se oculta sus terribles riesgos... Que el imperio napoleónico esté condenado a la ruina, no se puede dudar. ¡Qué error se cometería, sin embargo, si no se viera que Napoleón tiene todavía un poder enorme!... Y, cuando se vea acorralado, ¡con qué prodigios nuevos no asombrará al mundo!...

Un día, Chartoryski le pregunta lo que hay de verdad en los rumores que circulan con respecto a las perturbaciones mentales, los accesos de furor y de epilepsia, a que estaría sujeto Bonaparte. Y Alejandro exclama inmediatamente:

—¡Bonaparte loco!... ¡Qué idea más singular!... Para creerlo, es verdaderamente necesario no conocerlo... Es un hombre que, en medio de las más grandes agitaciones, ha tenido siempre la cabeza tranquila y fría; sus arrebatos no son sino para asustar a los demás... En él, todo es previsto, combinado. Calcula todos sus actos, aun aquellos que parecen más repentinos, más audaces, más violentos... En cuanto a su salud, es excelente; nunca ha estado enfermo. Nadie soporta mejor el trabajo y la fatiga...

¿Conocía Napoleón igualmente bien la psicología y el temperamento de Alejandro?

A principios de mayo, Chartoryski, a punto de regresar a Polonia, recibe una última vez las confidencias de su amigo.

No temiendo revelarle sus más secretas intenciones, el zar le expone todo su plan estratégico, la ofensiva súbita a través de Polonia.

En seguida, gravemente, calcula que el momento del drama llegará dentro de ocho o nueve meses. Y esta precisión, que lo pone por decirlo así frente a la realidad, lo trastorna súbitamente. "En este momento—escribe el príncipe—, el emperador tenía una mirada severa y fija, que me recordó los ojos hurafios que tenía en la época de Austertlitz: su aspecto expresaba el abatimiento; lo abandoné muy incierto de lo que podía suceder".

Algunos días más tarde, el 23 de mayo, Caulaincourt da una espléndida fiesta para celebrar, a los ojos de la sociedad rusa, el matrimonio de Napoleón con María Luisa. "Sus Majestades el emperador y las dos emperatrices me expresaron su placer de encontrarse, en esta circunstancia, en casa del embajador de Francia. Sus Majestades animaron muy graciosamente la fiesta y se dignaron permanecer en ella desde las nueve de la noche hasta las dos de la madrugada..."

El decorado de la alianza sigue, pues, magnífico.

Pero, al día siguiente, Alejandro dice a Caulaincourt:

—El emperador Napoleón notará sin duda que mi fidelidad en la alianza no se desmiente en nada. Entonces, ¿por qué me hace esperar tanto tiempo la respuesta que me ha prometido con respecto a Polonia? Si el emperador no piensa restablecerla, ¿por qué, cada día, en todos vuestros documentos públicos, se llama *ducado de Polonia* al gran ducado de Varsovia?... ¿Se desea este restablecimiento? Es preciso decirlo y responderme; quiero saber a qué atenerme...

En su despacho, Caulaincourt agrega este comentario: "Fácil es ver que se está realmente herido de quedar sin respuesta; hasta se da a entender que *es ésta una falta de consideraciones sin ejemplo*".

Pero la respuesta esperada, exigida, no llega. El esposo de María Luisa está en su luna de miel; pasea a su "hermosa ternera" a través de los pasturajes de Bélgica y de Flandes; pues está orgulloso de mostrar a la hija de los Habsburgos en esas provincias que poco antes pertenecían a la Casa de Austria.

En adelante, Alejandro no insistirá ya en la cuestión polaca. Y Caulaincourt lo comprenderá tan bien que, queriendo desligar cuanto antes su responsabilidad de lo que fatalmente debe seguir, no cesará de pedir que se le llame a Francia. Alegará el sufrimiento, el rudo sufrimiento de los tres inviernos que acaba de soportar bajo el clima ruso: no podría soportar un cuarto; su pecho, su garganta, su reumatismo no se lo permitirían. Como Napoleón es poco sensible a este género de argumentos, invoca otros que producirán más efecto. Desde hace algunos meses, el embajador comprueba una gran decadencia de su posición personal en la corte del zar. "Por largo tiempo desempeñé aquí el primer papel; era *verdaderamente el virrey del emperador Napoleón en San Petersburgo*. Me atrevo a decir que la expresión, por fuerte que sea, nada tiene de exagerado, desde el punto de vista de la opinión que el público tenía de mi crédito y la confianza

de que los más íntimos del emperador sabían que yo gozaba; efectivamente, el emperador Alejandro me testimoniaba una confianza ilimitada y también mucha amistad... Hoy día todo ha cambiado: lo que es respetos exteriores, consideraciones al embajador, se observan todavía escrupulosamente, y, en esto, todo el mundo sigue el ejemplo del emperador; pero intimidación, confianza, crédito, nada de esto existe ya para mí... Ya no convengo..."

Este argumento es serio. He aquí otro que producirá aún más efecto en Napoleón. Por primera vez, el embajador se atreve a trazar un retrato verídico del autócrata ruso: "Con respecto a este príncipe, me parece que no se le juzga como es. Lo creen débil; se engañan. Sin duda que puede soportar muchas contrariedades y disimular su descontento... Pero esta facilidad de carácter está circunscrita; no irá más allá del círculo que se ha trazado. Este círculo es de hierro y no se ensanchará. Pues en el fondo de este carácter de benevolencia, de franqueza y de lealtad naturales, hay un *acopio de disimulación soberana que demuestra una obstinación que nada podría vencer*..."

Por mucho que lo impresionen estas consideraciones, Napoleón mantendrá a Caulaincourt en su puesto hasta el mes de mayo de 1811, para reemplazarlo por un simple figurante, de una cándida lealtad, que no será sino un juguete en las manos de Alejandro, el general de Lauriston.

Durante los últimos meses de su embajada, Caulaincourt podría haber observado muchas cosas interesantes, que prefirió no ver, o que siempre envolvió en eufemismos cuando se las señalaban... de París.

Desde el mes de mayo de 1810, Alejandro se ocupa de acrecentar su poder militar. La obra es dirigida magistralmente y en un profundo secreto, bajo el enérgico impulso del "bulldog" Arakchieff, secundado por el futuro generalísimo, Barclay de Tolly. Aumento de los efectivos, instrucción mercedía de las tropas, ejercicios de movilización, trabajo intenso de los arsenales, constitución de grandes almacenes, prematura fortificación de las fronteras, sobre todo, en la brecha que separa el Dvina del Dniéper, "ese punto tan vulnerable del imperio", he ahí lo que apasiona ahora al autócrata ruso. Y muy pronto, no solamente piensa en protegerse contra un ataque francés; medita también una ofensiva súbita que sorprendería a Napoleón antes de que tuviera tiempo de desprenderse del abrazo de España. Así, de día en día, por pequeñas columnas, batallón por batallón, acerca sus tropas al Dvina, al Niemen, al Beresina, al Dniéper. A principios de 1811, dispondrá así de 225,000 hombres, bien armados, bien agrupados, a los cuales Napoleón, durante varias meses, no podría oponer sino 60,000 franceses a lo sumo, dispersos en Alemania, y los contingentes, tan poco seguros, de la Confederación del Rin.

A pesar de las más severas precauciones, estos movimientos terminan por ser conocidos; los salones de San Petersburgo se inquie-

tan, no cesan de hablar de ellos. El único que no se inquieta es Caulaincourt: el zar le demuestra fácilmente que esas son simples medidas defensivas, como las que todos los estados, aun los más pacíficos, toman en sus fronteras.

—“Estos cambios no acrecientan las fuerzas del ejército... No he reclutado un hombre más que de costumbre; no tengo una bayoneta más en las filas...” Y acentúa cada una de sus explicaciones con su eterno refrán: “Soy y sigo siendo hoy día tal como el emperador Napoleón me vió en Tilsit y en Erfurt; siempre continúo con igual franqueza en la alianza... Tranquilece a su emperador: no tiene un aliado que sea más adicto a sus intereses... No le oculto nada, general; nada tengo que ocultarle; sólo deseo nuestra alianza y la paz...”

Simultáneamente, medita arrastrar a los polacos a su causa, y provocar así, por contagio, el levantamiento de Alemania, que está muy agitada. Chartoryski ya no está en San Petersburgo; está en su real dominio de Pulawy, sobre el Vístula. Por medio de dos cartas fechadas el 25 de diciembre de 1810 y el 31 de enero de 1811, Alejandro le revela su plan, que tiene por base la regeneración de Polonia, “la reunión de todos los territorios que antes formaban la Polonia, incluso las provincias rusas, pero con excepción de la Rusia Blanca”. Así reconstituido hasta el Dvina, el Beresina y el Dniéper, “el reino de Polonia quedará para siempre unido a Rusia, cuyo emperador llevará en adelante el título de *emperador de Rusia y rey de Polonia*”... Para los polacos, es ésta una ocasión única de restaurar su patria; pues, posiblemente, Galitzia no tardaría en unirse a ella. El zar invita, pues, a Chartoryski a ponerse en relaciones muy confidenciales con los principales jefes de la nación y del ejército polacos, que sonde sus corazones y les haga entrever las intenciones de Alejandro. ¿Están dispuestos, están resueltos a secundar los ejércitos rusos para destruir el poder napoleónico y libertar a Europa?... “Mientras no pueda estar seguro de la cooperación polaca, estoy decidido a no comenzar la guerra con Francia”. Y concluye: “Si los polacos me secundan, el triunfo no es dudoso; pues está fundado, no en una esperanza de contrabalancear los talentos de Napoleón, sino únicamente en la falta de fuerzas en que se encontrará, unida a la exasperación que fermenta contra él en toda la Alemania...”

Mientras Chartoryski procede misteriosamente a su encuesta, Alejandro trabaja en proporcionarse, en caso de ruptura con Napoleón, la connivencia de Austria. Y en este trabajo oculto, hecho de matices, de rodeos, de insinuaciones, demuestra una admirable habilidad.

El matrimonio mismo de María Luisa es el que le ha proporcionado la ocasión de las primeras palabras. Inmediatamente manda decir a Viena que ningún acontecimiento podía hacerlo más feliz, puesto que ahora Rusia era libre de abandonarse sin escrúpulos a su inclinación por Austria. ¿Acaso los Romanoff y los Habsburgos no tienen mil razones para unirse y amarse?... “Un espíritu menos justo que el emperador Alejandro, quizá hubiera temido las conse-

cuencias del matrimonio, o aun hubiera experimentado cierta envidia por ello. Pero no. Por el contrario, el emperador Alejandro descubre en ello una facilidad de acercamiento con una corte de la que antes lamentó tanto tener que separarse”.

Poco después se entabla la conversación entre San Petersburgo y Viena.

El 16 de febrero, Alejandro convoca al general de Saint-Julien, enviado extraordinario de Austria, excelente diplomático, espíritu sagaz, perspicaz observador de las cosas rusas. En público, el zar no le demuestra sino una vulgar cortesía; pero se reúne a veces con él, a ocultas de todos, en el departamento de su gran mariscal Tolstoi. Aquel día le dijo:

—Vuestro soberano no ignora que, desde mi paz con Francia, me he preocupado muy particularmente de evitar todo lo que pudiera dar lugar a una nueva explosión. Sin embargo, los acontecimientos recientes bien podrían provocar la guerra. La evitaré mientras sea posible; pero si la dignidad de mi imperio lo exige, si me obligan a ella, desenvainaré la espada... Tengo 200,000 hombres en aquella de mis fronteras que podría ser amenazada, y detrás de ellos 130,000, siempre dispuestos a formar parte del ejército activo... Deseo que vuestro soberano esté informado de lo que puedo oponer a un enemigo. Lejos estoy de proponer a vuestra corte una transacción cualquiera, pues sé muy bien la situación de Austria...

Por último, llegando al fondo de su pensamiento, pero no olvidando los preceptos de Catalina la Grande, hace brillar a los ojos del Habsburgo, para seducirlo, una suntuosa recompensa por la colaboración que de él espera: Valaquia, Moldavia y Servia.

De estas graves conferencias, nada se filtra al exterior. Pero Joseph de Maistre, siempre husmeador, huele algo, pues escribe: “Por la manera cómo se trata aquí al enviado de Austria, se ve claramente que las dos cortes comprenden que sería conveniente, cesando todo rencor, hacer su salvación conjuntamente”.

En cambio, he aquí todos los informes que Napoleón recibe de Caulaincourt, sobre las relaciones de Austria y Rusia:

“El emperador Alejandro me ha dicho: “*Tanto antes del matrimonio como después, os he dado a conocer mi pensamiento con respecto a Austria. Con placer veo su unión política con vosotros.*...” “El canciller Rumiantsoff me ha dicho que Rusia, hace algún tiempo, había expresado a Austria su pensamiento con respecto a los serbios, y que vería con placer todo lo que ella hiciera en favor de este pueblo. ¿No se podría inferir de esto que Rusia estaría ya de acuerdo con Austria para poner a los serbios bajo su dominación? No puedo aventurar, a este respecto, sino una simple conjetura...” “Cartas de Alemania hablan de los proyectos de Austria de una manera que podría inquietar a Rusia. Sin embargo, el gobierno ruso parece muy tranquilo en cuanto a esto. M. de Saint-Julien, desde hace mucho tiempo, no ha recibido ni enviado correspondencia; se puede deducir que no trata nada ni ha sido encargado de ninguna comunicación...”

"M. de Saint-Julien recibe poca correspondencia; parece más ocupado en cosas insignificantes que en negocios de estado. Sus pretensiones, sus maneras y su vanidad le han valido de todos más burlas que favores ha obtenido en la corte..." "M. de Saint-Julien ha recibido un correo: con excepción de las últimas medidas relativas a las finanzas, se ignora lo que ha traído..." "M. de Saint-Julien repite aquí en toda ocasión, que Austria no ha sido jamás enemiga de Rusia; que no tiene el menor interés en hacerle daño: que hasta olvida todo el mal que Rusia le causara en la última guerra, y que, sea como fuere, permanecerá neutral. M. de Rumiantsoff me ha dicho que él también ha recibido un correo de Viena, pero que no le traía sino el edicto sobre las finanzas..."

Eso es todo lo que Napoleón sabe, por su embajador, sobre lo que, entre Viena y San Petersburgo, se trama contra él.

En fin, por vía clandestina, Alejandro hace saber a Londres que se dispone a separarse de la alianza francesa, y en prueba de sus intenciones, promete al gobierno británico romper pronto las trabas aduaneras del bloqueo continental. Pero de todo esto, Caulaincourt tampoco advierte nada.

Por muy falsa y capciosa que fuese la política de Alejandro, por muy nebulosos y flotantes que fuesen los velos en que la envolvía, la vigilancia de Napoleón terminó por inquietarse. En los primeros días de diciembre de 1810, algunos avisos recibidos de Polonia, lo hacen levantar la oreja y reprocha duramente a Caulaincourt por haberlo informado tan mal sobre los trabajos militares que se ejecutan en Lituania. Ciertamente, está lejos de admitir que Rusia haya concebido el inverosímil proyecto de atacarlo; pero sospecha que quiere hacerse lo bastante fuerte para denunciar impunemente el bloqueo continental y reconciliarse con Inglaterra. Se siente por ello tanto más desconcertado, cuanto que se creía en vísperas de quebrantar por fin el poder británico, con la sola condición de que los puertos rusos permaneciesen cerrados a los navíos ingleses.

Aun antes de que ese mes de diciembre haya terminado, la alianza de Tilsit recibe—no ya en la penumbra de las cancellerías, sino ostensiblemente—dos nuevos golpes que a los ojos de todos, presagian la ruptura.

Para no dejar al gabinete británico ninguna duda sobre su implacable resolución de matar el comercio inglés, Napoleón anexa, de una plumada, todos los territorios hanseáticos, en la región del Ems y del Wéser, a fin de asegurar allí la estricta aplicación del sistema continental. Esta medida englobaba el pequeño ducado de Oldemburgo, patrimonio de una vieja casa germánica, cuya rama Holstein-Gottorp se había fundido con los Romanoff. Además, el duque actual era el suegro de la gran duquesa Catalina Pavlovna. Por acontecimientos que estuviesen a los golpes de fuerza napoleónicos, la anexión de Oldemburgo es considerada por la sociedad rusa "como un

insulto público, una bofetada dada a una potencia amiga". Son éstos los propios términos de que Alejandro se sirve delante de Caulaincourt, y termina: "Pido justicia".

Pero pocos días antes de saber la anexión de los territorios hanseáticos, el zar había promulgado un ukase que modificaba las tarifas aduaneras del imperio, y de tal suerte que las mercaderías inglesas tenían libre entrada bajo pabellón neutral, mientras que las mercaderías francesas, que venían por tierra, sufrían impuestos prohibitivos.

Napoleón no se engaña ni por un momento. En el ukase aduanero, ve acertadamente, la negación de Tilsit, el bloqueo transformado en irrisión, la mano tendida a Inglaterra, el prefacio de nuevas complicaciones en el Oriente de Europa, como si la ruda lección de Friedland no hubiese servido de nada.



En el curso de enero de 1811 es cuando el zar toma la irrevocable resolución de decidirse por las armas su desavenencia con Napoleón. Pero antes de resolverse a ello ha atravesado varias veces por crisis de angustia y de abatimiento, durante las cuales su rostro triste, sus "ojos huraños", su mutismo, su necesidad de soledad, la visible confusión de todo su ser, llamaban la atención de todos los que lo rodeaban.

Partía entonces repentinamente para Twer, donde Catalina lo fortalecía inmediatamente. En esa voluptuosa criatura, la audacia y la energía desbordaban. Como ella tenía además una razón fría, una inteligencia clara, una memoria exacta y un sentido político, había adquirido sobre su hermano un irresistible ascendiente. Joseph de Maistre tenía de ella una alta opinión: "Es una cabeza capaz de una larga previsión y de las más fuertes resoluciones". Comenzaba a desempeñar, ante Alejandro, el noble papel de inspiración, de sostén, de fortalecimiento, que la reina Margarita de Navarra desempeñó ante Francisco I y la margrave Guillermina de Bayreuth ante Federico el Grande. Catalina, a su vez, sufría admirativamente la influencia del fogoso Rostopchin, que personificaba cada vez más las tendencias exaltadas del patriotismo ruso.

Irreconciliable enemiga de Napoleón, deseaba la guerra, y con todo su entusiasmo impulsaba a ella a Alejandro.

A principios de mayo, el zar no vaciló más. Para sacudir el yugo napoleónico y libertar a Europa, tentaría por tercera vez la suerte de las armas.

Lo que indudablemente facilitó su determinación, fué que se le sugirió un plan nuevo para la terrible aventura en la que iba a arriesgar no solamente su trono y su vida, sino también la prosperidad, la grandeza y el porvenir de su pueblo.

La ofensiva fulminante, en la que había pensado al principio, era verdaderamente demasiado peligrosa; tenía por condición primera la invasión precipitada de Polonia y el concurso activo de los polacos. Pues bien, según la encuesta de Chartorvski, este concurso era por lo menos problemático. Por último: los sondeos hechos en Viena y en Berlín, habían dado sólo aprobaciones muy vagas, temerosas, llenas de equívocos y de reticencias.

Pero había entonces en San Petersburgo dos oficiales prusianos que, al día siguiente de Tilsit, no pudiendo resignarse a la humillación de su patria, habíanse enrolado en el ejército ruso: el general de Phull y el coronel de Clausewitz.

Ambos hábiles estrategas—sobre todo el segundo—, habían concebido oponer a los ejércitos franceses un plan de campaña fundado en las ventajas inestimables que Rusia debe a la naturaleza, es decir, su clima y su inmensidad. Así, pues, no ofrecer jamás a Napoleón la ocasión de una batalla decisiva, como Austerlitz, Jena, Friedland, Waeram; esquivar en lo posible sus ataques; atraerlo hacia el interior del imperio; dejarlo golpear en el vacío; alargar indefinidamente sus líneas de comunicación; molestarlo en los flancos; esperar así el día fatal en que el desgaste de sus fuerzas, la amenaza de un envolvimiento, la precipitación de la retirada, la enormidad de las distancias, el rigor del invierno, lo condenaran al desastre.

Dos años y medio más tarde, el 12 de diciembre de 1813, Alejandro, deteniéndose en Francfort, dirigirá al general de Phull este magnífico homenaje:

"Habiendo llegado de las orillas del Moscova a las riberas del Rin, creo cumplir un deber al escribirle estas líneas. Si he adquirido algunos conocimientos en el oficio de la guerra, sólo a usted debo sus principios. Pero le debo aún más: es usted quien ha concebido el plan que, con la ayuda de la Providencia, ha tenido por consecuencia la salvación de Rusia y por resultado la de Europa".

Reflexionando sobre este asunto estratégico, Alejandro dirá pronto: "Espero algunos primeros fracasos; pero ellos no me desalentarán. Replegándome, pondré un desierto entre el ejército de Napoleón y el mío. Hombres, mujeres, ganados, caballos, lo llevaré todo." Y Rostochin dirá asimismo: El emperador de Rusia será siempre formidable en Moscú, terrible en Kazán, invencible en Tobolsk...

\*  
\* \*

Mientras tanto, irritado de ser tan mal informado sobre los armamentos de Rusia, Napoleón llama a Caulaincourt, dándole por sucesor al general de Lauriston.

Hasta el fin de su misión, que terminará el 9 de mayo de 1811, Caulaincourt continuará certificando a París la adhesión de Alejandro y la sinceridad de sus disposiciones pacíficas. Seguramente, la amistad de los dos imperios no es ya tan cordial y confiada como antes.

La anexión de Oidemburgo ha herido mucho el amor propio de la sociedad rusa. Y en los medios galófobos, la gente se complace un tanto en repetir que, dentro de poco, Francia atacará a Rusia. Alejandro mismo se inquieta de saber continuamente que tropas francesas, material de artillería, interminables convoyes de municiones atraviesan el Rin para dirigirse al Oder. Un día, dice tristemente: "¿Pero el emperador Napoleón quiere hacerme la guerra?... Entonces, me la hará sin motivo. Necesariamente, me defenderé. Yo y todos los rusos moriremos con las armas en la mano por salvar nuestra independencia". Pero la franqueza con que acaba de expresarse así, debe probar a Napoleón de qué modo le sigue siendo adicto. Por último, sin ninguna observación, sin ninguna reserva, Caulaincourt transmite a París esta declaración del canciller Rumiantsoff: "En la alianza, Rusia está siempre leal y pura como una virgen".

El llamado del embajador produce cierta emoción en los salones de la capital. Nadie acepta por un momento los motivos de salud que él alega. Joseph de Maistre formula la opinión que prevalece: "Se dice que el emperador Napoleón le reprocha el no haber dado a conocer bastante pronto ni suficientemente los inmensos preparativos hechos en Polonia..." Y algunos días después, escribe estas frases que dejan entrever muchas cosas: "Caulaincourt acaba de partir... ¿Quién sabe lo que hay en su corazón, lo que piensa de su señor, y lo que teme de él? Después de recibir cierto despacho, ha dicho a una mujer: *Hay momentos en que un hombre honrado quisiera estar muerto...*" ¡Que no haya muerto algunos meses antes!

\*  
\* \*

Hasta fines de 1811, Alejandro continuará sin descanso, en medio de un profundo secreto, la preparación diplomática y militar del temible conflicto, del que acepta deliberadamente todos los riesgos, pero del cual quisiera que solamente Napoleón asumiera, a los ojos del mundo, todo lo odioso y toda la iniciativa.

Entre París y San Petersburgo, la correspondencia oficial nunca ha sido más activa; pero ni los signatarios ni los destinatarios toman en serio esta literatura de cancillería, "esta vianda sin substancia". El prólogo del drama se representa secretamente en Viena, en Berlín, en Londres; se representa también en Estocolmo, donde Bernadotte, que ha llegado a ser príncipe real de Suecia, entrevé ya en sus sueños el trono de Francia—en Nápoles, donde Murat quiere también librarse de la servidumbre napoleónica—, en fin, en el extremo de España, donde la regencia nacional de Cádiz busca por todas partes aliados para llevar a cabo su obra liberadora.

Alejandro dirige personalmente este gran trabajo y, lo más a menudo, a ocultas de sus ministros y de sus embajadores, pues adora las maniobras tortuosas, clandestinas y complicadas. La diplomacia

oculta de Luis XV, el famoso "Secreto del Rey", no conocieron jamás tan bellos días.

El optimismo ingenuo de Lauriston no advierte nada de todo esto. Para no ser voluntaria, su ceguera iguala a la de Caulaincourt. Justifica la frase de Napoleón: "No son embajadores de Francia los que mantengo en San Petersburgo; son cortesanos del emperador Alejandro I".

Durante este período superactivo, en el que ningún obstáculo, ningún error lo desvía de su objetivo, Alejandro se siente maravillosamente bien. Ya no está ansioso y deprimido como en el invierno anterior; pero está agitado, como lo demuestran el vagabundaje y los caprichos de su vida amorosa. Engaña a Madame Naryschkina tanto como ella a él. Se prenda y se desapega sucesivamente—o simultáneamente—de la bella Mme. Gerechtsoff; de una actriz francesa; la vivaracha Mlle. Bourgoïn; de una simple comerciante, Mme. Bakarath; de una dama de honor de la gran duquesa Catalina, "la divina Mlle. Muravieff", etc.

Por un singular mecanismo, estas calaveradas trepidantes tienen la ventaja de conservarle la mente perfectamente libre y fría para los negocios serios, como si no diese a sus galanterías sino el exceso de su pensamiento, como si las necesitara para el alivio de sus nervios.

Apenas vuelve a la política, su mirada se dirige naturalmente a París, en primer lugar.

Ha sabido organizar allí un maravilloso sistema de informaciones.

Uno de sus agentes es un brillante oficial de su guardia, el coronel Chernicheff. Lo han sobrenombrado "el postillón", porque está constantemente camino de San Petersburgo a París y de París a San Petersburgo. Infatigable, sin concederse el menor descanso, en cuanto ha subido a su silla de posta, viaja con una sorprendente celeridad. Una vez, treinta y cuatro días le bastaron para recorrer en ambos sentidos, el trayecto de San Petersburgo a Bayona, o sea 7.000 kilómetros.

Inmediatamente se ha hecho apreciar por Napoleón, porque tiene el carácter adaptable, la comprensión inmediata, la memoria infalible; porque es un maravilloso "relator de conversaciones", lo cual es la cualidad principal de un edecán. Pronto se siente en la corte de las Tullerías "como en su casa". El emperador conversa con él durante horas enteras; lo invita a comer, lo lleva a cazar, lo colma de amabilidades; en fin, le confía las más delicadas comisiones ante Alejandro.

Pero no ve en él más que un intermediario, excelentemente adiestrado: nada más. En el fondo, lo juzga como un monuelo de estado mayor y de salón.

Pues en cuanto ha cumplido sus consignas oficiales, Chernicheff pierde totalmente su interés por la política y la guerra; no tiene ya otras preocupaciones que el mundo y las mujeres.

De treinta años de edad, las maneras seductoras, el talle esbello, el cabello rizado, la boca prometedora, los ojos amorosos, felinos, pero oblicuos, lo que parece revelar un poco de atavismo kalmucco, encuentra en todas partes admiradoras, o más bien adoradoras. La duquesa de Abrantes nos asegura que ninguna mujer resistía a su magnetismo: "No todas se morían, pero todas quedaban impresionadas..." Se llegaba a afirmar que conservaba un delicioso recuerdo de Paulina Borghese.

Pero bajo estos exteriores de libertino, bajo esta apariencia atolondrada, hay nada menos que un temible espía. Teniendo en el más alto grado el gusto de la intriga y del soborno, ha dispuesto alrededor de las Tullerías una red de vigilancia y de traición; tiene especialmente por amante "a una mujer cuyo marido conoce los más íntimos secretos del emperador". ¿Quién era esta mujer? Se vacila entre varios nombres.

No solamente opera en los salones y en los *boudoirs*. Habiéndose creado espías en las oficinas del Ministerio de la Guerra, ha encontrado el medio de procurarse los documentos a que Napoleón concede mayor precio, los "carnets de situación" que le exponen, día a día, el efectivo y el sitio de sus tropas; es ésta la base de todos sus cálculos y la clave de todas sus combinaciones.

Así, en cada viaje, el edecán trae a su señor una amplia provisión de informaciones tomadas de las mejores fuentes.

Pero para informarse sobre las cosas de Francia, Alejandro tiene todavía algo mejor.

El primer secretario de su embajada, el conde de Nesselrode, futuro canciller del imperio, se había unido "con M. de Talleyrand y algunas otras personas opuestas a la creciente ambición de Napoleón". Por sus conversaciones con el conde de Benevento, que ha vuelto a ganar el favor de Napoleón, es notablemente informado sobre la política francesa. Nada de esto es transmitido en la correspondencia oficial; y el embajador, el viejo príncipe Kurakin, muy fatigado, por lo demás, no sabe ni una palabra de esto. Nesselrode ha acordado una clave con el ministro favorito del zar, Speransky, y le transmite, por correos especiales, un inestimable conjunto de datos, de consejos y de previsiones, que se resumen así: "Napoleón no espera haber sometido a España para transportar sus ejércitos al Vístula y restaurar el reino de Polonia... Rusia debe terminar cuanto antes posible, con cualesquiera condiciones, su guerra con Turquía y, simultáneamente, celebrar un acuerdo con Austria ofreciéndole Servia... La alianza de Rusia y Austria es indispensable para el mantenimiento del sistema conservador en Europa... La guerra de España durará por lo menos un año más; de modo que hacia el mes de abril de 1812, los ejércitos franceses podrán obrar en el Vístula y el Niemen... Rusia no debe tardar en negociar con Inglaterra, a fin de que todo lo

que concierne a los subsidios y la cooperación británica esté perfectamente arreglado para el 1.º de abril de 1812. . . .”

Naturalmente, el príncipe de Benevento exige un buen precio por sus magistrales consultas; ellas le son pagadas en “licencias de comercio con Inglaterra”, lo que permite eludir en Rusia las prohibiciones del bloqueo continental. Un día, sin embargo, sobrepasa la medida; escribe al emperador Alejandro: “Necesito un millón quinientos mil francos. . . Aunque esto es una cosa sencilla en sí misma, debo tener muchas precauciones en la elección de los medios que hay que tomar para procurármelos. Al dirigirme a Vuestra Majestad, no hago más que rendir homenaje a las generosas cualidades de que está dotada. . . .”

El zar, que debió de reírse de esta descarada carta, no vacila en responder a ella con una sabrosa ironía: “Señor príncipe de Benevento, con gran satisfacción he visto su confianza en mí, y se la agradezco. ¿Pero puedo acceder a su deseo? Colocado como estoy por la Providencia con respecto a un extranjero, a quien sus talentos deben hacer siempre influyente en los negocios de su patria, no debo dejarme guiar por mi afecto. . . Y, con pesar, príncipe, me rehúso a mí mismo el placer de servirlo”.

Talleyrand se consolará, pues, con las “licencias de comercio” que, por lo demás, se negocian muy lucrativamente en el mercado de Londres.

Inaugurada en marzo de 1810, la oficina de Nesselrode recibe, en la primavera de 1811 un nuevo impulso con la llegada de Caulaincourt.

El embajador, que finge creer todavía en la rectitud de Alejandro, y que una vez más la ha garantizado a Napoleón, ha visto descargarse sobre su cabeza una terrible tempestad.

—Alejandro quiere hacerme la guerra. . . Usted ha sido engañado por Alejandro y por los rusos. . . Los rusos se han puesto muy orgullosos. ¿Creen, pues, manejarme como manejaban, bajo el reinado de Catalina, a su rey de Polonia? Yo no soy Luis XV; el pueblo francés no soportaría esta humillación. . . Se lo repito: Alejandro es tan falso como débil; tiene el carácter griego. . .

Y para terminar, una frase ultrajante:

—Usted habla como un ruso. . . se ha vuelto ruso.

Herido por esta implacable reprensión, notando en seguida que el emperador le muestra frialdad y lo mantiene a distancia, Caulaincourt piensa entonces abandonar el servicio, resignar su cargo de caballero mayor. Pero Talleyrand, “el diablo cojuelo”, lo lleva luego al buen camino. Por su connivencia, Nesselrode sabrá en adelante no solamente lo que se puede saber y sorprender entre los bastidores de las Tullerías, sino también todo lo que se prepara en los ministerios de Relaciones Exteriores y de la Guerra.

§  
\* \*

Mientras los gabinetes de San Petersburgo y de París continúan el juego ilusorio de los procedimientos diplomáticos, estalla un trueno.

El 15 de agosto de 1811, en medio del pomposo ceremonial que agrupa alrededor del trono a los altos dignatarios del imperio, los cardenales, los embajadores, los ministros y todos los “cordons rouges”, Napoleón interpela violentamente al príncipe Kurakin:

—Acabáis de ser derrotados cerca de Ruschuk porque carecáis de tropas, y carecáis de ellas porque habéis quitado cinco divisiones a vuestro ejército del Danubio para transportarlas a Polonia. . . Conozco vuestra segunda intención. A pesar de lo que diga M. de Caulaincourt, el emperador Alejandro quiere atacarme.

En seguida, fingiendo no poder contener su cólera, apostrofa al desdichado príncipe, que tiembla con todo cuerpo y suda la gota gorda bajo las guarniciones de su uniforme. Alrededor de él, sus colegas, estupefactos, aterrados, no dan crédito a sus oídos.

—No soy tan estúpido como para creer que sea Oldemburgo lo que os ocupa. . . Nadie se bate por Oldemburgo. . . Veo claramente que se trata de Polonia; comienzo a creer que queréis apoderaros de ella. . . Pues bien, no tendréis ni una sola aldea, ni un solo molino del gran ducado. . . Aunque vuestros ejércitos acamparan sobre las alturas de Montmartre, no os cedería una pulgada del territorio varsoviano. . . No sé si os venceré, pero nos batiremos. . . Tengo 800,000 hombres y cada año tendré 250,000 más. . . Vosotros contáis con vuestros aliados. ¿Dónde están estos aliados? ¿Austria, a la cual le habéis quitado 200,000 almas en Galitzia? ¿Prusia, a la que habéis quitado el distrito de Bialystock? ¿Suecia, a la que habéis mutilado, tomándole Finlandia? Todos estos agravios no podrían olvidarse; tendréis a toda Europa contra vosotros.

En el exceso de su arrebatado, concluye con esta imagen vulgar y pintoresca:

—Os parecéis a una liebre que ha recibido plomo en la cabeza, y que gira y gira sin saber qué dirección seguir.

Al salir de las Tullerías, el pobre Kurakin, jadeante, trastornado, los ojos llorosos, el rostro empapado en sudor, farfulla tímidamente: “Hace mucho calor en casa de Su Majestad. . .” Pero todos los testigos de la injuria recuerdan inmediatamente las palabras semejantes que Napoleón dirigió, el 13 de marzo de 1803, a lord Whitworth, y, el 15 de agosto de 1808, a Metternich.

\*  
\* \*

El apóstrofe del 15 de agosto de 1811 no solamente anuncia la guerra de 1812, sino que explica también todas sus fases y todas sus vicisitudes.

"¡Napoleón se ha vuelto loco!"—se dicen en San Petersburgo, en Londres, en Berlín, en Viena, al saber la injuriosa diatriba. No; jamás ha tenido las ideas más claras, el cerebro más equilibrado, la palabra más obediente. Pero, en medio de la agitación de sus rayos jupiterianos, un cálculo profundo se disimulaba bajo la impetuosidad.

¿Creía entonces que la ruptura con su aliado en Tilsit era ya inevitable? Es dudoso. O, al menos, se figuraba que la ruptura no acarrearía automáticamente la guerra, y sobre todo una guerra a muerte. No quería creer que Alejandro se atreviera a medirse con él. Toda la conducta del zar, en esos últimos tiempos, no era más que una bravata, que cedería a la intimidación. "Alejandro—decía—no tiene ni la menor idea de las fuerzas que puedo emplear contra él..." Si viera reunidos delante de su frontera los 500,000 hombres del Gran Ejército, inmediatamente desaparecería toda su fanfarronada; sólo trataría de negociar, de pedir misericordia; pero si tardara demasiado en ceder, la formidable violencia de los primeros choques lo obligaría pronto a capitular. Napoleón alimentaba así la esperanza de que, bajo la amenaza o la presión de una inmensa derrota, induciría a Alejandro a nuevas conversaciones directas, a reconstruir sobre otras bases la obra fracasada de Tilsit y de Erfurt. A este respecto, parece haber descubierto el fondo de su pensamiento cuando, el 25 de febrero de 1812, decía a Chernycheff:

—Asegurad al emperador Alejandro que, si la fatalidad quiere que nos batamos, le haré la guerra como galante caballero, sin ningún odio, sin ninguna animosidad. Y, si las circunstancias lo permiten, *hasta le ofreceré un almuerzo en los puestos avanzados.*

Da, pues, por descontado un desfallecimiento moral en el zar, para hacerlo volver cuanto antes al sistema francés; pues su atavismo latino, su espíritu de lógica y de sencillez, su irreductible incomprensión de las almas extranjeras, lo hacen cometer un enorme error con respecto a la psicología de Alejandro.

Si no se equivoca al juzgarlo falso y tortuoso, es porque se explica todo su carácter por la debilidad, la inconstancia y la versatilidad. En lo cual se engaña burdamente. "Una liebre que ha recibido plomo en la cabeza, y que gira y gira sin saber qué dirección seguir"; he ahí cómo se representa a su pérfido aliado, en ese mes de agosto de 1811.

Pues bien, desde hace cuatro años, desde que ha expulsado de su espíritu los vapores y los espejismos de Tilsit, Alejandro se ha decidido inmutablemente en su propósito de derribar un día el poder francés.

Releamos la carta confidencial que enviaba a su madre, el 25 de agosto de 1808, antes de dirigirse a Erfurt: "Finjamos fortalecer la alianza para adormecer al aliado. Ganemos tiempo y preparémonos..." Recordemos igualmente lo que escribía a la gran duquesa Catalina después de los abrazos y las zalamerías de Erfurt: "Bonaparte sostiene que no soy más que un tonto. El que ría último reírá

mejor..." Desde entonces, su programa y su conducta no han variado jamás. Delante de sus más íntimos colaboradores, se complacía en decir, y con justo derecho: "Prosigo mi camino con una inquebrantable constancia".

Que su nerviosidad le haya infligido a menudo dolorosas horas de angustia y de abatimiento, poco importa, puesto que siempre ha salido de ellas más firme en sus resoluciones. Joseph de Maistre ha anotado de él estas palabras: "Recuerdo una de las frases que el emperador Napoleón me dijo en Erfurt: *En la guerra, es la obstinación la que hace todo; por ella he vencido.* Yo le probaré que me acuerdo de sus lecciones".

❦  
❦

En los primeros meses de 1812, Alejandro prosigue febrilmente sus preparativos militares y diplomáticos.

Si haberse decidido todavía a ejercer personalmente el mando supremo de sus tropas, pero queriendo mantenerse siempre al tanto de las operaciones, nombra al conde Soltikoff Presidente del Consejo del Imperio y del Comité de Ministros, confiriéndole poderes excepcionales.

En seguida organiza la concentración de sus tres ejércitos, que forman una masa de 550,000 hombres, entre el Niemen y el Dvina, bajo los comandos respectivos del ministro de la Guerra, Barclay de Tolly, del príncipe Bagration y del general Tormasoff. A pesar de las vivas críticas de su estado mayor, persiste en querer aplicar, en la medida en que las circunstancias se lo permitan, el plan de operaciones que le ha propuesto el general de Phull, es decir, la retirada combativa y estratégica hacia el Dvina, y el Beresina; impulsa, pues, enérgicamente la construcción de un vasto campo atrincherado en Drissa, entre Dunaburgo y Witebsk, para que sirva de apoyo a esta, gran maniobra. Sin duda, este movimiento retrógrado entregará un inmenso territorio al pillaje y a la devastación. Pero por doloroso que sea este sacrificio, es preciso aceptarlo, puesto que de él depende la salvación de Rusia.

En el terreno diplomático, Alejandro pone en juego todo su maquiavelismo para arruinar secretamente los tratados de alianza que, con la muerte en el alma, Prusia y Austria han tenido que firmar con Napoleón.

El 24 de febrero fué cuando Federico Guillermo III, literalmente cogido por la garganta, sufrió la humillación de aliarse con el vencedor de Jena y prometerle un cuerpo auxiliar de 20,000 hombres para combatir a Rusia. Pero de San Petersburgo a Berlín han llegado tan ingeniosas palabras, que, el 31 de marzo, el Hohenzollern escribe al caballeresco amigo de su difunta esposa: "Si estalla la guerra, no nos haremos más daño que el que sea estrictamente necesario. Recordaremos siempre que estamos unidos; que un día debemos volver a ser aliados, y junto con ceder a una fatalidad irresistible conservaremos la libertad de nuestros sentimientos. Sí, sire, estad seguro de los

mios. Tengo a gloria el ser, por toda la vida, de Vuestra Majestad, el buen hermano, amigo y aliado, de corazón y de alma."

Entre San Petersburgo y Viena, la negociación ha encontrado más obstáculos. Pero Alejandro ha sabido escoger los argumentos que mejor podían convencer a los ministros del emperador Francisco; "Nuestros intereses son comunes. Si mi imperio sucumbe, ¿cuál será la posición de Austria?..." Metternich se ha apresurado, pues, a invocar, él también, "la fatalidad irresistible, la extrema necesidad", para excusar el tratado de alianza que Schwarzenberg acaba de firmar. En París, el 14 de marzo, agregando que Rusia y Austria no deben por ello dejar de continuar entendiéndose secretamente; que además, los 30,000 austríacos que formarán en Bukovina el ala derecha del Gran Ejército, se conducirán escrupulosamente como el contingente ruso que fingió batirse en Galitzia en los tiempos de Wagram.

En seguida, el 5 de abril, Alejandro se asegura la ayuda ofensiva y defensiva de Suecia; hasta obtiene de Bernadotte los más preciosos consejos para vencer a Napoleón. Olvidando que ha nacido francés y todo lo que debe a su ex compañero de armas, lleno de envidia y de rencor, el pérfido gascón se atreve a decir: "Prolongad la guerra; evitad las grandes batallas; cansad al enemigo con marchas y contramarchas, que es lo que hay de más fastidioso para el soldado francés y en lo que ofrece más ocasión de cogerlo. Que haya, pues, muchos cosacos y en todas partes... En caso de reverses, tened perseverancia. Aunque haya que retirarse detrás del Neva, todo se reparará pronto con tal de no desanimarse, y Napoleón terminará como Carlos XII en Poltava... Por lo demás, cuando Napoleón es derrotado, pierde la cabeza; sería capaz de abandonarlo todo o de hacerse matar..."

Por fin, el 28 de mayo, por la apremiante recomendación de Talleyrand y los buenos oficios de Inglaterra, el zar celebra la paz con Turquía. El ejército del Danubio va a remontar inmediatamente hacia el Norte.

Para ser "una liebre que ha recibido plomo en la cabeza", Alejandro no ha dirigido demasiado mal sus asuntos en este primer trimestre de 1812.

Pero esto no es todo: en el plano de su política interna, ordena una medida grave, que casi parece un golpe de estado: despidе bruscamente y sin ninguna explicación al secretario general del imperio, su primer ministro, su más íntimo colaborador, Speransky.

La noche del 29 de marzo, el favorito es mandado llamar a palacio, donde permanece dos horas encerrado con el soberano.

Terminada la audiencia, cuando la puerta del gabinete imperial se abre, los oficiales de servicio ven salir a Speransky lívido y trastornado. Mientras coloca precipitadamente sus papeles en su cartera, la puerta del gabinete se abre nuevamente, y el emperador, muy pálido también, pronuncia con una voz ahogada:

—Una vez más, adiós, Miguel Mijailovich.

Al llegar a su casa, el favorito destituido encuentra allí al ministro de la Policía, el general Balachoff, que, "de orden suprema", le prescribe partir inmediatamente para Nijni-Novgorod: un oficial de

gendarmería lo espera en la puerta con una *troica*. De Nijni-Novgorod, será en seguida desterrado a Perms, en el Ural.

Un profundo misterio se cierne sobre esta desgracia.

Se ha afirmado que Alejandro había sorprendido, en la correspondencia de Speransky, críticas hirientes, bromas burlescas respecto a él. Speransky lo habría pintado fútil, vanidoso, socarrón, teatral, constantemente preocupado de sí mismo y de su figura, consagrando a ridículos amores un tiempo que los grandes negocios del estado reclamaban imperiosamente. Es posible. Sin embargo durante su última conversación, el monarca le declaró indudablemente que le conservaba su estima y su afecto: "Cuando lo abandoné,—ha dicho el proscrito—tenía sobre mis mejillas la huella de sus lágrimas".

En el público, el destierro del favorito provoca una explosión de odiosa alegría. El secretario general del imperio era universalmente defestado, puesto que trabajaba sin descanso y sin miedo en ordenar las finanzas, reprimir los abusos, restringir los privilegios, modernizar un poco el viejo edificio del gobierno y de la sociedad rusa. Luego, para explicarse la destitución brutal del ministro innovador, lo acusan de las peores infamias, de ésta entre otras: "Había tramado un sistema de relaciones secretas con Bonaparte; no se contentaba con envenenar la Santa Rusia con sus funestas ideas, la traicionaba..." Sobre esto, el veredicto de Alejandro es perentorio: "Miguel Mijailovich no ha traicionado sino a mí solo, en mi persona. Jamás ha traicionado a Rusia..."

Pero si la destitución del favorito permanece oscura en sus causas, su intención política no es dudosa.

A los ojos de todos, el humilde hijo de sacerdote, a quien Alejandro había elevado tan alto, pasaba por apegado a las ideas francesas, por inspirarse constantemente en el espíritu francés. Pues bien, a principios de 1812, toda la sociedad rusa sufría una intensa crisis de galofobia. Los enemigos del reformador consideraron el momento oportuno para perderlo.

En Twer, en el ambiente ultranacionalista de la gran duquesa Catalina, fué donde se urdió la conjuración a la cual pronto debía succumbir. Bajo los auspicios de la ardiente joven, la intriga fué dirigida por el "bulldog" Arakcheieff, por el ministro de la Policía Balachoff, por el viejo mariscal Soltykoff, por el historiador Karamzin, en fin, por el más exaltado de los reaccionarios moscovitas, Rostopchin.

En pocos días, el movimiento adquiere tal fuerza que Alejandro, presionado, hostigado por los ruegos de Catalina, sintiendo además cernerse sobre su cabeza la amenaza de un atentado, cree deber dar a su pueblo una sorprendente prueba de su nacionalismo y arrojar una víctima como alimento a los espíritus sobreexcitados.

Aun hace más: para demostrar mejor que ha renegado definitivamente de la política de Tilsit y de Erfurt, nombra a Rostopchin gobernador general de Moscú.

Con este doble triunfo prelude Catalina Pavlovna el importante papel que un porvenir próximo le reserva.

## CAPÍTULO UNDECIMO

Alejandro en Vilna; misión del conde de Narbona.—El 24 de junio de 1812, el Gran Ejército franquea el Niemen; no encuentra delante de él sino un país desierto y todas las aldeas incendiadas.—Persistente error de Napoleón sobre la mentalidad de Alejandro: "Mis maniobras han derrotado a los rusos; antes de un mes estarán a mis plantas". Misión del general Balachoff; el camino de Moscú: "Carlos XII lo había tomado por Pultawa".—Retirada continua de los rusos; agotamiento del Gran Ejército; el "plan Phull" se ejecuta metódicamente. Abandono de Witebsk; incendio de Smolensk. Napoleón, comenzando a ver claro, intenta en vano comenzar una correspondencia con el zar.—En el pueblo ruso, el avance ininterrumpido del enemigo provoca una furiosa indignación; se denigra al soberano. Querellas de los generales; crisis en el alto comando. El clamor público impone al autócrata el nombramiento del viejo Kutusoff como generalísimo.—Alejandro en Moscú; su exaltación mística bajo los domos del **Uspensky Sobor**.—Su regreso a San Petersburgo; su firme resolución de proseguir la lucha a muerte.— Visita imprevista de Mme. de Stael.—El 7 de septiembre, batalla indecisa de Borodino; espantosas hecatombes.—El 14 de septiembre, los franceses entran a Moscú. La ciudad, abandonada por todos sus habitantes, es entregada a las llamas. Desde lo alto del Kremlin, Napoleón asiste al espectáculo: "Todo esto nos presagia grandes desgracias".—Enloquecimiento de la conciencia rusa: "¡Moscú está destruída! ¡Rusia va a perecer!" Pavor en San Petersburgo. Alejandro, enfermo y torturado, conserva, sin embargo, el dominio de sus nervios. Conjuración de palacio. Papel sospechoso de la gran duquesa Catalina en "el plan infernal". Valentía de la emperatriz Isabel: "Aunque San Petersburgo debiera sufrir la suerte de Moscú, el emperador no aceptaría la idea de la paz..."—Inquieto por su victoria estéril, y viendo acercarse el invierno, Napoleón trata, dos veces más, de negociar con Alejandro; sus insinuaciones quedan sin respuesta.—El 18 de octubre, el Gran Ejército abandona a

Moscú; la retirada inmortal. El 28 de noviembre, desastre del Beresina.—Magnífica insurrección del alma rusa; la epopeya del mujik; Tolstói y Lenín.

Mientras tanto, el Gran Ejército termina su concentración sobre la ribera izquierda del Niemen y del Bug; 554.000 hombres, entre ellos 50.000 austríacos y prusianos, se escalonan así desde el mar Báltico hasta Volhinia.

El 16 de mayo, Napoleón llega a Dresde, donde va a celebrar pomposamente un consejo pleno de monarcas, más obsequiosos y timoratos unos que otros. Jamás la ostentación de su poder ha sido tan formidable. De ello infiere que Alejandro, aterrorizado, debe buscar algún medio honorable de hacerse perdonar su insumisión y detenerse en el borde del abismo; pues siempre abriga la esperanza de que en el último momento, todo se arreglará "en un almuerzo a solas en los puestos avanzados".

Queriendo facilitar al zar los primeros pasos, le envía uno de sus ayudantes de campo, el general de Narbona. No podía escoger más hábil mensajero de paz. Ex ministro de Luis XVI, antiguo caballero de honor de Madame Adelaide, la fineza y la elegancia mismas, el conde de Narbona representaba el tipo acabado del gentilhomme y del cortesano tal como los habían conocido los últimos bellos días de Versalles.

Tiene instrucción de dirigirse a Vilna, de permanecer allí el mayor tiempo posible, de encantar a Alejandro con su lenguaje y sus maneras, a fin de llevarlo a comprender que Napoleón, a pesar de su inmensa fuerza, está siempre deseoso de un arreglo.

Recibido con una exquisita cortesía, Narbona, que pensaba que- darse por lo menos varios días, oyó al día siguiente que se le anunciaba eraticosamente que "sus caballos de posta estaban ordenados para las seis de la tarde".

A las vagas y suaves palabras del ayudante de campo, Alejandro respondió sin la menor vacilación y sin la menor jactancia:

—Decid al emperador Napoleón que no será yo el primero en desenvainar la espada; no quiero tener, a los ojos del mundo, la responsabilidad de la sangre que esta guerra haga correr... Pero no haré nada contrario al honor de mi país. La nación rusa no es de las que retroceden ante el peligro. Todas las bayonetas de Europa, aunque estuviesen reunidas sobre mi frontera, no me harían cambiar...

En seguida, extendiendo un mapa y señalando con el dedo el extremo más remoto de su imperio asiático, la península de Kamchaka, concluye gravemente:

—Si estalla la guerra, y si la fortuna me es adversa, hasta aquí deberá seguirme el emperador Napoleón para obtener la paz.

El 24 de junio, el Gran Ejército franquea el Niemen. Al Este del río, no encuentra sino un país desierto, todas las aldeas incendiadas, ninguna resistencia.

Sin embargo, Napoleón no puede creer que el ejército ruso le abandone sin lucha toda la Lituania, toda la Polonia; presume que le presentará batalla ante Vilna.

Como no duda obtener una estrepitosa victoria, repite a Caulaincourt, a Berthier, a Duroc, a Savary: "En cuanto lo haya derrotado, Alejandro me pedirá la paz..."

El 28 de junio, llega a Vilna.

Escapando al ataque del invasor, el enemigo se retira a marchas forzadas en dirección al Dvina y al Dniéper. Así, la esperanza de una gran batalla se desvanece nuevamente.

Napoleón se siente tanto más afectado por ello, cuanto que, desde el Niemen, un calor sofocante, lluvias torrenciales, una larga zona de arenas movedizas, el desorden de los transportes, la falta de víveres y de forrajes, han extenuado sus tropas; la artillería y la caballería han perdido siete mil caballos.

Pero tiene noticias de que, por una reciprocidad de cortesía, el zar le envía uno de sus ayudantes de campo, el general Balachoff, ministro de la Policía, encargado de una comunicación personal. Inmediatamente su rostro se ilumina.

—Mi hermano Alejandro, que tanto se hizo el orgulloso con Narbona, querrá ya que nos arreglemos. Tiene miedo... Mis maniobras han derrotado a los rusos. Antes de un mes, estarán a mis plantas.

La carta imperial que le entrega Balachoff, es, en efecto, una suprema tentativa de reconciliación. Pero a la primera mirada dirigida al papel, Napoleón exclama:

—¡Alejandro se burla de mí!

Pues ha leído estas palabras: "Si Vuestra Majestad consiente en retirar sus tropas del territorio ruso, consideraré lo que ha pasado como no sucedido, y habrá la posibilidad de un arreglo entre nosotros..." ¡Pedirle a él, que evacue Vilna y que ordene la retirada general de su ejército!... ¡Semejante petición, a él, al vencedor de Austerlitz y de Friedland, al ganador de cien batallas!... No, eso pasa de la raya...

Por eso, la conversación con el ayudante de campo degenera inmediatamente en controversia, en altercado.

Por la noche, algunas horas antes de regresar donde su señor, Balachoff come en la mesa del emperador. Napoleón se muestra entonces altanero, imperioso, agresivo y hasta grosero, pues se permite bur-lonas alusiones a los amores de Alejandro.

Se conoce el fin de su diálogo. Con los ojos centelleantes, Napoleón pregunta a su huésped:

—¿Cuál es el camino de Moscú?

Balachoff reflexiona un instante, y luego responde:

—La pregunta de Vuestra Majestad me desconcierta un poco. Los rusos dicen, como los franceses, que cualquier camino conduce a Roma. Para ir a Moscú, uno toma el camino que quiere; Carlos XII lo tomó por Pultawa.

\*  
\* \* \*

En la boca de Napoleón, esta pregunta final sobre "el camino de Moscú", no es sino una estratagema, una amenaza velada, que acabará sin duda por aterrorizar al pusilánime Alejandro. Pues ese día 28 de junio de 1812, no cree en modo alguno que se verá obligado a internarse hasta el centro de Rusia para dictar la paz a su fugitivo adversario; espera cogerlo y derrotarlo dentro de poco. Hasta prevé que la gran batalla se librará entre el Dvina y el Dniéper, entre Witebsk y Smolensk, en esa región abierta que los primeros cronistas del eslavismo llamaban ya "la puerta y la llave de la Santa Rusia".

Pero hay cien leguas de Vilna a Smolensk, y cien leguas más de Smolensk a Moscú.

Así, apresuradamente, precipita su marcha hacia Smolensk. Marcha agotadora, en que las columnas se alargan indefinidamente, en que los caminos quedan cubiertos de rezagados, en que la artillería y la caballería pierden otra vez una tercera parte de sus caballos, en que ya no se cuentan los furgones y los arcones abandonados, en que no se encuentra la menor subsistencia en las aldeas destruidas. "Esta marcha—dice uno de los testigos—nos ha costado ya más que dos batallas perdidas".

Por fin, el 27 de julio, en las proximidades de Witebsk, el enemigo parece querer aceptar el combate. Pero, al día siguiente, al amanecer, ha desaparecido sin que sea posible adivinar la dirección de su retirada.

Tan furioso como chasqueado, Napoleón dice:

—Probablemente los rusos quieren batirse en Smolensk. El ejército de Bagration no ha podido reunirse todavía con el de Barclay. Voy a atacarlos.

El 10 de agosto, sabe que los dos ejércitos han logrado juntarse y lo esperan bajo los muros de Smolensk.

El 17 de agosto, la batalla comienza ruda y asesina; pero, por la noche, el enemigo se esquivo hábilmente después de haber tenido el valor de incendiar esa ciudad santa que tantas glorias debía a sus milagrosos iconos.

"Yo me paseaba a eso de las dos de la mañana—escribe Caulaincourt.—El incendio inflamaba todo el horizonte... Era un espectáculo horroroso y el cruel preludio de lo que debíamos ver en Moscú. De repente el emperador me golpea el hombro y me dice: *Diríase que es una erupción del Vesubio*... ¿No es verdad que es un hermoso espectáculo, señor caballero mayor?—Horrible, sire.—¡Bah! recuerde entonces esta frase de un emperador romano: *El cuerpo de un enemigo muerto siempre huele bien.*"

Al día siguiente, habiendo reflexionado mucho, Napoleón declara:

—Antes de un mes, estaremos en Moscú, y dentro de seis semanas, tendremos la paz...

Las ruinas humeantes de Smolensk son las que le imponen la decisión de no detenerse ya ante Moscú.

Mide friamente todas las dificultades de esta última etapa. Cien leguas a través de un país devastado, bajo la constante amenaza de ser atacado en formación de ruta, con nubes de cosacos en los flancos. Además,—y es esto lo que más le preocupa—va a extender todavía desmesuradamente sus líneas de comunicación. Está a ciento veinte leguas del Niemen, donde se encuentra su primera base de abastecimiento; a doscientas sesenta leguas del Oder, donde están agrupados sus arsenales y sus almacenes más próximos; a cuatrocientas setenta leguas del Rin.

Emplea diez días en reconstituir sus fuerzas y abastecerlas. Está triste, rudo, pendenciero; se deja de todo y de todos; ve demasiado claramente el porvenir, como si él mismo hubiera redactado el "plan Phull". Quizá recuerda también la advertencia de un mamotreto que ha leído poco antes, que ha llevado en sus equipajes, y cuyo estilo conciso hace pensar en Motesquieu: "Por su situación, su extensión, y el escaso cultivo de su territorio, Rusia puede creerse al abrigo de una invasión. Sus enemigos no serían allí más afortunados de lo que fueron los romanos contra los escitas o los partos."

Un episodio nos divulga el secreto de su meditación íntima. Habiendo sabido que un oficial de la Guardia, el conde Orloff Davidoff, había venido como parlamentario para informarse de su general, gravemente herido, Napoleón lo hace traer a su presencia, lo trata con la más amable cortesía y le encarga asegurar a Alejandro que todavía le conserva toda su amistad:

—La guerra no es más que política... Vuestro emperador se ha puesto en manos de los ingleses; ellos lo han convencido de que quiere quitarle todas sus provincias polacas... No tiene razón para no dirigirse a mí con confianza; pues yo no le deseo mal... Sin este temor, me habría enviado a alguien, me habría escrito. Estoy siempre dispuesto a entenderme con él...

Pero la suerte está echada: no le llegará ninguna respuesta de San Petersburgo.

\*  
\* \* \*

Desde su partida de Vilna, el 27 de junio, Alejandro ha conocido días crueles en el ejercicio de sus prerrogativas supremas.

Primeramente, en el cuartel imperial, hay un tumultuoso desorden de controversias, de querellas, de intrigas y de rivalidades. En realidad, y reglamentariamente, el zar no desempeña las funciones de generalísimo. Así, los jefes de los tres grandes ejércitos, Barclay de Tolly, Bagration y Tormasoff disputan sin cesar, tirando cada uno para su lado, Alejandro interviene en todo momento para avenirlos

o aconsejarlos; pero como nada entiende en el gran arte de la guerra, no hace más que aumentar la incoherencia y la confusión. Nadie obedece porque nadie manda.

Inquieta y triste de ver a su hermano asumir un papel de que ella lo sabe perfectamente incapaz, la gran duquesa Catalina le ruega que renuncie a él: "Por Dios,—le escribe—no adoptéis la resolución de querer comandar vos mismo. . . Se necesita un jefe en quien la tropa tenga confianza y, en este sentido, vos no inspiráis ninguna".

Mientras tanto, el Gran Ejército sigue progresando. Los rusos han tenido que evacuar el campamento atrincherado de Drissa, que se imaginaban inexpugnable; los cuerpos de Bagration retroceden del Beresina al Dniéper. El enemigo se acerca a Witebsk y pronto estará bajo los muros de Smolensk. He ahí la situación de Rusia después de veintidós días de guerra.

La indignación es enorme en todo el imperio. La sociedad rusa, no sospechando el "plan Phull", maldice esa retirada deshonrosa, en la cual no ve más que impericia y traición.

Obsesionado por los voceríos de sus generales, agobiado por cada noticia que recibe del frente, torturado por el creciente espectáculo de sus provincias invadidas, asediado por siniestros presentimientos, mortificado en su orgullo de autócrata, no pudiendo ya dormir ni comer, tiene crisis de lágrimas y de prostración. Sin embargo, ni por un instante piensa interrumpir la lucha o modificar su plan estratégico. En medio del agotamiento de sus nervios, no se advierte el menor desfallecimiento de su voluntad.

El 14 de julio, instantemente aconsejado por el general Arakcheïeff y el almirante Chichkoff, decide abandonar el ejército para dirigirse a Moscú, a fin de proclamar allí solemnemente "la guerra patriótica. . . la guerra nacional y santa. . . la guerra a muerte".

Al llegar al Kremlin, es saludado por el nuevo gobernador general, Rostopchin, que, en sus funciones desde hacía dos meses, ha sobrexercitado hasta el fanatismo los instintos bélicos y galófobos de los moscovitas.

Durante su última visita a Moscú, en diciembre de 1809, ya había tenido el vago sentimiento de las energías temibles y misteriosas que ponía a su disposición el alma popular.

Hoy, la revelación es completa; ella lo deslumbra, lo transfigura. El entusiasmo que experimenta bajo las cúpulas del *Uspensky Sobor*, ante las reliquias y las tumbas de los patriarcas, ilumina y renueva toda su conciencia; jamás había conocido todavía semejante sobresalto de alma, de espíritu y de corazón. Hay en él una como operación divina, un como efecto de la gracia. Percibe ahora que es un instrumento designado por la Providencia para la salvación de su pueblo.

Hasta este día, las emociones religiosas habían tenido poca importancia en su vida interior; en adelante, la llenarán totalmente. El misticismo trascendental que le inspirará dos años más tarde el pacto de la Santa Alianza, nació en el Kremlin en julio de 1812.

Dejando a Moscú el 31 de julio, se dirige a Twer, a casa de Catalina Pavlovna, que termina de confortarlo.

En las orillas del Neva, donde el espíritu nacional es tan débil como acerbo y mordaz el espíritu crítico, no encuentra en torno suyo más que miradas hostiles, semblantes irritados. Allí se denigra violentamente, noche y día, a los dos jefes del ejército, Bagration y Barclay de Tolly, cuya mezquina rivalidad paraliza de antemano los más bellos hechos de las tropas. Hay que salvar a cualquier precio el honor de las armas rusas; sólo un hombre es capaz de esto: el anciano Kutusoff, el alumno de Suvoroff.

En los lejanos días de su juventud, el príncipe Miguel Hilarionovich Kutusoff había guerreado brillantemente contra los polacos y los turcos; se lo citaba entre los héroes de Ochakoff, de Ismail y de Rymnick. Lanzado insensatamente en socorro de Austria en 1805, se había replegado hábilmente de Baviera a Moravia. En los últimos días de noviembre, habiéndose colocado bajo la protección de los cañones de Olmütz, no había logrado disuadir al ingenuo Alejandro de "querer aplastar a Napoleón de un solo golpe"; no había asistido, pues, sino como espectador impasible y profético al desastre de Austerlitz. En 1807, en la época lamentable de Eylau y de Friedland, no había desempeñado ningún papel en las hostilidades. Pero en la primavera de 1812, vencedor en varias ocasiones en la región danubiana, impuso a Turquía el tratado de Bucarest.

Tiene sesenta y siete años. Las fatigas y las heridas con que sus numerosas campañas lo han gratificado, le dejan todavía bastante vigor físico y toda la agilidad y lucidez de su espíritu. Unicamente sus continuos libertinajes lo tornan a veces inerte y soñoliento. Un emigrado francés, al servicio ruso, el general conde de Langeron, que lo conocía muy bien, ha trazado de él este sabroso retrato: "No se podía tener más ingenio que el príncipe Kutusoff; no se podía tener menos carácter; no se podía reunir más destreza y más astucia; no se podía poseer menos talento y más inmoralidad. Una memoria prodigiosa, una gran instrucción, una conversación amable e interesante, una *bonhomie* un poco ficticia, he aquí los atractivos de Kutusoff. Una gran violencia, una grosería de campesino cuando se arrebatava, o cuando no temía a la persona a quien se dirigía; una bajeza inaudita para con las personas que creía con influencia; una pezeza invencible; una apatía que se extendía a todo; un egoísmo desagradable; un libertinaje crapuloso; ninguna delicadeza para procurarse dinero, he aquí el reverso de este mismo hombre. . ."

Alejandro, que no puede perdonarle su humillante lección de Austerlitz, lo ha tratado desde entonces sin demostrarle favor. Le reconoce, sin embargo, habilidad, rápida comprensión de la situación, tenacidad, una rara experiencia de la guerra, un prestigioso ascendiente sobre la moral del soldado. Puesto que toda la corte y todo el ejército lo reclaman a gritos como el salvador indispensable, lo nombra generalísimo.

Al mismo tiempo, hace saber a Berlín, a Viena, a Estocolmo, a Londres, su inquebrantable resolución de "enterrarse bajo las ruinas de su imperio antes que tratar con el moderno Atila".

En la nueva figura que Alejandro tomará ahora a los ojos de Europa, y que hará de él el corifeo de la cruzada europea contra la tiranía de Bonaparte, tiene la buena suerte de encontrar en su camino a la persona que mejor podía descubrirle la belleza de su apostolado guerrero.

Odiosamente perseguida por Napoleón, acosada de destierro en destierro, Madame de Stael había pasado recientemente de Austria a Rusia para llegar a Estocolmo, donde los recuerdos de Fructidor le preparaban una favorable acogida de Bernadotte. "El dolor me perseguía; huía delante de él..."

Para seducirla, el zar despliega el atractivo de sus zalamerías más refinadas. "El emperador Alejandro me hizo el honor de venir a hablarme... No me ocultó que deploraba la admiración a que se había entregado en sus relaciones con Napoleón...". Después de esta leal retractación de Tilsit y de Erfurt, expone a la brillante hija de Necker su gran proyecto para el porvenir. Con algunas palabras, le hace olvidar todas las heridas, todas las humillaciones que le ha prodigado Bonaparte. Ella no sabe qué es lo que debe apreciar más en este monarca, cuyo poder absoluto se envuelve en tan encantadoras sonrisas. ¿Es la virtud, el genio, la nobleza, la conciencia, la franqueza, la simplicidad? Se digna conversar con ella sobre los más altos problemas de la política, y esto en el tono más natural, "como lo hacen los hombres de estado ingleses...". ¡Ah! ¿Por qué antaño el Cesar corso no se había dignado hablarle así? ¿Cómo lo habría incensado! Pero no: ¡la había tratado indignamente; la había llamado "uiraca intrigante y conspiradora", y le había ordenado callarse!... Unidos en su odio contra Napoleón, el autócrata y Corina se exaltan y se electrizan el uno al otro, se seducen y halagan recíprocamente.

Idealista y gloriosa, romántica y teatral, ninguna Egeria, ninguna Sibila, se adaptaba mejor a los sueños grandiosos que, desde sus meditaciones en el Kremlin, se elaboraban en la mente del zar. Al deleitarse escuchándola, siente como el sabor anticipado de las aduaciones ditirámicas con que París lo embriagará en 1814.

Acerca de la firme y lúcida resolución que animaba a Alejandro, mientras así acogía a Madame de Stael, una carta de la emperatriz Isabel a su madre, nos da un testimonio tanto más decisivo, cuanto que los franceses se aproximaban al Moscowa y una gran batalla parecía inminente:

"Querida y buena mamá:

"Estoy cierta de que en Alemania estáis muy mal instruídos de lo que sucede aquí. Quizá ya os han hecho creer que hemos huido a

Siberia, cuando no hemos salido de San Petersburgo. Estamos preparados para todo, excepto para negociaciones. Mientras más avance Napoleón, menos debe creer en una posible paz. Es el sentimiento unánime del emperador y de toda la nación, en todas las clases... Con esto no contaba Napoleón; ¡se ha equivocado como en tantas otras cosas! Cada paso que da en esta inmensa Rusia, lo acerca más al abismo; ¡veremos cómo soportará el invierno!"

El 7 de septiembre, Kutusoff se esfuerza en cerrar la ruta de Moscú al ejército francés; la batalla se desarrolla alrededor de Borodino, en la ribera izquierda del Kolocha, un afluente del Moscowa.

"Nunca batalla alguna costó tantos generales y oficiales—escribía Caulaincourt... Nunca un terreno fué atacado con más vigor, ni tan obstinadamente defendido... Los rusos evacuaron con orden las obras que estaban obligados a cedernos. No se desbandaban. Fulminados por la artillería, acuchillados por la caballería, empujados con la bayoneta por nuestra infantería, sus masas, poco móviles, se hacían matar valientemente... El emperador no podía explicarse que reductos tan audazmente asaltados nos diesen tan pequeño número de prisioneros; dijo en varias ocasiones: "Estos rusos se hacen matar como máquimas; no hacemos prisioneros. Esto no adelanta nuestros asuntos. Son ciudadelas que es preciso demoler con el cañón".

En suma, batalla indecisa, de la que Napoleón puede atribuirse la ventaja, puesto que el ejército ruso abandonó el terreno para replegarse en orden hacia Mojaisk.

A fin de agrandar ante los ojos del mundo el ínfimo resultado de esta sangrienta jornada, el astuto vencedor pretendió que la batalla fuese inscrita en los anales bajo el nombre de "la Moscowa", aunque se había librado sobre un afluente de este río, y a veinticinco leguas de Moscú.

Siete días después, el 14 de septiembre a mediodía, la vanguardia francesa corona el Monte de los Gorriones, desde donde la mirada abarca toda la prestigiosa decoración de la ciudad santa, con sus miles de iglesias, de palacios, de monasterios, con sus domos azules, sus flechas de cobre, sus bulbos de oro. Llenos de estupor ante la majestad del espectáculo, los regimientos se detienen gritando: "¡Moscú, Moscú!...". Napoleón llega al galope. Transportado de júbilo, exclama: "¡Hela aquí, la ciudad famosa!...". Pero, en seguida, agrega: "¡Ya era tiempo!...". Chateaubriand ha resumido la escena en una romántica imagen: "Moscú, semejante a una princesa europea en los confines de su imperio, adornada con todas las riquezas de Asia, parecía llevada allí para desposarse con Napoleón".

La dicha del esposo dura sólo un instante; la ciudad ha sido evacuada: Ni un boyardo, ni un burgués, ni un comerciante, ni un funcionario, ninguna administración, ninguna fuerza de policía. Apenas quedan algunos miles de pobres miserables, para quienes es ésta una hermosa ocasión de saqueo.

Dos días después, un incendio formidable, organizado por Rostopchin, destruye la ciudad. Cuando, desde el Kremlin, sobre las gradas de la Escalera Roja, Napoleón mide la inmensidad de la catástrofe, deja escapar estas palabras: "¡Todo esto nos presagia grandes desgracias!".

Sería de desear, para bien de su memoria, que hubiese sentido secretamente alguna admiración por este sublime holocausto. En 1672, durante la guerra de los Países Bajos, los holandeses, queriendo salvar a Amsterdam a cualquier precio, habían tenido el valor de abrir las esclusas de Muyden a fin de "ahogar" todo el país más allá de Utrecht, sus provincias más ricas. Detenido así en su marcha victoriosa, Luis XIV les había hecho justicia noblemente: "¡He aquí ciertamente una resolución violenta! Pero, ¿qué no se hace para sustraerse a una dominación extranjera?"

"¡Moscú ha sido tomada!... ¡Moscú ha sido incendiada!...". Estas espantosas palabras imponen a todos los rusos la misma conclusión: "¡Rusia va a perecer!... ¡Es el fin de Rusia!...". Y Europa entera comparte esta opinión.

En San Petersburgo, la locura es general; nadie duda de que Napoleón se dispone a marchar luego sobre la primera capital del imperio; convoyes de tesoros parten ya para Petrasavodsk, para Volodga, para Viatka. Con un solo grito, la opinión publica reclama: "¡La paz!..., ¡la paz!..." En el ambiente de la corte, un clan *défaitiste* exige que no retarden ni un momento la negociación con Napoleón. El hermano del emperador, el gran duque Constantino, más violento, más desequilibrado que nunca, preconiza en alta voz la necesidad de una capitulación inmediata. En medio de este pánico, Joseph de Maistre es quizá el único que descubre, con tanta lucidez como Napoleón sobre la escalera del Kremlin, toda la cadena de acontecimientos que ya nada detendrá: "Las llamas de Moscú han quemado la fortuna de Napoleón. Richelieu, aconsejado por Maquiavelo, no habría podido inventar nada más decisivo que esta espantosa medida..."

¿Qué piensa y qué hace Alejandro? Ha debido encerrarse en el pequeño palacio de Kamenney-Ostroff, en un recodo del Neva: está enfermo, quemado por la fiebre, con erisipela en una pierna: sólo puede recibir a Arakcheieff, a Balachoff y al príncipe Galitzyn para el despacho de los asuntos corrientes.

Su hermana Catalina, refugiada en Iaroslavl, sobre el Volga, le escribe: "Moscú ha sido tomada. No olvidéis vuestra resolución: ¡Nada de paz! Y aunque estuvieseis en Kazán: ¡Nada de paz!"

El consejo es superfluo. Por deprimido que esté con la enfermedad, Alejandro permanece inflexible en su voluntad de resistencia, como lo atestigua una carta de la zarina Isabel a su madre. Tratar de paz, actualmente, sería la sentencia de muerte de Rusia: "El emperador no concibe siquiera la idea...". Además, "no podría hacerlo". Si Napoleón creyó que la toma de Moscú aplastaría a la na-

ción, se ha equivocado groseramente; sólo ha conseguido sobreexcitar el patriotismo y la rabia del pueblo ruso. Por lo tanto, la guerra continuará; el ejército de Kutusoff, "bien apostado en los alrededores del camino por donde el enemigo ha venido", volverá a tomar la ofensiva en hora oportuna. "Puedo responderos de que la resolución del emperador es inquebrantable. Y aunque San Petersburgo debiera correr la suerte de Moscú, no aceptaría ni la idea de una paz vergonzosa".

Pero una extraña cábala se ha formado contra él, y entre los íntimos que lo rodean. El episodio ha quedado como uno de los más misteriosos: se encuentran en él, sin embargo, todos los elementos de los complots que, tantas veces en la historia de los Romanoff, han precedido a las revoluciones de palacio y que han continuado hasta el reinado de Nicolás II.

En la carta que la gran duquesa Catalina dirigía recientemente a su hermano para rogarle que no consintiese en la paz, "aunque estuviese en Kazán", había agregado estas inexplicables palabras: "Y todavía tenéis la esperanza de recobrar vuestro honor".

¿En qué se había deshonrado?

La pérdida y la ruina de Moscú habían desencadenado sobre el desgraciado zar un huracán de imprecaciones. A él, y únicamente a él lo hacían responsable de la catástrofe. Las mismas personas que, dos meses antes, le habían suplicado no inmiscuirse en el comando de las tropas, hoy día lo recriminaban por haber dejado el ejército. ¿Por qué no estuvo personalmente presente en Borodino? ¿Por qué no había obligado a Kutusoff a librar una última batalla delante de Moscú?... Estas griterías no habrían tenido gran valor si no hubiesen servido de pretexto a una obscura maquinación, en la que parece que la gran duquesa Catalina desempeñó más o menos conscientemente el primer papel.

El 18 de septiembre escribía a su hermano:

"Me es imposible contenerme por más tiempo, a pesar de la pena que debo causaros. La toma de Moscú ha colmado la medida de la exasperación de los espíritus: el descontento es enorme, y vuestra persona está lejos de ser tratada con miramientos. Si esto llega a mis oídos, imaginaos lo demás. Se os acusa abiertamente de la desgracia de vuestro imperio, de la ruina general y particular, en suma, de haber perdido el honor de vuestro país y el vuestro. Todas las clases se reúnen para difamaros... Uno de los principales puntos de acusación contra vos, es vuestra falta de palabra para con Moscú, que os esperaba con apremiante impaciencia; parecéis haberla traicionado. No temáis una catástrofe revolucionaria, no. Pero os dejó considerar la situación en un país en el que desprecian al jefe..."

Y para dar mayor vigor a su audaz amonestación, la hace endosar por su esposo, quien se permite escribir:

"No perdáis la estima de un pueblo que, hasta ahora, estaba acostumbrado a idolatrar a su soberano... Pensad en vuestra gloria".

Estas amonestaciones, de una increíble rudeza, provocan una tranquila y digna respuesta de Alejandro: "Que sean injustos con el que está en la desgracia, que lo abrumen, que lo despedacen, nada más corriente. Nunca me he hecho ilusiones al respecto...". En cuanto a su honor y a su valor personal, rechaza desdeñosamente las calumnias: "Mis granaderos pueden certificar que sé conducirme en el fuego tan tranquilamente como otro cualquiera...". Si ha dejado el ejército en Vilna, ha sido ante las instancias mismas de Catalina, que lo declaraba incapaz de mandar. Si no ha acudido a Moscú, después de la pérdida de Smolensk, fué porque Rostopchin y Kutusoff le suplicaron retardar su llegada hasta que los asuntos se hubiesen restablecido un tanto en el frente... Una vez terminado su alegato, se convierte en acusador, o poco menos. Expone a Catalina "un plan infernal" que Napoleón ha levantado contra él para desacreditarlo ante su pueblo y sembrar la desunión en su familia; en suma, para conducirlo a su destronamiento: "He sido advertido de que sería por vos por quien comenzaría la operación, y que emplearían todos los medios para presentarme bajo los colores más desfavorables ante vuestros ojos... La época en que todos estos resortes debían ser empleados, era cuando una de las dos capitales cayera en manos del enemigo... He podido convencerme de cuán ciertas eran las advertencias que me habían dado... En las desgraciadas circunstancias por que atravesamos, semeiante maquinación encuentra todas las facilidades posibles para triunfar...". Después de estas frases equívocas, llenas de reticencias, termina su carta con términos afectuosos, exhortando a su hermana "a la perseverancia y a la firmeza".

Inmediatamente, ella se disculpa manifestando que, en sus críticas no hubo el menor pensamiento que no fuera motivado por el solo deseo de hacerle un servicio, bajo el impulso de un cariño sin límites.

Por lo demás, se encuentra de pronto en actitud de suplicante ante el autócrata. El príncipe de Bagration, comandante del segundo batallón, gravemente herido en Borodino, ha muerto el 24 de septiembre, en Sima, en la provincia de Wladimir. Y ella ha sido su amante: escribe el 25 de septiembre a su omnipotente hermano: "Recordaréis mis relaciones con él, y ya os he dicho que posee documentos que podrían comprometerme cruelmente si cayesen en manos extrañas. Cien veces me ha jurado haberlos destruido; pero el conocimiento de su carácter me ha hecho dudar siempre de la verdad. Solicito de vos la gracia de hacerlos entregar sus papeles y de permitirme verlos para retirar lo que me concierne".

Recibirá inmediatamente plena satisfacción. La carta que le anuncia el envío de los preciosos papeles, termina con estas palabras: "Decios, querida amiga, que es imposible amaros más de lo que os amo".

Que en aquel tiempo haya habido el proyecto de derrocar a Alejandro y de reemplazarlo por su hermana, es más que verosímil. Y el principal autor de este "plan infernal", era probablemente Rostopchin. Todo lo que se sabía de Catalina Pavlovna parecía designarla para el trono, si sucedía alguna desgracia al actual soberano. Una persona muy distinguida y ambiciosa, que la conocía bastante bien. La condesa de Lieven, nos la describe como "poseída de una inmoderada sed de autoridad", con el no menos vivo sentimiento de su valor: "Nunca he visto a una mujer que poseyera en tal grado la necesidad de moverse, de obrar, de figurar y aventajar a los demás. Tiene una gran seducción en la mirada y en las maneras, el paso firme, aire altivo, pero gracioso... Un sentido exquisito de las conveniencias; se expresa brevemente, con elocuencia y gracia; pero nunca abandona el aire y el tono de mando...". En 1762, no se decía más de la que llegaría a ser "Catalina la Grande".

\*  
\* \*

Mientras tanto, Napoleón empieza a inquietarse con inquietud si no se verá obligado a fijar sus cuarteles de invierno en Moscú. ¿Cómo abastecerá a sus tropas? ¿Cómo podrá mantener sus líneas de comunicación? Los ejércitos rusos, que se refuerzan cada día, ¿no tratarán de cortar la retirada? En fin, sus aliados austríacos y prusianos, que tienen la misión de proteger sus flancos, ¿no aprovecharán su delicada situación para traicionarlo?

Ahora busca la negociación con el mismo ardor con que antes la batalla. El 20 de septiembre, escribe al zar, como para disculparse de haber incendiado a Moscú: "La hermosa y soberbia ciudad ya no existe; Rostopchin la hizo quemar. Cuatrocientos incendiarios han sido detenidos in fraganti; todos han declarado que lo hacían por orden de ese gobernador... Esta es la conducta que se ha observado desde Smolensk. La humanidad, los intereses de Vuestra Majestad y de esta gran ciudad querían que me fuese confiada en depósito: se debió haber dejado administradores, magistrados, guardias civiles. Así se ha hecho en Viena, Berlín y Madrid...". Y en un párrafo final, en el que vibra como un último eco de su amistad, le tiende generosamente la mano: "Hago la guerra a Vuestra Majestad, pero sin animosidad. Un mensaje suyo, antes o después de la última batalla, habría detenido mi marcha y aun hubiera deseado hallarme en situación de sacrificarle la ventaja de entrar en Moscú".

¿Ninguna respuesta!

El 4 de octubre, reitera su gesto: envía al general Lauriston ante el mariscal Kutusoff (1), para hacer llegar al zar un nuevo mensaje de conciliación.

¿Ninguna respuesta!

(1) Había sido creado mariscal después de la batalla de Borodino.

—¡Decididamente, Alejandro es testarudo!—exclama Napoleón después del regreso de Lauriston. . . —¡Se arrepentirá! Nunca logrará tan buenas condiciones como las que le hubiera hecho hoy. . . ¡Esto puede llevarlo lejos, con un hombre de mi carácter! . . .

En efecto, debía llevarlo lejos; debía llevarlo hasta París. En los llamados conciliadores de Napoleón. Alejandro sólo ve confesiones de impotencia, o "fanfarronadas". Ordena a Kutusoff que haga saber a las tropas que la toma de Moscú no es la conquista de Rusia, ¡lejos de eso!; y que la lucha continuará a más y mejor, sin descanso, sin tregua, mientras quede un soldado francés en el suelo ruso. Y es entonces cuando pronuncia la frase histórica: "¡Napoleón o yo! . . . ¡Yo o él! . . . No podemos reinar juntos. He aprendido a conocerlo; ¡ya no me engañará! . . .".

El 18 de octubre, el Gran Ejército sale de Moscú.

Viene después la inmortal retirada que termina en desastre, el 28 de noviembre, en el paso del Beresina.

El 5 de diciembre, en Smórgoni, Napoleón, que acaba de saber la conspiración del general Malet, se decide a volver a París, con extrema urgencia: "Dada la actual situación, sólo puedo imponerme a Europa, desde el palacio de las Tullerías".

El 10 de diciembre Kutusoff ocupa Vilna. El 23 de diciembre, el zar se une triunfalmente a él. Su primer acto es negociar la defeción del cuerpo prusiano mandado por el general York, el que tiene por misión cubrir la retaguardia del ejército francés. La convención de Tauroggen, firmada el 30 de diciembre, es el primer golpe dado al sistema de las alianzas napoleónicas; resonará como un somatén en toda Alemania. . . , y Austria.

La hora que había predicho Clausewitz ha sonado, la hora en que el abuso de los métodos ofensivos tiene por consecuencia automática "el trastorno de las fuerzas".

\*  
\* \*

La víspera del Beresina, en el alba sangrienta y en la primera alegría de su milagrosa victoria, Alejandro escribía a su hermana: "Dios ha hecho todo esto; es Él quien ha cambiado la faz de las cosas tan súbitamente, haciendo caer sobre la cabeza de Napoleón todas las desgracias que había preparado para nosotros".

Ella le contestó con agudeza: "Sí, demos gracias a la Providencia; pero sois vos quien ha forzado la fortuna a sernos propicia, no firmando la paz. Y esta firmeza os asegura una gloria inmortal".

Al hablar así, la "deliciosa loca" razonaba con exactitud. La gloria de Alejandro I en la guerra de 1812, es la de haber encarnado la conciencia nacional. Es el pueblo ruso el que ha salvado a Rusia, como la había salvado ya en los siglos XV y XVII, cuando las invasiones tártara y polaca habían venido a azotar a Moscú la Santa. No

por esto deja de ser para Alejandro un supremo honor el haberse identificado entonces plenamente con el alma de su pueblo.

Al comienzo de las hostilidades, habíase sentido en las masas sólo una débil emoción de patriotismo. Para que la resistencia llegara a ser unánime, para que las guerrillas llegasen a ser tan encarnizadas como en España; para que la guerra de 1812 llegase a ser lo que será en la historia—una magnífica epopeya nacional—, fué preciso que Moscú fuese tomada e incendiada, que cada ruso, boyardo, burgués o simple mujik, tuviese ante los ojos esta imagen intolerable, monstruosa: "Napoleón reina en el Kremlin". Fueron también necesarios todos los excesos del gran ejército que, para su abastecimiento, de día en día más difícil, veíase obligado a robar por todas partes.

Con arte superior, Tolstoi nos ha pintado, en su novela "La Guerra y la Paz", esta insurrección del alma popular. No es el sueño Kutusoff, nos dice, no son las sabias combinaciones de los brillantes estados mayores los que han ganado la batalla; es el valor de los humildes campesinos: "En vano los franceses se quejaban de que los rusos no se ceñían a las reglas de guerra; en vano los oficiales superiores del ejército ruso enrojecían de aquella manera de defenderse, con un garrote en la mano, y no según los viejos principios: el garrote del mujik se había levantado en su fuerza terrible y majestuosa, sin la menor preocupación por las reglas y por el buen gusto, con una simplicidad estúpida pero eficaz; golpeando indistintamente, levantábase y caía sin descanso sobre el enemigo, hasta que el ejército de los invasores hubo perecido".

Lenin ha dicho con mayor sencillez: "Todo el pueblo con todo su peso fué arrojado a la balanza".

## CAPITULO DUODECIMO

El 10 de diciembre de 1812, Kutusoff vuelve a ocupar Vilna, donde el zar establece algunos días después su cuartel general. —¿Es preciso continuar la guerra?—Por egoísmo nacional, Kutusoff se pronuncia por la cesación inmediata de las hostilidades. Pero la embriaguez de la victoria produce en Alejandro una intensa crisis de mesianismo religioso y de exaltación caballeresca; desea nada menos que liberar a Europa entera del yugo francés, persiguiendo hasta París la destrucción del poder napoleónico. — El 21 de enero de 1813, el ejército ruso penetra en Polonia.—Los dos confidentes místicos del autócrata: el príncipe Alejandro Galitzyn y Rodion Kocheleff: “Cifro toda mi gloria en hacer avanzar el reino de Cristo”. — Negociaciones con las cortes de Berlín y de Viena.—Clarividencia del zar.—El tratado de Kalisch, finiquitado el 28 de febrero, sella por ochenta años la alianza de los Romanoff con los Hohenzollern.—Astuta reserva de Austria: “el sistema de las marchas oblicuas y de los matices intermedios”.—Alejandro se afirma ya como el jefe de la coalición naciente: “¡Gloria a Dios!...”.—El 15 de abril, los rusos y los prusianos franquean el Oder: campaña de Sajonia.—El 24 de abril, “víspera de la Resurrección”, Alejandro y Federico Guillermo hacen su solemne entrada en Dresde; “el canto del himno pasenal sobre las riberas del Elba”. — Respuesta fulminante de Napoleón en Lützen y en Bautzen, el 2 y el 21 de mayo.—Atropellada retirada de los rusos y prusianos hacia el Oder.—Napoleón propone un armisticio, pues tiene necesidad de ganar tiempo en espera de refuerzos: “El más grande error de mi carrera!”. — Negociación de Pleiswitz; traición comprobada de Caulaincourt.—El Congreso de Praga, “el más irrisorio de los congresos”.—La gran duquesa Catalina y Metternich: argumentos decisivos.—El 10 de agosto, Austria accede a la coalición; las hostilidades empiezan nuevamente.—El 27 de agosto, victoria de Napoleón en Dresde.—Los soberanos coaligados estrechan su alianza en Toeplitz.—El 18 de octubre, batalla de Leipzig.—Hermosa conducta de Alejandro.—El ejército francés, derrotado, se repliega tras el Rin.—Para

demostrar que tiene la precedencia sobre el emperador de Austria y el rey de Prusia, Alejandro toma la delantera en Francfort, la ciudad de las antiguas coronaciones imperiales. —Sorda rivalidad entre el zar y Metternich; los coaligados dirigen una proposición de paz a Napoleón.

De regreso de Vilna, que abandonara seis meses antes bajo los más sombríos auspicios, Alejandro permaneció allí tres semanas deliberando con sus generales sobre el plan de las futuras operaciones militares.

¿Qué partido tomar? El sabio Kutusoff se pronunciará categóricamente por la cesación de la guerra—la que era, por lo demás, la opinión del canciller Rumiantsoff, y aun la de los más furiosos galófogos, tales como Arakcheieff y Rostopchin—. Después del sublime esfuerzo que los ejércitos rusos y el pueblo ruso acababan de sostener, Rusia tenía el derecho de pensar sólo en ella misma. Inmediatamente, pues, la paz, una paz gloriosa, que anexaría al imperio de los zares todo el derecho de Varsovia, todas las provincias polacas. Rusia cometería una locura si continuara peleando por los intereses de Europa. Este egoísmo nacional resumía el pensamiento de todos los rusos.

Pero no era esta la opinión del soberano. Exaltado por el prodigioso resurgimiento de su fortuna, embriagado por sus victorias, cedería una vez más a los llamados de su imaginación caballeresca: consumaría el desastre del poder napoleónico; vengaría en París la profanación de Moscú, se inscribiría en los anales de la historia como el Salvador de Europa. Su sueño de 1805 se proyectaba magníficamente sobre el telón de 1812.

Para mantenerlo en estas ideas, para hacérselas aparecer no menos razonables que fascinadoras, tenía a su lado a un elocuente animador, el barón de Stein, expulsado de Prusia y declarado fuera de la ley, "como un pillo", por una despótica aberración de Napoleón.

Stein, que había acompañado al zar a Vilna, le dirigía una nota tras nota conjurándolo a tomar en sus manos la liberación y regeneración de Alemania. Sustraer el mundo germanico a la supremacía de Francia; volverlo a sí mismo; ayudarlo a sacudir la tiranía de sus príncipes hereditarios que, desde la guerra de Treinta Años, no habían cesado de venderlo y explotarlo; inaugurar así, en medio de Europa, un vasto foco de luz y de progreso: ¿podía concebirse una tarea más bella para un autócrata liberal y magnánimo, para el heredero de Pedro el Grande y de Catalina la Grande?... Los inflamados discursos de Stein en Vilna, provocan, en el espíritu de Alejandro, el mismo deslumbramiento, el mismo fulgor que los de Napoleón en Tilsit.

La guerra continuará; el ejército ruso franquea el Niemen y penetra en la Prusia Oriental.

Lo precede una proclama de Kutusoff; en ella se ve el pensamiento motor que inspirará desde entonces la política rusa: "La Providencia ha bendecido los esfuerzos del emperador, mi señor. La independencia y la paz serán sus resultados. Su Majestad ofrece su ayuda a todos los pueblos que abandonen la causa de Napoleón para seguir la de sus verdaderos intereses. Es a Prusia sobre todo a quien se dirige esta invitación. Será una gloria para Su Majestad el emperador hacer cesar los males por que pasa, contribuir a devolver a la monarquía de Federico su brillo y extensión, y poder así dar al rey de Prusia la prueba de la amistad que no ha dejado de profesarle.

\*  
\* \*

Pero en las aventuradas resoluciones que el zar acaba de tomar, y de las que en vano sus consejeros han tratado de disuadirlo, los argumentos políticos no han sido los únicos que lo han determinado. ¡Lejos de eso!

Desde que en el precedente mes de julio se había sentido penetrado por la gracia renovadora de los santuarios moscovitas, los pensamientos religiosos no lo habían abandonado.

Dos amigos, muy queridos, lo mantenían y lo alentaban en su fervor.

Uno era el príncipe Alejandro Galitzyn, antiguo oficial de la Guardia, luego chambelán. Vivía en un libertinaje desvergonzado del espíritu y de las costumbres, cuando un capricho del zar lo había nombrado procurador general del Santo Sínodo en 1803. Hasta entonces nunca había leído ni aun hojeado el Evangelio. Sus funciones, el azar de algunas conversaciones con sacerdotes y monjes, le habían abierto súbitamente los ojos. De la incredulidad volteriana, había pasado bruscamente a la exaltación mística.

El otro amigo, Rodión Rocheleff, antiguo capitán de caballería, había viajado mucho por Europa, donde había intimado con Swedenborg, Lavater y "el filósofo desconocido", San Martín, los que lo habían iniciado en los más turbadores arcanos del espíritu y de la muerte. Después de haberlo encargado de sus relaciones secretas con la corte de Viena, Alejandro lo nombró gran maestro de su corte, a fin de unirlo más íntimamente a su persona.

Entre el soberano y sus dos amigos, la correspondencia no cesaba. Puede así medirse el progreso de la obsesión mística en el zar, mientras se desarrollaban los acontecimientos.

El 21 de enero de 1813, el ejército ruso, después de haber atravesado la Prusia Oriental, penetra en Polonia. Alejandro escribe a Galitzyn: "Me entrego más que nunca a la voluntad de Dios y me someto ciegamente a sus designios".

El 6 de febrero, el cuartel general está en Plotzk, sobre el Vis-tula, mientras las vanguardias están en las puertas de Varsovia. El zar

scribe a Kocheleff: "Me es dulce el haber sido comprendido por vos. Mi fe es sincera y ardiente. Se fortalece todos los días y me hace paadear goces que ignoraba por completo... Hace ya muchos años que buscaba esta senda. La lectura de la Escritura, que sólo conocía superficialmente, me ha hecho un bien difícil de expresar con palabras... Dirigid vuestras oraciones al Ser Supremo, a Nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo que emana de ellos, para que me guíen y me fortalezcan en el único camino que conduce a la salvación. Cifro toda mi gloria en hacer avanzar el reino de Jesucristo".

\*  
\* \*

Pronto, el ejército ruso llega al Oder; el cuartel imperial está en Kalisch, la última ciudad de Polonia, en los confines de Silesia. El momento es importante; se trata de formar la coalición que permitirá romper para siempre el poder de Bonaparte. Alejandro en persona conduce las negociaciones. Despliega una actividad, una destreza, un tacto, un vigor, una clarividencia que se imponen a todos. Una carta a su hermana Catalina nos da la idea de su trabajo:

"Querida y buena amiga:

Estos días he creído volverme loco por la cantidad de trabajo que se ha descargado de golpe sobre mí; la alianza con los prusianos, los arreglos militares consiguientes, la llegada del general Scharnhorst, la del embajador de Inglaterra, tres correos de Copenhague, Estocolmo y Londres, la llegada de Lebzelttern, enviado austriaco, la de Wrangel, ayudante de campo del rey de Prusia, en fin, la toma de Berlín, y todo esto a la vez, de manera que siempre estoy clavado en mi mesa de trabajo o en conferencias con estos caballeros. En fin, heme aquí escribiéndoos; os diré que son las doce y media de la noche, que uno de estos caballeros acaba de salir de aquí después de haber estado desde las ocho de la noche. Mis ojos se cierran y aun tengo que escribir a mi madre".

Se ve recompensado por su labor. El tratado de Kalisch, finiquitado el 28 de febrero de 1813, sella entre los Romanoff y los Hohenzollern, una alianza que dominará toda la política europea durante ochenta años, hasta la alianza franco-rusa. Se completa con un llamado a la nación alemana: "Sus Majestades, el emperador de Rusia y el rey de Prusia vienen sólo para ayudar a los príncipes y a los pueblos de Alemania a recobrar su independencia y libertad. ¡Honor y Patria! Que toda Alemania se una a nosotros; que cada cual, príncipe, noble o de las filas del pueblo, secunde con su cuerpo y con su vida, los proyectos libertadores de Rusia y de Prusia!...". Desde la Revolución Francesa, desde septiembre de 1792, nunca gobierno alguno se había dirigido así a las masas populares. Y esta vez, el la-

El tratado anuncia, en fin, que "llega el tiempo en que los tratados no serán sólo treguas, en que podrán nuevamente ser observados con esa fe religiosa, esa inviolabilidad sagrada de las que provienen de la fuerza y la conservación de los imperios...". Es ya el vocabulario de la Santa Alianza, toda la vaguedad y bruma de un Apocalipsis.

Austria no adhiere todavía a la cruzada. Es la mínima consideración que el padre de María Luisa puede testimoniar a su yerno. Además, por muy quebrantado que esté Napoleón, no ha dicho todavía su última palabra. Con este hombre terrible, todo puede suceder. Metternich va, pues, a ganar tiempo; luego a maniobrar de tal suerte que, "por una serie de marchas oblicuas y de matices intermedios", la virtuosa monarquía de los Habsburgo pasará decentemente de su alianza actual con Francia contra Rusia, a una alianza con Rusia y Prusia contra Francia; pero, en principio, está adherido desde luego a la coalición.

El 16 de marzo, Alejandro se dirige de Kalisch a Breslau, donde Federico Guillermo sale a su encuentro. Y, desde lo alto del cielo, la reina Luisa bendice sus teatrales efusiones.

En estas jornadas, el zar se convierte en el jefe y árbitro indiscutido de la naciente coalición. Se ve, como ese San Jorge, tan venerado de los eslavos, hendiendo al monstruo satánico. Su misticismo recibe, naturalmente, un impulso más vivo; sus mensajes a Galitzyn y a Kocheleff son un hosanna: "¡Gloria al Todopoderoso!... ¡Gloria al Padre y al Hijo!"

Pero no lo imagináramos en toda la objetividad de su naturaleza compleja y contradictoria, si no mencionáramos que, a pesar de su trabajo febril, a pesar de tantas conferencias diplomáticas y de tantas revistas militares, a pesar de la embriagadora dulzura de sus piadosas meditaciones, encuentra el medio de divertirse muy agradablemente con una linda polaca.

\*  
\* \*

Mientras tanto, Napoleón sale de París para tomar en Weimar el mando del Gran Ejército, rehecho y rejuvenecido: 300,000 hombres.

Los rusos y los prusianos lo atacarán en Sajonia, pero ya no es Kutusoff quien los conduce. El viejo mariscal, extenuado por muchas fatigas, las más peligrosas de las cuales pudiera haberse ahorrado, ha muerto casi súbitamente en Buntzlau, en Silesia: las circunstancias que precedieron su fin no agregan nada a su gloria. Es reemplazado por el general Wittgenstein.

El 15 de abril, los coaligados franquean el Oder: ocho días después pasan el Elba y avanzan hacia el Saale, al encuentro del enemigo.

El 24 de abril, el emperador de Rusia y el rey de Prusia hacen su entrada en Dresde, donde la población los acoge triunfalmente. Pero es sobre todo al Romanoff a quien dirigen los aplausos y las flores; se precipitan hasta el cuello de su caballo para ver de cerca al héroe en quien Alemania reconoce ya a su libertador, *den Retter Deutschlands!* . . . Desde Moscú, nunca ha experimentado mayor exaltación. Y lo que realza aún el significado moral de esta jornada, es que, en el calendario ortodoxo, corresponde a la víspera de la Resurrección. No bien tiene algunos momentos desocupados, Alejandro escribe a su querido y piadoso amigo Galitzyn: "El sábado después de la misa hicimos nuestra entrada en Dresde, y a medianoche cantamos a orillas del Elba el himno pascual. Me sería difícil describirlos la emoción que me embargaba, al considerar todo lo que había sucedido desde hacía un año y a lo cual la Divina Providencia nos había conducido! . . . Al lado de estas sensaciones de placer y gratitud para con nuestro Salvador, nos preparamos con sumisión a una difícil prueba".

Los coaligados no esperarán largo tiempo esta prueba. El genio de Napoleón se impondrá súbitamente ante la admiración del mundo por dos golpes retumbantes, por sus dos victorias de Lützen y de Bautzen, el 2 y el 21 de mayo.

En tres semanas, los rusos y los prusianos son rechazados del Saale al Elba, del Elba al Oder y luego amenazados de perder toda Silesia, de retroceder hasta el Vístula.

Federico Guillermo pierde la cabeza: "¡Ah, Dios mío! Jena y Auerstatd empiezan de nuevo! . . . Será preciso que yo vuelva a Memel! . . ." Alejandro no se deja abatir; ni un instante se le ven "los ojos huraños" de Austerlitz y de Friedland. Sostenido por sus convicciones internas, por la certidumbre de que Dios lo conduce a fines no dudosos, examina fríamente con sus generales todas las medidas requeridas por la situación. Lo que más lo atormenta es que la derrota de los aliados retardará todavía el acceso de Austria a la causa europea. Hace decir al emperador Francisco: "Nada podrá quebrantar mi perseverancia; cuento más que nunca con la cooperación de Austria".

\*  
✻ ✻

Entonces, inopinadamente, se produce lo que menos se preveía: Napoleón pide un armisticio.

¿Por qué? Hasta ahora el vencedor de Lützen y de Bautzen había tenido siempre el principio de explotar a fondo sus victorias, de perseguir sus resultados hasta el aplastamiento del vencido. Y esto era lo que los coaligados más temían. Mas espera refuerzos, sobre todo de caballería y municiones, para aniquilar al ejército ruso-prusiano antes de que Austria se declare contra él. "Lo que me lleva a

detenerme en el curso de mis victorias — escribe al príncipe Eugenio, virrey de Italia—son los armamentos de Austria y el deseo de ganar tiempo para que vuestro ejército esté acampado en Leybach. . . La insolencia de Austria no tiene límites! . . ." Tiene necesidad de una batalla decisiva, de un nuevo Austerlitz. Por vez primera, sin embargo, no se arriesga a tentar la Fortuna; hace arreglos y transige con ella como si, desde Moscú y el Beresina, desconfiara de sí mismo, como si no osara mostrarse audaz. Pronto deplorará esa gestión: la juzgará tan intempestiva como peligrosa; se la reprochará en varias ocasiones en Santa Elena como un gran error político y militar, viendo en ella la causa de todas sus desgracias, "el nudo fatal donde se enlazan todas las oportunidades y los destinos de la campaña". Para justificarse, no encontrará otra excusa que ésta: "Berthier y Caulaincourt me apremiaron".

El duque de Vicenza estaba encargado de los asuntos diplomáticos en el cuartel imperial. Es, pues, a él a quien Napoleón envía a los puestos de avanzada rusos, con la misión de hacer saber que está pronto a negociar la paz sobre bases honorables para todas las partes beligerantes. Pero el objeto principal de su negociación será engañar a Alejandro y atraerlo nuevamente a la causa francesa: "Mi intención es tenderle un puente de oro para librarlo de las intrigas de Metternich. . . . Todo el honor de la paz sería para Alejandro solamente. . . . Además, en cuanto lleguemos a conversar terminaremos por ponernos de acuerdo. . . . Una conversación en el cuartel general ruso nos repartiría el mundo. . . ." A pesar de todas las decepciones que le ha dado Alejandro, se figura siempre que, con un poco de habilidad, podría volver a cogerlo como en Tilsit.

En el estado mayor del zar, los asuntos diplomáticos son manejados por el joven conde Nesselrode, el mismo que en 1811, en París, había obtenido de Talleyrand y del caballerizo mayor, tantos preciosos consejos y datos secretos. El 25 de mayo, el duque de Vicenza le escribe: "Me atrevo a creer que ya no hay ningún inconveniente para que el emperador Alejandro me conceda el honor de hacerle la corte. . . ." Nesselrode le contesta que el zar inspecciona sus tropas en el frente y que no se sabe dónde encontrarlo; pero que dos plenipotenciarios han sido designados para tratar el armisticio, "el conde Schuvaloff, ayudante de campo de Su Majestad el Emperador de todas las Rusias, y el general de Kleist, al servicio de Su Majestad el Rey de Prusia". En cuanto a las proposiciones de paz de que Caulaincourt se dice portador, deben ser comunicadas a Austria, potencia mediadora; en suma, lo remiten del zar a Metternich.

Los tres plenipotenciarios se reúnen el 30 de mayo en la abadía de Waldstatt: la negociación, muy dura, se prolongará los días siguientes en el castillo de Pleiswitz, a seis leguas al Oeste de Breslau.

La convención de armisticio será firmada sólo el 4 de junio. Para obtener simplemente la cesación de hostilidades, Napoleón debe renunciar a la posesión de Breslau, abandonar la línea del Oder, con-

sentir, finalmente, en que su ejército victorioso retroceda 15 leguas, hacia Liegnitz.

En varias ocasiones Caulaincourt ha solicitado una audiencia con el zar, el que siempre se ha excusado; ha tomado entonces por confidente al general Schuvaloff. Si los archivos rusos no certificaran su autenticidad, no se podría creer en sus declaraciones, las que se prosiguieron durante tres días.

El plenipotenciario de Napoleón revela, desde luego, todos los puntos débiles del ejército francés: "Nuestras tropas están cansadas, dispersas... La columna del general Bertrand, en marcha hacia Stricau, os presenta el flanco... El duque de Reggio sólo tiene 12.000 hombres y vosotros lo dejáis hacer lo que quiere!... El cuerpo del mariscal Marmont, que contaba con 28.000 hombres, está reducido a la mitad... Recibimos con grandes dificultades las municiones. Si los cosacos actuaran vigorosamente sobre nuestras retaguardias, interceptarían todas nuestras comunicaciones; nos harían un mal espantoso... No olvidéis lo que os digo: vamos a recibir considerables refuerzos; si logramos poner pie en el ducado de Varsovia, la guerra durará años... Cuando alcanzamos una victoria, es imposible hacernos oír razones... ¿Por qué no sostenéis vuestras pretensiones mediante fuertes ataques?... Si estáis seguros de que Austria actúa con vosotros, no hagáis hoy día la paz con nosotros; pero si no estáis seguros, no perdáis ni un minuto!"

El conde de Schuvaloff no puede dar crédito a sus oídos: supone una trampa, una astucia de guerra o "alguna sutileza infernal difícil de explicar"; llega, sin embargo, a creer que "el duque desea una gran derrota para el ejército francés, a fin de celebrar la paz lo más pronto posible".

En esta ocasión, el marqués de Caulaincourt, duque de Vicenza, general de división, senador del imperio, embajador de Francia y gran águila de la Legión de Honor, ha llegado a la traición perfecta: el alumno de Talleyrand es digno de su maestro (1).

Napoleón juzgará con una palabra la convención del 4 de junio: "Este armisticio no es honroso para mí".

La suspensión de armas debía durar seis semanas; el plazo será prorrogado hasta el 10 de agosto.

Al leer el texto que le ha entregado el general Schuvaloff, Alejandro ha notado al momento con un destello de triunfo, "cuánto

(1) Quisiéramos poder oponer a las cartas de Schuvaloff las explicaciones de Caulaincourt. Pero, en sus Memorias, de una trama, sin embargo, tan continuada, el duque de Vicenza ha olvidado contarnos la campaña de Sajonia y, por consiguiente, el armisticio de Pleiswitz al cual no hace la más mínima alusión. En estas fatales jornadas de junio de 1813, cuando tenía toda la responsabilidad de la más grave negociación, habría faltado, por primera vez, a la regla que se había impuesto desde mucho tiempo antes: tomar notas "cada día, a cada instante, aun en el vivaque".

difería este armisticio de los que Napoleón había suscrito hasta entonces". En cuanto a las revelaciones de Caulaincourt, no le causan extrañeza. Lo menos que ha podido deducir, es que la causa de los aliados toma buen giro, puesto que ya tiene tan preciosos auxiliares entre los más íntimos que rodean a Napoleón.

\*  
\* \*

El 16 de junio, el armisticio de Pleiswitz tiene por consecuencia la reunión de un congreso en Praga.

Es sólo una decoración artificiosa, un escenario diplomático, "el más irrisorio de los congresos", dirá Nesselrode. Cambian palabras huecas y notas protocolares. De una y otra parte, ningún deseo de paz: cada cual sabe que la ruptura es inevitable.

Entre bastidores, el duque de Vicenza ha vuelto a tomar el papel que desempeñaba en Pleiswitz. Sus conversaciones con Metternich confirman las que tuvo con Schuvaloff: "Sólo tengo instrucciones de entretener el tiempo... ¿Tenéis tropas suficientes para hacernos de una vez entrar en razón?... Volvednos a Francia, por la paz o por la guerra, y seréis bendecido por treinta millones de franceses y por todos los amigos clarividentes del emperador!..." Lo que en su informe oficial resume así: "Me he mantenido en la absoluta reserva que se me había ordenado".

El astuto Metternich no necesitaba de estos estímulos para decidirse por fin a tomar partido contra Francia, tanto más cuanto que se acababa de saber un nuevo desastre del ejército francés en España, la retumbante victoria de Wellington en Vittoria, la evacuación de Madrid, la huida del rey José, la ruta de los Pirineos abierta a los ingleses; además, había desplegado desde hacía seis meses tal virtud en el arte "de las maniobras oblicuas y de los matices intermedios" que, desde ahora, Austria parecía haberlo ensayado y agotado todo para detener a Napoleón en el borde del abismo.

Algunas semanas antes, cuando aun vacilaba en entrar a la coalición, pues si bien quería libertar a Europa de la supremacía francesa, no quería en manera alguna dejar al Romanoff y al Hohenzollern disponer a su antojo de Polonia y de Alemania—, un argumento inesperado había contribuido a suprimir sus últimas dudas. Se había encontrado, en Toeplitz, con la hermana preferida de Alejandro.

Catalina Pavlovna, viuda en diciembre de 1812, pero que ya se había puesto en busca de un nuevo marido, se encontraba entonces en Bohemia, con el pretexto de una cura en Franzensbad. Su hermano le había dado inmediata cita en Toeplitz, a corta distancia del cuartel general: "La esperanza de veros me hace experimentar una emoción que no puede describirse... Espero el momento de estrecharos contra mi corazón con una impaciencia imposible de traducir..."

Después de tan prolongada separación, señalada por tantos acontecimientos graves, habían reanudado así la cadena de sus confidencias y de sus ternuras.

Durante el congreso de Praga, hacia fines de julio, como Austria vacila todavía en arrojar su espada en la balanza, Alejandro se dispone ingeniosamente a utilizar las seducciones de "la deliciosa loca", para acabar de conquistar a Metternich. El 1.º de agosto, le escribe una carta que no necesita comentarios:

"Estoy muy emocionado por todos los buenos servicios que habéis empleado en la causa común: no sé cómo agradecerlos todo lo que ya habéis hecho... Siento mucho que todavía no me hayáis dicho nada sobre Metternich y sobre lo que se necesita para conquistarlo enteramente a nuestra causa; tengo los fondos necesarios; por consiguiente, no economizéis. Os autorizo para llevar más adelante esa táctica, la más segura de todas, cuando la necesidad la aconseja".

La cólera de Napoleón no lo había inspirado mal cuando, el 28 de junio, en Dresde, dirigió a Metternich este apóstrofe hiriente: "Metternich, ¿cuánto os ha prometido Inglaterra por hacerme la guerra?"

Catalina se pone a la obra inmediatamente. Alejandro no podía haber escogido una negociadora más hábil; pues, según las palabras de La Rochefoucauld sobre la hermosa duquesa de Chevreuse, "empleaba todos sus encantos cuando deseaba triunfar en sus designios". El 2 de agosto, recibe "los fondos necesarios". Ocho días después, Austria declara la guerra a Francia.

\*  
\* \*

El 16 de agosto empiezan nuevamente las hostilidades. El ejército francés cuenta con 280.000 hombres; la coalición le opone 484 mil. El 27 de agosto, Napoleón es vencedor en Dresde; pero su victoria es estéril, pues todos sus lugartenientes son derrotados uno tras otro en Gross-Beeren, en la Katzbach, en Kulm, en Dennewitz. Habiendo perdido su libertad de movimientos, soporta la ley que le impone el generalísimo de la coalición, el príncipe de Schwarzenberg.

En medio del consuelo de estos luminosos presagios, los tres soberanos se reúnen en Toeplitz para extender y consolidar las bases de su acuerdo, uniendo a él a Inglaterra. Se prevé la restauración de toda Europa, "sobre la escala de 1805", y "poderosas barreras contra Francia". En el curso de estos debates, a menudo tempestuosos, Alejandro se afirma más y más por la superioridad de su espíritu, por la altura y precisión de sus miras, por su tenaz voluntad de proseguir la guerra, suceda lo que suceda, hasta el destronamiento de Bonaparte. Se ha complacido, además, en revelarnos su pensamiento directivo: "Recuerdo una frase de Napoleón en nuestras entrevistas

de Erfurt: En la guerra, la obstinación es la que lo hace todo; gracias a ella, siempre he vencido... Pues bien, le probaré que no he olvidado sus lecciones!"

\*  
\* \*

El 15 de octubre, viéndose Napoleón en Leipzig próximo a ser cercado, quiere al menos asegurarse "una retirada imponente". Tiene ante sí 349.000 hombres, entre ellos 54.000 de caballería; para combatirlos ha conseguido reunir solamente 155.000 hombres, 22.000 de caballería. A pesar de esta enorme desproporción, no desconfía todavía de su suerte; no vacila sobre el partido que debe tomar: ataca. Pero ha sido abandonado por sus aliados bávaros y sajones; pierde la batalla el 18 de octubre, después de cuatro días de lucha.

Al día siguiente, ya no se trata de una retirada: es la derrota. El 4 de noviembre, en Maguncia, Napoleón vuelve a pasar el Rin con los restos de su ejército.

En la última jornada de Leipzig, en la hora suprema, Alejandro ha expuesto valerosamente su persona, acudiendo al punto más amenazado del frente ruso, y comprometiendo a los cosacos de su escolta.

Cuando en la tarde, de regreso al cuartel general, puede medir los inmensos resultados de la gigantesca contienda, experimenta una gran conmoción interior y como una afirmación más persuasiva aún del papel eminente que la Providencia le ha confiado. El 21 de octubre, escribe al príncipe de Galitzyn: "Dios Topoderoso nos ha concedido una retumbante victoria sobre este famoso Napoleón, después de una batalla de cuatro días bajo los muros de Leipzig. El Ser Supremo ha demostrado que ante El nada es fuerte, nada es grande aquí abajo, sino lo que El quiere levantar, ¡Veintisiete generales, cerca de 300 cañones y 37.000 prisioneros! He aquí el resultado de estas memorables jornadas. ¡Hemos aquí a dos pasos de Francfort-sur-Mein! Adivinaréis lo que pasa en mi corazón!"

\*  
\* \*

¡A dos pasos de Francfort! Estas últimas palabras revelan en el espíritu del zar un pensamiento que lo obsesiona.

Francfort es la antigua capital del Santo Imperio Germánico, la ciudad de las coronaciones imperiales, la ciudad donde se ha mantenido desde mil años atrás la prestigiosa supervivencia del Imperio Romano.

Alejandro quiere entrar el primero, para demostrar a Europa entera, que tiene supremacía sobre el emperador de Austria y sobre el rey de Prusia, que él es el único y verdadero jefe de la coalición.

Además, cuán orgulloso estará al recibir al heredero de los Habsburgo, quien, en 1792, fué proclamado "emperador de Alemania" en el Roemer, y que en 1806, tuvo que renunciar lastimosamente a esa magnífica corona, la corona de Augusto, de Trajano, de Constantino, de Teodosio, de Carlomagno, de Otón, de Federico Barbarroja, de Maximiliano, de Carlos-Quinto. . . ¡Para el orgullo de un Romanoff, qué embriaguez!

Pero alguien lo ha adivinado. Para el criterio de Metternich, es el emperador Francisco quien, según toda conveniencia y necesidad, debe preceder en Francfort a los otros monarcas. Por lo tanto, ha invitado al generalísimo Schwarzenberg a arreglar sus movimientos de tal suerte que las cabezas de columna rusas y prusianas, lleguen solamente a Francfort dos o tres días después de la vanguardia austríaca.

Cuando las órdenes para la marcha llegan al cuartel ruso, Alejandro no vacila. Deja atrás a su infantería y artillería, agrupa de prisa a sus más hermosos regimientos de caballería, marcha rápidamente y llega el 5 de noviembre a Francfort, donde se instala como amo y señor para recibir gloriosamente, dos días después, al heredero de los Habsburgo, el deslucido y estúpido Francisco I, que ha arrojado a la hija de los Césares tudescos en el lecho de Bonaparte.

Sus ademanes conquistadores y dominantes no impacientan solamente a sus aliados: los inquietan, pues el vencido del Beresina y de Leipzig no ha dicho aún su última palabra; la Fortuna puede sonreírle todavía. Y además, suponiéndolo perdido, Austria se acomodaría muy bien a una regencia conferida a María Luisa. El perspicaz consejero de Metternich, el caballero de Gentz, no se oculta para decirlo: "Cuando se piensa a qué altura podría levantarse Austria si abrazara francamente la causa del hijo de Napoleón, la posteridad no se explicará que una resolución semejante no sea considerada hoy día siquiera como posible. . . Veréis a Austria unirse a Inglaterra para trabajar decididamente en el restablecimiento de los Borbones".

Mediante un rodeo que parece una habilidad de un charlatán, Metternich lleva a los coaligados a declarar oficiosamente sus condiciones de una paz general, cuyo primer artículo garantizaría "los límites naturales de Francia"; además, nadie, piensa destronar al emperador Napoleón; podría reunirse un congreso inmediatamente; y nadie duda de que en el acto se pondrían de acuerdo si Napoleón entregara la defensa de sus intereses. . . a Caulaincourt!

Frente a la opinión francesa, que cada día se le hace más hostil, Napoleón se ve moralmente obligado a aceptar "las bases de Francfort"; pero en la vaguedad en que ellas se envuelven, sobre todo en la fórmula ambigua de los "límites naturales", discierne, al primer golpe de vista, la genial trapacería de Metternich. . . Ahora, y más que nunca tiene fe en su espada.

## CAPITULO DECIMOTERCERO

Campaña de Francia; el plan estratégico de los aliados; invasión rápida. El 29 de enero y el 1.º de febrero de 1814, Napoleón sufre graves fracasos en Brienne y en La Rothière.—El 5 de febrero, apertura de un congreso en Chatillon-sur-Seine; depresión moral de Caulaincourt.—Hora trágica para Napoleón; su meditación nocturna sobre la altiva conducta de Luis XIV en 1712; da "carta blanca" a Caulaincourt; pero su genio despierta súbitamente, tan luminoso como en los tiempos de Arcola y de Rivoli. En cinco días, del 10 al 14 de febrero, ataca aisladamente a los aliados y les inflige, en Champaubert, Montmirail, Chateau-Thierry y Vauxchamps, crueles derrotas: "el león no ha muerto todavía". . .—Confusión de la coalición; ruptura del congreso.—Las batallas indecisas de Craonne, de Laon y de Arcis-sur-Aube debilitan nuevamente la situación de Napoleón; París amenazado.—Por una maniobra de una extrema audacia, Napoleón trata de atacar a los aliados de flanco y por retaguardia para separarlos del Rin. Pavor de los aliados. Cambio brusco. Iluminado por "una inspiración de Dios", el zar hace decidir la marcha inmediata hacia París; consejo de guerra en pleno campo, en el camino de Sommepeuis a Vitry.—El 29 de marzo, los aliados están delante de París. Al día siguiente, gran batalla. Llegado a la cima de la Butte-Chaumont, Alejandro es presa de una emoción inefable: "Así, la Divina Providencia ha permitido que esto fuese hecho por mí. . .".—El 31 de marzo, capitulación de París; la entrada de los aliados.—El zar en casa de Talleyrand; un foco de intrigas en el hotel de la calle Saint-Florentin.—Alejandro se crea un papel de pacificador magnánimo. Talleyrand lo convierte al restablecimiento de los Borbones.—La traición de Marmont, en Essonne, entraña el destronamiento de Napoleón.—El 29 de abril, Luis XVIII llega a Compiègne; recepción altiva y descortés del zar; Diríase verdaderamente que es él quien acaba de colocarse nuevamente en mi trono. . .—Coquetearías de Alejandro con los Napoleónidas; asiduidades románticas a la emperatriz Josefina y la reina Hortensia. Adulaciones de Mme. de Stael. —Conferencias diplomáticas; acción moderadora del zar; el

tratado del 31 de mayo de 1814.—Al dejar a París, Alejandro se dirige a Londres, a fin de ganar allí, en el próximo congreso de Viena, una ayuda contra los malos designios de Austria; fracaso. En cambio, triunfo de Metternich.—El 19 de junio, Alejandro hace una gloriosa entrada en San Petersburgo.

Del 21 de diciembre de 1813 al 1.º de febrero de 1814, los aliados atraviesan el Rin, desde Coblenza hasta Basilea. Son 250.000 hombres que pronto se convertirán en 420.000.

Schwarzenberg comanda el ejército principal, "el ejército de Bohemia", que avanza por Suiza y el Jura. Blücher comanda "el ejército de Silesia", que penetra en Alsacia y en Lorena. Un tercer ejército, "el ejército del Norte", se concentra en los Países Bajos, a las órdenes de Bernadotte, príncipe real de Suecia.

Comienza entonces la gran epopeya de la campaña de Francia, en la que Napoleón, desdichado, abandonado por la Fortuna, sintiendo próxima su ruina, aparece más grande que nunca por el genio militar y la fuerza de ánimo,—lo que Talleyrand llama ya, en sus conciliábulos de París, "el principio del fin".

¿Cuál es el plan de los aliados?... No tienen ninguno, o más bien,—como en todas las coaliciones—cada cual tiene proyectos diferentes.

Al principio, no encontrando ninguna resistencia, han avanzado simplemente en línea recta hacia adelante. Pero, el 26 de enero, desplegándose sobre el Sena, el Aube y el Marne, se ven obligados a entenderse, pues Napoleón se acerca para atacarlos.

En medio de las querellas y cábalas de los estados mayores, Alejandro se pronuncia, con la mayor obstinación, por una marcha rápida sobre París. Schwarzenberg, prudente, irresoluto, querría que se expusieran lo menos posible; pero el viejo Blücher, fogoso de entusiasmo, sostiene enérgicamente la opinión del zar. Federico Guillermo no se atreve a contradecirlo. Francisco y Metternich, de acuerdo con Schwarzenberg, proponen que, sin precipitar la ofensiva, se trate de negociar con Napoleón sobre las bases de Francfort, es decir, "la reducción del poder francés a límites compatibles con el equilibrio de Europa".

\*  
\* \*

En esos momentos, Caulaincourt acaba de presentarse a los puestos avanzados con un mensaje oficial acompañado de una carta particular para el ministro austriaco. "Mi estado en Praga—escribe en esta carta—me ha hecho apreciar nuestras relaciones lo bastante para ponerlas siempre en el rango de las cosas que más debo desear. Que-

remos la paz; espero que Vuestra Excelencia creará en la sinceridad de este deseo, cuando se lo expreso..." ¿No es significativa esta alusión a las conversaciones de Praga? Metternich insiste entonces para que no se descarte a un negociador que en junio último le decía: "¿Tenéis tropas suficientes para hacernos razonables de una vez por todas...? Hacednos volver a Francia por la paz o por la guerra, y seréis bendecido por treinta millones de franceses".

Alejandro, que conoce mejor que nadie "el excelente espíritu" de Caulaincourt, se resigna a esta solución; sin embargo, exige que las operaciones militares sigan su curso.

Su exigencia es justificada inmediatamente: pues, el 29 de enero, Napoleón sufre en Brienne, en el valle del Aube, y en seguida en La Rothière, sobre el Aube, dos graves fracasos. Entre los coaligados, la alegría es desbordante. Ni aún en pleno territorio francés, el vencido de Leipzig ha recobrado su talismán de invencibilidad; su derrota lo hará menos vanidoso.

\*  
\* \*

El 5 de febrero, se abre un congreso en Chatillon-sur-Seine, mientras los soberanos aliados, sus ministros y sus estados mayores permanecen en Langres. El conde Razumowsky representa a Rusia, el conde de Stadion a Austria, el barón de Humboldt a Prusia, lord Cathcart y lord Castlereagh a Inglaterra. Caulaincourt los impresiona a todos por su aspecto inquieto y deprimido. Parecía, según Stadion, "un hombre aniquilado por la desgracia de la circunstancia, que no deseaba sino el fin de la guerra, cualquiera que fuese, que no pedía sino conceder todo lo que se propusiera, con tal que se le dejara en situación de presentar a su señor un tratado firmado".

Es que los primeros indicios que ha podido recoger acerca de las disposiciones de los coaligados, especialmente acerca de la tenacidad vengativa de Alejandro, le han hecho perder ya todas sus ilusiones de Francfort: "Todos los plenipotenciarios—escribe al emperador—me han testimoniado el deseo de concluir prontamente la paz; sin embargo, en medio de estas protestas me ha sido fácil advertir que serán muy exigentes..." Prevé "los grandes sacrificios" que van a pedirle: los invasores no se contentan ya con "volver a Francia a sus límites naturales"; pretenden "reducirla a sus fronteras de 1792".

Aterrado por todo lo que observa o adivina, temiendo perder una ocasión que no se volvería a presentar, reclama instantemente ple-

La hora es trágica para Napoleón, una de las más nobles horas de su vida. El mensaje de Caulaincourt ha llegado a su poder en Troyes, por la noche, mientras hojea un volumen de Montesquieu, para armarse de paciencia y de valor; medita esta alusión a la hermosa conducta de Luis XIV en 1712: "No conozco nada tan magnánimo

como la resolución que tomó un monarca que ha reinado en nuestros días, de sepultarse bajo los restos de su trono antes que aceptar condiciones que un rey no debe oír; tenía el alma demasiado altiva para descender más abajo de lo que sus desgracias lo habían puesto. "Quizá el recuerdo de esta noche horrorosa, en su retiro de Santa Elena, le dará derecho a decirse: "Pienso que la naturaleza me había calculado para los grandes reveses; estos grandes reveses me han encontrado un alma de mármol; el rayo no ha podido herirla, ha tenido que deslizarse".

Aconsejado por su círculo, da "carta blanca" a su plenipotenciario; pero inmediatamente agrega reservas que parecen anular su demasiado amplia autorización.

Cada vez más turbado por esa "carta blanca" que le dan y le quitan a la vez, Caulaincourt se enerva y se lamenta: "Me veo reducido a caminar en la obscuridad y sin guía. . . Alrededor de él, "ningún aliado, ningún amigo, ni siquiera un indiferente".

De todos los plenipotenciarios aliados, el más intransigente y el más hostil es Razumowsky. En primer lugar, detesta personalmente a Caulaincourt: "Jamás encuentro al señor duque de Vicenza—decía— sin advertir inmediatamente tras él al espectro del duque de Enghien. . ." En seguida, está en perfecto acuerdo con su señor sobre este punto capital: "No se debe hacer la paz con Napoleón, porque está en vísperas de ser vencido. . ." Pero, para sus desahogos íntimos, Caulaincourt tiene, en la delegación rusa, al mejor de los confidentes, el colaborador favorito del zar, el gran amigo y pagador de Talleyrand, Carlos de Nesselrode.

\*  
\* \*

Mientras tanto, las operaciones militares continúan. En todas partes, en el Marne, en el Sena, en el Aube, en el Ourcq, los aliados progresan; algunos cosacos han llegado hasta Melun. Sí, verdaderamente Napoleón parece "en vísperas de ser vencido".

El 8 de febrero, a las cuatro de la mañana, después de una horrible noche de angustia, Napoleón escribe, de Nogent-sur-Seine, a su hermano José:

"París no será ocupado jamás estando yo vivo. . . Si llega la noticia de una batalla perdida y de mi muerte, haced partir a la emperatriz y al Rey de Roma para Rambouillet; ordenad al Senado, al Consejo de Estado, a todas las tropas que se reúnan en el Loira. . . Jamás dejéis caer a la emperatriz y al Rey de Roma en manos del enemigo. . . Preferiría que degollasen a mi hijo antes que verlo educado en Viena como a un príncipe austríaco. Nunca he podido ver representar *Andrómaca* sin deplorar la suerte de Astianacte y sin considerar como una dicha suya el no sobrevivir a su padre. . ." "Por lo demás es posible que derrote al enemigo, al acercarse a París".

Pero, como esta última frase parece anunciarlo, el genio inventivo de Napoleón despierta súbitamente, tan perspicaz y luminoso como en otros tiempos, como en los tiempos de Arcola, de Rivoli, de Marengo, de Ulm, de Austerlitz, de Jena. Y toda la escena cambia bruscamente.

Presurosos de llegar a París, los aliados han cometido el error de diseminar sus fuerzas. Del 10 al 14 de febrero, Napoleón los ataca aisladamente y les inflige crueles derrotas en Champaubert, en Montmirail, en Chateau-Thierry, en Vauxchamps. Ebrio de orgullo y de esperanza, se cree nuevamente el amo de la guerra; no duda ya de que vencerá y aniquilará a la coalición. El duque de Bassano, que trata de moderarlo, recibe esta respuesta de una grandiosa vulgaridad: "El león no está muerto todavía; es demasiado pronto para m. . . encimar". Por lo demás, la noche de Champaubert, dijo a sus mariscales: "Si mañana obtenemos otra victoria como ésta, hago volver a los aliados hasta el Rin. . .; y del Rin al Vístula no hay más que un paso".

\*  
\* \*

Este brusco cambio de la Fortuna provoca el caos en los aliados. Los austríacos y los ingleses piensan nada menos que tratar separadamente con Napoleón, si Alejandro se obstina en su loca resolución de marchar, aún más rápidamente, contra París. Los plenipotenciarios británicos le ruegan "no esperar a que haya que volver a cruzar el Rin" y admitir "que se haga la paz en condiciones aceptables". El rechusa: "La paz con Napoleón nunca será más que una tregua, y yo no estaré siempre dispuesto a recorrer cuatrocientas leguas para acudir en vuestra ayuda. . . No haré la paz mientras Napoleón esté en el trono. . ." De este modo, la coalición toma, cada vez más, el carácter de un duelo entre Alejandro y Napoleón.

Por su recíproca intransigencia, el congreso de Chatillon, que acaba de reabrirse degenera en insignificancia y en irrisión. El desdichado Caulaincourt, no sabiendo ya a qué santo encomendarse, suplica todavía a su señor que se resigne a lo inevitable; y hasta se atreve a hacerle prever una restauración de los Borbones.

Pero, precisamente, el 17 y el 18 de febrero, Schwarzenberg, derrotado en Mormant, en Nangis y en Motereau, se ve obligado a replegarse rápidamente hacia Langres; lo que vale a Caulaincourt esta dura amonestación de Napoleón: "Lo considero a usted como secuestrado, que no sabe nada de mis asuntos, e influido por imposturas. . . Yo mismo quiero dictar mi ultimátum. Preferiría cien veces la pérdida de París al deshonor y el aniquilamiento de Francia. Estoy tan conmovido por la infame proposición que usted me envía, que me creo deshonrado nada más que por haberme puesto en situación de que se la hayan hecho. . . Siempre habla usted de los Borbones: preferiría ver a los Borbones en Francia, con condiciones razonables, a las infames proposiciones que me envía. . ."

Ciertamente. Caulaincourt se debatía en una de las situaciones más difíciles en que jamás se haya encontrado un negociador. Pero, para absolverlo desde el punto de vista patriótico y moral, para disculparlo íntegramente de toda sospecha, sería necesario olvidar primeramente sus connivencias de San Petersburgo y de Erfurt, sus felonías de Pleiswitz y de Praga.

Sería necesario ignorar también que Alejandro se creará un día obligado a certificar a Luis XVIII "los servicios excepcionales que este diplomático ha hecho a la reyecía..." ¿Qué significa esta misteriosa alusión? ¿Habría desempeñado Caulaincourt algún papel en los acuerdos que se celebraron, en esa época, entre el conde de Artois y los soberanos aliados, por intermedio del barón de Vitrolles, y que señalaron la primera etapa de los Borbones en su camino de regreso...?

Hacia el 22 de marzo, las batallas indecisas, aunque encarnizadas, de Craonne, de Laon y de Arcis-sur-Aube han restablecido un poco la situación militar de los aliados, permitiéndoles volver a tomar la ofensiva. Y París está nuevamente amenazado.

\*  
\* \* \*

Napoleón tiene entonces una idea magistral, una de las más arriesgadas que haya concebido; va a deslizarse por entre las masas enemigas para atacarlas de flanco y por retaguardía, lanzarse sobre sus líneas de operación y separarlas del Rin. Con esta maniobra, deja a París sin protección; pero los aliados no se atreverán ya a marchar hacia la capital en cuanto lo sientan detrás de ellos. Pero, apoyándose en Metz, terminará victoriosamente la guerra en Lorena, de un solo golpe.

Ejecuta tan hábilmente sus primeras marchas que, pronto, los coligados no saben ya nada de él. ¿En qué dirección se repliega? Nubes de cosacos exploran en vano los caminos de Châlons, de Sézanne, de Montmirail. Nadie cree que se dirige hacia el Mosa y el Mosela, por Saint-Dizier, Bar-le-Duc, Toul.

Pero el 24 de marzo, unos correos franceses, capturados por el enemigo, revelan súbitamente a Schwarzenberg que Napoleón se encuentra entre Vitry y Saint-Dizier, como si quisiera atacar al ejército austro-ruso en sus líneas de retirada y de abastecimiento. Algunos días más tarde, nueva captura: de un valor inapreciable ésta: se trata nada menos que de una carta de Napoleón a María Luisa, una carta en la que, por la más inexplicable de las aberraciones, expone a la más simple y a la más inconsecuente de las mujeres todo el secreto de su maravillosa estrategia: su resolución de atacar a los coaligados de flanco y por retaguardía, para llevarlos lejos de París y derrotarlos en Lorena bajo la protección de sus fortalezas.

Asustado por este descubrimiento, el generalísimo austriaco convoca inmediatamente un consejo de guerra en Pougy, entre Arcis y Brienne. Alejandro y Federico Guillermo asisten; Francisco no puede venir, pues está muy lejos, en Bar-sur-Aube. Schwarzenberg, que se ve ya separado de Suiza y del Rin, propone que se abran nuevas comunicaciones hacia Bélgica, por Châlons, Reims y Maubeuge; los dos ejércitos de Bohemia y de Silesia deberán primero reunirse en el Marne, prontos a sostener, con sus fuerzas conjugadas, los ataques de Napoleón. Esta maniobra, impuesta por la necesidad, y que reser-va todavía a los aliados algunas oportunidades favorables, es aprobada por todos: las órdenes de ejecución parten en seguida.

Peró, en la tarde, una ola de noticias llega al cuartel ruso, instalado en la aldea de Sommepeuis, a cinco leguas de Vitry. Los cosacos acaban de apoderarse nuevamente de una estafeta dirigida de París a Napoleón: es todo un paquete de cartas y mensajes confidenciales del ministro de Policía y de los más altos funcionarios del imperio. En ellos denuncian la inquietud y el abatimiento de los espíritus, la creciente miseria, la agitación en las provincias, el agotamiento del tesoro y de los arsenales, la unánime voluntad de paz, la imposibilidad material y moral de continuar la guerra.

Con estos datos tan reveladores, Alejandro delibera toda la noche. Algunos días antes, en Troyes, Nesselrode le había traído al barón de Vitrolles, emisario de Talleyrand y de los realistas. Poco favorable a los Borbones, juzgándolos demasiado infatuados, agriados por la desgracia, incapaces de comprender la nueva Francia, había recibido friamente a este "agente viajero diplomático". Pero, desde entonces, había reflexionado en las apremiantes conclusiones de Vitrolles: "Cambiad de sistema. En vez de hacer la guerra *estratégica*, haced la guerra *política*... Marchad directamente a París, donde ya no quieren batirse, donde os esperan, donde os llaman, donde se os recibirá con las puertas y los brazos abiertos".

Nadie lo duda ahora: los mensajes de que los cosacos acaban de apoderarse, confirman la opinión realista. A primera hora envía a buscar a su jefe de estado mayor y más íntimo confidente, el príncipe Pedro Wolkonsky, con sus ayudantes de campo, generales Barclay de Tolly, Diebitch y Toll.

Pone el dedo sobre el mapa y dice:

—Nuestras comunicaciones con Blücher están ahora restablecidas... ¿Qué vamos a hacer?... ¿Debemos seguir a Napoleón hacia el Mosa para atacarlo con todas nuestras fuerzas reunidas, muy superiores a las de él, o debemos marchar sobre París?... ¿Cuál es vuestro parecer?...

Desconcertados por la gravedad de la pregunta, todos permanecen silenciosos; ninguno se atreve a exponer el primero su opinión.

Alejandro se vuelve hacia Barclay de Tolly:

—¡Vos sois el más antiguo: hablad!

Después de un rápido examen del mapa, Barclay dice:

—Debemos reunir todas nuestras fuerzas, perseguir a Napoleón y atacarlo vigorosamente en cuanto lo hayamos alcanzado.

Sin dejar ver su pensamiento, el monarca hace una seña a Diebitch. Este, por prudencia, por indecisión, por timidez, sugiere un término medio: constituir dos ejércitos, uno de los cuales se dirigiría hacia París y el otro perseguiría a Napoleón.

Barclay de Tolly, que lo ha escuchado con impaciencia, objeta con viveza:

—Es la peor de las combinaciones; nos hará débiles en todas partes, y en todas partes seremos derrotados. En las circunstancias actuales, hay sólo una maniobra posible: debemos marchar sobre París con toda la rapidez de nuestras fuerzas, dejando detrás de nosotros dos o tres divisiones de caballería para que Napoleón no advierta inmediatamente que ya no lo seguimos.

Se ve en la fisonomía del zar que aprueba la idea. Inmediatamente el astuto Diebitch prosigue:

—Ciertamente, si vuestra Majestad quiere restablecer a los Borbones, no podríamos hacer nada mejor que marchar sin pérdida de tiempo sobre París, con todas nuestras fuerzas.

Con tono seco, el zar lo interrumpe bruscamente:

—No se trata de los Borbones: se trata solamente de derrocar a Napoleón.

Pero Barclay de Tolly protesta aún:

—Napoleón pronto se dará cuenta de que ya no lo seguimos: volverá sobre sus pasos, atropellará nuestra caballería y nos atacará por detrás en nuestras formaciones de camino. Y, además, ¿quién nos asegura que París no se defenderá desesperadamente, que nuestro ejército no se agotará en una guerra de calles? Por otra parte, la toma de París no nos hará amos de Francia; no olvidemos el ejemplo de Moscú. No, contra Napoleón es contra quien debemos dirigir todas nuestras tropas.

Entre los generales la discusión se anima; se inclinan sobre el mapa, miden las distancias, avalúan los efectivos. Entonces, sin decir nada, el zar, que parece más y más preocupado y perplejo, sale del modesto cuarto en que se reúne el consejo de guerra.

Cuando vuelve, algunos instantes después, una extraña llama ilumina sus ojos; anuncia:

—Mi decisión está tomada: marchamos inmediatamente sobre París.

Y pide su caballo para ir a comunicar su decisión a Schwarzenberg, que debe estar a dos o tres leguas de allí, en el camino de Somme-puis a Vitry.

¿Qué ha sucedido durante el corto retiro a la pieza vecina? Alejandro mismo lo ha contado al príncipe Galitzyn: "Experimentaba en el fondo del corazón un vago sentimiento de expectación, un invisible deseo de entregarlo todo a la voluntad de Dios. El consejo permanecía en sesión: lo dejé un instante para ir a mi cuarto. Allí, mis

rodillas se doblaron y caí ante el Señor en la efusión de todo mi corazón. . . . Desde este grave momento, las perplejidades de su espíritu, las angustias de su conciencia, las vacilaciones de su voluntad se resuelven en una efusión mística.

Acompañado de su estado mayor, Alejandro corre al galope por el camino de Vitry para reunirse con Schwarzenberg; lo alcanza a las doce del día; Federico Guillermo se encuentra precisamente allí.

Todos echan pie a tierra y celebran consejo en pleno campo, a la orilla del camino.

El zar, que ha hecho extender un mapa, expone rápidamente su plan. El rey de Prusia lo aprueba de golpe; pero Schwarzenberg y sus generales lo estiman demasiado aventurado: "¡Marchar sobre París con Napoleón a nuestras espaldas, qué locura! . . ." Después de una larga discusión, Alejandro termina por triunfar. Queda decidido que el ejército de Bohemia y el ejército de Silesia marcharán inmediatamente sobre París, mientras una masa de caballería hostigará al enemigo hacia Saint-Dizier para engañarlo.

Desde entonces, Napoleón está perdido, y será Alejandro quien le habrá dado el golpe final.

\*  
\* \* \*

El 29 de marzo, los aliados están a la vista de París. En la tarde, el zar se instala en el castillo de Bondy, a tres leguas de las puertas.

Al día siguiente, a la una de la tarde, mientras la batalla está en su apogeo en el frente del Norte—110,000 hombres contra 41,000.

—Alejandro hace galopar su caballo hasta la cima de la Butte Chaumont, desde donde sus miradas deslumbradas descubren todo el panorama de la gloriosa ciudad, en que dominan las grandes imágenes de Clodoveo, San Luis, Enrique IV, Luis XIV, Napoleón—trece siglos de historia, ¡y qué historia! . . . —Su ayudante de campo, un emigrado, el conde de Rochechouart, que está de servicio a su lado, ha anotado la escena: "Un terrible fuego de mosquetería y continuas descargas de una artillería formidable se oía hacia Montmartre, a nuestra derecha, y hacia Vincennes, a nuestra izquierda. En este momento solemne, el emperador, desde la altura en que estaba colocado, se apeó un instante de su caballo, para ver mejor el imponente espectáculo que a su vista se ofrecía. Me preguntó si conocía a París y si podía indicarle los principales monumentos. Le di las explicaciones que solicitaba: luego cesé de hablar cuando me di cuenta de que su hermoso rostro se ponía de pronto pensativo y reflexivo. Ya no me preguntaba nada, pues estaba absorto en su meditación. ¿En qué pensaba? . . . Pero luego volvió en sí con el ruido del cañón que se acercaba a nosotros".

Sin duda se decía, como Napoleón quince meses antes frente a Moscú: "¡Hela aquí, la ciudad famosa! . . . ¡Ya era tiempo! . . ." Pero sabemos además, por una carta a su madre y por sus confiden-

cias a Galitzyn, que una inefable emoción le embargaba el alma mientras se repetía con estupor: "La Divina Providencia ha permitido, en su Sublime Ingeniosidad, que esto fuera hecho por mí . . . por mí . . .".

El 31 de marzo, a las dos de la mañana, París capitula. En su papel de pacificador magnánimo y caballeresco, el autócrata ruso ha querido evitar a los parisienses toda medida de represalia, toda odiosa violencia y "hasta la humillación de ver un día las llaves de su ciudad en algún museo de Europa". Los delegados del cuerpo municipal no pueden dar crédito a sus oídos cuando les dice, con su hermosa y franca mirada: "No temáis nada, ni por vuestros hogares ni por vuestros monumentos públicos. . . Los soldados no alojarán en las casas; sólo tendréis que proporcionarles alimento. . . Vuestra gendarmería y vuestros guardias nacionales continuarán en sus puestos. . . Tomo la capital entera bajo mi protección. . . No tengo enemigos en Francia, o más bien dicho, sólo tengo uno. . . pero ya no reina. . . Vengo a traerlos la paz. . .".

A las 11, precedido por los cosacos rojos de su guardia y por los coraceros blancos de la guardia prusiana, el zar, con el uniforme de los caballeros de la guardia, hace su entrada en París por la puerta de Pantin. Monta, con su habitual elegancia, una ágil y nerviosa yegua gris, de sangre árabe, "Eclipse", que Napoleón le obsequió al día siguiente de Erfurt. Avanza llevando a su izquierda al rey de Prusia, con su aspecto de comparsa, de figurante, y a su derecha, al generalísimo príncipe de Schwarzenberg, que representa a su señor el emperador de Austria; Francisco I se demora en Chaumont, pues no tiene ninguna prisa en exhibirse en la capital de su yerno vencido y de su querida María Luisa fugitiva. Tras ellos, "un inmenso estado mayor y unos treinta mil hombres, rusos, tártaros, kirghizes, alemanes, austríacos, croatas, húngaros, que se batían valientemente la víspera, pero cuyo aspecto y vigorosa prestancia no delatan fatiga alguna".

En el arrabal Saint-Martin, poca gente en las ventanas y en las aceras; acogida silenciosa, rostros consternados o coléricos.

Pasada la puerta de Saint-Denis, el público es ya más numeroso. Empieza a gritar: "¡Viva el emperador Alejandro! . . . ¡Viva el rey de Prusia! . . . ¡Vivan los aliados! . . . ¡Vivan nuestros libertadores! . . ." Aquí y allá, tímidamente: "¡Vivan los Borbones! . . ."

A medida que el cortejo avanza, la muchedumbre aumenta y la acogida, más y más calurosa, hácese triunfal. En los balcones y ventanas se ven estandartes blancos. Y los espectadores, para vergüenza indeleble de la historia parisiense, aclaman frenéticamente el desfile de los invasores.

Llegados a los Campos Elíseos, los soberanos pasan revista a sus tropas. El entusiasmo del público desborda. Para contemplar mejor al bello autócrata ruso, que resplandece de alegría y de majestad como un semidios; algunas mujeres jóvenes de la mejor sociedad, que más vale no nombrar, se deslizan entre los cosacos rojos de la escolta im-

Alejandro, que las ve, dice riendo a Schwarzenberg: "¡Con tal que mis cosacos no rapten a estas nuevas Sabinas!"

Después de esto, los soberanos se separan. Federico Guillermo se instala en el hotel del príncipe Eugenio, en la calle de Lille. Al emperador Francisco, que llegará dentro de algunos días, han reservado el hotel del príncipe de Neuchatel, en el bulevar de los Capuchinos, y el príncipe de Schwarzenberg se establecerá, con todos los servicios de su estado mayor, en el palacio de Saint-Cloud.

Si alguna vez Alejandro mereció el sobrenombre que Napoleón le daba—"el Talma del Norte"—, fué ese día. Pero la representación no ha terminado.

Con un tacto supremo ha rehusado habitar en las Tullerías, queriendo diferenciarse de Bonaparte, quien, dueño de una capital extranjera, se enorgullecía de acostarse la misma noche en el lecho del soberano despojado. Ha escogido, pues, como residencia, el tranquilo palacio del Eliseo. Y he aquí que, a última hora, encuentra algo mejor todavía. A invitación de Talleyrand, quien acaba de tener un largo y fructífero conciliábulo con Nesselrode, acepta instalarse en el hotel de la calle Saint Florentin que, por el jardín de las Tullerías y la plaza de la Concordia, le permitirá ofrecerse diariamente a las miradas embobadas de las parisienses.

El mismo día, Alejandro recibe los homenajes de toda una corte impaciente por saber cuál será el régimen nuevo y sacar partido de él. Los más solícitos en acudir son aquellos a quienes un elemental pudor debería haber mantenido en sus casas; es un aflujo enorme de intrigas, de envidias, de apostasias. La verba sarcástica de Chateaubriand nos ha descrito, en rasgos dignos de Tácito y de Saint-Simon, a "todos estos chismosos que manejaban con sus inmundas manos la suerte de uno de los más grandes hombres de la historia y el destino del mundo. . ." Convenía que estas villanías tuviesen por marco el hotel del príncipe de Benevento.

\*  
\* \*  
\*

Como árbitro supremo de la coalición, Alejandro tendrá que resolver sin demora sobre tres puntos de los cuales depende todo el porvenir de Europa: la destitución de Napoleón, el restablecimiento de los Borbones, las condiciones de paz. Bajo las apariencias de una cortesía y sencillez perfectas, demostrará en este papel una independencia de espíritu, una elevación de miras, un arte de mando que se impondrán a todos. Es la hora más hermosa de su vida: hace pensar en esta frase de Goethe: *der Mann steigt mit seinem Ziel*, "el hombre se levanta con su objetivo".

Respecto a Napoleón, sus ideas se resumen aún en el grito de cólera que le había arrancado la toma y destrucción de Moscú: "¡El o yo!, ¡yo o él! . . . ¡Pero no podemos reinar juntos! . . ."

El recuerdo de Moscú en llamas no es el único motivo de esta implacable hostilidad. Su sincero humanitarismo no perdona al gran vencido de hoy, el haber inmolado tres millones de vidas humanas por delirio de codicia, por mentiras y orgullo. "La caída de Napoleón —dice— no es solamente una imperiosa necesidad de la política; es una exigencia de la conciencia cristiana, como un ejemplo de justicia y de moral que es preciso dar al mundo..." Acaso también, en el fondo de sí mismo, descubrirá un motivo más personal, menos edificante, una vergüenza vaga, un sordo rencor de haberse dejado engañar tan ingenuamente en las fantasmagorías y los abrazos de Tilsit.

A su llegada al hotel de la calle Saint-Florentin, en una conferencia en que se reúnen el rey de Prusia, el príncipe de Schwarzenberg, Talleyrand, el duque de Dalberg, el general Pozzo di Borgo, el abate de Pradt y Nesselrode, Alejandro expone netamente la cuestión: "¿Hay que hacer la paz con Napoleón, tomando todas las garantías precisas contra él, o proclamar la regencia de María Luisa, o restaurar la monarquía de los Borbones?" En todo caso, no querría violentar a Francia que, a pesar de la revolución de Bordeaux, a pesar de las escarapelas blancas que se enarbolan en París, a pesar de las manifestaciones de las hermosas parisienses en la plaza de la Concordia, le parece contraria al retorno de sus antiguos amos.

Talleyrand, conquistado ahora a la causa de los Borbones, despliega todos los recursos de su fría y concisa elocuencia para demostrar que, fuera de los Borbones, ninguna solución sería viable, porque ellos tienen la ventaja inestimable de personificar un principio:

—Con un principio somos fuertes; las oposiciones se borrarán pronto. Pues bien, hay sólo un principio: Luis XVIII; es el rey legítimo.

Esta acertada fórmula conquista el consentimiento del zar, que se pronuncia en palabras igualmente claras:

—No hay transacción posible con Napoleón; la paz, sean cuales fueran las garantías de que se la rodee, sería solamente una trepa... La regencia sería también imposible; el padre es un infranqueable obstáculo al reinado del hijo.

\*  
\* \*

Entonces, ¿qué harán con Napoleón?...

Encerrado en Fontainebleau, el león está vencido; pero no ha muerto: ni siquiera está desarmado. Dispone todavía de 60.000 hombres, los aliados podrían seguramente oponerle 140.000. Pero, ¿qué no arriesgarían provocándolo a un combate desesperado que podría levantar a toda Francia tras él?... Por lo tanto, es preciso persuadirlo de que debe abdicar. Mas, previamente, el Senado debe consentir en proclamar su destitución y la instalación de un gobierno provisional. Talleyrand, eximio en el juego de las retractaciones y de las palinodias, logra pronto este doble resultado.

El 30 de abril empiezan las negociaciones entre París y Fontainebleau: Caulaincourt es el principal intermediario.

Abandonado, casi violentado por sus mariscales que pretenden ahora imponerle la ley, Napoleón se resigna a descender del trono; pero, si abdica, será únicamente en favor de su hijo. El voto senatorial, que ha proclamado su destitución, es, ante sus ojos, nulo. "En cuanto a los aliados, los aplastaré en París!..." Esta es su última palabra.

Caulaincourt, Macdonald y Ney llevan, en seguida, a París el acta de abdicación; llegan a medianoche al hotel de la calle Saint-Florentin.

Los miembros del gobierno provisional están en sesión.

La consternación y el espanto se propagan súbitamente entre ellos ante la idea de que el régimen imperial sería mantenido: "La regencia sería el imperio disfrazado, a lo más un interregno... *El tigre estaría detrás*..." Conjurán, pues, al zar a reconocer esa misma noche a los Borbones. ¿No ha declarado solemnemente el 31 de marzo que ya no trataría con Bonaparte ni con ningún miembro de su familia?... En la creencia de esta declaración, los miembros del gobierno provisional han prestado su concurso. Terribles venganzas lo amenazarían si Napoleón conservara, bajo una forma cualquiera, la más mínima autoridad... Alejandro, perplejo más bien que decidido, ruega que lo dejen solo para conversar con los mandatarios de Napoleón.

Caulaincourt, Macdonald y Ney abogan con ardor por la causa de la dinastía imperial; invocan los sentimientos del ejército, siempre afecto a su emperador, y que está resuelto a tentar, en un golpe desesperado, las últimas oportunidades de la guerra; finalmente, hacen ver que la regencia correspondería, en la más amplia medida, a los deseos profundos de la nación francesa.

El argumento que más impresiona a Alejandro, es el de las fuerzas militares de que todavía dispone Napoleón, y cuya abnegación está pronta a darle un supremo testimonio. Sesenta mil hombres concentrados detrás del Essonne!... ¿Se atreverán los aliados a correr el riesgo de una batalla delante de París?... Los Borbones, los desagradables Borbones, ¿valen este riesgo?... En resumidas cuentas, habrá vencido y destronado a Bonaparte. ¿No es suficiente para vengar las derrotas de Austerlitz y de Friedland, las vergüenzas de Tilsit y de Erfurt, la profanación de Moscú?... Además, ¿aceptará Schwarzenberg librar esa gran batalla sobre el Essonne, teniendo a París a las espaldas? ¿No querrá evacuar la capital, para asegurarse las comunicaciones con Bélgica por el valle del Oise?...

Ante estas perspectivas, la angustia lo invade, sus ojos se asustan. Macdonald, que se da cuenta de ello, insiste con mayor vigor.

Los tres comisarios creen que ya han ganado su causa.

En ese momento, el 5 de abril, a eso de las dos de la mañana, un ayudante de campo de Schwarzenberg es introducido ante el zar

y le anuncia que el 6.º cuerpo francés, el cuerpo de Marmont, reunido en el Essonne, acaba de pasarse a las líneas austríacas.

¡El ejército, pues, se pronuncia contra Napoleón!... No le queda más que desaparecer y ceder el sitio a los Borbones.

Como aliviado de un peso enorme, Alejandro exclama:

—¡He aquí lo que cierra el debate!... Es, manifiestamente, la orden de la Providencia; debo someterme a ella.

Ha llegado para el zar el momento de mostrarse generoso. Su bondad natural y, quizá más todavía, su gusto por las bellas actitudes, le dictan un excelente lenguaje.

—He sido el amigo y el fiel aliado del emperador Napoleón. Me ha obligado a la guerra... Ahora que está vencido, le perdono todo el mal que ha hecho a mi país: olvido sus errores y vuelvo a ser su amigo... Deseo que conserve el título de emperador. Le daremos la isla de Elba con absoluta soberanía sobre ella, con dos millones de renta. Su familia recibirá generosas pensiones... Si no acepta la isla de Elba, si no encuentra asilo en ninguna parte, que venga a mis estados: lo trataré con magnificencia; haré todo lo que de mí dependa para dulcificar la suerte de un hombre tan grande y tan desgraciado... Puede contar con la palabra de Alejandro.

Y no es una palabra vana. El zar deberá sostener ásperas luchas contra el gobierno provisional y los ministros aliados para que Napoleón obtenga la soberanía de la isla de Elba con la dotación prometida. Talleyrand, Hardenberg y Castlereagh, hubieran deseado que lo deportaran a las islas Azores, en pleno océano, a 450 millas de la costa portuguesa; sus espíritus vengativos se orientaban ya hacia Santa Elena.

Durante estas graves jornadas, tan llenas de intrigas, de cóleras y de perturbaciones, Alejandro se muestra perfecto de tacto y de medida, de clarividencia y de firmeza. Se ve ayudado por una singular exaltación de todas sus facultades imaginativas y de pensamiento. Pues es la semana de Pascua: sigue asiduamente sus interminables liturgias en la capilla de su embajada; tiene constantemente ante sus ojos la imagen del Redentor.

\*  
\* \* \*

Ahora, el camino de Francia está abierto a los Borbones.

El 6 de abril, el Senado, siempre admirable de cinismo y de obscuriosidad, proclama que "el pueblo francés llama libremente al trono a Luis-Estaniáslao-Javier de Francia, hermano del último rey".

Seis días después, el conde de Artois, "Monsieur", hace su entrada en París con una magnífica escolta de rusos, austríacos y prusianos; el Senado le confiere la lugartenencia general del reino.

Luis XVIII, retenido en Inglaterra por un acceso de gota, llega el 29 de abril a Compiègne, donde recibe, dos días después, la visita del zar.

Desde el primer momento, ambos monarcas se rebelan el uno contra el otro. Alejandro se había hecho preceder por un mensaje en el que sus calurosas felicitaciones terminaban con el prudente consejo de gobernar a Francia con liberalismo, "de tomar en cuenta el recuerdo de veinticinco años de gloria". El heredero de San Luis, seguro de sí mismo y de sus derechos, que consideraba como un dogma intangible y sagrado la primacía de su corona sobre todas las coronas del mundo, había juzgado inconveniente esta iniciativa.

Y el autócrata lo nota inmediatamente.

Primeramente, sin abandonar su sillón, el rey le ofrece una simple silla. Luego, algunas frías sonrisas, algunas vagas amabilidades y, en el terreno político, respuestas más vagas aún.

Después de este comienzo molesto, Luis XVIII invita a su huésped a tomar posesión del departamento que le ha sido destinado. Según los mezquinos ritos de una etiqueta anticuada, conducen a Alejandro a través de una larga serie de suntuosos salones destinados al conde de Artois, al duque y a la duquesa de Angulema, al duque de Berry. El alojamiento para Alejandro, al que se llega por oscuros corredores, es de los más modestos, siendo ocupado de costumbre por el gobernador de palacio.

Herido por semejante acogida, el zar, que debía permanecer en Compiègne hasta el día siguiente, se decide a partir esa misma noche, inmediatamente después de la comida. Su ayudante de campo, el general Pozzo di Borgo—el antiguo rival de Bonaparte en Córcega—, le suplica que no lo haga. Para excusar al rey, hace valer que la pesadez y la impotencia de este precoz anciano lo hacen inepto para las atenciones domésticas. Alejandro, astuto, contesta:

—Debiera hacerse reemplazar por la señora duquesa de Angulema, quien tiene todo el aspecto de una buena dueña de casa!...

En la comida, el emperador de todas las Rusias no es tratado con mayor cortesía. Luis XVIII pasa primero al comedor. Luego, viendo una vacilación del mayordomo que presenta los platos, lo interpela con voz ruda: "¡Yo primero!" Agamenón tiembla, como si le arrebataran insolentemente el cetro y la diadema.

Al levantarse de la mesa, herido, furioso, Alejandro toma el camino de París. No retiene su cólera delante sus compañeros de viaje:

—Luis XIV no me habría recibido así en Versalles en la época de su mayor poderío!... ¡Se diría que es él quien acaba de volverme a colocar en mi trono!... Desde la entrada, su acogida me hizo la impresión de un cubo de hielo arrojado a la cabeza...

Sin duda, recuerda también la impertinente declaración del rey al príncipe regente de Inglaterra, cuando dejó el territorio británico: "Después de Dios, es a Vuestra Alteza Real a quien siempre atribuiré el restablecimiento de mi casa sobre el trono de mis antepasados".

La acogida de Compiègne lo ha herido en lo más sensible de su alma, lo que explica, tal vez, una curiosa observación de Chateaubriand, quien vivía entonces en la calle Rivoli, al lado de la calle Saint Florentin: "Tenía Alejandro algo de calmado y de triste; se pa-

seaba por París, a caballo o a pie, sin escolta y sin afectación. Parecía extrañado de su triunfo, sus miradas casi conmovidas vagaban sobre una población que parecía considerar como superior a él: hubiérase dicho que se encontraba como un bárbaro en medio de nosotros, así como un romano se sentía avergonzado en Atenas... "Nunca olvidará la acogida humillante que ha recibido del "inválido real".

\*  
\* \* \*

Para ostentar su independencia con respecto de los odiosos Borbones, se pone a coquetear con las Napoleónicas.

María Luisa reside provisionalmente en Rambouillet. La visita, llevándole sus homenajes y sus condolencias. Nadie critica esta trivial demostración de educación para con la hija de los Habsburgo.

Es sólo un preludio.

Pronto se hace anunciar en Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina; luego en el hotel Cerutti, donde la reina Hortensia. Y, rápidamente, se hace su huésped asiduo, casi diario. "Las damas Beauharnais", como se expresan en la corte de las Tullerías, encuentran en él un activo defensor de sus intereses que la ruina amenaza por todas partes.

No se contenta con estos procedimientos officiosos. El romanticismo completo de su naturaleza le hace sentir simultáneamente el doble atractivo de la madre y de la hija. Ambas responden. Josefina, de cincuenta y un años, lejos de haber agotado todos sus encantos, desempeña maravillosamente su papel de coquetería defensiva y comprometedora, melancólica y sonriente. Hortensia, que tiene veinte años menos, que nunca fué más bonita y que siempre está sedienta de amor, no tiene escrúpulos de llevar lo más lejos posible la aventura. En estas diversiones escabrosas, Alejandro desconcierta en varias ocasiones a sus nuevas amigas por lo imprevisible de sus transportes místicos.

Pero aquí, nada dura... El 29 de mayo, Josefina muere casi súbitamente. Sintiendo enferma, no quiso postergar un baile que ofrecía al zar; tampoco quiso rehusarse el placer de mostrarse ante él con un vestido delicioso, demasiado ligero, demasiado escotado. Durante un paseo nocturno, del brazo del irresistible seductor, en el embalsamado parque de Malmaison, se resfrió. Su agonía fué corta: Alejandro permanecía en la pieza vecina. Después de haber encantado a tantos hombres, no podía salir más armoniosamente de la vida.

El día de las exequias, delante de la iglesia de Rueil, un hermoso regimiento de la guardia rusa rindió a la difunta emperatriz los honores supremos. Y, para atenuar el dolor de Hortensia, el zar le hace llevar lo que más ambicionaba, un diploma real que la crea "duquesa de Saint Leu", con cuatrocientos mil francos de renta, diploma

que ha tenido que arrancar por fuerza a la malevolencia tenaz y desdenosa de Luis XVIII.

En el intervalo de sus ocupaciones románticas, los salones parisienses le prodigan también, y muy copiosamente, ese vapor de incienso y de gloria del que ya no podrá prescindir.

Después de diez años de destierro, madame de Stael acaba de regresar a París. Su bullicioso entusiasmo ha desbordado inmediatamente por el salvador de Europa; le escribe el 25 de abril: "Sire, la constitución inglesa ha sido mirada en todo tiempo como la mayor perfección a que puede llegar la sociedad humana. Vuestra Majestad ha propuesto sus bases a Francia y, en el momento en que la invasión extranjera hacía temer lo peor, vuestras armas nos han dado un rey legítimo y un gobierno libre; es un acontecimiento sin igual en la historia... Os he visto tan grande en la adversidad como ahora lo sois en la cima de las prosperidades humanas!..."

Apenas ha instalado nuevamente su casa, recibe a Alejandro con todas las celebridades políticas, mundanas y literarias que puede reunir. Una noche se encuentra con los dos Humboldt, Mathieu Montmorency, el duque de Laval, Gentz, Talleyrand, la duquesa de Curlandia, la duquesa de Luynes, Camille Jordan, madame Recamier, Sismondi, Lally-Tollendal, Caulaincourt y La Fayette. En medio del silencio de todos, Alejandro da libre curso a su odio a los Borbones:

—Ninguno de ellos ha sabido comprenderme, porque están imbuidos en arcaicos prejuicios... La desgracia y el destierro no les han enseñado nada... Únicamente el duque de Orleans tiene ideas liberales y comprende a Francia, porque es inteligente, porque tiene los ojos y el espíritu abiertos... En cuanto a los otros, no se puede esperar nada de ellos.

Uno de los asistentes ha escrito: "Esto duró tres horas con sostenido interés".

En medio de esta vida agitada, que lo pone en escena continuamente, ¿cómo puede encontrar el tiempo necesario para despachar sus asuntos políticos, el más importante de los cuales es nada menos que la negociación de la paz?

Lo encuentra, sin embargo, y las ásperas discusiones, que terminarán con el tratado del 30 de mayo, llevan la marca innegable de su acción personal, acción moderadora, constructiva, preocunada del porvenir, y que parte siempre de la idea de que una Francia fuerte es necesaria para mantener el equilibrio europeo. No admite, por lo tanto, como lo querían Castlereagh, Metternich, Stein, Hardenberg y todo el clan militar, que los aliados lleven la victoria al extremo.

Naturalmente, el tratado del 30 de mayo inflige a Francia dolorosas pérdidas, puesto que le quita todas las conquistas hechas desde 1792, y la reduce a los límites de la antigua monarquía, salvo la anexión de Phillippeville y de Marienburgo, de Landau y Sarrelouis, de Annency y de Chambery; pero no le impone ni contribución de

guerra ni indemnización. En suma, Francia, como lo pensaban Alejandro y Talleyrand, no pagaba demasiado caro veintidós años de aventuras belicasas y de desmesuradas conquistas.

El 2 de junio, los soberanos aliados salen de París; el 5, la ciudad es evacuada: Luis XVIII es por fin amo único en su reino.



Desde París, el zar se dirige a Londres, donde Catalina Pavlovna se divierte ruidosamente. La impaciencia de ver, después de tan largo tiempo, a "su querida loca", no es el único motivo de este viaje: tiene políticamente graves preocupaciones.

Los aliados no han podido llegar a un acuerdo sobre el reparto o la suerte de los inmensos territorios que escapan desde ahora a la supremacía de Francia. ¿Qué harán de Sajonia, de Polonia, de Hannover, de Renania, de los Países Bajos y de toda Italia? Conociendo el desacuerdo reinante, y adivinando cada cual la enemistad de los demás, no han encontrado mejor idea que postergar la solución de estos problemas hasta un congreso que se reunirá el otoño próximo en Viena.

Pero, si el emperador de Rusia sigue siendo ante los ojos de todos el jefe de la coalición, el príncipe de Metternich es quien ha llegado a ser su ministro. La rivalidad de estos dos hombres databa de larga fecha; nacida en la época de Kalisch, se ha proseguido en Toplitz, en Francfort, en Chaumont; se ha envenenado en París; pronto se trocará en duelo.

El zar parece querer reservarse la alta dirección de las conferencias que se preparan. Metternich trabaja secretamente para que la destrucción de la hegemonía francesa en Europa no tenga por consecuencia la instauración de una hegemonía rusa. Alejandro va a Londres principalmente para conseguir un apoyo contra los malos designios de Austria.

Pero, con la intemperancia de su lenguaje, la excentricidad de su conducta y "su aire de mando", Catalina Pavlovna le enajena en algunos días la voluntad del príncipe regente, de la omnipotente lady Hertford, amante del príncipe y de todos los ministros de la corona. Metternich, que se encuentra también en Londres, puede explotar fácilmente la clásica desconfianza de Inglaterra con respecto a Rusia; la oculta intención de Alejandro, dice, es reconstituir el reino de Polonia bajo el cetro de los Romanoff, lo que destruiría de nuevo el equilibrio europeo: el íntimo acuerdo de Austria e Inglaterra es lo único que puede refrenar las ambiciones rusas. El ministro de Francisco I puede escribir luego a su amo: "Su Alteza Real el príncipe regente me ha recibido con una exquisita benevolencia... Se ha expresado con el mejor sentido político... El emperador de Rusia pierde ventaja diariamente ante los ojos del príncipe regente, del ministerio y del público... Al mismo tiempo, aumenta la consideración a

Austria... El príncipe regente insiste en que yo lo acompañe a Portsmouth y vuelva, en seguida, aquí a pasar al menos dos días con él y con el canciller Hardenberg, a fin de llegar a un acuerdo común para el futuro congreso...."

Así, ya las conferencias de Viena se anuncian mal para el Agamenón ruso.



Después de esta enojosa gestión, Alejandro se embarca en Dover, el 26 de junio, atraviesa Bélgica en medio de una continuada ovación, y va a tomar algún descanso en la corte de Baden, donde la emperatriz Isabel, de la que está separado hace veinte meses, pasa una temporada al lado de su madre.

Allí, una diputación del Santo Sínodo, y del Consejo del Imperio, le suplica humildemente que se digne consentir en tomar el título de "Bendito" y permitir la erección de un monumento que llevaría esta dedicatoria: *Al restaurador de los soberanos, Rusia reconocida*. Con su habitual mezcla de modestia y de vanidad, acepta el título y rehusa el monumento.

El 19 de julio, llega a orillas del Neva, donde la emperatriz madre le ha hecho preparar grandiosas manifestaciones.

Se podría creer que, después de tan rudas pruebas, coronadas por una victoria tan completa, saborea una serenidad dichosa y fuerte al encontrarse en el palacio donde vivió las trágicas horas de 1812. Pero no; está taciturno, impaciente, melancólico, nervioso, como si meditara, en su fuero interno, pensamientos tristes, nuevas preocupaciones. O bien, con los ojos vagos, adopta el aire indiferente, "plácido penetrado de abnegación y de humildad", entregado "al solo Señor de toda fuerza" la gloria sin mancha que acaba de conquistar. Para la comprensión de los acontecimientos futuros, es preciso anotar este estado de espíritu; es el conocido sintoma de la depresión física y moral que, en los grandes emotivos, sucede inevitablemente a toda satisfacción intensa de orgullo, a toda exaltación engrandecedora de la personalidad: La vida le parece fastidiosa, descolorida en cuanto vuelve a la normalidad.

## CAPITULO DECIMOCUARTO

El congreso de Viena, Proyectos de Alejandro; quiere restanrar la unidad de Polonia bajo el cetro de los Romanoff, lo que implica una reconstrucción total de Europa.—Violenta oposición de Metternich, Talleyrand y Castlereagh.—Tempestuosas polémicas; altercados personales con Talleyrand y Metternich; bravatas: "Tengo 200,000 hombres entre el Oder y el Vístula. ¡Echenme!..."—Creciente autoridad de Talleyrand; elabora en la sombra una alianza secretísima de Francia, Austria e Inglaterra contra los malos designios de Rusia y Prusia; tratado del 3 de enero de 1815.—Descorazonado por la colusión manifiesta de Francia, Austria e Inglaterra, Alejandro no se preocupa del congreso. — Distracciones galantes; orgías y placeres.—La zarina Isabel en Viena, reanudación de su romance con Chartoryski.—Por vergüenza o fatiga de sus placeres, Alejandro se entrega a la devoción mística.—Una dama de honor de la zarina, Roxandra Sturza, le comunica las cartas "sublimes" que recibe de una profetisa evangélica, la baronesa de Krüdener: "El Angel negro y el Angel blanco".—El 7 de marzo, se sabe en Viena que Napoleón se ha fugado de la isla de Elba.—El acuerdo se restablece inmediatamente entre las potencias.—Vigor y firmeza de Alejandro: "¡Ninguna paz con Napoleón!..."—Mientras los estados mayores se conciertan para la reapertura de las hostilidades, los diplomáticos redactan de prisa el acta final del congreso.—Por solidaridad con sus aliados, Alejandro se resigna a sacrificios territoriales en la cuestión de Polonia.—Acuerdo general sobre los asuntos de Alemania e Italia.—Napoleón revela al zar el tratado del 3 de enero.—Furor de Alejandro, que encuentra, sin embargo, la fuerza suficiente para pasar sobre la injuria: "¡Pensemos solamente en nuestra alianza contra Napoleón!..."—Planes estratégicos de los coaligados.—El ejército ruso, escalonado actualmente entre el Niemen y el Vístula, sólo podrá desempeñar un papel tardío y subsidiario; Alejandro adivina que sus aliados estarán dichosos de "vencer sin el zar".—El 25 de mayo, Alejandro sale de Viena para ir a esperar sus tropas a orillas del Neckar; su melancolía y su pesimismo.—El 4 de junio, en Heilbronn traba de impro-

Desde el primer día, la cuestión polaca se convierte en el punto central, el punto neurálgico de las conferencias.

Rusia reclama todos los territorios que formaban el gran ducado de Varsovia, Prusia perderá la mayor parte de las provincias que se había anexado cuando los grandes repartos; pero, en compensación, recibirá toda la Sajonia real, cuyo infortunado monarca, demasiado largo tiempo fiel a Napoleón, es retenido cautivo en Berlín. En cuanto a Austria, para indemnizarla de lo que perderá en Galitzia, se le asignará la Lombardía, Venetia, la Iliria y las costas dalmatas. Sería imposible distribuir más generosamente el bien ajeno.

Para acentuar más la importancia que concede a este hermoso sistema, Alejandro ha llegado hasta tomar el tono de bravata, el tono de Napoleón:

Tengo 200,000 hombres entre el Oder y el Vístula. ¡Echenme!... Conservaré lo que retengo. Antes la guerra que renunciar a lo que ocupo... Si el Rey de Sajonia no quiere abdicar, será conducido a Rusia y morirá; otro rey de Polonia terminó sus días allí. Federico Augusto haría bien en recordar a Estanislao Poniatowsky...

Pero Austria se opone enérgicamente a que sus dos vecinas del Norte, agrandadas la una con Polonia y la otra con Sajonia, predominen así hasta el centro de Europa. "Los rusos en Varsovia y en la frontera de los Cárpatos, los prusianos en Leipzig y en la frontera de Bohemia. ¡Eso no, jamás!... En cuanto a los territorios italianos, Austria no se preocupa de ello, pues Italia siempre le ha ocasionado molestias y cargas.

Talleyrand secunda a Metternich con toda su autoridad, que, en pocos días, ha llegado a tener gran influencia; ha tomado, como tema de sus intervenciones, algunos aforismos sabios y lapidarios que desarrolla en seguida con voz clara, mordaz, con altiva impasibilidad: "La primera necesidad de Europa es la de desterrar para siempre la opinión de que se pueden obtener derechos por la fuerza de las armas... Francia está en la feliz situación de no tener que desear que la justicia y la utilidad estén divididas; no tiene que buscar su utilidad particular fuera de la justicia que es la utilidad de todos... El equilibrio de las potencias y el principio sagrado de la legitimidad, no admiten la enfeudación total de Polonia a Rusia, como tampoco el predominio de Prusia en Alemania y de Austria en Italia...". Además, Talleyrand no puede, menos que nadie, suscribir a la restauración de Polonia bajo el cetro de los Romanoff, puesto que ella tendría por condición primera la anexión de Sajonia a Prusia, por lo tanto, la brutal expoliación de Federico Augusto. No es solamente porque ha recibido algunos días antes una fuerte suma de este desgraciado príncipe—los escrúpulos de este género nunca lo han detenido—, sino porque Luis XVIII había tenido por madre a la princesa María Josefa, hija de Augusto III, elector de Sajonia y rey de Polonia; era, por lo tanto, primo hermano de Federico Augusto, y ponía tal inte-

rés en mantener los derechos de su pariente, que en sus instrucciones a Talleyrand, no había vacilado en declarar que, para lograr sus fines, "no vacilaría ni un instante en tomar las armas".

Los plenipotenciarios británicos, lord Castlereagh y lord Clancarty apoyan a Talleyrand con todas sus fuerzas; anotan alegremente sus hermosos aforismos sentenciosos, que no dejarán de utilizar cuando tengan que defender su política ante el parlamento de Westminster.

En las sesiones oficiales y, más aun, entre los bastidores del congreso, se disputa durante semanas sobre este asunto.

Cuando ya han agotado la cuestión polaca, discuten con no menos aspereza sobre la suerte de Nápoles, de la Toscana, de los estados pontificios, de Módena, de Luca, de Parma, de Hannover, de Suiza, de Bélgica, de las provincias renanas, de las pequeñas cortes alemanas, etc...

Impaciente por las resistencias que le oponen en todas partes y que le hacen sentir amargamente que ya no es el jefe de la cruzada europea, el árbitro supremo de la coalición, Alejandro decide no presertarse por más tiempo para esas querellas y regateos.

La insolencia flemática de Talleyrand lo irrita en grado extremo:

—¡Realmente, se cree aquí el ministro de Luis XIV!

Se reconoce, en esta exclamación de impaciencia, la dolorosa herida de Compiègne: *Manet alta mente repostum*...

Y cuando, olvidando todas sus prevaricaciones, el príncipe de Benevento, con su corbata ridícula, los rasgos inmóviles, "las comisuras de la boca impregnadas de todos los desprecios que ha recibido", desarrolla fríamente sus nobles discursos sobre los principios sagrados, sobre el derecho y la justicia, Alejandro se encoge de hombros y contesta:

—¡Mi conveniencia, eso es el derecho!

Al mismo tiempo, sus relaciones con Metternich se hacen tempestuosas; pues sospecha que urde "algo" contra él con Talleyrand y Castlereagh. Un día, más impaciente que de costumbre, apostrofa violentamente al austriaco, "como no se trataría a un sirviente". Y poco a poco su cólera sube a tal punto, que el arrogante ministro se pregunta "si saldrá, finalmente, por la puerta o por la ventana".

El altercado no queda ahí. Pretendiéndose ofendido, Alejandro exige una reparación por las armas. El emperador Francisco se interpone inmediatamente; está estupefacto, aturdido, escandalizado de sapone digno cruzar el hierro con un simple señor, cuyos antepasados eran solamente barones o condes del Santo Imperio, y que no había sido elevado a la dignidad de príncipe más que un año atrás: "¡Dios mío! ¿en qué época vivimos?" Para terminar la querrela, un ayudante de campo del zar, el conde Ozarowsky, va personalmente a casa del "príncipe canceller", cuyas explicaciones evasivas, acompañadas de todos los disimulos convenientes, son aceptadas como una plausible retractación.

Al suponer que Metternich con Talleyrand y Castlereagh urdían "algo" contra él, Alejandro no se había equivocado. Este "algo", que le será revelado tres meses después, es nada menos que una alianza secretísima entre Austria, Inglaterra y Francia, para combatir eventualmente cualquiera empresa audaz de Rusia y Prusia en Polonia y Sajonia.

Talleyrand se siente orgulloso de haber desempeñado el papel principal en la elaboración del nuevo pacto, que constituye, frente al Este, la coalición dirigida antaño contra la supremacía napoleónica. Escribe a Luis XVIII: "Francia no está ya aislada en Europa... Vuestra Majestad marcha de acuerdo con dos de las más grandes potencias..." El tratado secreto del 3 de enero de 1815 atestigua, sin ninguna duda, un resurgimiento del prestigio francés en Europa; pero felizmente nunca fué puesto en ejecución, pues habría obligado a Francia, vencida, extenuada, a volver a tomar las armas para garantizar a sus vencedores los territorios que acababan de arrebatarle.

La íntima colusión de Austria, Inglaterra y Francia no tarda en producir su efecto. En todo lo que propone, sea cual fuere el rodeo que emplea, Alejandro ve inmediatamente levantarse ante él una triple barrera. En pocos días, sus observaciones se precisan: los silencios y las miradas de los tres conjurados, la prontitud y la semejanza de sus repuestas ponen de manifiesto que se han unido, y que su sistemática obstrucción proviene de un plan común. Por lo tanto, si no quiere empezar nuevamente la guerra, debe abandonar el sueño demasiado hermoso de una Polonia resucitada por el nieto de Catalina la Grande, volviendo a tomar su sitio en la familia eslava bajo la égida rusa.

Desde entonces, no tiene ya nada que hacer en los trabajos del congreso; abandona toda la insípida tarea en manos de sus diplomáticos, Razumowsky, Stackelberg, Nesselrode, que cubrirán en la mejor forma posible su retirada, aceptando las inevitables transacciones.

Pero el despecho causado por su fracaso lo sume en una crisis moral en la que se revela, una vez más, la complejidad de su naturaleza. Primeramente, una agitación febril, la imposibilidad de mantenerse en el mismo sitio, brusquedades de lenguaje y de humor, un cambio continuo de ocupaciones y proyectos; está como desorientado. Luego una sed de placeres, un exceso de goces, algunos de los cuales no dejan de sorprender en un hombre de imaginación tan romántica y de gusto tan delicado.

A menudo se ha descrito el espectáculo de Viena en esta época, y no resta ya nada que decir sobre la suntuosidad de las fiestas imperiales, cuyo costo se elevaba, por término medio, a doscientos veinte mil florines diarios.

Pero, lo que sucedía entre bastidores no era nada halagador para las comparsas de este resplandeciente carnaval. Un policía de gran estilo, auxiliar de Metternich, el barón de Hager, había organizado en torno del congreso un servicio de espionaje tan vasto como pene-

trante, lo que hoy día nos permite reconstruir la vida íntima de los principales actores, especialmente la de Alejandro.

Entre todas las aventuras galantes, en las que es difícil seguirlo, el enredo de sus asiduidades nocturnas a la altiva duquesa de Sagán y a la princesa Bagration, apodada "el bello ángel desnudo", divierte en alto grado a la galería, porque deciden a Metternich a romper con la duquesa de Sagán para arrojarse en el amor de la ideal condesa Julia Zichy.

Otras mujeres encienden también sus deseos, la princesa de Auersperg, la condesa Szechenyi, la condesa Saaran, la condesa Orczy, la condesa Wibna y algunas lindas vienesas de menor alcurnia.

Como para conservarlo mejor en esta atmósfera de embriaguez amorosa, la "querida loca", Catalina Pavlovna, mantiene un flirt endiabrado con el príncipe Guillermo de Wurtemberg, en quien ha puesto ahora todas las intenciones matrimoniales con que antaño cubría púdicamente su intimidad con el duque de Clarence.

La zarina Isabel Alejéevna, se encuentra también en Viena. Alejandro quiso que viniera a reunirse con él cuando descansaba placidamente con su madre, en Carlsruhe: está orgulloso de ella, pues es hermosa todavía, tiene noble porte y mucha seducción. Alojada en la Hofburg, se substrahe cuando puede a "todo ese ruido confuso de placeres y de negocios que no cesa de zumbir en torno de ella"; demasiadas cosas le disgustan, la importunan o la escandalizan. Una reciproca simpatía la ha acercado a la emperatriz María Ludovica de Módena, tercera mujer de Francisco I., implacable enemiga de Napoleón, criatura seria y noble, a la que su débil salud condena a largos reposos. Pero, en las horas de soledad que consigue procurarse, la tierna Isabel atraviesa por una crisis patética, un renuevo de amor, una irresistible atracción hacia el hombre que, quince años antes, la hizo vibrar hasta lo más íntimo de su ser, y cuyo recuerdo la ha dominado desde entonces — aun cuando su corazón no estaba vacío —, el príncipe Adán Char-torvski.

Sin duda, emanaba de Viena un magnetismo afrodisíaco, puesto que, al mismo tiempo, la joven Dorotea de Curlandia, condesa de Périgord y futura duquesa de Dino, que preside con magistral soltura las recepciones de la embajada francesa, la joven Dorotea, en la flor de sus veintún años, recibe del conde Clam-Gallas el estigma indeleble de su predestinación amorosa. Y esta iniciación le provoca súbitamente tan maravillosa transformación que su viejo tío Talleyrand se enamorará de ella, hasta el punto de sacrificarle todos sus otros amores, y hacer de ella, por espacio de años, el supremo encanto de su vida.

En medio del libertinaje febril de Alejandro, ¿qué ha sido de sus preocupaciones místicas? Sería de creer que ha hecho tabla rasa de ellas, y que la sucesión ininterrumpida de sus caprichos, no le deja ni el tiempo ni el deseo de pensar en Dios. Pero no es así. Las ideas religiosas, una palabra de Cristo, un soplo de Jerusalén o de Tibe-

riade lo visitan a cada instante, como si el exceso del placer, la fatiga física, quizá una vaga vergüenza le hiciera sentir pasajeramente la necesidad de emociones inmateriales. Se encierra entonces con una dama de honor de la emperatriz, la señorita Roxandra Sturdza, que había una modesta pieza en el cuarto piso de la Hofburg. Es una joven pura, muy idealista, de rostro de líneas regulares, sonrisa fina y tierna, voz melodiosa y acariciadora, una amiga querida de la no menos idealista Madame Swetchina, quien le escribía un día: "No hay una sola de vuestras miradas que no sea un pensamiento".

Un motivo particular hace agradable al soberano "el trabajo de subir los cuatro pisos". La celeste Roxandra le comunica cada vez las "sublimas" cartas que recibe de una baronesa livonia, "una profetisa evangélica", la señora de Krüdener. El príncipe Galitzyn le ha hablado a menudo de esta iluminada, "instrumento evidente de las voluntades providenciales, y ante la cual se disipan todas las sombras del santuario".

De cuarenta y ocho años de edad, viuda de un diplomático ruso, había publicado en 1804 una novela analítica, *Valeria*, por la que pasaba como un soplo de *Werther* y de *René*, lo que la había puesto de moda, desarrollando en ella un gusto desenfrenado por la *réclame* y el charlatanismo. Incapaz de fijarse en ninguna parte, sin cesar en viaje de París a Berlín, de Ginebra a Baden; a menudo necesitada, había tenido grandes éxitos, porque era a la vez muy bonita, muy emocional, atrayente y fugaz, impulsiva y reservada, tan pronta a enamorarse como a entregarse, creyéndose, por lo demás, irresistible y persuadida de que todos los hombres estaban locos por ella, locos hasta matarse, lo que la había obligado a salvar un buen número. Pero un día, en 1808, "Dios la había recoído de los bajos fondos del mundo, donde ella se perdía en las delicias". Hoy día, está renovada como por un segundo bautismo. Recibe desde el cielo claridades maravillosas sobre toda clase de asuntos; "lleva en ella la palabra viva del Redentor". Alejandro está emocionado de que una mujer, a quien Dios demuestra tan marcada predilección, haya nacido súbita rusa, tanto más cuanto que ella se interesa particularmente por él, ve en él a "un regenerador de sus pueblos... un cooperador del divino Maestro... el Bien amado de Cristo", lo llama también "el ángel blanco", por oposición a Napoleón, "el ángel negro". La señorita Sturdza querría que él trabara amistad personal con esta Débora teutónica; pero cada vez que ha creído haberlo conseguido, él se ha escapado súbitamente. llamado por la voz de las sirenas.

\*

\* \*

Un día, en su despacho contra los Borbones, Alejandro no pudo retener esta amenazadora frase:

—¡Si me obligan a ello, les soltaré al monstruo!

El 7 de marzo de 1815, se sabe con estupor en Viena que el monstruo se ha saltado por sí solo, que se ha fugado.

Sabemos por Metternich cómo recibió la noticia: "En la noche del 6 al 7 de marzo, había en mi casa una reunión de plenipotenciarios de las cinco potencias, y la conferencia se había prolongado hasta las tres de la mañana. Había prohibido a mi ayuda de cámara venir a despertarme si llegaban correos a una hora avanzada de la noche. A pesar de mi prohibición, ese criado me trajo, a eso de las seis de la mañana, un mensaje que llevaba la mención: *Urgente*. Leí en el sobre estas palabras: *De parte del cónsul de Génova*. Como hacía apenas dos horas que me había acostado, puse el mensaje, sin abrirlo, sobre mi mesa de noche y traté de volver a dormirme. Pero una vez interrumpido en mi reposo me fué imposible conciliar el sueño. A las siete y media me decidí a abrir el sobre; contenía estas solas líneas: *El comisario inglés Campbell acaba de entrar en el puerto para informarse de si Napoleón no ha sido visto, porque ha desaparecido de la isla de Elba. Como la respuesta fué negativa, la fragata inglesa, sin perder un momento, salió mar afuera. Me vestí en un abrir y cerrar de ojos, y, antes de las ocho, estaba donde Su Majestad. El emperador leyó el mensaje; después me dijo con esa calma perfecta que nunca lo abandonaba en las grandes circunstancias: Napoleón parece desear correr aventuras; es asunto de él; el nuestro es asegurar el reposo del mundo. Id inmediatamente a ver al emperador de Rusia y al rey de Prusia; decidles que estoy pronto a ordenar a mi ejército que vuelva a tomar el camino de Francia. No dudó de que ambos soberanos marchen de acuerdo conmigo. A las ocho y cuarto me encontraba donde el emperador Alejandro, quien me habló en la misma forma que el emperador Francisco. A las ocho y media, el rey Federico Guillermo me hizo la misma declaración. A las nueve estaba de vuelta, y había rogado al mariscal, príncipe de Schwarzenberg, que pasara a mi casa. A las diez, los ministros de las cuatro potencias se encontraban reunidos en mi gabinete. A la misma hora los ayudantes de campo corrían ya en todas direcciones llevando a todos los cuerpos de ejército que se retiraban, la orden de detenerse. Así fué cómo la guerra se decidió en menos de una hora".*

Viena permaneció cinco días sin la menor noticia de *Bonaparte*.

Cualquiera que fuese la ansiedad que se reflejaba en los rostros, habían empezado nuevamente las recepciones, los espectáculos; y los bailes. Pero de pronto, un trueno: Bonaparte ha desembarcado, el 2 de marzo, en el golfo Juan; marcha hacia Grenoble y las poblaciones lo acogen con entusiasmo; Luis XVIII y su corte huyen desatinadamente hacia Bélgica, sin que nadie trate de defenderlos. "El águila vuela de campanario en campanario..."

Este regreso triunfal produce en Alejandro la más viva impresión, tanto más viva, cuanto que Pozzo di Borgo, desde la evasión del "Monstruo", afirmaba perentoriamente:

—Si Bonaparte pone el pie en Francia, será ahorcado en la primera rama de árbol.

El zar no vacila ni un instante acerca de la decisión que hay que tomar:

—¡Ninguna paz con Napoleón!... Antes que nada, es preciso derrocarlo... Yaharemos más tarde en el régimen político de Francia.

Con estas últimas palabras, revela su vacilación en restablecer a los Borbones; siente por ellos aversión y desprecio.

Uno de los plenipotenciarios británicos, lord Clancarty, insiste en que los aliados declaren al pueblo francés: "Bonaparte es nuestro único enemigo. Una vez que os hayamos librado de él, aseguraremos a Francia todos los beneficios de un gobierno paternal bajo un rey legítimo".

Este argumento de "legitimidad", cuyo inventor es Talleyrand, estremece los nervios de Alejandro; ve como una alusión injuriosa para la corona de los zares. Los complots, los asesinatos, los destronamientos, los levantamientos de los cuarteles, los dramas de alcoba, toda la serie de "remedios asiáticos", han dejado vergonzosos recuerdos en la historia de los Romanoff.

Rechaza, por lo tanto, la proposición de Clancarty:

—La verdadera nación francesa no quiere ya Borbones. Ved cómo los ha dejado partir... ¿Le impondrías el gobierno que acaba de abandonar? ¿Se lo impondrías por la fuerza?... Además, ¿qué probabilidad hay de que el trono de Luis XVIII sea más estable en el futuro?... El año pasado, en París, se podría haber instituido la regencia de María Luisa. ¿Es posible todavía? No. La archiduquesa, con quien acabo de conversar, no quiere, a ningún precio, ocupar el inestable trono de Francia; sabe que su hijo debe tener en Austria una posición conveniente, y no desea más para él. En cuanto a la elevación de algún mariscal francés, como sucesor de Bonaparte, me opongo a ello: sólo podría turbar la paz de Europa... Si los franceses quisieran al duque de Orleans como rey de la Revolución, no tendrían nada que objetar... El duque de Orleans puede conciliarlo todo: es francés, es Borbón; tiene hijos; en su juventud sirvió a la causa constitucional; finalmente, ha llevado la escarapela tricolor, la que nunca se debía haber abandonado.

El 13 de marzo, las potencias firmantes del tratado de París, proclaman que Bonaparte ha roto "el único título legal a que se hallaba ligada su existencia", que lo declaran fuera de la ley social y lo entregan "a la vindicta pública".

Talleyrand, que no parece ya "el ministro de Luis XIV", pone tranquilamente su hermosa firma al pie de este manifiesto, que reafirma la coalición de Europa contra Francia. Una carta que dirige a Luis XVIII, autoriza, por otra parte, para atribuirle la fórmula de "la vindicta pública". En esta ocasión también, el príncipe de Bene-

vento ha faltado a su disciplina de medida y de buen gusto, puesto que asimila "la empresa de Bonaparte" a la de un "bandido", terminando: "Toda medida permitida contra los bandoleros, debe ser permitida contra él".

Mientras los estados mayores se conciertan precipitadamente para la reapertura de las hostilidades, los diplomáticos redactan de prisa el acta final del congreso, que será el tratado del 9 de junio de 1815.

Ante el peligro común, creado por el retorno del usurpador, el acuerdo se establece por sí solo entre las potencias.

Por solidaridad con sus aliados, el zar se resigna a sacrificios territoriales en la cuestión polaca: el gran ducado de Varsovia queda totalmente anexo a Rusia. Pero Prusia conserva Posen, Bromberg, y Thorn; recibe, además, las provincias renanas, para consolarla de ver mantenida la integridad de Sajonia. Austria anexa a Galitzia el distrito de Tarnopol, cedido a Rusia después de Wagram, aumenta su territorio con la Lombardía, Venetia, Trieste, Dalmacia y la Iliria.

Una vez arreglada así la suerte de Polonia por el congreso, Alejandro se apresura a escribir al conde de Ostrowsky, presidente del Senado de Varsovia:

"Al tomar el título de rey de Polonia, he querido satisfacer los deseos de la nación. El reino de Polonia será unido al imperio de Rusia por los títulos de su propia constitución, sobre los cuales deseo fundar la felicidad del país... Si el gran interés de la tranquilidad general no ha permitido que todos los polacos fuesen unidos bajo el mismo cetro, me he esforzado al menos en suavizar lo más posible los rigores de su separación y conseguirles en todas partes el goce de su nacionalidad".

Esta constitución que promete al pueblo polaco, la sueña según los principios liberales que su preceptor La Harpe le inculcó antaño, y con los cuales se embriagara hace poco con Speransky. Su viva inteligencia, capaz de todas las amalgamas, de todas las antinomias, de todos los virtuosismos, no siente el menor embarazo en conceder a Polonia las más modernas instituciones, mientras la masa del pueblo ruso permanecerá sumida, según la frase del gran duque Nicolás Mijailovich, "en increíbles tinieblas".

Mientras se elaboraba así el acta final, un incidente estuvo a punto de romper la armonía de los aliados.

Apenas reinstalado en las Tullerías, Napoleón había tratado de reanudar con el zar una conversación directa; pues los espejismos de Tilsit y de Erfurt, no habían agotado en él todo su poder ilusorio. Como principal intermediario, había escogido muy hábilmente, así al menos lo creía, a su romántica hijastra Hortensia, de la que Alejandro se había mostrado prendado el año anterior. Por su intermedio, había enviado a su antiguo amigo garantías pacíficas con la promesa de "que no se le molestaría nunca más con respecto a Polonia".

La elección de Hortensia no era afortunada. Alejandro la había olvidado totalmente, pues sus amantes vienesas le habían escanciado filtros mucho más capitosos.

Pero en el juego de Napoleón había aparecido una carta inapreciable: el 20 de marzo, al salir precipitadamente del ministerio de Relaciones Exteriores, el conde de Jaucourt había dejado en un cajón el secretísimo tratado del 3 de enero, por el cual Austria, Inglaterra y Francia habíanse aliado para refrenar los apetitos rusos. No bien tuvo conocimiento de él, el emperador lo hizo comunicar al encargado de negocios de Rusia, Butianguin, quien partía para Viena.

Al oír esta revelación, estalla la cólera de Alejandro. Su ayudante de campo, Capo de Istria, que llega en ese momento, lo ve recorrer su gabinete a grandes pasos, con los ojos chispeantes, las orejas enrojecidas.

La explicación que inmediatamente tiene con los autores de la abominable perfidia, es corta, pero patética. Con su aire más altivo, les muestra el tratado:

—¿Conocéis este documento?

Luego, sin prestar atención a las excusas balbuceadas por los culpables, pronuncia con voz tranquila y soberana:

—Mientras estemos vivos, que nunca más se hable de esto entre nosotros... Tenemos ahora algo mejor que hacer. Pensemos solamente en nuestra alianza contra Napoleón.

\*  
\* \*

Los días siguientes son desagradables para Alejandro. En un consejo de guerra que ha presidido el 19 de abril, se ha fijado el 1.º de junio, como fecha de entrada en campaña. Las fuerzas aliadas se concentrarán en el Rin, entre Basilea y Coblenza: el ejército anglo-prusiano formará el ala derecha para atacar en dirección de Namur; el ejército austríaco formará el ala izquierda para atacar en dirección de Langres; el ejército ruso formará la reserva, a la altura de Maguncia, para intervenir ulteriormente según el giro de las operaciones.

Este papel subsidiario, que hace del ejército ruso un ejército de segunda línea, hiere profundamente el amor propio de Alejandro; pero se ve forzado a aceptarlo, pues una parte de sus tropas está escalonada del Vístula al Niemen, mientras la otra está ya de vuelta en Rusia: por mucha prisa que se den, no podrán llegar al frente de batalla antes del 1.º de julio. Así, el zar autócrata no será ya el jefe militar de la coalición.

Además, no tarda en darse cuenta de que, en sus cálculos estratégicos. Wellington, Blücher y Schwarzenberg se jactan presuntuosamente de haber "derrotado a Bonaparte", y aun de haber hecho su entrada en París, antes de que los rusos hubieran disparado un solo tiro de fusil.

Decididamente, esta nueva campaña de Francia presagia sólo hu-

millaciones y sinsabores a aquel a quien ya no llaman *der Weltbefreier*. "el libertador del mundo", "el Agamenón de los reyes".

Queriendo al menos hacer creer a Europa que conserva su prepotencia militar, no espera el final del congreso para acercarse a la zona renana; el 25 de mayo sale de Viena para dirigirse a Heilbronn, sobre el Neckar, donde fijará su cuartel general.

De pasada, está algunos días con el rey y la reina de Baviera, en el castillo de Nymfenburgo. Sus huéspedes quedan sorprendidos de su mal humor, de su pesimismo, de su nerviosidad; denigra a los ineptos Borbones, únicos responsables de su caída; no se expresa en términos más indulgentes sobre sus aliados; ve todo el porvenir bajo muy sombríos colores.

El 4 de junio llega a Heilbronn, para esperar allí a sus tropas. En la noche, como a las dos de la madrugada, no pudiendo dormir, y habiendo soltado el libro en que en vano había buscado un derivativo a su ansiosa tristeza, ve entrar al príncipe Wolkonsky, su primer ayudante de campo general, quien le anuncia que una señora, que dice ser la baronesa de Krüdener, insiste, a pesar de la singularidad de la petición a hora semejante, en que se digne recibirla. Por una coincidencia más singular aún, él pensaba precisamente en ella con un ansioso deseo de conocerla; se dijo inmediatamente: "Debe de leer en mi alma para haberme podido adivinar así..." Y ordena que sea introducida la extraña visitante.

Saldrá de su entrevista nocturna calmado como por una ayuda sobrenatural.

Mirando de cerca las cosas, se ve que el encuentro no tenía nada de fortuito. Sabiendo que las vanguardias rusas debían reunirse entre Heidelberg y Heilbronn, "la Débora del Norte" había escogido hábilmente la región del Mein y del Neckar para su descanso estival; se encontraba, pues, "en plena labor". Conocía, por otra parte, por las cartas de su fiel Roxandra, todo el detalle de la penosa crisis por que atravesaba el autócrata. Su instinto psicológico y la audacia de su charlatanismo hicieron lo demás.

Desde Heilbronn, Alejandro se dirige, algunos días más tarde, a Heidelberg, donde el emperador de Austria y el rey de Prusia acaban de instalarse.

Llama allí a la señora de Krüdener, la que se aloja cerca de él. Cada una de sus entrevistas, que empiezan a las seis de la tarde para terminar a las dos de la mañana, lo deja en el mismo estado de euforia y beatitud.

Por su iluminismo bullente y vago, por sus oráculos sibilinos, por una mórbida mezcla de sincera exaltación y de comedia romántica, la profetisa de Livonia adquiere sobre el espíritu de su neófito un irresistible ascendiente. La evolución mental que desde hacía tiempo se elaboraba en él, se ha realizado ya. El misticismo obsesionante que lo dominará hasta los últimos días de su reinado—diez años más—, ha tomado su forma integral y definitiva en los conciliábulos de Heidelberg.

## CAPITULO DECIMOQUINTO

Al saber la noticia de Waterloo, Alejandro se precipita hacia París con una simple sotnia de cosacos por toda escolta.—Al llegar, el 10 de julio, sabe que Wellington y Blücher, por su propia autoridad, han restablecido el trono de los Borbones.—Se instala en el palacio del Eliseo, en el que Luis XVIII, convertido a mejores sentimientos, viene a hacerle una cortés visita.—Segunda intención del zar, que sueña ya con una alianza franco-rusa.—Negociaciones de paz.—Locas exigencias de Prusia; el desmembramiento de Francia: “Una obra maestra de destrucción”.—Luis XVIII hace un llamado al zar: “En la amargura de mi corazón, recorro a Vuestra Majestad”.—Magnánima conducta de Alejandro que se hace conceder, en retorno y secretamente, la exoneración de Talleyrand; escena de alta comedia.—El duque de Recheleu, antiguo gobernador de la Nueva Rusia, amigo del zar, llega a ser presidente del Consejo y ministro de Relaciones Exteriores; Francia no será desmembrada.—Mientras los diplomáticos redactan “el segundo tratado de París”, Alejandro da la última mano a una concepción política que lo obsesiona desde hace largo tiempo: la Santa Alianza.—Insignificante papel de la señora de Krüdener en la génesis de este pacto.—Su ridícula intimidad con Alejandro; las veladas del hotel Montchenu: “las brujerías celestiales”.—Inquietud que la Santa Alianza despierta entre los soberanos coaligados.—Opinión de Metternich: “¡Una Nada muy bulliciosa!”—Siempre lleno de contrastes, el zar siente la necesidad de exhibir su potencia militar en el preciso momento en que pregona su amor por la paz.—Teatral revista del ejército ruso en la llanura de Vertus, cerca de Châlons: 180,000 hombres; recuerdo de Atila; último triunfo de la señora de Krüdener.—El 18 de septiembre, Alejandro sale de París para volver a sus estados: “¡Héme aquí, por fin, fuera de ese maldito París!”—Cansancio físico; alteración del carácter; depresión moral; síntomas inquietantes.

El 21 de junio, los tres soberanos aliados reciben en Heidelberg, la noticia de Waterloo. Ahora, Napoleón está irremediablemente perdido; es el fin de su prodigioso destino.

Alejandro quiere volar inmediatamente hacia París. Pero, ¿qué hacer sin ejército? . . . El 4.º cuerpo ruso, que ha marchado a la cabeza de todas las columnas, y que por lo demás, está "agotado, medio muerto, y con la lengua afuera", no podrá franquear el Rin en Mannheim antes de siete u ocho días. Y no podrá llegar al Marne antes del 12 de julio. . . De aquí a esa fecha, ciertamente, los ingleses y los prusianos estarán en París. . .

El 25 de junio, el zar pierde la paciencia, deja a la señora de Krüdener y a sus dos compañeros coronados, y se pone en camino con sólo una *sotnia* de cosacos por toda escolta. La empresa es audaz y hace honor a su valor, pues sin otra protección que un centenar de cosacos, en una región en que los aliados no mandan todavía, y donde el patriotismo está sobreexcitado, franquea ochenta leguas. Cuando llega a París, el 10 de julio, sabe que Wellington y Blücher, confiados en su brillante victoria, y considerándose los amos del momento, han restablecido, por su sola autoridad, el trono de Luis XVIII, quien ha vuelto la víspera a la capital. No ha sido solamente en el desarrollo de las operaciones militares donde Alejandro no ha desempeñado ningún papel: también en el terreno de la política—y de la más alta política—, sus aliados lo han aventajado.

\*  
\* \*

Después de semejante comienzo, no es raro que tomé aversión a París.

En esta ocasión, se guarda de alojarse en el hotel de la calle Saint-Florentin, donde el aborrecible Talleyrand; escoge por morada el palacio del Eliseo, en torno del cual muchos terrenos baldíos y jardines particulares mantenían entonces una atmósfera de soledad.

Apenas instalado, recibe, con gran sorpresa suya, la visita de Luis XVIII. Diligencia tanto más significativa, cuanto que las palabras y los ademanes del visitante no recuerdan en nada su estilo hiriente de Compiègne; su entrevista se prolonga dos horas. Y es que, en sus primeras relaciones con Blücher y Wellington, el viejo rey, sagaz diplomático, se ha dado cuenta de que el apoyo del zar le es indispensable para resistir a las locas codicias que se atreven a enunciar los vencedores de Waterloo. Alejandro, que se considera como dejado de lado, o aun traicionado por sus aliados, entra en el acto en el juego que le ofrecen. La reconciliación de ambos monarcas es inmediata.

Desde ese día, el Romanoff se veda toda censura o burla con respecto de los Borbones. Va más allá: se desembaraza cortésmente del duque de Orleans, que siempre se creía particularmente estimado

por el más liberal de los potentados. Las Napoleónidas, con las cuales se había mostrado antaño tan compasivo, no obtienen de él mejor acogida. Y la reina Hortensia, que procura sin dignidad alguna reconquistar a su delicioso adorador de Malmaison, sabe por los días que las puertas del Eliseo no se abrirán ante ella. Pronto, la repudiará tan abiertamente que, por una orden del general prusiano Müffling, gobernador de París, será expulsada de Francia. Pero el resultado más importante de las consideraciones que así demuestra al gobierno de la Restauración, es el de hacer creer a todos que cubrirá con su autoridad los furiosos excesos del Terror Blanco. Si siempre considera a los Borbones como "incorregibles", no lo deja ver.

Una idea, que no confiesa todavía, nos explica quizá por qué no ha graduado mejor su conversión, y por qué su arte de los matices no le ha sugerido algunas transiciones y miramientos. Esta idea le ha sido sugerida en Viena por un ayudante de campo de su hermano el gran duque Constantino, por el heredero de una ilustre familia griega, el príncipe Alejandro Ypsilanti, coronel de los guardias-caballeros: es nada menos que la liberación de Grecia, el protectorado de los cristianos orientales, el sueño abandonado de Pedro el Grande y de Catalina la Grande, el espejismo bizantino. Desde que ha tenido que renunciar a una parte de su sueño polaco, la imaginación de Alejandro siente el atractivo magnético de Constantinopla. Pero, cuando llegue la hora de esta gloriosa empresa, tendrá necesidad de Francia para contener a Europa. Desde el mes de julio de 1815, parece prever lo que declarará, seis años más tarde, al conde de la Ferronnays, embajador de Luis XVIII: "Francia y Rusia deben ser aliadas".

\*  
\* \*

Mientras tanto, una conferencia de paz se ha abierto en París, el 12 de julio; en ella se encuentran casi todos los negociadores de Viena: Metternich, Razumowsky, Nesselrode, Wellington, Castlereagh, Hardenberg, Humboldt, Talleyrand, etc.

Para el plenipotenciario de Luis XVIII, la tarea es ruda: si Austria e Inglaterra afectan en sus exigencias una moderación relativa, Prusia, hablando por sí misma e instituyéndose de oficio la abogada de las cortes germánicas, descubre un feroz apetito de odio, de represalias, de expoliación; quiere desmembrar a Francia, arrebatárle Flandes, Hainaut, las Ardenas, Saboya, Alsacia, Lorena, el Franco Condado, Borgoña, una parte del Delfinado. Así, París y el corazón del reino quedan a descubierto; es el fin de la unidad francesa, "una obra maestra de destrucción", según Pozzo di Borgo.

Aunque considerablemente reducidas por Inglaterra y Austria, las reivindicaciones prusianas son todavía extravagantes. Wellington, Castlereagh, Metternich, Razumowsky y Nesselrode, se estrellan con-

tra la testarudez fanática de Hardenberg y de Humboldt que, el 20 de septiembre, obtienen el envío de un ultimátum al gobierno francés. Ante esta injuriosa intimación, Talleyrand exclama:

—¡No firmaré esto! ¡no habría ni Francia ni rey!

Como último recurso, Luis XVIII invoca a Alejandro, quien, cortésmente, sutilmente, se esquila. El impalpable Romanoff sobresale en el arte de sustraerse a los asuntos molestos, de sepultarlos bajo respuestas vagas, o, como dice su hermana Catalina, en "el arte de echar tierra a las cosas". Entonces, en la forma más imprevista, el drama se vuelve comedia. Y Pozzo di Borgo, flexible, ágil, diestro como un Crispín o un Figaro, será quien dirija el juego. Explica al rey que, para obtener una intervención decisiva del zar, debe darle un testimonio solemne o aun una prenda ostensible de sus disposiciones presentes o futuras respecto de Rusia; el testimonio sería una carta autógrafa del soberano; la prenda, la exoneración de Talleyrand. Con esta doble manifestación de su voluntad suprema, Luis XVIII se aseguraría la generosa amistad del autócrata.

Cada vez que se ha tratado de su trono o de su dignidad, Luis XVIII ha tenido siempre la pluma tan elegante como fácil y áлива. Escribe, pues, al zar: "En la amargura de mi corazón, recorro a Vuestra Majestad... ¿Podría haber presumido que se me propondrían condiciones que unen la ruina al deshonor? No, Sire, no puedo aún convencerme de que vuestra opinión sea irrevocable... Si así no fuera, si tuviera la desgracia de alucinarme, si Francia no pudiera esperar la revocación de la sentencia que tiene por objeto degradarla, entonces yo rehusaría ser el instrumento de su pérdida y bajaría del trono antes que condescender a empañar su antiguo esplendor... Vuestra Majestad reconocerá en esta confesión, que se funda sobre una resolución inevitable, la profundidad de mi dolor".

En cuanto a la exoneración de Talleyrand, Luis XVIII no siente ninguna molestia, ningún escrúpulo. A pesar de los servicios que de él ha recibido en Viena, no le perdona el haberse impuesto en los consejos de 1814 y de 1815, el haber introducido al innoble Fouché, el infligir a la corte de Francia el vergonzoso espectáculo de un antiguo obispo casado; le perdona quizá menos el sentirse indispensable, el jactarse siempre de tener a la autoridad real bajo su tutela, como un alcalde de palacio en los últimos tiempos de los Merovingios.

Para desembarazarse de este molesto y escandaloso personaje el rey no lo abruma con su cólera y con su desprecio, como lo hacía Napoleón; insidiosamente lo lleva a quejarse de su pesada tarea, a solicitar un apoyo activo de la corona, ante las Cámaras y ante los aliados: "A falta de lo cual, los ministros podrían encontrarse en la penosa necesidad de entregar sus carteras".

Ante esta amenaza velada, silencio del rey, cuyas miradas permanecen fijas en el techo. Cuando baja los ojos, dice con aire indiferente:

—Pues bien, si el gabinete me presenta su dimisión, nombraré nuevos ministros.

Nuevo silencio, que Talleyrand interrumpe con estas palabras: —¿Entonces Vuestra Majestad acepta nuestras dimisiones?

Tercer silencio; Talleyrand, herido en lo vivo, lo comprende todo; se levanta, saluda y sale.

Al día siguiente, 24 de septiembre, a una nueva indicación de Pozzo di Borgo, emisario de Alejandro, Luis XVIII llama a la presidencia del Consejo y a Relaciones Exteriores al hombre que, por la dignidad de su vida, por la nobleza de su carácter, por los variados recursos de su inteligencia, podría suplir con ventaja a Talleyrand: el duque de Richelieu.

El heredero de este ilustre nombre había salido de Francia veinticinco años antes; pero había realizado en Rusia una obra admirable: "Ingarteniente de Su Majestad el Emperador en las tres provincias de Quersón, Ekaterinoslaw y Táuride", fundador y gobernador de Odessa, había transformado, civilizado y enriquecido todo ese inmenso territorio por la superioridad de sus métodos colonizadores. En este proconsulado, de donde salió sin fortuna, había adquirido al menos una sólida experiencia de los grandes negocios. Además, Alejandro le demostraba una confiada amistad.

Al saber el nombramiento de su sucesor, Talleyrand no puede retener esta humorada, en la que se adivina el despecho:

—La elección del señor duque de Richelieu es excelente; es el hombre de Francia que mejor conoce... Crimea.

Más tarde, para ocultar su contratiempo, presentará públicamente su retiro como un acto de su propia voluntad, una rebelión de su patriotismo: "No quise suscribir las condiciones humillantes exigidas por los aliados... El emperador Alejandro necesitaba una víctima fácil de enañar; yo no podía serlo; yo quería ser únicamente el Ministro de Francia".

Los trabajos de la diplomacia, interrumpidos algunos días por la crisis ministerial, empiezan nuevamente. Richelieu, secundado por Razomowsky y Nesselrode, activa las negociaciones; el zar tiene prisa en volver a sus estados. Además, ahora todas las dificultades están allanadas: Alejandro ha pronunciado con tono perentorio su palabra de árbitro. Un general prusiano se atreve a decir delante de él:

—Para hacer prevalecer nuestras justas demandas, tenemos nuestras bayonetas.

El autócrata se levanta furioso:

—¡Yo también tengo bayonetas!

Y sale golpeando la puerta.

El acta final, que será el tratado del 20 de noviembre de 1815, impone a Francia dolorosos sacrificios: sus fronteras defensivas del Norte y del Este, se ven dislocadas por la pérdida de Philippeville, de Marienburgo, de Sarrelouis, por el desmantelamiento de Huningue, por la cesión de Saboya; pagará además una indemnización de 700

millones de francos, y soportará a costa suya, durante cinco años a lo más, una ocupación de 150,000 hombres, como prenda por el pago de la indemnización y como garantía contra el peligro de una revolución. Sin embargo, gracias a la intervención del zar, existe todavía una Francia.

\*  
\* \*

Mientras los diplomáticos redactan sus protocolos definitivos, Alejandro da la última mano a la realización de un pensamiento político y trascendental que lo obsesiona desde hace largo tiempo—la Santa Alianza—, una constitución común a todos los gobiernos para asegurar la paz del mundo y la felicidad de los pueblos bajo la égida cristiana. Volverá a ser, como en 1813 y 1814, "el salvador de Europa".

La concepción inicial parece haberse cristalizado en él, nueve o diez meses antes, cuando en el congreso de Viena experimenta sus primeros sinsabores. Durante el transcurso del mes de diciembre, había reflexionado lo bastante para invitar a sus aliados a concertarse sobre un pacto general que sometería, en adelante, todas las máximas de estado a los principios del Evangelio, y que salvaguardaría la lealtad de las relaciones internacionales mediante sanciones universales.

El proyecto, al caer en medio de las polémicas, de las intrigas y de las fiestas vienesas, no había fijado la atención de nadie. Luego después, el ravo del 7 de marzo, el retorno del Aguila, había concentrado el espíritu de los aliados en los problemas de interés más inmediato.

Pero, antes de partir para Heilbronn, Alejandro se había preocupado de consignar las grandes líneas de su programa, en una instrucción para sus ministros en el extranjero. La idea principal era la misma con que los utopistas de Ginebra debían encapricharse tan ingenuamente un siglo después: "En medio de la gran familia europea, el estado que se hace agresor, es considerado *ipso facto* como que ha declarado la guerra a todos los demás".

Desde su llegada a París había resuelto volver a preocuparse del asunto.

Para mantenerlo y estimularlo en su proyecto, tiene a su lado a una entusiasta celadora, la señora de Krüdener.

Se aloja en un hotel vecino al Eliseo, en el hotel Montchenu. Y, como su intimidad con el zar es notoria, como posee además el gusto por la notoriedad y la *mise en scène*, siempre hay una enormidad de personas en su casa. Entre otras, Madame de Stael, Madame Recamier, Adrienne de Montmorency, Benjamín Constant, Chateaubriand, la duquesa de Duras, el historiador de las *Cruzadas*, Michaud, el moralista humanitario, Degérando, en fin, el célebre abogado, Bergasse, "el hombre más elocuente de Francia", que antaño flageló tan

rudamente a Beaumarchais y al que seducen ahora los arcanos del mundo invisible.

Benjamín Constant, que lleva en el corazón la herida sangrante de su pasión por la divina Julieta, se muestra uno de los visitantes más asiduos. En largos coloquios, confiesa a la pitonisa los disgustos, las miserias, todo el incurable hastío de su vida tempestuosa y devastada. Para devolverle la paz y purificarle el alma, lo exhorta verbosamente a la oración, a la humildad, al arrepentimiento, al perdón. Y el gran ironista se deshace en lágrimas ante ella, murmurando: "¡Ouisiera creer!... ¡Trato de orar!..." Chateaubriand no permanece mucho tiempo bajo el encanto de la Velleda de Livonia y, en *Las Memorias de Ultratumba*, le consagra este amable recuerdo: "La baronesa de Krüdener había caído del romance al misticismo. Alojaba en un hotel del arrabal Saint-Honoré: el jardín de este hotel se extendía hasta los Campos Elíseos. El emperador Alejandro llegaba de incógnito por una puerta del jardín, y las conversaciones político-religiosas terminaban en fervientes oraciones. La señora de Krüdener me había invitado a una de estas brujerías celestiales. Yo, el hombre de todas las quimeras, siento odio por la sinrazón, horror por lo nebuloso y desprecio por las truhanerías. La escena me aburrí: mientras más quería rezar, más sentía la sequedad de mi alma. No encontraba nada que decir a Dios, y el diablo me incitaba a reír".

Corrientemente, se ha atribuido a la señora de Krüdener la génesis de la Santa Alianza, y ella ha hecho todo lo posible para acreditar esta leyenda. Pero ya hemos visto que el programa estaba fijado en el espíritu del zar varios meses antes que conociera a la baronesa. Si tuvo colaboradores en su generosa utopía, fueron quizá sus confidentes místicos de la hora primera, el príncipe Galitzyn y Kocheleff: no ciertamente su Egeria apocalíptica, cuyo único papel fué aplaudir locamente la sublime idea, magnificar al autor y cantar el *hossanna*. He aquí, por otra parte, la clase de aprobaciones o consejos que recibía de ella: "Si no fuéis el elegido de Dios, el objeto de Su predilección, el hijo de Su corazón y de Su elección, no os habría escogido para la misión de ser el vencedor del Dragón y el conductor de los pueblos... Debéis vaciaros de la vida de Adán para llenaros de la vida de Cristo, a fin de que el cuerpo de la Resurrección pueda formarse en vos y que el adorable Salvador se levante en vos como un sol... Se acercan los tiempos en que la Iglesia del Redentor saldrá joven y victoriosa, adornada por su divino esposo; y Alejandro el Bendito ve ya los dichosos frutos de esta Santa Alianza que, por su intermedio, es la obra del Eterno..."

Esta jerga mística resume la contribución de la señora de Krüdener a la génesis de la Santa Alianza.

Más nos interesa conocer el pensamiento de Alejandro; lo ha formulado claramente: "Por medio de esta alianza fraternal y cristiana, he tratado de aplicar a las relaciones civiles y políticas de los estados, los principios de paz, de concordia y de amor, frutos de la

religión cristiana. Mi exclusivo fin es unir todos los intereses morales de los pueblos que la Divina Providencia ha reunido bajo el estandarte de la Cruz".

El 26 de septiembre, fué firmado en nombre de la "Santísima e Indivisible Trinidad", el pacto de la Santa Alianza.

¿Cómo fué acogido por aquéllos que también tenían algún título para declararse "vencedores del Dragón"?

Federico Guillermo, que no manejaba con facilidad el vocabulario místico, se ha limitado a esta apreciación poco comprometedora: "Si Dios bendice nuestras ideas, podremos, en el porvenir, glorificar al Señor ante el Universo entero".

El príncipe regente de Inglaterra, el futuro Jorge IV, reconoce dignamente la noble inspiración del pacto. Sin embargo, rehusa consentir en él, "porque ha sido finiquitado por los soberanos directamente, en tanto que la constitución británica exige que los tratados sean obra de los ministros responsables". Pero cuando Castlereagh y Wellington hablan sin testigos, declaran francamente que sólo ven en la Santa Alianza una ideología hueca, "en la que lo sublime disputa con lo absurdo".

El venerable Pío VII rehusará también su firma, pues la Iglesia Católica no admite la doctrina de un cristianismo supra-confesional, principio mismo del pacto. Pero de todos los hombres de estado contemporáneos, el que ha dado un juicio más exacto de la Santa Alianza y que, a la primera mirada, apreció mejor su valor, fué Metternich: "No tuve necesidad de un examen muy profundo para reconocer que este escrito no tenía otro significado que el de una aspiración filantrópica, disfrazada bajo el manto de la religión... Aun en la mente del autor, la Santa Alianza no debía ser sino una manifestación moral, en tanto que para los otros firmantes del acta no tenía ni siquiera este significado; por consiguiente, no merece ninguna de las interpretaciones que el espíritu de partido le ha dado después. La prueba de lo que adelanto, se encuentra en el hecho de que ulteriormente nunca ha sido mencionada en los gabinetes... La Santa Alianza no ha sido celebrada para restringir los derechos de los pueblos, ni para fundar el absolutismo bajo una forma cualquiera; fué solamente la expresión de los sentimientos místicos del emperador Alejandro y la aplicación de los principios del cristianismo a la política..." En la intimidad, dirá más brevemente: "¿Qué es la Santa Alianza? Una gran Nada muy bulliciosa". No sabía entonces que pronto haría de esta "gran Nada", el principio y el instrumento de toda la política austriaca, volviendo al mecanismo del pacto contra la política rusa.

\*  
\* \*

La mentalidad de Alejandro siempre estuvo llena de contrastes y paradojas. Mientras se ingenia en fundar la paz del mundo sobre

las bases inquebrantables de la moral cristiana, organiza un gran espectáculo de sus fuerzas militares; pues soporta con impaciencia la esplendorosa gloria que Wellington y Blücher han adquirido en Waterloo; se indigna de que traten de desconocer o empequeñecer la parte inicial y preponderante que él tiene en la caída de Napoleón; quiere finalmente recordar que el ejército ruso está todavía ahí, siempre pronto a desempeñar su papel, un papel capital, en los destinos presentes y futuros de Europa. Escoge, para esta manifestación, la llanura de Vertus, entre Chalons y Montmirail, el sitio de los "Campos Cataláunicos", donde el general romano Aecio detuvo, en 451, la invasión de Atila.

136 batallones y 168 escuadrones, o sea, más de 180,000 hombres, se encuentran reunidos, el 11 de septiembre, con 600 cañones.

El zar los revista, acompañado por el emperador de Austria, el rey de Prusia, el duque de Wellington, el príncipe de Schwarzenberg y una multitud de generales pertenecientes a los cuatro ejércitos aliados.

Al día siguiente, que es el día de San Alejandro, las tropas son reunidas nuevamente para asistir a un oficio religioso de gran aparato.

Sobre unos montículos, se levantan siete altares. Alrededor de uno de ellos, que domina a los otros, están agrupados los soberanos y sus estados mayores. Desde la llanura donde antaño fueron vencidas las hordas de Atila, sube hacia Dios una inmensa oración, en agradecimiento por haber puesto término a las desdichas de Europa.

La señora de Krüdener ocupa un sitio de honor entre los asistentes privilegiados. Es para ella un día de emociones inefables, un día de apoteosis, del que dirá más tarde, en su jerga bíblica: "Veía a la cabeza del ejército, al hombre de los grandes destinos, preparado antes de los siglos y por siglos. El Eterno había llamado a Alejandro y, dócilmente, Alejandro había acudido a la voz del Eterno..."

Más emocionado, sin duda alguna, que la profetisa, Alejandro dirá simplemente: "Este ha sido el día más hermoso de mi vida; nunca lo olvidaré. Mi corazón rebosaba de amor para con mis enemigos. Oré con fervor por todos ellos. Y, llorando al pie de la Cruz, pedí la salvación de Francia".

Quando los dos amigos se encuentran en París, su primera acción es releer, en éxtasis común, el salmo que los popes y los sochantres del ejército ruso habían entonado durante la misa.

\*  
\* \*

El 28 de septiembre, Alejandro parte para Bruselas con la intención de volver a Rusia pasando por Dijón, Basilea, Constanza, Zurich, Nuremberg, Weimar, Berlín y Varsovia. Este largo y caprichoso itinerario, que no le permite llegar a San Petersburgo antes de

mediados de diciembre, nos demuestra que no tiene mucha prisa en ver su capital. No; pero ya no soportaba la permanencia en París.

No bien ha puesto el pie en Bruselas, exhala un gran suspiro de alivio, y escribe a su querida Catalina: "¡Heme aquí por fin fuera de ese maldito París!..."

Los setenta días que acaba de pasar allí, le han sido a menudo odiosos. Ha sufrido de mil maneras; no ha encontrado ninguno de los éxitos halagadores con que se había embriagado en 1814. En los salones parisienses, el hombre de moda ya no era él: era el vencedor de Waterloo, el altivo y flemático Wellington, el *Iron Duke*. Evidentemente, las consideraciones que le ha testimoniado Luis XVIII no lo han dejado indiferente; pero ha conservado toda su antipatía a los Borbones, y si ha defendido la causa francesa contra los aliados, es únicamente porque puede tener necesidad de Francia un día u otro para sus proyectos orientales. No ha cambiado tampoco de opinión sobre el pueblo francés, al que juzga sin honor, sin lealtad, sin principios, incurablemente vicioso, versátil y corrompido, a pesar de los brillantes aspectos de su inteligencia y el prestigio de su pasado. En cuanto a sus aliados, le han repugnado por su bajo espíritu de venganza, por el cinismo de sus ambiciones, y su avidez para repletarse a expensas del vencido. Sólo ha conocido bienestar en las horas en que se absorbía en Dios: "Sólo he encontrado apaciguamiento para mis preocupaciones, en esas sublimes condiciones que fluyen del Ser Supremo"—escribía a Catalina.

Su propensión a criticarlo todo, a recriminar contra todo, sus enojos, sus cóleras, afectaban a menudo a las personas que lo rodeaban y que sufrían la reacción consiguiente. Los menores olvidos en el servicio habían suscitado en él arrebatos de los que nunca había dado muestras antes. Tuvo siempre prontas la injuria y la invectiva; llegó hasta la amenaza violenta, como antaño lo hiciera Pablo I en sus peores días; y su primer ayudante de campo general, su jefe de estado mayor, su amigo de la infancia, el príncipe Walkonsky, no habiendo podido encontrar un papel que Alejandro tenía precisamente en sus manos, había merecido este apóstrofe siniestro: "¡Te enviaré a un lugar cuyo nombre buscarás en vano en tus mapas!..."

Corrientemente, una vez sus nervios tranquilos, lo invadía la tristeza; una tristeza amarga, ociosa y taciturna. Para huir de sí mismo y huir de los demás, hacía entonces largos paseos a pie o a caballo. Además, desde su regreso a París, no había sido visto en los salones. Había dedicado la mayor parte de sus veladas a la señora de Krüdener. Habíase permitido, sin embargo, sin embargo, dos o tres caprichos galantes, pero sin importancia ni continuidad, quizá aun sin placer.

Nació el 23 de diciembre de 1777; tiene, pues, treinta y ocho años; pero aparenta mucho más, tal vez, cincuenta. Todo el exterior de su persona revela el cansancio precoz: cabellos escasos y entrecanos, piel seca y flácida, sienes arrugadas. Su cuerpo, antaño tan derecho, lo que le permitía adoptar hermosas actitudes, está ligeramente en-

corvado; la anquilosis de su pierna herida hace su andar vacilante; su sordera y su miopía se han acentuado, lo que le da un aire poco seguro, cohibido, por lo que teme que se aprovechen de ello para engañarlo o mofarse de él.

El comercio de las mujeres le es todavía indispensable; pero les exige mucho menos; sus galanterías, de las que el atractivo voluptuoso nunca está excluido, se hacen cada días más idealistas y sentimentales. Sobre este punto delicado, una carta de la margrave de Baden a su hija Isabel Alejievna, es significativa; la suegra se pregunta si su imperial yerno "es todavía capaz de experimentar impulsos sexuales", *wenn er noch Geschlechtstriebe fühlt*.

Cuando, el 15 de diciembre, vuelve a San Petersburgo, después de una ausencia de quince meses, no es ya el mismo hombre; está en una pendiente peligrosa.

## CAPITULO DECIMOSEXTO

El 15 de diciembre de 1815, regreso de Alejandro a San Petersburgo. Decepción del patriotismo ruso; descontento general; angustia económica y financiera.—Durante las prolongadas ausencias del zar, la incuria y la prevaricación administrativas se han desarrollado enormemente.—La cuestión polaca; el nuevo reino.—Alejandro en Varsovia.—Desilusión de los polacos; el príncipe Chartoryski relegado a una función de aparato.—Situación prominente del gran duque Constantino Pavlovich: objeto de repugnancia y de terror.—El zar, en la reorganización interior del imperio, desautorizando todo su liberalismo de otras veces, da plenos poderes al general Arakcheieff: despotismo y crueldad.—La institución de las colonias militares: régimen de cuartel y de presidio; motines rurales: “Métodos que hacen temblar”.—Alejandro se entrega cada vez más a la devoción mística.—Sus conciliábulos con el príncipe Galitzyn: “Mi único recurso es el Señor...” La señora de Krüdener, dejada a un lado, es reemplazada por una profetisa más ortodoxa, Catalina Tatarinoff.—Tristeza y disgusto; nostalgia de las emociones violentas; el prisionero de Santa Elena. — Una distracción oportuna; el congreso de Aquisgrán, en octubre de 1818.— Evacuación del territorio francés por las tropas aliadas; Francia participará ahora en los consejos de Europa.—Galanterías y frivolidades como en los dichosos tiempos de Viena.—Metternich y la señora de Lieven.—El zar vuelve a San Petersburgo el 3 de enero de 1819, después de un largo viaje.—Muerte de la gran duquesa Catalina Pavlovna; dolor de Alejandro, que se torna en pesimismo y melancolía.—Ruptura con Madame Naryschkina; viajes interminables.—El progreso de la “fiebre jacobina” en Europa, el asesinato del duque de Berry, las revoluciones de España e Italia obligan a las potencias a celebrar un nuevo congreso en Troppau, en el otoño de 1820.—Política intervencionista de Metternich; oposición de Inglaterra.—Alejandro, a quien repugna el papel de “gendarme de los Pueblos”, queiría que se reconociese al menos “el principio de las instituciones libres”.—El 9 de noviembre, se sabe en Troppau que un

regimiento de la guardia rusa, el Semenowsky, se ha amotinado en San Petersburgo.—Espantoso furor de Alejandro: "¡La revolución se instala en mi casa!"—Adhiere inmediatamente a todo el programa de Metternich.—Traslado del congreso a Laybach, el 27 de diciembre.—En su furor reaccionario, Alejandro desautoriza a uno de sus ayudantes de campo, el príncipe Ypsilanti, que trataba de sublevar los pueblos cristianos de los Balcanes: la causa del helenismo es públicamente renegada por la Santa Rusia Ortodoxa.

La acogida que recibe en su capital no es como para reanimarlo. Los tratados de Viena y de París habían decepcionado profundamente a Rusia; no se estimaba recompensada por el heroico esfuerzo que, después de haberla estrujado, la dejaba adolorida de todos sus miembros, diezmada en su población y arruinada por largo tiempo.

Desde hacia diez años, los rusos, ya como adversarios, ya como aliados de Napoleón, se habían batido casi sin tregua y sin descanso, contra los franceses, los austríacos, los prusianos, los suecos y los turcos; estaban agotados.

Se agregaba a los gastos de guerra, a los perjuicios de la invasión, a las obligaciones del bloqueo continental, una serie de epidemias y de hambrunas que habían agotado el tesoro del imperio y descompuesto el mecanismo de la vida económica. Reinaba en todas partes una negra miseria.

La administración interior no presentaba mejor aspecto. De octubre de 1812 a diciembre de 1815, en el lapso de treinta y ocho meses, el zar había pasado treinta y cinco meses lejos de sus estados. En un país de una extensión gigantesca, donde la decisión personal del monarca resumía todo el gobierno, es fácil figurarse el estado de la gestión de los intereses públicos cuando el amo no estaba allí. Se necesitaba el genio organizador de Napoleón, su extraordinario poder de trabajo y su infalible memoria para poder, desde Berlín, Viena, Madrid, Moscú, gobernar todos los engranajes de su imperio tan vigorosamente como si no hubiera salido de las Tullerías.

En el curso de esos tres últimos años, el desorden, la ilegalidad, la incuria, la prevaricación, todos los abusos de un poder sin control y sin límites, se habían multiplicado locamente. Por la fuerza de las cosas, la irritación general se concentraba sobre el autócrata. De allí procedía la frialdad que el pueblo ruso había manifestado a la vuelta de Alejandro el Bendito.

Una gran obra de justicia, de represión y de limpieza se imponía, por lo tanto, al zar. La comprendía, reconocía su urgencia; pero calculaba también todas sus dificultades, a cuál de ellas más ingrata, lo que agravaba su depresión moral.

此  
處

Entre todos los cargos que mantenían el descontento público, el que menos le perdonaban al nieto de Catalina la Grande, era la reconstitución del reino polaco.

Olvidando todas las ventajas territoriales que Rusia había logrado durante el período napoleónico, es decir, Finlandia, el ducado de Varsovia, Besarabia, los distritos de Tarnopol y de Bialystok, Georgia, Imerethie, Daghestán, o sea doce millones de nuevos súbditos, se afirmaba que las adquisiciones obtenidas en el Congreso de Viena por Austria y Prusia, habían tenido, para el imperio de los zares, una sola compensación: la resurrección de su enemigo hereditario, Polonia.

Pero, ¿recibe, sin duda, Alejandro de parte de los polacos un tributo de gratitud?—No.

En su camino de regreso de París a San Petersburgo, se había detenido largo tiempo en Varsovia, para proceder a la instalación oficial del reino que acababa de crear.

Lo habían acogido con fiestas espléndidas a las cuales contestó con una ola de liberalidades, de favores y de amabilidades. Pero no había tardado en darse cuenta de que, a sus espaldas, era atacado violentamente en todas las clases. ¿Por qué no había restituido a Polonia su integridad primera, como antes del crimen de los tres repartos? ¿Por qué Galitzia permanecía bajo el cetro de los Habsburgo, Posnania bajo el cetro de los Hohenzollern, Lituania, Podolia y Volhinia bajo el cetro de los Romanoff? . . . Luego, cuando se habían permitido interrogarlo sobre las futuras relaciones que unirían a Polonia y Rusia, habían obtenido de él vagas palabras. También había esquivado toda explicación sobre el régimen constitucional que había prometido. . . Finalmente, había ulcerado a la aristocracia polaca nombrando virrey a un oscuro general, de modesta nobleza, el general Zaionczek. El más ofendido y el más extrañado de este nombramiento había sido el príncipe Adán Chartoryski. ¿Por qué había descartado al amigo íntimo de su juventud, al hombre que antaño había recibido todas sus confidencias respecto de Polonia, y a quien había empleado, para estos designios, en tantas misiones secretas? Era imposible adivinarlo; no se sabe más hoy día. Que Alejandro haya querido esquivar toda entrevista sobre el particular con el príncipe Adán, esto se desprende del hecho de que publicó el nombramiento de Zaionczek en el preciso momento en que salía de Varsovia, en la noche del 27 de noviembre. Tal vez, temió no encontrar en Chartoryski un instrumento suficientemente dócil. Tal vez, lo juzgaba un personaje demasiado importante a causa de su nombre, de su fortuna, de sus alianzas. Tal vez, no le perdonaba el poco disimulo demostrado en Viena en la reanudación de su romance con la zarina

Isabel. Para disimular la desgracia inmediata que le infligia, le confirió el cargo honorífico de presidir el Senado polaco. El príncipe había devorado silenciosamente la humillación con la que veía derrumbarse todos sus sueños de grandeza. Pero, de la "santa amistad" que antaño había unido a los dos hombres, "con toda su alma", ya nada subsistía, sino un fermento de odio que se desarrollará pronto.

Con una última falta, y la más grave de todas, el monarca se había enajenado irremediamente la simpatía de sus nuevos súbditos, atribuyendo el mando supremo del ejército polaco a su hermano, el gran duque Constantino.

Este segundo hijo del zar Pablo, acusaba en forma inquietante el atavismo paterno. Su cráneo obtuso y calvo, su nariz aplastada, el brillo penetrante y hurafío de sus ojos, su tez carmesí, su ancho torso, la aspereza estridente de la voz, los ladridos de sus interjecciones, la violencia grosera de sus sobarbadadas, le daban el aspecto "de una hiena furiosa". A veces, inopinadamente, se mostraba muy amable, muy afectuoso, aun con impulsos de bondad. Por lo demás, inteligente y perspicaz. Pero el fondo de su mórbida naturaleza salía pronto a relucir: acrimonia insultante, maldad disimulada, lúbrica depravación. Lo que más le interesaba era la carrera de las armas; no concebía, sin embargo, sino su parte baja y secundaria: el formulismo automático de las maniobras y de las revistas, las consignas de cuartel, las mezquindades de la tenida y del equipo, los rigores de la disciplina, la salvaje crueldad de las palizas, el derecho feroz de castigar y de golpear a su antojo. A esto se reducía todo su militarismo; pues carecía totalmente de la virtud primordial del guerrero: el valor. La dama de honor de la emperatriz Isabel, Roxandra Studza, que lo conocía bien por haberlo visto de cerca, ha dado sobre él un juicio abrumador: "Desprovisto de todo valor físico y moral, incapaz de la menor elevación de alma, siempre se le vió esquivar el peligro. Fué así como en 1812 hizo estallar el terror que le producía el acercamiento de Napoleón, diciendo a quien quería oírsele, que era preciso solicitar la paz y obtenerla a cualquier precio..."

En el mes de mayo de 1815, mientras las tropas rusas, habiendo dado media vuelta marchaban hacia el Rin, llegó a Varsovia a tomar el mando de la guardia imperial. En dos meses había logrado hacerse aborrecer de los polacos. El 29 de julio, Chartoryski escribiría al zar: "El señor gran duque parece haber tomado odio a este país y a todo lo que en él pasa. Y este odio crece en progresión alarmane. . . La nación, el ejército, nada encuentra gracia ante sus ojos. . . Monseñor no se conforma a las leyes militares que él mismo ha confirmado. Quiere introducir las palizas entre la tropa, y las ordenó ayer, sin consideración, a las representaciones unánimes del gobierno provisional. . ."

Algunos días después, hacía apresar a un capitán, absuelto por la jurisdicción militar, y lo condenaba, *motu proprio*, a seis meses de prisión en la fortaleza de Zamosc. Otras veces, bajo el menor pretext-

to, hacía administrar en su palacio "quinientos palos" a pobres diablos que despedía después "con los cabellos y las cejas afeitados como presidiarios". El príncipe de Chartoryski tenía derecho a concluir: "El señor gran duque no parece dispuesto a tener consideraciones con nadie; quiere llevar las cosas al extremo. Un enemigo no podría per-  
judicar más a Vuestra Majestad Imperial".

\*

\* \*

Para la reorganización administrativa del imperio, Alejandro, que ha repudiado totalmente sus antiguos fervores e ilusiones liberales, siente la necesidad de una mano firme. Escoge al general Arakcheieff. No podía escoger mejor, desde su punto de vista.

El hombre es grosero, ignorante, inculto; pero tiene el sentido práctico de los negocios, el valor de las iniciativas, una enorme capacidad de trabajo, una rara probidad, una escrupulosa dedicación a los menores detalles, desprecio de los honores, y, por fin, la pasión del mando, la sed de la omnipotencia, una energía inflexible y que se complace en la crueldad.

Por una hábil mezcla de franqueza y de cortesanía, de atenciones y de rudeza, de cinismo en sus respuestas y de seguridad en su abnegación, se ha conquistado la absoluta confianza del autócrata; es quizá el único ruso que escapa a las sospechas de Alejandro. El "perro de guardia", el "bulldog", pronto será el favorito todopoderoso, el único depositario del pensamiento imperial y del poder ejecutivo. Fuera de él, ningún contacto, ninguna comunicación existirá ya entre el soberano y el país. Hasta el final del reinado—diez años más—, será una especie de viceemperador; merecerá que los historiadores bauticen con su nombre el régimen de aplastante despotismo y de violencia policíaca que va a presidir: la *Arakcheieffchina*.

Una de las obras a que consagrará mayores esfuerzos—la institución de las colonias militares—, nos muestra con qué cuidado se ingeniaba en hacerse el puntual y rígido ejecutante de las voluntades imperiales, aún cuando las desaprobaba.

La idea de la institución provenía del monarca; le pertenecía por completo; la había concebido como un pensamiento cristiano, que no incumbía en modo alguno al hurafío "bulldog".

Mejorar la condición del soldado en tiempo de paz (la duración del servicio era entonces de veinticinco años); asegurarle los beneficios de la vida patriarcal sin dejar de mantenerlo bajo las banderas; imponerle a la vez el cultivo agrícola y el ejercicio militar, en el seno de su familia, en torno de su *isba*, al lado de su iglesia; aliviar así los gastos del tesoro en el mantenimiento del ejército: la obra parecía seductora a primera vista. Pero, en su aplicación, se reveló de inmediato una quimera. Los habitantes de las regiones colonizadas protestaban desesperadamente contra la incursión de estos miles de

hombres que se establecían por la fuerza en medio de ellos. Sordo a sus recriminaciones, Arakcheieff proseguía su empresa "mediante métodos que hacían temblar".

El número de colonos militares llegó rápidamente a trescientos mil. Bajo las carreras de baquetas y los suplicios, la vida de los campesinos se convertía en un régimen de cuartel y de presidio. Los motines rurales se multiplicaban; uno de ellos, que se produjo en Chugnieff, en Ukrania, fué reprimido con tal salvajismo—más de cien ejecuciones capitales, sin contar las palizas—; que su recuerdo permanecerá legendario en el corazón de los *mujiks*.

Alejandro no por eso tenía menos fe en las virtudes bienhechoras y moralizadoras de su grandiosa idea; pues procedía de una inspiración religiosa. A uno de sus consejeros, que un día le suplicaba que se detuviera en esa deplorable obra, le había contestado:

—Estas colonias serán creadas cueste lo que cueste, aunque para conseguirlo fuese preciso cubrir de cadáveres el camino de San Petersburgo a Chudowo.

\* \* \*

En el mes de agosto de 1816, Alejandro se dirige a Moscú. Es la primera vez que vuelve después de la guerra libertadora. Un entusiasmo desbordante lo acoge a su llegada al Kremlin.

Sin embargo, se extrañan de que, en el día aniversario de Borodino, no visite el campo de batalla y no haga celebrar un servicio conmemorativo en el *Uspensky Sobor*, abstención tanto más singular cuanto que, durante su estada en Viena, no había dejado de hacerse conducir a Wagram y, más tarde, durante su detención en Bruselas, tampoco había dejado de visitar a Waterloo. Por otra parte, era notorio que no le gustaba evocar los recuerdos de la guerra patriótica.

Es que su alma se orienta ahora hacia otros horizontes; el misticismo lo posee por entero.

Una larga carta que el príncipe de Galitzyn le dirigía algún tiempo después, nos permite apreciar el trabajo exaltador, la cristalización luminosa que sentía operarse en sí: "Las cruces de 1812 han producido en vos, Sire, esta feliz preparación para que el Espíritu Divino pueda obrar por vos. La humillación que entonces soportasteis con resignación y amor, ha producido los frutos de la primera campaña en Francia. Dios sólo, como bien lo sabéis, os ha elevado hasta el pináculo de la gloria humana. Y, mientras más os elevaba, más os anonadábais en su presencia. ¡Qué grande fué vuestra fuerza espiritual!... Vino, en seguida, el Congreso de Viena, en que el enemigo, en medio de la disipación y las fiestas, sembró diestramente la cizaña en vos. Pero no por eso vuestro fondo dejaba de pertenecer a Dios. Hemos ahora llegados al tiempo en que el Señor quiere nue-

vamente reinar sobre la tierra, en que desea que los poderosos se humillen ante El, que sus corazones se abran, y que el Espíritu Santo obre en ellos..."

Alejandro le contesta en una carta de veinte páginas, llenas de citas evangélicas: "Mi único recurso es el Señor. Me abandono completamente a su dirección. El es quien trae y dirige las cosas... Como dice el Apocalipsis, no echemos a perder ni el vino ni el aceite mezclándolos con nuestra propia obra, que sería tristemente humana. He aquí mi profesión de fe; la siento en mi corazón y, desde luego, no puedo desviarme de ella sin ser infiel a Aquél a quien me he entregado por entero..."

En esta disposición de ánimo, en la que se afirmará y absorberá cada vez más, ¿qué sitio concede a su inspiradora apocalíptica de Helbronn y de París, a la Débora de Livonia, a la señora de Krüdener?—Ninguna.

La mantiene severamente alejada, y por numerosos motivos. Primero, lo aburre con su prosa ininteligible y con sus fríos sermones que huelen a calvinismo. Ella no tardará en darse cuenta: "Sire, sé que os importuno, que os ofendo, quizá. Pero, ¿debo ofender a Dios? No es preciso que le obedezca, que os confie todo lo que debéis saber? Mi conciencia estará al menos tranquila..." Y esta carta, como las demás, quedará sin respuesta.

Juzga también que ella recurre demasiado a menudo al bolsillo del que llama "su celeste banquero". Luego, un día, le comunican que las autoridades suizas han expulsado a la sibila teutónica por haberse comprometido, en Basilea, ostentando ideas socialistas. Y he aquí otro cargo más serio: el Santo Sínodo estima que las creencias y las predicaciones de esta iluminada son de mala ley; que la Iglesia Ortodoxa es la única que puede determinar el verdadero significado de las palabras divinas. El impetuoso archimandrita Focio, monje ascético y visionario, entregado a los exorcismos, que llevaba constantemente un silicio, la acusará pronto de profesar un falso cristianismo, una especie de herejía occidental, de creerse abusivamente inspirada de lo alto, y de entregarse a transportes demoníacos sin combatir los apetitos de la carne y las obras del espíritu maligno... Alejandro no tendrá, pues, ninguna relación con ella, sino para reclamar sus cartas.

Pero otra iluminada, y ésta esencialmente rusa, Catalina Tata-  
rinoff, se enseñoreará del espíritu de Alejandro.

Es la viuda de un joven oficial muerto en Borodino. Las funciones de su madre en la corte le permiten vivir en el palacio Miguel, donde fué asesinado Pablo I. En la angustia de su viudez ha fijado sus miradas en el Redentor; mantiene en su casa un cenáculo de personas piadosas, que meditan el Evangelio en común y discuten los más trascendentales problemas de la teología. Véase allí a los dos grandes amigos del zar, el príncipe de Galitzyn y Kocheleff y a los obispos y archimandritas. Las reuniones terminan en la oración, en el

ensueño. la hipnosis, la beatitud. Entonces, ante sus auditores extasiados, Catalina vierte inagotablemente el río de sus revelaciones. Fuera de la casa, la joven señora se dedica a socorrer a los miserables, vagabundos, a los *Shoptzy*, esos pobres sectarios, discípulos de Selivanoff, que se castran para librarse de los pecados carnales y asegurarse así un lugar privilegiado en el reino celestial.

Así Alejandro se hace conducir ante la profetisa: pues todo lo que de ella sabe, por Galitzyn y Kocheleff, ha atizado en su corazón las llamas del amor divino.

\*  
\* \*

Por intensas que sean las emociones religiosas del zar, se aburre. Su oficio de autócrata ya no le interesa. Fuera de las cosas divinas todo le parece monótono, insípido y fastidioso.

Viaja incesantemente; recorre su imperio en todos sentidos, con una rapidez tan vertiginosa que no alcanza a ver nada; diríase que no puede permanecer quieto. Se ausenta de la capital durante meses, lo que, como en tiempo de las guerras, obstaculiza la marcha de los asuntos públicos. En los años de 1816 y 1817, los funcionarios se agotan siguiéndolo de San Petersburgo a Moscú, Riazan, Tula, Orel, Kursk, Chernigoff, Kiew, Bobrisk, Varsovia, Mohilew, Smolensk, Witebsk, Novgorod, etc. Como decía el príncipe de Wiazemsky: "Ahora Rusia es gobernada desde el fondo de una silla de posta."

Este hastío lo persigue por todas partes, pues lo lleva consigo mismo; lo comparte, por lo demás, con un gran número de sus contemporáneos.

Desde que el astro de Napoleón se ha sumergido en el Océano, desde que Europa no se ve atronada por "el alarido de las batallas", desde que la prodigiosa fantasmagoría ha terminado, el mundo parece apagado, descolorido. El frío Metternich no puede dejar de echar de menos las inquietudes, las angustias, las fiebres, las zozobras, las sacudidas nerviosas que constantemente le hacía experimentar "el hombre infernal", y atraviesa por una crisis de melancolía romántica. Lo que impulsa a Alejandro a moverse sin cesar, a pesar del frío, a pesar de las tormentas de lluvia y de nieve, a pesar de los caminos deshechos, a pesar de las infames posadas, es la nostalgia de las incomparables emociones de que tanto disfrutó antaño y de las que se ve privado ahora.

Por un singular contraste, el hombre que más debería haber experimentado esta nostalgia, el prisionero de Santa Elena, demostraba el mismo gusto apasionado por la vida. "Nuestra situación, escribe, no deja de tener sus atractivos: El Universo nos contempla, ¡Somos los mártires de una causa inmortal! ¡Nos lloran millones de hombres: la patria suspira, la patria está de duelo! Luchamos contra la opresión de los dioses y los votos de las naciones son para nosotros. ¡Faltaba la adversidad a mi carrera!..."

\*  
\* \*

En el otoño de 1818, una preciosa distracción se ofrece al zar: los soberanos aliados han resuelto celebrar un congreso en Aquisgrán, para deliberar sobre el estado interior de Francia y concertarse sobre el mantenimiento o el retiro de las guarniciones extranjeras.

Habiendo salido de San Petersburgo a fines de agosto, Alejandro se detiene algunos días en Berlín, y llega el 28 de septiembre a la vieja ciudad en que duerme Carlomagno. La conferencia se abre dos días después. En nombre de Su Majestad muy cristiana, el duque de Richelieu pide que la monarquía de los Borbones sea desde entonces liberada de la tutela europea y que el reino recobre su plena independencia. Pide también que la cuádruple alianza sea transformada en una quintuple alianza por el acceso de Francia, la que entraría, de esa manera, en los consejos de Europa.

Sobre el primer punto, Metternich, Hardenberg y Castlereagh estiman que el retiro de las tropas extranjeras sería prematuro, "pues Francia sigue siendo un foco de jacobinismo".

Pero Alejandro apoya enérgicamente a Richelieu; y hay razón para ello: pues, poco antes, había recibido del conde de Artois, presunto heredero, una nota secreta en que le pintaba al reino como en vísperas de hundirse bajo los esfuerzos del partido revolucionario. El zar termina por triunfar: antes del 1.º de diciembre, todas las guarniciones extranjeras habrán evacuado el territorio francés.

La cuestión de reintegrar a Francia a todos los consejos de Europa, provoca graves dificultades. Disputan sobre ello durante quince días. Austria, Prusia e Inglaterra no quieren a ningún precio que "los vencidos de Waterloo" sean admitidos sin obstáculos en "el directorio de las grandes potencias".

Alejandro logra hacer prevalecer su idea, que es una ingeniosa transacción: Francia participará en adelante en las deliberaciones de las grandes potencias para el mantenimiento de la paz y la ejecución de los tratados. Pero, fuera de esta quintuple alianza, las cortes de Rusia, de Austria, de Prusia y de Inglaterra permanecerán especialmente unidas por sus tratados anteriores en el caso en que Francia amenace nuevamente el orden europeo.

En el curso de esas discusiones, el autócrata ruso ha saboreado en varias ocasiones goces orgullosos, como antaño en Viena, cuando la miradas de todos estaban puestas sobre él y cuando se daba un sentido profundo a sus menores gestos.

El secretario de Metternich, el caballero de Gentz, penetrante observador, ha anotado con su mejor estilo, la muy alta opinión que se tenía del zar entre los bastidores del congreso: "El emperador de Rusia es el único soberano que está en condiciones de realizar las más vastas empresas. Está a la cabeza del único ejército con que se puede

contar en Europa. Nada puede resistir al choque de este ejército. Ninguno de los obstáculos que detienen a los otros soberanos, existe para éste, como por ejemplo las formas constitucionales, la opinión pública, etc. Lo que decide hoy, puede ejecutarlo mañana. Se dice que es impenetrable y, sin embargo, todo el mundo se permite apreciar sus designios. Da una extraordinaria importancia a que se tenga buena opinión de él, y aprecia tal vez más una buena reputación que la gloria. Desea los epítetos de pacificador, de protector de los débiles, de regenerador de su imperio, y no el de conquistador. Un sentimiento de religiosidad, en el que nada es fingido, ocupa un gran sitio en su alma y domina todos sus otros sentimientos. Este soberano, en quien el bien y el mal están tan extrañamente mezclados, debe necesariamente despertar grandes sospechas, y sería temerario afirmar cómo procederá en tal o cual caso. El se estima el fundador de la federación europea, y querría que lo considerasen como su jefe; ve en este sistema la gloria del siglo y la salvación del mundo".

Lo que más debe de haber evocado al zar los dichosos tiempos de Viena, en el congreso de Aquisgrán, es el sitio ocupado por las distracciones galantes. Muchas hermosas damas han venido de Rusia, de Austria y de Inglaterra para alegrar un poco la vida en la vieja ciudad carlovingia. Es notorio, sobre todo, el *flirt* de Metternich con la embajadora rusa en Londres, la condesa y futura princesa de Lieven.

En esa época, la señora de Lieven es una mujer de treinta y dos años, de cuerpo delgado y rostro anguloso; pero la mirada acerada de sus ojos felinos, el timbre cálido de su voz, la elegancia de sus contornos, la altiva independencia de sus maneras, la vivacidad mordaz de su ingenio, la hacen sumamente codiciable. No es dichosa, pues el hastío la devora hasta en la compañía de sus mejores amigos, hasta entre los brazos de sus amantes.

En una excursión a los baños de Spa, Metternich ha logrado conquistarla, y, más aun, distraerla.

En el intervalo de sus rendez-vous, el príncipe-canciller trata, con loable celo, de reforzar los principios de la religión y de la familia en Europa, de defender el depósito de moralidad de que la divina Providencia ha investido a los soberanos, y de salvar a los pueblos de sus propios errores.

Una vez terminado el congreso, Alejandro se dirige a Francia para pasar revista a las tropas rusas de guarnición en Sedán, Maaubeuge y Valenciennes; en seguida, bruscamente, decide alcanzar hasta París para conferenciar con Luis XVIII.

Llega el 28 de octubre a las tres de la tarde; es recibido inmediatamente por el rey, quien lo invita a comer; parte la misma noche para Aquisgrán. Después de esta corta entrevista, ambos monarcas se separan muy contentos el uno del otro.

\*  
\* \*

Como siempre, Alejandro no demuestra impaciencia por volver a sus estados; pues se traza el siguiente itinerario: Bruselas, Carlsruhe, Stuttgart, Weimar, Viena, Olmütz, Teschen, Landshut, Zamosé, Bret-Litowsk, Witebsk, Novgorod; llega a Zarskoie-Selo el 3 de enero de 1819.

Algunos días después, recibe la noticia de la muerte de su querida hermana Catalina, reina ahora de Wurtemberg, que ha sido víctima de una gripe infecciosa: experimenta un cruel dolor, que repercute acaso hasta en lo más profundo de su conciencia moral.

\*  
\* \*

Este duelo, sobrevenido tan poco después del brillante espectáculo en que los grandes goces del orgullo acababan de iluminar su personalidad, le hará más penosa todavía la reanudación de una vida regular, la obligación de readaptarse al formulismo invariable y puntual de su oficio de soberano. Lo fatigan los asuntos corrientes y la administración interior de su estado.

Cae entonces en una nueva crisis de pesimismo, de melancolía, de depresión, de triste y taciturna apatía.

El desdichado no tiene siquiera el consuelo de una mujer a su lado; pues, obsesionado por un tardío remordimiento, ha cesado de ver a madame Naryschkina y no está de humor para reemplazarla, como tampoco para acercarse a su esposa, la fina y soñadora Isabel.

La ruptura con María Antonovna se había esbozado algunos meses antes. Alejandro había tomado todas las medidas necesarias para asegurar el porvenir de los dos hijos que había tenido o, mejor dicho, que creía tener de ella. Su joven amiga Roxandra Sturdza había recibido una larga confesión a propósito de este amor adúltero que iba a terminar y que, a pesar de muchas infidelidades recíprocas, había durado diecisiete años: "Soy culpable, pero no tanto como parece. Cuando desdichadas circunstancias turbaron mi felicidad doméstica, me apegué, es verdad, a otra mujer; pero yo creía, tal vez erradamente—lo que no me canso de lamentar hoy día—que, como las conveniencias nos habían unido a mi mujer y a mí sin nuestra participación, éramos libres ante Dios, aunque ligados ante los ojos de los hombres. Mi rango me obligaba a respetar estas conveniencias; pero yo creía poder disponer de mi corazón, y durante años permanecí fiel a madame Naryschkina. Ella se encontraba en la misma situación que yo, y cayó en el mismo error. Nos imaginábamos no tener nada que reprocharnos. Aunque nuevas luces me han hecho ver después claramente mis deberes, nunca habría tenido el valor de rom-

per lazos tan queridos, si ella misma no me hubiera pedido hacerlo. Mi dolor fué inmenso; pero las razones que me daba eran demasiado nobles, la elevaban demasiado ante los ojos del mundo y ante los míos, para que yo pudiera oponerme. Me he sometido, pues, a un sacrificio que me ha despedazado el corazón y que todavía lo hace sangrar a cada momento".

Esta prueba moral, que deprime su voluntad, lo somete más y más a las influencias místicas.

Siempre absorto en el pensamiento de Dios, en la imagen del Calvario, en una reminiscencia del Evangelio o del Apocalipsis, en una súbita y extraña comparación con Job, Nabucodonosor, Judith, Holofernes, David, en un soplo que cree venir de lo alto, abandona prácticamente la dirección de Rusia al terrible Arakcheieff. Una mano de hierro, un despotismo brutal y minucioso ahoga el vasto imperio, en el que se dejan sentir aquí y allá estremecimientos de rebelión. Como acertadamente lo juzga Metternich, Alejandro ha renunciado definitivamente al liberalismo humanitario de su juventud: "La Biblia ha reemplazado para él a los Derechos del Hombre".

Y empiezan los interminables viajes. El 5 de agosto emprende una gira a las regiones menos conocidas, las más desiertas de su imperio, la provincia de Arkhangelsk, a orillas del mar Blanco, luego al extremo Norte de Finlandia, a orillas del golfo de Botnia.

Ante estos grandes y austeros paisajes, casi siempre desiertos, su alma se tranquiliza. A veces, encuentra un convento perdido en medio de las selvas o en la ribera de un lago; conversa largo rato con los monjes, envidia su quietud, su serenidad, su plácido y continuo trato con Dios.

De regreso a San Petersburgo, vuelve a salir inmediatamente, el 12 de septiembre, para ir a inspeccionar las colonias militares de Novgorod, y de allí pasa a Varsovia para atenuar la irritación levantada en toda Polonia por las actitudes arbitrarias del gran duque Constantino.

\*  
\* \* \*

He aquí que, a principios de 1820, el progreso de las ideas liberales y el despertar de las nacionalidades, ponen nuevamente en peligro todo el orden europeo.

La "fiebre jacobina" se ha propagado rápidamente entre la burguesía alemana y en los ambientes universitarios. Los reyes de Prusia, de Baviera, de Hannover y de Wurtemberg, los grandes duques de Hesse-Darmstadt, de Mecklemburgo, de Sajonia-Weimar, de Sajonia-Coburgo y de Baden tienen gran dificultad para contener la efervescencia de sus súbditos, que pretenden nada menos que la institución de un régimen democrático en una Alemania unificada.

Luego, un pronunciamiento, que sorprende a Madrid, obliga al atroz Fernando VII a humillarse ante "los patriotas", renunciando a las prerrogativas del poder absoluto, mientras la insurrección de las colonias españolas redobla su furor. Simultáneamente, estalla la revolución en Portugal.

Un sectario fanatizado, Louvel, creyendo suprimir de un solo golpe la raza entera de los Borbones, asesina en París al duque de Berry, el 13 de febrero.

El contagio español se extiende pronto a Italia, donde los reyes de Piamonte y de Nápoles se sienten impotentes ante las audacias del carbonarismo: un gran movimiento de insurrección nacional se diseña, desde los Alpes hasta Palermo.

En presencia de tales acontecimientos, los firmantes de la Santa Alianza no podían permanecer inactivos. Un nuevo congreso se reúne el 25 de octubre en Troppau, en la Silesia austríaca, con los habituales participantes en estos areópagos diplomáticos.

Metternich, a fin de salvaguardar la dominación de los Habsburgo en el reino lombardo-veneciano, propone inmediatamente someter la cuestión italiana, en toda su amplitud, al examen de la quintuple alianza, y reivindica, en beneficio de Austria, el derecho exclusivo de restablecer el orden, *manu militari*, en la península.

Alejandro no opone ninguna dificultad a que el directorio de las potencias aliadas intervenga con la fuerza en Nápoles y en Turín, para combatir a "la hidra revolucionaria"; desea, sin embargo, que el congreso, mediante una declaración inaugural y pública, proclame su derecho absoluto, permanente y supremo de obrar coercitivamente para mantener o restaurar, en cualquier país, la soberana autoridad de los monarcas. Pero, por una extraña contradicción en la que se reconoce un último vestigio de su pasado liberalismo, le repugna declararse "gendarme de los pueblos", después de haber sido su libertador. Exige, pues, que la Santa Alianza reconozca a los monarcas, nuevamente reinstalados en su soberanía, el derecho de conceder espontáneamente a sus súbditos "una carta razonable de instituciones libres".

Metternich, que no admite ningún sistema fuera de la reacción pura, se indigna ante la idea de que la Santa Alianza parezca sancionar instituciones libres, aun concedidas por la voluntad del soberano.

El debate se complica y se prolonga por el hecho de que el plenipotenciario británico, lord Stuart, embajador en Viena, hablando en nombre de Castlereagh, declara con altivez: "Las potencias aliadas no tienen derecho a inmiscuirse en los asuntos internos de otro país. Semejante intromisión es absolutamente contraria a las leyes fundamentales del Reino-Unido. Inglaterra jamás permitiría que se le pidiera cuenta de su manera de gobernarse".

Los plenipotenciarios franceses, el marqués de Caraman y el conde de La Ferronnays se sienten muy molestos. Si representan un

ministerio *ultra*, y por lo tanto son partidarios del programa austriaco, no podrían olvidar que Luis XVIII, su señor, fué quien inició a Francia en el régimen parlamentario y que se vanagloria de ello; las instrucciones de que son portadores se lo recordarán en caso necesario. Esquivan lo más posible toda conclusión categórica, lo que les vale esta amonestación conminatoria del autócrata: "La salvación de Francia exige imperiosamente que permanezca fiel a los principios de una alianza que dos veces le ha devuelto su vida política y su libertad".

Como Alejandro se obstina, sin embargo, en hacer prevalecer su tesis, el congreso parece lanzado en un nuevo atolladero.

\*  
\* \* \*

Pero, el 9 de noviembre, un campanazo cambia súbitamente el decorado. Por medio de un oficial que llega a toda prisa a San Petersburgo, el zar, estupefacto, es informado de que, en la noche del 28 de octubre, un regimiento de la Guardia, el *Semenowsky*, se ha amotinado. Está tanto más trastornado cuanto que siempre ha demostrado a este regimiento particular predilección; le placía decir: "El *Preobrajensky* es el regimiento del zar, pero el *Semenowsky* es mi regimiento".

El levantamiento, pronto reprimido, había tenido por causa directa y probablemente única, las torpezas y la cruel severidad del coronel, un curlandés, ferviente admirador de los métodos prusianos. El comandante en jefe de la Guardia, el príncipe Wassilchikoff, se declaraba convencido de ello.

Pero, en el alma turbada de Alejandro, este simple motín, esta corta insubordinación de algunos soldados, toma inmediatamente enormes proporciones; ve en él razones políticas y el trabajo misterioso de sociedades secretas. Y como, desde hace algunas semanas, comprueba día a día los progresos incoercibles de la "peste jacobina" en toda Europa, se dice: "¡La revolución se instala en mi casa!"

El levantamiento del *Semenowsky* determina, en la mente del zar, una perturbación rápida y grave; es el efecto bien conocido, el efecto acelerador del "choque emotivo" en las psicosis latentes.

Su confusión se delata primeramente en el espantoso rigor de las penas infligidas a los rebeldes, cuyos jefes, a pesar de sus excelentes servicios y numerosas campañas, son condenados a seis mil azotes, lo que equivale a una muerte en medio de atroces sufrimientos. Para que Alejandro, que tenía fibra humana, que a menudo se había mostrado misericordioso, ordenara esto, es evidentemente necesario que su agitación, su cólera, su angustia, hayan llegado al paroxismo.

En los días siguientes, todas sus ideas políticas toman un nuevo aspecto. El 29 de noviembre, Metternich se siente dichoso de poder escribir: "Hoy he conferenciado tres horas con el emperador Alejan-

dro. Como no teníamos asuntos especiales que tratar, nuestra conversación abarcó un vasto horizonte. Diríase que solamente hoy el emperador hace su entrada en el mundo, que *abre los ojos*. Está actualmente en el mismo punto al que yo había llegado hace treinta años..."

El zar está ahora bajo la dependencia de Metternich y no se librará más de ella; se creará designado nominativamente por la Providencia para combatir a "los enemigos de la religión y de los tronos... las obras satánicas... la pestilencia y la gangrena impías... las pérdidas doctrinas de Voltaire y de Rousseau, de Marat y de Robespierre..." Pronto, su misticismo y reaccionarismo, implicado el uno en el otro, exaltado el uno por el otro, no serán sino la divagación brumosa de un hombre desamparado.

Metternich no tiene la más mínima dificultad para hacerlo aceptar el protocolo final del congreso, que autoriza a las potencias aliadas a hacer uso de la fuerza para volver al deber a los estados rebeldes contra sus legítimos soberanos. El emperador Francisco y su fiel acólito Federico Guillermo, aceptan, naturalmente, este manifiesto que la opinión pública de todos los países interpretará como una declaración de guerra contra el espíritu moderno; pero Luis XVIII y el gabinete británico rehusan suscribir a él.

El 27 de diciembre, el congreso, queriendo acercarse a Italia, se traslada a los confines meridionales del imperio, a Laybach, a Carniole, donde ha invitado al rey de Nápoles, Fernando IV, para acordar con él los medios de restablecer el orden en sus estados.

Las sanciones punitivas serán aplicadas solamente por Austria: 80,000 hombres franquearán el Po y atravesarán la península; pero en caso de necesidad, 90,000 rusos se unirán a ellos.

El 28 de febrero, se disuelve el congreso. Y Metternich se complace en anotar en su Diario: "El emperador Alejandro se ha conducido perfectamente".

Aun antes de haber salido de Laybach, el príncipe—canciller dis-cierne al autócrata un nuevo premio, y más elogioso todavía.

Se acababa de saber—y costaba creerlo—que un ayudante de campo del emperador, el príncipe Ypsilanti, había reclutado en Kichineff un ejército de moldavos, de búlgaros y de griegos, había pasado el Pruth y marchaba sobre Bucarest; que anunciaba la intención de levantar los Balkanes, de expulsar a los turcos, de libertar a Grecia; que se presentaba, finalmente, como poseedor del consentimiento del zar y de la promesa de su apoyo.

La complicidad del gobierno ruso en esta loca aventura no se podía negar. Desde hacía largo tiempo, el corfiota Capo de Istria, que había llegado a ministro de Relaciones Exteriores, trabajaba secretamente en la realización del gran sueño helénico, y de ahí provenía la gran estimación que le demostraba Alejandro. Además, el cuar-

tel general del 2.º ejército residía en Kichineff; por lo tanto, la autoridad militar no podía haber ignorado los preparativos de una expedición organizada por un general mayor, "ayudante de campo de Su Majestad Imperial". Por consiguiente, no se podía reprochar sólo al fogoso Ypsilanti la inoportuna instantaneidad de su gesto.

Metternich, que tenía ya trabajo suficiente en combatir el espíritu revolucionario de toda Europa, no podía concebir, ni por un instante, que Rusia creyera llegada la hora de poner en efervescencia el Oriente. Mediante un juego, mezcla de halagos y de reproches, lleva a Alejandro a desautorizar públicamente a Ypsilanti, excluyéndolo del ejército. El 9 de mayo, anota en su Diario: "Hoy he tenido nuevamente una larga conferencia con el emperador Alejandro. No creo que haya en el mundo un ser humano lo suficientemente inteligente para admitir, como posible, la conversación que hemos tenido. *Si alguna vez alguien, de negro que era, se ha vuelto blanco, es él.* Mi mayor mérito en esto es poder emplear la influencia que actualmente tengo, en impedirle traspasar los límites de lo justo y de lo bueno..."

Escribe, finalmente, en una carta privada: "Rusia ya no nos maneja; somos nosotros quienes manejamos al emperador Alejandro, por varias y muy sencillas razones. Siente la necesidad de ser aconsejado, y ha perdido todos sus consejeros. Capo de Istria es ahora considerado por él como un jefe de carbonarios. Además, desconfía de su ejército, de sus ministros, de su nobleza, de su pueblo. Pues bien, en semejante situación, no se puede dominar".

La ruidosa desautorización a Ypsilanti, va a consternar, como un sacrilegio, como una traición, a todo el Oriente cristiano, en tanto que el orgullo de los turcos llegará a su paroxismo. Europa no quedará menos sorprendida y desconcertada. Por vez primera en la historia, la causa del helenismo es públicamente renegada por la Santa Rusia ortodoxa.

## CAPITULO DECIMOSEPTIMO

De regreso a Zarskoie-Selo, el 5 de julio de 1821, Alejandro es informado de un complot que tiene por objeto el derrocamiento del régimen autoerático.—Trabajo de las sociedades secretas entre los oficiales rusos.—Conflicto moral en Alejandro, cuya actividad se absorbe en los pensamientos religiosos.—El monje Focio, precursor de Rasputín: "La Virgen Purísima".—En el otoño de 1822, las potencias celebran un congreso en Verona para deliberar sobre el restablecimiento de la autoridad monárquica en España y sobre la insurrección de Grecia. — El zar, dominado por Metternich, abjura de la política tradicional de Rusia en Oriente; sus entrevistas con Chateaubriand en el palacio Canossa.—Intima congoja de Alejandro; melancolía y remordimientos; presentimientos fúnebres.—Puesto que no tiene hijos legítimos, ¿a quién dejará su corona? — Estatuto dinástico de los Romanoff.—El gran duque Constantino, que se ha casado con una polaca, renuncia al trono.—Alejandro designa como heredero, a su segundo hermano, el gran duque Nicolás.—Profundo misterio de que rodea esta designación, aun respecto de sus hermanos; el tabernáculo del Uspensky Sobor.—En enero de 1824, Alejandro sufre una grave enfermedad.—En su agotamiento físico y moral, un impulso del corazón lo acerca a la zarina Isabel; retoño de amor y de confianza entre los esposos desde tan largo tiempo extraños entre sí.—Secreto deseo de abdicación y de "morir para el mundo".—Extensión del movimiento revolucionario en toda Rusia.—Preludiando el bolchevismo, los conspiradores piensan destruir de un solo golpe la familia imperial. — Nuevos sufrimientos agobian a Alejandro. — Inquietud causada por la salud de la zarina Isabel.—Súbita muerte de su hija la joven Sofía Naryschkina, la única dicha que le quedaba.—Inundación de San Petersburgo; inmenso desastre: "¡Es a causa de mis pecados!..."—El porvenir cada día más sombrío.—Los médicos aconsejan a la zarina Isabel una larga estada en el Sur.

Abandonando a Laybach, el 13 de mayo, Alejandro toma, con largos rodeos, el camino de sus estados; llega a Zarskoie-Selo, el 5 de junio.

Apenas desciende de su carruaje, el comandante en jefe de la Guardia, príncipe Wassilchikow, lo instruye de un complot que tiene por objeto el derrocamiento del régimen autocrático. Une a su revelación la lista de los principales conjurados.

Después de un prolongado silencio, el zar suelta estas palabras:

—Mi querido Wassilchikow, estáis a mi servicio desde el comienzo de mi reinado. Sabéis, pues, que he compartido, que hasta he alentado estas ilusiones y estos errores. . . No soy yo el llamado a castigar sin conmiseración.

La conclusión podría sorprender; pues en varias ocasiones anteriores, en casos semejantes, el zar no había tenido ningún escrúpulo en castigar, aunque sin llegar a la crueldad que había demostrado en el asunto del *Semenowsky*. Pero regresaba de Laybach con un desaliento abrumador que lo hacía más sensible a los llamados de su conciencia.

Por uno de sus ayudantes de campo, el general Benckendorff, el que pronto debía adquirir tan terrible reputación de gendarme, de inquisidor y de policía, Alejandro es también informado del enorme trabajo que las sociedades secretas hacen en el ejército. Este trabajo, por clandestino que fuere, había sido ya señalado a su gobierno por el embajador de Francia, La Ferronnays: "Toda la juventud, y particularmente los oficiales, se compenetran de las doctrinas liberales. Las teorías más avanzadas son las que más les gustan. . . Nuestros debates parlamentarios los preocupan como si en ellos se discutieran sus propios intereses. Los discursos más violentos son los que encuentran mayor número de admiradores entre esta juventud; concibe, aprueba los excesos, aun los crímenes que el amor a la libertad hace cometer. Y el infame Louvel ha encontrado apologistas hasta entre los oficiales encargados de la custodia del emperador".

Desde largo tiempo atrás, el profético Joseph de Maistre había alculado el formidable poder de anarquía que encierra el alma rusa. En uno de sus mensajes oficiales, que Alejandro había podido ver por intermedio del gabinete negro, hacía de antemano la historia de todo un siglo: "Todo me hace creer que el ruso no es susceptible de un gobierno organizado como los de nosotros. Si la nación llegara a comprender nuestras pérfidas novedades y les tomara gusto, si algún Putsch universitario se pusiera a la cabeza de un partido, y si el pueblo, una vez entusiasmado, comenzara una revolución a la europea, o tengo palabras para decir lo que sería de temer:

"¡Bella, horrida bella!

*Et multo Newam epumanten sanguine cerno!*"

¡Sería de extrañarse, pues, si desde entonces se ve a Alejandro entregar cada vez más el gobierno de Rusia y la protección de su propia persona a la férrea mano de Arakcheieff? Como su maquiavélico compañero de Troppau y de Laybach lo había diagnosticado, su depresión moral, su inquietud, su desconfianza de todos, sus largos mutismos, su inactiva tristeza, los bruscos cambios de humor, la vaguedad y las contradicciones de su voluntad, los ensueños brumosos y trascendentales en que su espíritu se sume constantemente, no le permiten gobernar. En la política exterior, es Metternich quien lo guía, en la interior, Arakcheieff.

\*  
\* \*

Todo lo que le resta de actividad, lo concentra en las cuestiones religiosas: lo apasionan. Allí solamente es capaz de querer y de mandar.

En los meses futuros, su principal ocupación, y que lo cautivará durante largo tiempo, será la de someterse a la estricta observancia de la más rigurosa ortodoxia, después de haber pagado excesivo tributo a las seducciones ilusorias del misticismo individual.

Se ve alentado por un joven monje, Focio, ex limosnero de la Guardia. Es un fanático, un asceta, un visionario, de cuerpo descarnado, ojos agudos, chispeantes, ojos rapaces de gavián, y cuya elocuencia brutal, vehemente, injuriosa, magnetiza a todos sus auditores. "Higumeno" del convento *Derevanitzky* — uno de esos numerosos conventos que embalsaman con su piedad la decadencia y la miseria de Nowgorod la Grande —, había conquistado reputación de exorcista y de taumaturgo.

En los alrededores del monasterio vivía una condesa, Ana Alejieвна Orloff, antigua dama de honor, de treinta y cinco años, muy rica y no menos loca. Focio pronto había echado mano de ella, que no escuchaba ya sino sus palabras y se mortificaba cruelmente por él. Obedeciendo a una aparición celeste, la penitente no había podido rehusarse a su director, quien, sin embargo, la llamaba "la virgen purísima". En el intervalo de sus devociones, ella lo curaba de una enfermedad repugnante que Satanás le había infligido para castigarlo por su tenacidad en combatir al espíritu del mal.

Tan hábil como violento, habíase vendido a la camarilla del "bulldog" Arakcheieff, quien había inspirado al zar la curiosidad por conocerlo.

Así, el 17 de junio de 1822, un carruaje de la condesa de Orloff lo dejó en el vestíbulo del Palacio de Invierno, donde había ordenado conducirle a presencia del emperador.

Mientras atraviesa la interminable serie de salones, hace grandes signos de cruz sobre todos los muros y sobre todas las puertas, a fin

de conjurar los poderes demoníacos, cuyos nauseabundos efluvios olfatea por todas partes.

Intrudido en el gabinete imperial, finge primero no haber visto al autócrata, y se prosterna largo rato ante un icono sagrado que resplandece en el fondo de la pieza. Después de haberse humillado ante el Rey de los Cielos, se inclina con altiva frialdad ante el monarca, cuya omnipotencia terrestre no le emociona. Inmediatamente, Alejandro inclina la cabeza en presencia del servidor de Dios y le pide su bendición. Y su entrevista dura tres horas.

Este monje cínico y sucio, que parece prefigurar al inundo Rasputín, volverá a menudo al Palacio de Invierno. Cada vez se mostrará más insolente, fanfarrón y fogoso.

El tema de sus conciliábulos con el monarca nos es suministrado por sus cartas; he aquí un ejemplo: "En nuestra época un gran número de libros, de personas y de sociedades proclaman una religión nueva, la que se dice haber sido reservada para los tiempos supremos del mundo. Esta nueva religión es predicada bajo múltiples formas; ora es una luz desconocida, ora una disciplina olvidada, ora un reinado milenarismo de Cristo. ¡Pues bien! esta religión es una herejía, una traición a la fe divina, apostólica, tradicional y ortodoxa; es la religión del Anticristo; fomenta la revolución; está sedienta de sangre; se inspira en el espíritu satánico. Sus falsos profetas y sus apóstoles se cubren de misticismo. . . ¡Que el Dios verdadero no tarde en resucitar! Que, por la fuerza de tu brazo y por la virtud del espíritu que está en ti, se dispersen los enemigos de nuestra religión ancestral con todas sus inmundicias, lo más pronto posible, que desaparezcan de la superficie de la tierra! . . ."

Alejandro lo colma de favores, lo hace nombrar archimandrita del convento de San Jorge, uno de los santuarios más venerados del imperio; en una liturgia solemne en la catedral de la fortaleza de San Pedro y San Pablo, le hace entregar, por intermedio del metropolitano de San Petersburgo, una espléndida cruz pectoral guarnecida de diamantes.

Focio llega a ser tan influyente, que Arakcheieff se sirve de él para obtener la desgracia del único hombre que aun se atreve a resistirse. Es el procurador general del Santo Sínodo, simultáneamente ministro de Instrucción Pública; es también el amigo más íntimo del zar, el confidente y asociado de toda su vida religiosa, de todo el trabajo secreto que, desde hace algunos años, le ha procurado tantas veces socorros divinos y luminosos éxtasis; el príncipe Galitzyn.

Sus funciones oficiales y sus íntimas relaciones con el amo, le dan una gran autoridad en el estado, particularmente para la dirección moral de las conciencias y de los espíritus. En 1812, durante la ocupación de Moscú, había fundado la Sociedad Bíblica, inspirada en un modelo inglés, y que tenía por objeto la difusión de las Santas Escrituras en los medios populares. Alejandro se había entusiasmado inmediatamente con esta obra; pero la Iglesia oficial la reprochaba sorda-

mente como afecta al misticismo humanitario, con un resabio democrático. La Iglesia no se equivocaba; pues el príncipe Galitzyn, en su generosa ingenuidad, soñaba nada menos que con llevar a todos los súbditos del zar, y no solamente a los rusos, sino a los circasianos, kalmukos, mongoles, kirghises, aun a los ídólatras y a los judíos, a amarse con una misma fe común, bajo el estandarte del Salvador. La Ferronnays, que no tenía reparo en decirlo, escribía el 1.º de abril de 1820: "Esta Sociedad Bíblica, que no tiende a otra cosa que a universalizar el protestantismo, hará nacer prontamente ideas de libertad en hombres acostumbrados hasta ahora a ver en su emperador el jefe supremo de una religión que sólo les enseña sumisión y respeto. Sin embargo, es este poderoso vehículo, este saludable prestigio el que quieren destruir. . . Cuando estos pueblos medio salvajes no vean ya en su soberano al elegido de Dios, cuando él mismo se haya arrancado el misterioso y sagrado velo con que lo cubre la religión, ¿espera encontrar todavía la misma obediencia? ¿Y podrá calcularse sin espanto para este país y para Europa, la consecuencia de los excesos a que se entregaría necesariamente esta población de cuarenta millones de habitantes, sacudiendo sus cadenas?"

Para destruir a Galitzyn, el archimandrita Focio emplea contra él, delante de Alejandro, el simple y terrible anatema que un siglo después empleará Rasputín para derrocar a los ministros de Nicolás II: "¡Este hombre huele a demonio!"

Desde entonces, Galitzyn está condenado. Pronto se ve relevado de su cargo en el ministerio de Instrucción Pública y en el Santo Sínodo. Sin embargo, como por irrisión, se le confía la dirección de Co-reos.

El poder del "bulldog" no tendrá ya límites. Es él quien decidirá la elección de los más altos funcionarios o sus revocaciones; todas las administraciones públicas estarán ocupadas por sus protegidos.

Absorto en sus pensamientos religiosos, Alejandro sentirá mayor indiferencia por su imperio que Carlos Quinto en su monasterio de San Yuste.

\*  
\* \*

Cuando las circunstancias obligan a Alejandro a mezclarse, a pensar suyo, en la acción política, se observa inmediatamente la turbación de su espíritu, la vaguedad e incoherencia de sus ideas, la inercia de su voluntad, la prontitud impulsiva de sus cambios y de sus abandonos, la confusión de su ser moral, alucinado irresistiblemente por los misterios del mundo sobrenatural y de la vida celestial. "Ninguno de los que lo rodeamos está seguro de encontrarlo al día siguiente en la misma disposición en que lo abandonamos la víspera". Esta frase de Nesselrode basta para explicararnos la prueba humillante que lo espanta en el congreso de Verona.

Por cuarta vez desde sus reuniones en Viena, las cinco potencias que se han atribuido la dirección suprema de Europa, han sentido la necesidad de concertarse. Dos problemas se imponen con urgencia a su solicitud: la crítica situación de Fernando VII, a quien las Cortes de Cádiz retienen como rehén, y la suerte de los desgraciados griegos, que se obstinan desesperadamente en libertarse de la dominación turca.

Después de largos debates, Austria, Prusia y Rusia, obtienen que Francia se encargue de llevar a Fernando VII a Madrid, y restaurarlo en su plena autoridad: pero Inglaterra, que debe contar con su parlamento, se abstendrá de intervenir.

Cuando los plenipotenciarios abordan en seguida el problema oriental, quedan estupefactos ante la despreocupación que la delegación rusa, compuesta por Nesselrode, Lieven y Stackelberg—tres alemanes—, parece demostrar respecto de una cuestión que interesa a Rusia en primer término. Naturalmente, protesta de las odiosas crueldades de la Puerta contra los griegos insurrectos; pero critica su insurrección; les rehusa todo auxilio, toda palabra de simpatía; se somete, finalmente, a la amistosa mediación de Inglaterra y Austria para el restablecimiento de las buenas relaciones entre San Petersburgo y Constantinopla. Sólo Metternich no se extraña de esta capitulación rusa, pues la conoce, pues la ha impuesto desde hace cuatro meses.

A su vuelta de Laybach, el zar, emocionado por los estremecimientos de horror y de abominación que el martirio de los griegos provocaba, como una fiebre, en todo su pueblo, no había podido librarse de algunas ideas belicosas. Había hablado de reconquistar su entera independencia respecto de Austria, y volver al único método que los potentados del Serrallo habían comprendido: la fuerza. Solicitó secretamente la alianza de Francia contra Turquía. El embajador de Luis XVIII había recibido de él extrañas palabras: "Con su millón de soldados, Rusia no puede permanecer como espectador impasible de las espantosas crueldades que sufre una nación cristiana. Turquía no puede coexistir con los demás Estados europeos: la secta de Mahoma debe ser rechazada al Asia..." Y le había propuesto la repartición del imperio otomano: "Francia y Rusia deben unirse, ¡mirad el mapa!... Mientras mi flota se dirija a Constantinopla, sería preciso que una poderosa flota francesa forzara la entrada de los Dardanelos y viniera a darnos la mano en Santa Sofía. Después de lo cual, Francia conservaría Anatolia y Troade..." Al hablar así creía obedecer "a la voz de Dios..." Pero pronto se había asustado de su propia audacia. Y, en su espanto, había pedido consejos... ¿A quién...? ¿A Metternich!... Sorprendido por esta imprevista petición, el austriaco se la había traducido por estas palabras: "Voy a causar una gran desgracia, una locura, ¡deteneme!". Lo había detenido tan bien, que, el 31 de mayo de 1822, escribiendo al emperador Francisco: "Por un correo que llega a San Petersburgo, he sabido los detalles de la victoria más completa que

nunca gabinete alguno ha alcanzado sobre otro. El emperador Alejandro acepta todas nuestras proposiciones. Capo de Istria está completamente derrotado..." Y, algunos días después: "¡El gabinete ruso ha destruido de un solo golpe la gran obra de Pedro el Grande y de todos sus sucesores!..." Desde entonces, con el celo de un neófito, Alejandro sólo había hablado de los griegos para condenarlos. Olvidando que había solicitado la cooperación armada de Francia contra los turcos, dijo ingenuamente a La Ferronnays: "De todas las maquinaciones tramadas por el genio revolucionario, ninguna ha sido preparada con tanto arte, ni conducida con mayor destreza... La humanidad gime con los horrores que se cometen en Grecia por una y otra parte. Pero la sangre que corre en ese desgraciado país cae sobre aquellos que han tenido la imprudencia y la temeridad de provocar esta funesta revolución. Ellos son los únicos responsables. Yo haré cuanto esté de mi parte para obtener, mediante negociaciones, un acercamiento con los turcos..." Para demostrar su brusco cambio de parecer, despidió a Capo de Istria, quien, desesperado, salió inmediatamente de Rusia, a la que nunca querrá volver. El caballero de Gentz, al que Metternich empleaba en todos los asuntos poco limpios, y cuyo sentido moral se había embotado en aquel oficio, no pudo callar ese severo juicio: "No se puede mirar sin una mezcla de vergüenza y de disgusto, el miserable comportamiento del gabinete ruso; realmente no se encuentra nombre para semejante tontería".

Ante el areópago de Verona, Alejandro se había limitado a confirmar su abjuración.

Entre los diplomáticos franceses "acreditados ante la tumba de Romeo y Julieta", se encontraba Chateaubriand, embajador en Londres en esa época. Para obtener esa misión había removido cielo y tierra. Sin embargo, se aburría, porque nadie se ocupaba de él; ninguno de los monarcas presentes, el zar de Rusia, el rey de Cerdeña, el gran duque de Toscana, el duque de Módena, el Rey de Nápoles, parecía suponer su presencia; sólo fijaban su atención en Metternich y Wellington. Pero una hermosa dama rusa, a quien había conocido en París, y cuya afición a la intriga la había llevado a orillas del Adige, la condesa Tolstoi, le había procurado una entrevista con el zar, cuyo enigma lo atraía. La conversación se había mantenido primero en el dominio de las cuestiones religiosas y morales. Alejandro, finalmente, no pudo resistir a justificar su conducta con respecto a Grecia. Como autor de la Santa Alianza, estaba más obligado que nadie a aplicarla en su letra y en su espíritu. "Yo debo mostrarme el primer convencido de los principios sobre los cuales la he fundado. Se ha ofrecido una ocasión: la sublevación de Grecia. Sin duda, nada parecía convenir más a mis intereses, a los de mi pueblo y a la opinión de mi país, que una guerra contra Turquía; pero he creído notar en las agitaciones del Peloponeso, el signo revolucionario. Por eso, me he abstenido... La Providencia no ha pues-

to bajo mis órdenes a ochocientos mil soldados para satisfacer mi ambición, sino para proteger la religión, la moral, la justicia, y para hacer reinar los principios de orden sobre los cuales descansa la sociedad humana...". Mientras desarrollaba este hermoso discurso, Chateaubriand observó que su rostro se ensombrecía de melancolía.

La entrevista había tenido lugar en el palacio de Canossa, cuyo nombre recordaba enojosamente otra capitulación soberana, la humilde penitencia del emperador Enrique IV, prosternado con la frente en tierra, pies desnudos, una cuerda en la cintura, ante el irascible Gregorio VII, en 1077.

\* \* \*

Después de "las fatales jornadas de Verona", Alejandro, de cuarenta y cinco años de edad, no vivirá sino bajo la obsesión de ideas negras.

En esa época, la psiquiatría, la ciencia de las enfermedades mentales, no existía aún; empezará a formarse una veintena de años después, bajo el magisterio de Esquirol, de Faïret, de Friederich. No es, pues, sorprendente que los contemporáneos no hayan discernido, en el caso del zar, una afección sobre la cual hoy habrían dado un diagnóstico inmediato: melancolía ansiosa y depresiva, complicada de obsesión mística y fúnebre.

Primero se acentúan en él todos los signos anteriores de su tristeza y su neurastenia; su cabeza inclinada, su andar lento, sus miradas desconfiadas o melancólicas, su hastío por los asuntos públicos, sus bruscas alternativas de embotamiento y de agitación, sus prolongados retiros en la soledad y en la inacción, sus devociones gotantes, sus posturas delante de los iconos. Según uno de sus médicos, el doctor Tarasoff, "permanecía arrodillado tan largo tiempo durante sus oraciones de la mañana y de la noche, que se le formaron grandes callosidades en las rodillas". Simultáneamente, sus ajetos ya no cesan; por su frecuencia, improvisación, ligereza, itinerarios zigzagantes, recuerdan uno de los síntomas clásicos de la melancolía ansiosa, las súbitas fugas que acusan en los enfermos una irresistible necesidad de moverse, de ir a cualquiera parte, al azar, para escapar a su tormento.

Tenemos el precioso testimonio de Metternich sobre la íntima angustia de Alejandro. En Verona, en una hora de abandono con un viejo amigo el emperador Francisco, le había confiado que "prenta su fin próximo", y que, por lo demás, "estaba cansado de vivir".

Pero, puesto que soportaba impacientemente el peso de la vida, ¿no debería haber experimentado cierta dulzura al presentir que pronto se vería libre de ella? No, porque se levantaba entonces en el espíritu un pensamiento aterrador, que lo había torturado

veintidós años antes; que cada año, el 23 de marzo, se presentaba siniestramente a su mente, y que ahora lo perseguía sin tregua, en todo lugar, con la tenacidad enfermiza de una idea fija. Cuando compareciera a la presencia del soberano juez, ¿cómo se disculparía del papel abominable que había desempeñado en el asesinato de su padre...? ¿No había sido la opresión de este pensamiento la que, hablando recientemente en Verona con Chateaubriand, había llevado a sus labios una extraña palabra, conocida solamente de los místicos, la *sindéresis*, y que significa los monólogos espantosos de una conciencia devastada por el remordimiento?

\* \* \*

Estas ideas lúgubres, lo habían hecho ocuparse de su sucesión en varias ocasiones, pues no tenía hijo varón, y sus dos hijas habían muerto a temprana edad.

Según el "Estatuto Dinástico" de los Romanoff, publicado en 1797 por Pablo I, la corona debía pasar al gran duque Constantino, por derecho de primogenitura. Pero en el manifiesto de su advenimiento, Alejandro, olvidando todo su liberalismo, y queriendo poner en vigor uno de los principios más arbitrarios de Pedro el Grande, se había reservado para él sólo la exorbitante prerrogativa de escoger, a su gusto, a su heredero.

Pues bien, en 1819, Constantino se había enamorado perdidamente de una encantadora joven, delicada flor de belleza polaca, la condesa Grudzinska. Orgullosa y sentimental, melancólica y soñadora, animada de un ardiente patriotismo que le hacía odiar a todos los rusos, había opuesto desdenes y rechazos a las persecuciones de Su Alteza Imperial. Pero, poco a poco, cediendo a las instancias de una familia ambiciosa y necesitada, había logrado hacer prometer al gran duque casarse con ella ante Dios, no bien hubiera hecho anular su legítima unión con la princesa de Sajonia-Coburgo. Ana Feodorovna, de la que estaba separado desde hacía largo tiempo. El asunto era escabroso desde el punto de vista religioso; no se trataba solamente de anular un matrimonio; era preciso autorizar además un segundo. El Santo Sínodo protestaba alegando una antigua ley canónica, según la cual un esposo divorciado no podía contraer segundas nupcias antes de que su ex cónyuge hubiese pronunciado los votos monásticos y hubiera, por lo tanto, "muerto para el mundo". Bruscamente, una orden perentoria del autócrata había cortado de golpe las controversias teológicas. El Santo Sínodo capituló. inmediatamente un ícise del 14 de abril de 1820, pronunció el divorcio. Y, algunos días después, Constantino casó morganáticamente con Juana Grudzinska, titulada "princesa de Lowicz".

Según el estatuto de 1797, los hijos que nacieran de esta unión desigual no podrían aspirar al trono. Pero no por eso el gran duque

visto, estando enfermo, tan paciente y tan bueno; me decía: "Ignoro si es la fuerza del mal o efectos de la edad; pero no siento como otras veces la fuerza para luchar contra el sufrimiento...". Un día, sobre todo, estaba tan débil y agotado, que no podía mirarlo sin enternecimiento. A vos solamente puedo hablar de esto. Otras personas creerían que quiero jactarme, ¿y de qué?, de lo que prescriben las leyes divinas y humanas, de lo que, en todo matrimonio, es la cosa más simple del mundo; pero respecto del emperador, a veces me he visto reducida a creerme su amante, o como si estuviéramos casados secretamente".

Entre los dos esposos tanto tiempo extraños el uno para el otro, renace entonces la intimidad, la confianza y el amor. Según la justa expresión de la zarina, se convierte secretamente en la "querida" de su marido.

Al acercarse a Isabel, al volver a descubrir todas sus virtudes encantadoras y sólidas, al observar, un poco tarde quizá, que podía ser todavía para él una preciosa compañera, ¿no perseguía Alejandro un cálculo secreto?

Cuando volvió a tomar el curso habitual de sus ocupaciones, dijo a uno de sus ayudantes de campo generales, el antiguo comandante en jefe de la guardia, Hilario Wassilchikoff: "No me habría disgustado desembarazarme de esta carga de la corona que me pesa terriblemente...". El príncipe Pedro Wolkonsky, su amigo más íntimo, también había escuchado de sus labios algunas frases que revelaban una secreta intención de abdicar. No era, por lo demás, la primera vez que se permitía ese lenguaje desconcertante. Desde que lo dominaban las preocupaciones místicas, la idea de renunciar al trono y de terminar sus días en una Tebaída, la dulzura "de morir para el mundo", lo tentaban insidiosamente.

\*  
\* \*

En el curso de los meses siguientes, su policía le denunciaba una situación poco a propósito para devolverle el gusto por el poder supremo.

Desde hacía algún tiempo, y a pesar del terrible puño de Arakcheieff, las sociedades secretas se multiplicaban en todo el imperio. Los principales iniciadores de este movimiento pertenecían a la "élite" del mundo ruso, a la juventud aristocrática, y principalmente al cuerpo de oficiales, los de la guardia a la cabeza.

Las sociedades clandestinas siempre habían tenido una gran atracción para los rusos, como lo demuestran las innumerables conspiraciones que, bajo cada reinado, han amenazado el trono cuando no lo han derrocado. Pero esta inclinación se había desarrollado enormemente con las guerras napoleónicas. Durante sus jiras a través de Alemania, y sobre todo durante su permanencia en Francia, los

oficiales habían aprendido a conocer la civilización occidental, que los maravillaba tanto más cuanto que la comparaban con la servidumbre de su propio país, en el que ningún pensamiento libre, ninguna aspiración generosa podía expresarse. Volvían, pues, a su patria con un espíritu nuevo. Y, ¿para encontrar qué? Una servidumbre todavía más sofocante, el despotismo inquisitorial de Arakcheieff. Así, las tendencias revolucionarias se habían desarrollado entre ellos rápidamente.

En 1824, un grupo muy audaz, llamado "La Alianza del Bien Público", se había puesto a la cabeza del movimiento. Los afiliados, en sus conciliábulos, pronunciaban invectivas durante horas enteras contra la decadencia intelectual y social de Rusia, contra la influencia corruptora y depravadora del zarismo, contra la tiranía monstruosa del "viceemperador", contra los abusos, las iniquidades, las prevaricaciones, la podredumbre de todo el régimen. Llegaban más lejos aun. Los unos reclamaban la institución inmediata de una monarquía parlamentaria; los otros se pronunciaban categóricamente por la república; todos concordaban en poner fin al régimen de Alejandro; algunos se ofrecían para asesinarlo; otros, audaces precursores del bolchevismo, querían destruir de un solo golpe a "toda la familia imperial".

Cuando el soberano sabe esta terrible y asombrosa expansión de las sociedades secretas, experimenta una fuerte emoción; pero lo que prevalece en él, no es la irritación ni el miedo: es el remordimiento.

Tres años antes, al recibir el anuncio de una conspiración militar, había dicho al comandante de la guardia: "Mi querido Wassilchikoff, sabéis que he compartido y alentado estas ilusiones y estos errores... No soy yo el llamado a castigar con rigor".

Su conciencia está dominada por esa imposibilidad moral. Rehusándose el derecho de juzgar, se rehusa también el de castigar. En vano sus grandes policías, Arakcheieff y Bechkendorff, lo inducen a tomar las ejemplares medidas reclamadas por la situación y empleadas con largueza por todos sus predecesores, los arrestos en masa, los calabozos de Schlüsselburgo, los presidios siberianos, las minas de Nerchinsk, o mejor aun, las ejecuciones públicas... No, sus grandes faltas de antaño lo condenan ahora a la clemencia.

Este conflicto interno le hará sentir cada día más el peso y el disgusto de la vida. Metternich, fino psicólogo, y que conoce el valor de las palabras, escribirá en sus *Memorias*: "Al verse decepcionado en todos sus planes y en todas sus esperanzas, colocado en la inexorable necesidad de castigar rudamente a una de las categorías de sus propios súbditos, extraviados, y seducidos por los principios que él mismo sostuviera un día, el emperador Alejandro se desmayó y su alma cayó deshecha..."

\*  
\* \*

Hacia fines de año, varios hechos van a precipitar este derrumbe.

Primeramente, una grave enfermedad de la zarina Isabel: fiebre y tos persistentes, trastornos circulatorios, palpitaciones desordenadas del corazón, anemia profunda, desvanecimientos. Los médicos no saben qué pensar de un estado tan complejo, en el que hoy día diagnosticarían los síntomas de la tuberculosis y de una lesión cardíaca. La enferma no se queja: sufre en silencio; parece no temer a la muerte, pues gusta de repetirse una frase de la *Epístola a los Corintios*: "Sabemos que si esta casa de barro que habitamos llega a destruirse, Dios nos dará en el cielo una morada mejor, que no será hecha por la mano del hombre y que durará eternamente. ¡Espéremos esta morada!..." Alejandro se muestra exquisito con ella. "Quiere que asistamos a misa, nosotros dos solos!..."—escribe a su madre. ¡Nunca habían estado tan cerca el uno del otro!... ¡Pero cuán sombrío les parece el porvenir!...

El 5 de julio, en el momento en que el zar monta a caballo para seguir las maniobras de Zarskoie-Selo, se le ve palidecer al recibir un mensaje, y luego deshacerse en llanto. Se cree primero que postergará los ejercicios; pero se yergue inmediatamente y se dirige, con el rostro impassible, al frente de sus tropas. Era eximio en el arte de transformar bruscamente su rostro y volver a tomar la máscara imperial.

Acababan de comunicarle la muerte de la única hija que le quedaba de sus relaciones con madame Naryschkina, una frágil y deliciosa joven de dieciocho años, Sofía Dimitriewna, arrebatada por una tisis galopante.

Una vez terminadas las maniobras, se hace conducir a la villa de su antigua amante. Demuestra tal impaciencia por llegar, apura en tal forma al coche que lo conduce que, en el trayecto—una decena de leguas—, revienta a dos caballos.

Al día siguiente, queriendo dar libre curso a su desconsuelo, se refugia en Gruzino, cerca de Nowgorod, en casa de su fiel perro de guardia, el "viceemperador" Arakcheieff. Allí al menos no se violenta, recobra el sueño, respira más ampliamente, se libera un tanto de sus lúgubres pensamientos... con la condición de no entrar a la iglesia; pues, desde el umbral, ve un gran retrato del emperador Pablo, con una sugestiva inscripción de su valeroso ayudante de campo: "*Respecto a ti, mi corazón está puro y mi alma sin reproche*". ¡Qué terrible acusación para el hijo de la víctima, para el cómplice de los estranguladores!

Tres días después, obligado a partir de Gruzino, no puede resistir por mucho tiempo a la impulsiva necesidad de ir a cualquier parte. Y durante dos meses recorre febrilmente todas las provincias orientales del imperio, Tambow, Samara, Simbirsk, Orenburgo, Ufa, Perm, Ekaterinburgo, Viatka, Vologda. ¡más de mil cien leguas!

Vuelto el 6 de noviembre a San Petersburgo, asiste al día siguiente a un cataclismo espantoso: una inundación del Neva ha sumergido en algunas horas la mitad de la ciudad. Nunca todavía este majestuoso río, que la Semíramis del Norte creía haber contenido en sus tajamares de granito, se había desbordado en forma semejante.

Mientras Alejandro se multiplica para organizar los socorros, oye a un hombre del pueblo exclamar:

—¡Dios nos castiga por nuestros pecados!

Contesta inmediatamente:

—¡No, es a causa de mis propios pecados!

Algunos días después, un duelo imprevisto aumenta aún su melancolía y su abatimiento. Pierde a su ayudante de campo preferido, a su inseparable compañero, el único de sus íntimos que a veces ponía un rayo de alegría en su interior, el general Uvaroff, el mismo que, en la noche del 23 de marzo de 1801, se había mostrado uno de los más encarnizados asesinos del emperador Pablo. En las exequias, infringiendo todas las reglas del ceremonial, Alejandro sigue a pie y cabeza descubierta el coche mortuario. Cuando Arakcheieff ve el espectáculo, no puede retener esta broma macabra:

—¡Vaya! ¡Nuestro querido Feodor Petrovitch tiene al emperador en sus funerales! ¡Qué honor!... Pero, allí donde va, ¿cómo será recibido por el otro

\*  
\* \*

El año 1825 no empieza bajo auspicios más sonrientes.

En Oriente, las fallas y las contradicciones de la política rusa se encaminan al desastre. Turquía, en sus relaciones con San Petersburgo, ostenta ahora una conducta desdenosa o provocativa. El helenismo insurrecto, que no espera del zar ortodoxo el menor apoyo, se coloca entonces bajo la protección de Inglaterra.

En el interior, las cosas no marchan mejor. La tiranía sospechosa y molesta de Arakcheieff, siembra en todas partes fermentos revolucionarios. Según una frase de Puchkin, "¡la Santa Rusia se hace inhabitable!". A fines de mayo, la policía del general Bechken-dorff descubre un vasto complot que se organiza en el ejército de Ucrania, y que tiene por objetivo primero el exterminio de los Romanoff. Alejandro puede medir así los "satánicos estragos" de la propaganda revolucionaria entre sus oficiales. Y el mismo drama tortura su conciencia: "¿Tengo derecho a castigar?... ¿No soy yo el verdadero culpable?..."

Pronto aumentan su pena y su postración; pues las fuerzas de su querida Isabel disminuyen a ojos vistas. Los médicos, que se explican cada vez menos el caso de su augusta enferma, le aconsejan encarecidamente, para el otoño e invierno próximos, una temporada en un clima templado.

## CAPITULO DECIMOCTAVO

Para el veraneo de la zarina Isabel, Alejandro elige el puerto de Taganrog, sobre el mar de Azof.—Extrañeza general provocada por la elección de esta desconocida localidad; ventajas que la costa meridional de Crimea hubiera ofrecido por la dulzura de su clima y el confort de la habitación.—El 15 de septiembre de 1825, por la noche, Alejandro sale con Isabel de San Petersburgo. Detención en el monasterio de San Alejandro Newsky; gran oficio nocturno y secreto, que se supone un oficio de muerto; largo diálogo del zar con un monje anciano y visionario.—El 5 de octubre, ambos esposos se hallan en Taganrog. Instalación modestísima; idilio conyugal.—A fines de octubre, excursión del zar a Crimea; acceso de paludismo; rápida gravedad.—Alejandro regresa el 16 de noviembre a Taganrog y muere el 1.º de diciembre.—Carta de la zarina Isabel; “¡Nuestro ángel está en el cielo!”

En el mes de agosto, llega a oídos de la corte la noticia de que el zar ha resuelto acompañar a la zarina durante su larga ausencia, y que se instalarán en Taganrog, sobre el mar de Azof. El retorno de ternura que ha restablecido tan entrañablemente la intimidad de los esposos, ha llamado demasiado la atención de todos para que se asombren de ver a Alejandro demostrar así su afecto por la enferma.

Pero lo que no se explican, lo que ha parecido increíble, es la elección de Taganrog.

Simple fortaleza construída por Pedro el Grande en la extremidad septentrional del mar de Azof, “el Mar pútrido”, a 450 leguas de San Petersburgo, en un país inculto y pantanoso, expuesto a los terribles vientos del Ural y de Siberia, esta ciudad contaba solamente con 7,800 habitantes, casi todos griegos, circasianos, tártaros. Las personas mejor informadas sobre Tavanrog decían que, en tiempos de Catalina la Grande, la flota rusa del mar Negro había buscado allí un refugio contra las escuadras turcas; se hablaba también de un presidio enclavado en la ciudadela. No se sabía nada más.

Puesto que Isabel no podía soportar el riguroso invierno de San Petersburgo, ¿por qué no iba a Italia como lo hacían tantas ru-

sas?... ¿No quería, tal vez, alejarse de su esposo, nuevamente necesario a su corazón?... Entonces, ¿por qué no invernaba en la costa meridional de Crimea, en las soleadas riberas de Alupka, de Yalta, de Sudak, de Al-Todor, donde ya se levantaban entre hermosos jardines, varias villas suntuosas?... Finalmente, a algunas millas de distancia de ese privilegiado litoral, Sebastopol, puerto de guerra y de comercio, ofrecía para una enferma todos los recursos necesarios. No, realmente, la elección de Taganrog no se explicaba..., y sigue siendo inexplicable.

Una vez adoptada esta decisión, la intendencia de la corte envía a esa miserable localidad un arquitecto y algunos tapiceros para dejar la humilde casa del gobernador en estado de alojar a los huéspedes imperiales.

Alejandro había fijado para el 13 de septiembre la fecha de su partida; viajaría, según su costumbre, con gran ligereza, duplicando las etapas: llegaría así a su destino el 25 de septiembre.

Isabel, demasiado débil para soportar semejante carrera, debía tomar algunos días de descanso, durante un viaje tan largo. Partiría, pues, de San Petersburgo el 15 de septiembre para llegar a Taganrog el 5 de octubre. Los soberanos llevarían una escolta restringida, el *minimum* indispensable, dos ayudantes de campo, dos damas de honor, tres médicos, tres oficiales subalternos y la servidumbre.

Aun antes de que la *troika* del emperador hubiese franqueado las murallas de la capital, un singular episodio sirve de preludio al viaje.

A las cuatro de la mañana, Alejandro ha salido de su palacio de Kamennev-Ostrof: la ciudad está sumida en la obscuridad, en el silencio y la bruma.

Delante del ilustre monasterio de San Alejandro Newsky, cuyas doce iglesias y capillas dominan el Neva, el zar hace detener su carruaje. Prevenidos de su visita, el metropolitano Serafín, los archimandritas y la multitud de monjes lo esperaban en la puerta, con sus grandes hábitos sacerdotales.

El zar desciende, vivamente, de su carroza. Recibe la bendición del metropolitano, besa el crucifijo y se dirige hacia la catedral de la Trinidad, en la que están las reliquias del gran duque Alejandro, que, en el siglo XIII, ganó una importante victoria sobre los caballeros de la Orden Teutónica.

Allí, arrodillado delante del maravilloso tabernáculo, el zar ordena cerrar todas las entradas del convento, y celebrar un *Te Deum*.

La celebración de semejante oficio no tenía nada de anormal: el zar siempre la hacía ejecutar cuando partía para un largo viaje. Pero entonces se oficiaba en pleno día, ante una numerosa asistencia, y con las puertas abiertas. Por lo tanto, cabe preguntarse, como luego se divulgó y varios historiadores lo afirman, si fué realmente un *Te Deum* el que entonó esa noche el clero del monasterio, en la cerrada catedral, o si fué un servicio de muertos, una *Pannykhida*. Esta

romántica versión encuentra un argumento plausible en lo que va a seguir.

Al salir de la iglesia, Alejandro se hace llevar a la celda de un anciano monje, al que la cofradía rodeaba de veneración, al Padre Alejo. Recluido en una estrecha celda, descarnado por extraordinarias penitencias y maceraciones, no vivía sino en el pensamiento de la cercana eternidad.

Un cuadro siniestro se ofrece a los ojos del emperador cuando penetra en la celda. Los muros están tapizados de negro; una sola lámpara encendida delante de los iconos ilumina la pieza, en la que se distingue únicamente una imagen de la Virgen y un gran crucifijo. En el suelo, un ataúd abierto, con una cruz, unos cirios y un sudario, todo preparado.

—Ya lo ves,—dice el asceta al monarca,—éste es mi lecho. Y no solamente el mío, sino también el de todos nosotros; ahí dormiremos todos en espera del juicio final. Tú también dormirás ahí, como los demás.

Luego, arrodillándose, unen sus oraciones.

En seguida, conversan. No se sabe nada preciso de su diálogo. Se reconoce, a lo más, en las palabras del anciano, su vocabulario habitual, de edificantes palabras, vagamente apocalípticas. Pero al salir de la celda, Alejandro está muy emocionado.

—En el curso de mi vida,—declara al metropolitano,—he oído muchos sermones elocuentes; ninguno me ha conmovido tanto como las palabras de este anciano monje... ¡Cuánto siento no haberlo conocido antes!

Camina hasta las puertas del monasterio con la cabeza descubierta, los ojos empapados en lágrimas, volviéndose varias veces hacia la catedral, y multiplicando, entre suspiros, las señales de la cruz.

Ante los muros de San Petersburgo, hace detener la *troika* para contemplar por última vez, durante algunos minutos, el muy santo convento de San Alejandro Newsky.

El 25 de septiembre, llega puntualmente a Taganrog, donde la zarina se le reunirá diez días después.

A lo largo del camino, en cada una de las etapas, se ha cerciorado por sí mismo, hasta en los menores detalles, de que se han preparado para la viajera todas las comodidades posibles. Y ni un solo día ha dejado de enviarle un mensaje afectuoso.

En Taganrog, la zarina queda deliciosamente sorprendida del confort que ha logrado procurarle, trabajando con sus propias manos en la distribución de los muebles, en la colocación de los tapices y cortinas, cuadros, espejos y lámparas.

La casa, de mezquina apariencia—parece un cuartel—, consta solamente de un piso bajo con subterráneo; bordea la calle, tras un cercado que llega hasta las murallas de la fortaleza. En el interior,

ninguna decoración, salvo lo que los tapiceros han traído de San Petersburgo. El alojamiento de Isabel se compone de un dormitorio, de un cuarto de toilette y de un tocador. El emperador se ha reservado para sí dos piezas, una de las cuales, bastante grande, será a la vez gabinete de trabajo y dormitorio, y la otra, guardarropa. El vestíbulo, espacioso, hace el doble oficio de salón y comedor. Por una de las ventanas, que da al patio, se divisa el mar de Azof, "el mar pútrido", el "*Palus meotide*".

Durante un mes, los dos esposos llevan uno al lado del otro una vida sencilla y tranquila, que los acerca a cada instante por la conversación, la lectura o el paseo. Las cartas de Isabel a su madre nos autorizan para creer que, en este otoño de amor, son perfectamente dichosos.

Pero en los primeros días de octubre, Alejandro se siente poseído por su habitual inquietud, por la enervante necesidad de cambiar de lugar, de ir a cualquier parte, como si quisiera escapar de sí mismo. Hace, pues, organizar un largo viaje a las alrededores de Taganrog, y luego a Crimea.

La víspera de su partida, recibe una penosa impresión, pues es muy supersticioso. En la tarde, mientras trabaja en su escritorio, el cielo, cargado de nubes, pónese de pronto tan obscuro que, no distinguiendo nada, llama a su camarero, Anissimoff, para que le traiga bujías. Algunos instantes después, el cielo se aclara un poco. El camarero entra inmediatamente en la pieza, y con voz ansiosa le pregunta:

—¿No me ordena Vuestra Majestad quitar las velas?

—No te he llamado... ¿Por qué me molestas?

—Porque las velas encendidas en pleno día en una pieza son presagio de muerte.

—Tienes razón... Quita esas velas.

Después de una rápida excursión a los alrededores de Taganrog, se traslada a Crimea. La ruta hasta Sebastopol es larga—ciento ochenta leguas—, y cruza una región a menudo desierta, en que los caminos están apenas diseñados. Pasando por Mariupol y Berdiank, llega a la antigua Táuride, donde el recuerdo de Catalina la Grande evoca el de Mitridates.

Se detiene un tiempo en la encantadora costa protegida de los vientos del Norte por los montes Iaila, y embellecida ya por algunas villas príncipescas.

El 8 de noviembre, se impone una fatigosa cabalgata en un país abrupto, para ir a hacer sus devociones en el monasterio de San Jorge. Luego, al día siguiente, termina de agotarse en Sebastopol, inspeccionando las tropas, las fortificaciones, los arsenales, las tiendas, los hospitales, los navíos.

Cuando, el 10 de noviembre, toma nuevamente el camino de Taganrog, obsérvase su extremado cansancio, su semblante amarillento, sus prolongados estremecimientos.

El 16 de noviembre, en la etapa de Mariupol, su médico jefe, el doctor Wyllie, lo juzga en tan mal estado de salud que le suplica descansen algunos días antes de continuar su camino. Pero, impaciente por volver a ver a su esposa, el enfermo parte en seguida: llega la misma noche a Taganrog.

En los días siguientes se le declaran todos los síntomas de la infección palúdica: fiebre persistente, dolores de cabeza, náuseas, vértigos, sed insaciable, transpiración copiosa, depresión moral.

Sus médicos Wyllie y Tarassoff, que han diagnosticado correctamente la malaria, lo cuidan lo mejor posible en un tiempo en que se ignoraba el tratamiento específico de la quinina.

En la noche del 22 de noviembre, el mal se agrava de repente. En un paroxismo de fiebre, sufre Alejandro prolongados desvanecimientos.

La zarina, desesperada, no lo abandona. El 26 de noviembre tiene el valor de decirle:

—Tengo una gracia que pediros. Puesto que rehusáis todos los remedios propuestos por vuestros médicos, espero que aceptaréis el que yo os daré.

—¿Qué remedio?

—El Santísimo Sacramento.

El zar comprende todo y contesta:

—Gracias. Dad órdenes; estoy pronto.

Al día siguiente, al amanecer, recibe al arcipreste de Taganrog, el Padre Fedotoff, quien le administra la comunión.

Mientras tanto, sus fuerzas declinan de hora en hora. No reconoce a ninguna de las personas que lo rodean, salvo a Isabel, una de cuyas manos tiene apretada contra su corazón.

El 1.º de diciembre, a las 10 h. 50 m. exhala el último suspiro.

Después de haberle cerrado los ojos, la zarina se desvanece.

Algunas horas después, escribe a la emperatriz madre, María Fedorovna: "Querida mamá, nuestro ángel está en el cielo!... Y escribe en el mismo estilo a su madre, la margrave de Baden.

El 2 de diciembre, los médicos de la corte, asistidos por los cirujanos de la guarnición, proceden a hacer la autopsia del cadáver. Su conclusión es que el emperador ha sucumbido víctima de una infección biliar, complicada con un síncope al cerebro. Antes de ser puesto en el ataúd, es embalsamado.

Sólo el 10 de enero de 1826, los despojos mortales de Alejandro salen de Taganrog; pues ha sido necesario esperar las órdenes de San Petersburgo, donde el advenimiento de Nicolás I ha desencadenado agitaciones revolucionarias.

El cortejo fúnebre se encamina hacia el norte, pasando por Kharkow, Kursk, Orel, Yula, Moscú y Nowgorod. Llega el 11 de marzo a Zarskoie-Selo. Por fin, el 25 de marzo, el féretro es solemnemente inhumado a orillas del Neva, en la siniestra fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde la prisión de estado parece proteger el último sueño de los Romanoff.

## CAPITULO DECIMONOVENO

El misterio de Taganrog; imposibilidades de creer en la versión oficial de los acontecimientos.— Contradicción flagrante de los testimonios.— El 23 de noviembre, ambos esposos deliberan solos durante seis horas consecutivas. Después de lo cual, carta enigmática de la zarina Isabel a su madre: "Una prueba inesperada".— Cesación o destrucción del Diario de Isabel.— El 27 de noviembre, Alejandro ha recibido la comunión; pero en los días siguientes ningún sacerdote se acercó a él; ninguna asistencia religiosa durante la agonía.— Curiosidades de la autopsia: Falsificación del acta, cuyas comprobaciones anatómicas no pueden aplicarse al cuerpo de Alejandro.— Substitución de un cadáver: posibilidad material y moral.— Diversas hipótesis.— ¿No pensaba Alejandro, desde hacía largo tiempo, retirarse a un convento de Siberia o de Palestina, para expiar el crimen de haber participado en el asesinato de su padre?— Colusión de las personas que lo rodeaban.— Rumores populares: "No es nuestro bien amado zar el que está en el ataúd".— Efervescencia en Moscú.— Razones que hacen creer que el féretro, trasladado solemnemente el 25 de marzo a la necrópolis de los Romanoff, estaba vacío.— Fábulas y leyendas.— El piadoso anacoreta siberiano, Fedor Kusmitch, ¿no era el emperador Alejandro I?— Verosimilitud de otras hipótesis.— Frase final de Puchkin.

Los diversos incidentes transcurridos durante la agonía y la muerte de Alejandro Pavlovich, parecen naturales, tan normales y comprobados por tan numerosos testimonios, que no se ve, en el primer momento, cómo ha podido nacer en la historia de Rusia uno de los enigmas más oscuros y confusos que jamás se hayan presentado a los historiadores: pues se resume en estas palabras: Alejandro no falleció en Tanganrog el 1º de diciembre de 1825; desapareció misteriosamente con la complicidad de sus íntimos para ir a expiar, lejos, en un convento de Palestina o en una ermita de Siberia, el abominable crimen de haber participado antaño en el asesinato de su padre el zar Pablo I. Y no fué su cuerpo, fué un cadáver substituto el solemnemente enterrado el 25 de marzo de 1826 en la fortaleza de San Petersbur-

go; se presume, además, que, por una orden secreta de Nicolás I. la tumba fué pronto desocupada a fin de evitar a la necrópolis de los Romanoff la contaminación de un intruso.

Ciertamente, las fábulas de este género han adornado a menudo los anales del pueblo ruso, cuya imaginación fué siempre tan impresionable, tan novelesca, tan crédula y, sobre todo, tan pronta a las grandes ilusiones colectivas. Todas sus crónicas están sembradas de imposturas contagiosas. Basta recordar con qué espontaneidad echaron raíces en el espíritu de las masas, tantas leyendas extrañas como las que circularon respecto de los falsos Dimitri y Pedro III, de Stenka Razin, de la princesa Tarakanoff, de Pugacheff, de Kondrati Selivanoff, etc.

Pero el enigma de Taganrog sobrepasa el ciclo de las fábulas populares. La supervivencia de Alejandro I se ha acreditado entre las clases más altas de la sociedad rusa, y aún en la familia imperial. Finalmente, considerada como una certidumbre por historiadores serios, habituados a métodos críticos, y que se han informado en las mejores fuentes (1). La precisión y concordancia de sus argumentos nos obligan al menos a reconocer que, en Taganrog, debió de suceder un drama extraordinario.

En algunas palabras, he aquí cómo se formula el problema:

Para reconstruir la vida cotidiana de los soberanos en Taganrog, se dispone de cuatro documentos, los más auténticos y perentorios que se pueda desear: 1º, el diario de la zarina Isabel; 2º, el diario del príncipe Pedro Wolkonsky, ayudante de campo general del emperador, y su amigo más íntimo; 3º, el diario del doctor Wyllie, médico jefe de la Corte y no menos unido al emperador por veintiocho años de amistad; 4º, las memorias del cirujano Tarassoff, médico de la Corte. Durante toda la agonía de Alejandro, estas cuatro personas permanecieron, día y noche, al lado del enfermo, sin perderse jamás de vista entre sí, pues el drama se desarrolló en un pequeño departamento de cinco o seis piezas.

Pues bien, las aseveraciones de estos cuatro testigos directos, se contradicen a cada instante. Según los unos, el estado del monarca no cesa de empeorar; según los otros, el zar está contento y sonriente. "pues se siente mucho mejor". La zarina, el ayudante de campo y los dos médicos están de acuerdo sobre un solo punto, la agitación nerviosa del enfermo, quien rechaza los medicamentos y no cesa de repetir: "¡Dejadme tranquilo con vuestras drogas! ¡Mis nervios están ya suficientemente enfermos!; vais a agravarlos más..."

Se llega así al día 23 de noviembre. Es el día fatídico. Desde entonces, el drama proseguirá ilógico, inverosímil y obscuro.

habiendo descansado bien la noche precedente, el zar se encuentra "en mejor estado que la víspera", lo que pone al doctor Wyllie "muy contento". Alejandro hace entonces llamar a su esposa,

(1) Ver particularmente el estudio penetrante e ingenioso del príncipe Wladimir Bariatinsky: *El misterio de Alejandro I*, París, 1929.

con la cual conversa desde las diez de la mañana hasta la hora de la comida, es decir, hasta las cuatro de la tarde.

Al salir de esta larga conversación, de la que no sabemos nada, Isabel escribe a su madre: "¿dónde está el reposo en esta vida? Cuando uno cree haberlo arreglado todo para mejor, sobreviene una prueba inesperada que nos quita la posibilidad de gozar del bien que nos rodea..."

Inmediatamente después de la revelación de esta prueba inesperada, la zarina dejará de escribir su diario. ¿Por qué esta brusca interrupción? ... ¿No hay que creer más bien que se ha hecho desaparecer la continuación del manuscrito? Pues es notorio que Nicolás I hizo incinerar la mayor parte de los documentos relativos a los últimos años de su hermano.

El 23 de noviembre está señalado por otro incidente, no menos extraño. Según el diario del príncipe Wolkonsky, el zar había ordenado, el 21 de noviembre, que se hiciera saber su enfermedad al gran duque Constantino que, como siempre, residía en Polonia. Pero casi inmediatamente el ayudante de campo rectifica su nota, agregando que la orden de prevenir a Constantino fué dada el 23 de noviembre y no el 21. Desconcertante rectificación; pues justamente el 23 de noviembre, después de su entrevista de seis horas con la emperatriz Isabel, Alejandro escribió a su madre una larga carta, que ha desaparecido. Y se sabe también que Nicolás I destruyó el diario de la emperatriz madre y gran número de sus papeles.

Cuando se trata de explicar las dos cartas misteriosas del 23 de noviembre, un recuerdo se impone al espíritu. La primera vez que Alejandro había comunicado a Constantino su proyecto de abdicar, su hermano había manifestado una viva repugnancia al trono. Alejandro le había contestado: "Cuando llegue el momento de abdicar, te avisaré para que tú puedas dar a conocer tu decisión a mamá".

Se confirma así que, en el secretísimo asunto de la sucesión del trono, la emperatriz María tenía en sus manos todos los hilos. Abdicación de Alejandro, renuncia de Constantino, designación de Nicolás; todo lo conocía, todo lo había inspirado y quizá dirigido esta sabia mujer que tenía en el más alto grado el alma soberana.

En los días 24 y 25 de noviembre, los diagnósticos médicos se contradicen enteramente. Es imposible saber si Alejandro está mejor o si la violencia de la fiebre hace temer una catástrofe.

El 27 de noviembre, al amanecer, el padre Fedotoff, arcipreste de Taganrog, administra al enfermo la comunión.

Cuatro días después, el 1º de diciembre, a las 10.50 de la mañana, Alejandro expira.

Pero durante estos cuatro días, el padre Fedotoff no vuelve a aparecer. ¿Cómo admitir que el piadoso y místico Alejandro, que no puede dudar de que está en peligro de muerte, puesto que ha recibido los últimos sacramentos, no haya pedido volver a ver al sacer-

dote? ¿Cómo es posible que entre las personas que lo rodean nadie haya pensado en suavizarle el paso a la eternidad, haciendo recitar junto a su lecho las oraciones de los moribundos, sobre todo, las dos grandes letanías de imploración que deben ser leídas cerca del instante supremo. "cuando el alma se separa del cuerpo", *Pri razlutenii duchii ot tela*, y que convenían especialmente a los temores de Alejandro? "¡Oh Maestro y Señor Todopoderoso. Padre de nuestro Señor Jesucristo, te rogamos y te suplicamos! ¡Libera el alma de éste tu siervo! ¡Aleja de él tus anatemas! Perdónale todos sus pecados, aun los cometidos en su juventud y que ha disimulado por vergüenza..." ¡Es, finalmente, admisible que el emperador autócrata de toda las Rusias, el Unico del Señor, el eminente jefe y protector de la Santa Iglesia Ortodoxa, no haya recibido la más mínima asistencia religiosa durante su agonía? (1).

El 2 de diciembre, o sea, treinta y dos horas después de acaecida la muerte, se procede a la autopsia. En esta operación se acumulan las inverosimilitudes morales y materiales.

Diez médicos, entre ellos los de la guarnición, participan en el examen del cadáver. El acta oficial, conservada en los archivos del imperio, tiene las diez firmas. Pero el doctor Tarassoff afirma en sus memorias que, si bien él mismo redactó el acta, se abstuvo de firmar. El nombre de Tarassoff figura, sin embargo, al pie del documento: la pieza, por lo tanto, adolece de una falsificación.

Lo que es más grave aun, es que las descripciones anatómicas no se aplican al cuerpo de Alejandro.

Así, según el estado de sus vísceras, la muerte no ha tenido por causa una infección palúdica. El síntoma evidente del paludismo

(1) En esta carencia de toda liturgia ortodoxa, algunos historiadores han visto un argumento plausible en favor de una romántica leyenda que se ha acreditado cincuenta años después. En el mes de agosto de 1825, Alejandro habría enviado a Roma a uno de sus ayudantes de campo, de origen piomontés, el conde Beauretour, con un mensaje confidencial para León XII. Obsesionado por los problemas religiosos, el emperador habría concebido el magnánimo proyecto de reconciliar las dos Iglesias de Oriente y Occidente, divorciadas desde el gran cisma del siglo IX. Así habría tenido la gloria de reunir todas las almas cristianas bajo una sola autoridad doctrinal. "en un solo espíritu de fe, de gracia y de amor", según el precepto de Cristo: *Unus ovile, unus pastor*. El drama de Taganrog habría bruscamente puesto fin a esta piadosa quimera. La vaga y dudosa versión de la misión de Beauretour, más o menos reformada por románticos testimonios, ha hecho nacer poco a poco la idea de que en 1825, Alejandro—el mismo Alejandro que antaño se prosternaba a los pies del Archimandrita Focio—habría querido convertirse al catolicismo latino. Las minuciosas investigaciones del gran duque Nicolás Mijailovich, de las que con frecuencia me ha hablado, no permiten creer que Alejandro haya tenido jamás la menor veleidad de renunciar al cristianismo apostólico de Bizancio, al *Pravoslavny* ruso.

es una voluminosa hipertrofia del bazo. Pues bien, los médicos atestiguan que el bazo presentaba un aspecto normal.

Pero la autopsia del encéfalo es todavía más desconcertante: la adherencia de las meninges a las paredes del cráneo y algunas otras lesiones del cerebro denotan irrecusablemente los estragos de la sífilis, de la que Alejandro estuvo siempre indenne.

La crítica de los hechos y el concurso de las probabilidades nos obligan, pues, a preguntarnos si el zar, al desaparecer hacia un misterioso destino, no habría ordenado previamente representar una comedia fúnebre, que habría tenido por último acto el entierro de un cadáver extraño en el ataúd imperial.

Surgen de inmediato varias objeciones. ¿Es admisible que se haya podido conseguir clandestinamente un cadáver cuya figura y tamaño ofrecieran algún parecido con los de Alejandro...? Esta es, sin embargo, la única versión que parece plausible a los más serios partidarios de la supervivencia. Vagos indicios los autorizan aún para creer que un médico mayor del hospital militar, el doctor Alexandrovich, habría estado casualmente en posesión del cuerpo de un soldado del regimiento *Semenowsky*, fallecido el 30 de noviembre, y que se parecía al zar. El absoluto secreto que en aquella época rodeaba la vida íntima de los monarcas, y más aun, el hecho de que una orden cualquiera de la voluntad soberana exigía la inmediata obediencia, hacen perfectamente posible que el doctor Alexandrovich se haya prestado a la superchería que se le ordenaba. ¿No abundan en la trágica historia de los Romanoff, fraudes y colusiones de este género? Las imposturas y charlatanerías, entre ellas, la aventura de Rasputín en el siglo XX, ¿no son del mismo orden?

La segunda objeción es tan fuerte que parece irrefutable. Para asegurar la desaparición de Alejandro y el simulacro de su muerte, no bastaba procurarse un cadáver más o menos parecido; era necesaria también la complicidad directa y minuciosa de la zarina Isabel, del príncipe Wolkonsky, del doctor Wyllie y del cirujano Tarassoff.

¿Es posible que la tierna Isabel haya prestado su concurso para la desaparición del esposo en quien concentraba ahora todas las fuerzas de su amor, y a quien llamaba como antaño: "Mi adorado mi ángel"?... Esto depende de lo que se dijeron el 23 de noviembre, durante seis horas consecutivas, y de lo cual nada sabemos, sino que la zarina escribió, en seguida, a su madre: "Cuando uno cree haber arreglado todo para mejor, sobreviene una prueba inesperada..." Aquel día, quizá Alejandro le suplicó, en nombre de su amor resucitado, que le diera la fuerza y los medios para salvar su alma, consagrando el fin de su vida a la más austera penitencia. No es irrazonable pensar que Alejandro, cuyo suplicio interno conocemos, le haya hablado de esa suerte. En este caso, estaba vencida de antemano; el fervor de su piedad, el romanticismo de su imaginación, la embriaguez amorosa con que se deleitaba e intoxicaba desde su llegada a Taganrog, finalmente, los trastornos íntimos de su fisiología, la habrían hecho obedecer dócil y ciegamente a todo lo que su

esposo le pidiera. Algunos hechos ulteriores hacen aún más profundo el misterio de su participación en el drama de Taganrog. Después de los funerales, mientras el cortejo se encamine lentamente hacia el norte, seguirá viviendo sola, durante cuatro meses, en la triste morada donde ha paladeado sus últimos goces de esposa, como si quisiera evitar las preguntas importunas. Después, cuando se decida a dejar su retiro, el 10 de mayo, no volverá a San Peterburgo; fijará su residencia en el campo, en un antiguo castillo de Catalina II, cerca de Moscú; pero en la etapa de Bielew, en el camino de Kaluga, morirá súbitamente, el 15 de mayo, de un ataque al corazón.

De los otros tres cómplices indispensables, el que ha debido manejar todo el asunto es, sin duda, el príncipe Wolkonsky. Era el amigo más antiguo y más íntimo de Alejandro. Había en el pasado de estos dos hombres un recuerdo común, que los unía indisolublemente. En 1801, el príncipe se contaba entre los conjurados que, en la noche del 23 de marzo, estrangulaban a Pablo I, mientras en el piso bajo, y a pesar de los aullidos de la víctima, Alejandro fingía dormir. Su celo en la innoble tragedia había sido ampliamente recompensado. El zar lo había colmado de honores y prebendas; lo había nombrado sucesivamente ayudante de campo general, miembro del Consejo del Imperio, etc. . . ¡No; después de semejantes recompensas, Wolkonsky no podía rehusar nada a su amo!

El doctor Wyllie, "consejero privado y médico jefe de la corte", debía también al atentado del 23 de marzo el origen de su fortuna. Los conjurados, casi todos borrachos; se habían encarnizado tan furiosamente en Pablo, a patadas, bofetadas y sablazos, que no se atrevían a mostrar el cadáver. Sin embargo, era preciso exhibirlo para hacer creer a todos que el hijo de Catalina la Grande había muerto de apoplejía. Wyllie fué el encargado de arreglar el rostro, coser las llagas, ocultar con un poco de pintura las magulladuras. Se había desempeñado maravillosamente. Desde entonces, siempre había seguido a Alejandro, quien le demostraba una confianza absoluta. Lo mismo que con Wolkonsky, el recuerdo del 23 de marzo de 1801 flotaba siempre en las relaciones del autócrata con su médico.

En cuanto al cirujano Tarassoff, el papel innegable que desempeñó en el engaño de la autopsia, nos afirma la importancia de su complicidad. Aparece como el principal organizador del tenebroso escenario, de todas las simulaciones y astucias a que fué necesario recurrir para llevar el cadáver al lecho imperial.

Una última objeción se formula aún, y no es la de menor importancia.

Según los ritos ortodoxos, los despojos mortales del zar permanecieron varios días expuestos, con el rostro descubierto, en la Iglesia de Taganrog, donde se celebraba diariamente una gran liturgia fúnebre. ¿Cómo es posible que entre tantas personas que se arrodillaron delante del catafalco, ninguna descubriera la superchería?

Pues el muerto, cualquiera que sea, es inconocible. Todos los que lo contemplan profieren la misma exclamación: "¡Cómo! ¡Es él! . . . ¡Qué cambiado está! . . . ¡Es difícil reconocerlo! . . ."

Tenemos sobre esto el testimonio positivo de dos médicos franceses, uno de los cuales residía en Taganrog y el otro llegaba de Teherán. Ambos, alumnos diplomados del gran clínico Broussais, habían ofrecido sus servicios durante la enfermedad del zar; se les había esquivado. Pero en varias ocasiones anteriores, Alejandro los había encontrado en la ciudad y se había detenido para conversar con ellos: lo conocían, pues, perfectamente. Cuando lo vieron en el ataúd no podían explicarse la profunda alteración de su fisonomía. Además, se manifestaron sumamente extrañados de la rápida descomposición del cadáver con una temperatura tan baja. ¿La fecha de la muerte era, pues, anterior a la desaparición de Alejandro? . . . Mientras más adelante se lleva la investigación, más evidentes aparecen los embustes oficiales.

Como siempre sucede en los países en que la opinión pública no tiene medios de enunciarse libremente, ella se forma, se expresa y se propaga mediante rumores populares.

En Taganrog, desde el primer momento un extraño rumor circula en el pueblo: "¡Nuestro bien amado zar no ha muerto! . . . Han colocado a otro en su lugar en el ataúd. . ."

Este rumor se extenderá de boca en boca por toda Rusia. Se oirá el comentario durante todo el itinerario del cortejo fúnebre que, saliendo de Taganrog el 10 de enero de 1826, pasará por Kharhow, Kursk, Orel y Tula, para llegar a Moscú el 15 de febrero.

Una inmensa muchedumbre, religiosamente emocionada, espera en el Kremlin, cuando el ataúd es colocado en el *Arkhanghelsky Sobor*, donde han sido enterrados los restos de los gloriosos zares de antaño: Simeón el Soberbio, Dimitri Donskoi, Iván IV el Terrible y los primeros Romanoff, predecesores de Pedro el Grande. Esta multitud estremecida exige que se le muestre el cuerpo del zar en quien personifica las victorias salvadoras de 1812; quiere cerciorarse con sus propios ojos de que el cadáver es el de su querido Alejandro Pavlovich. Ante la inexplicable negativa de las autoridades, hácese tan tumultuosa, que el príncipe Galytzin, gobernador general, se ve obligado a emplear la tropa, y aun la artillería, para hacer evacuar el Kremlin.

Dos días después, el cortejo reanuda su marcha hacia San Peterburgo. El 10 de marzo llega a la aldea de Babino, a veinte leguas de Tsarskoie-Selo; es la penúltima etapa.

Inopinadamente llega la zarina madre, María Feodorovna: está sola; ni el nuevo zar ni ningún miembro de la familia imperial la acompaña.

Abrese el ataúd por orden suya. Protegido por el frío y por los aromas, "el cuerpo se conserva perfectamente intacto". Después de haberlo contemplado, María Feodorovna se marcha. ¿Por qué, a pesar de su edad y del rigor extremo de la temperatura, se ha impuesto la fatiga de tan largo trayecto? Se ignora. Sin embargo, se ha establecido que, pocos días antes, había recibido de la princesa Wolkonsky,

llegada a Taganrog inmediatamente después del drama, una confidencia muy grave obtenida de su esposo. No sabiendo cómo excusarse de haberse atrevido a abordar semejante tema, la princesa concluía el mensaje en estos términos: "Ruego a Vuestra Majestad encontrar en estas líneas mi admiración por vuestra virtud, mi fe en vuestra fuerza de alma, y también la certidumbre de que nunca revelaréis a nadie el contenido de mi carta" (1).

El 13 de marzo, a medianoche, se celebra un oficio mortuario en la iglesia del palacio de Tsarskoie-Selo, sin que se haya podido explicar, al menos oficialmente, por qué Nicolás I quiso que esta liturgia fuese rodeada de misterio. Toda la familia imperial desfila ante el ataúd abierto. Cuando llega el turno de María Feodorovna, besa la frente helada del muerto. Luego, como si quisiera contestar al inquieto pensamiento que adivina en la mayor parte de los asistentes, pronuncia con su voz clara y dura:

—¡Sí, es mi hijo, mi querido hijo; es mi querido Alejandro!

El 25 de marzo, bajo ráfagas de nieve, el ataúd es solemnemente trasladado a la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde es colocado en un sarcófago con el nombre de Alejandro Pavlovich.

\*  
\* \*

Bajo el reinado de Nicolás I, el drama de Taganrog se envuelve en el silencio y en el olvido. Nadie se atreve a hablar de ello; nadie se atreve a hacer la menor alusión.

Desde su advenimiento al trono, el nuevo zar ha debido ahogar en sangre una terrible sedición militar, la sedición que Alejandro veía prepararse desde hacía tres o cuatro años y que exacerbó su repugnancia por el poder supremo.

De este trágico prólogo, donde poco faltó para que la monarquía de los Romanoff sucumbiera por entero, Nicolás salió más imbuído que nunca en la idea de que el autocratismo, en sus más severas formas, era el único sistema capaz de gobernar a Rusia. Por su inteligencia viva y despejada, por su labor infatigable y metódica, por su voluntad firme que nada podía hacer doblegar, por su rectitud y su nobleza morales, en fin, por la acertada mezcla de simplicidad personal y de soberana majestad, pronto adquirió, ante los ojos de su pueblo y de toda Europa, un gran prestigio.

Pero una formidable red policíaca regentaba, oprimía y aplastaba todas las manifestaciones de la vida rusa. Había prohibición absoluta de hacer ninguna crítica, aun indirecta, de los actos gubernamentales;

(1) Quizá es preciso ver una conexión entre esta misteriosa confidencia y el íntimo favor de que el príncipe Wolkonsky—por lo demás hombre muy galante—no cesará de gozar ante Nicolás I, quien pronto lo nombrará mariscal, ministro de la Corte y de los Dominios, canceller de todas las Ordenes.

mentales; prohibición no menos absoluta de alabarlos. Según las reglas de la censura, "ni la crítica ni la alabanza son compatibles con la dignidad del gobierno o del orden público; se debe obedecer y guardar las reflexiones para uno mismo..." El espionaje y la delación florecían maravillosamente. En todo el sistema, y hasta los confines del imperio, se sentía un impulso acelerador, meticuloso y continuado; el despotismo asiático se reforzaba con el militarismo prusiano. Con su genio de gran inquisidor, el general de Benckendorff eclipsaba la gloria siniestra del "bulldog" Arakcheieff. Nunca todavía los presidios siberianos habían reclutado tantos de sus miembros en los salones de San Petersburgo y de Moscú. Muy lejos, más allá de Irkutsk, en la fría Transbaikalia, donde el mercurio permanece congelado semanas enteras, el presidio de Chitas podía enorgullecerse de contar entre sus detenidos a algunos representantes de las más antiguas familias rusas.

¿Qué tiene de extraño, pues, que bajo un régimen semejante el nombre de Taganrog fuese peligroso de pronunciar, ya que hasta se vacilaba en nombrar a Siberia, y los tribunales, por eufemismo, condenaban a la deportación, "a sitios muy lejanos"?

\*  
\* \*

Pero he aquí que treinta y nueve años después de la desaparición de Alejandro, el misterio de su muerte intriga y apasiona nuevamente los espíritus.

El 1º de febrero de 1864, un viejo anacoreta siberiano, un Staretz, moría en olor de santidad en las cercanías de Tomsk, se llamaba Feodor Kusmich. Todo lo que se sabía de él era que, durante largos años, había vagado por el Ural visitando iglesias, conventos y todos los santuarios que atraen peregrinaciones. Luego, había recorrido las estepas, las selvas y las *taigas* inmensas que separan el Obi del Ienessei. En 1858, se había radicado a algunas leguas de Tomsk, donde un negociante de la ciudad, un explorador de oro, lo había recogido en una isba.

Alto de cuerpo y ancho de espaldas, de manera sencilla pero de extraordinaria prestancia, imponía a todos una supersticiosa veneración. No hablaba mucho, ya porque hubiese hecho voto de mutismo, ya porque fuese algo sordo... Pero extrañas palabras que se le habían escapado en varias ocasiones, permitían suponer que había frecuentado antaño los ambientes de la corte imperial.

Evocaba recuerdos de 1812, la campaña de Francia y la entrada en París; entonces, sus ojos se iluminaban súbitamente. La meticulosa limpieza que mantenía en su persona y en su pobre celda, hacían pensar que, en los tiempos de su vida mundana, había conocido los refinados goces del lujo. Se le atribuían varios milagros, justificados por su piedad ardiente, sus maravillosas adivinaciones y los suaves perfumes que en ciertos días salían de su isba. Se contaba también que un antiguo soldado que se dirigía al presidio de Nertschynsk,

con una tropa de condenados, se había estremecido al verlo, y luego, enderezándose como un autómatas, en la posición del saludo militar había exclamado: "¡Es nuestro bien amado zar! ¡Es nuestro emperador Alejandro Pavlovich!..."

Así, poco a poco, una leyenda se había cristalizado en torno del anacoreta siberiano: Alejandro I no había muerto en Taganrog, había abdicado todas las grandezas terrestres para ocuparse solamente de la salvación de su alma; ahora se ocultaba bajo la máscara de Feodor Kusmich.

Esta leyenda ha motivado en Rusia una literatura tan numerosa como apasionada. Muchos historiadores, entre los más serios, los más ejercitados en los métodos críticos, la tienen por cierta. Entre ellos, el que más ha profundizado la cuestión, el príncipe Wladimir Bariatinsky, escribía hace algún tiempo: "Alejandro I murió en 1864, bajo los rasgos de Feodor Kusmich; es mi firme convicción".

El principal historiador de Alejandro I, el gran duque Nicolás Mijailovich, que se había hecho conceder por su imperial sobrino, Nicolás II, la autorización de registrar los archivos secretos de los Romanoff, había parecido admitir la identidad de Feodor Kusmich y de Alejandro Pavlovich, pero bruscamente se retractó, por motivos más especiosos que probatorios y que tal vez ocultaban una orden venida de arriba (1).

¡Sería, pues, cierto que Alejandro, después de haber desanarado clandestinamente de Taganrog, habría ido a concluir sus días en Siberia, bajo los rasgos de un ermitaño?

Los partidarios de esta opinión invocan, para defenderla, una serie de hechos, anécdotas, coincidencias, presunciones, que la hacen más o menos verosímil; pero que dejan demasiado sitio para lo controversia y la incertidumbre.

El actual estado de la investigación hace más bien pensar que el caso de Feodor Kusmich no tuvo nada de común con el drama de Taganrog. La existencia anormal de este viejo vagabundo podría también haber sido vivida por uno de esos numerosos ermitaños evadidos del orden social, profetas iluminados, apóstoles mesiánicos, monómanos del arrepentimiento y de la contricción, sacerdotes suspendidos, monjes refractarios, forzados evadidos para quienes la estepa siberiana fué siempre una tierra de elección.

\*  
\* \*

Puesto que razonablemente nos debemos limitar a las hipótesis, hay otra que, proyectada sobre otro plano, nos parece mucho más seductora.

(1) Cuando era embajador en Rusia, las cordiales relaciones que mantuve con el gran duque Nicolás Mijailovich, nos llevaron muchas veces a hablar de Feodor Kusmich; cada vez tuve la impresión de que sus palabras, de costumbre tan cortantes y audaces, no eran libres.

No fué en Siberia, fué en un convento de Palestina donde Alejandro vivió sus últimos días. El yate de un lord inglés lo habría ido a buscar a Taganrog; lo que explicaría por qué, para la invernada de una enferma, se escogiera un puerto tan abierto a los vientos, tan desprovisto de recursos, y al que los navegantes se acercaban en tan raras ocasiones. Este lord, titular de un marquesado, no es desconocido, y su posteridad se ha distinguido más de una vez en las altas situaciones de la política.

Además, está casi comprobado que el sarcófago de Alejandro I es sólo un cenotafio. En el mes de marzo de 1826, el ataúd, trasladado de Tsarskoie-Selo, permaneció ocho días en el hospital militar de Tcheshmé, antes de las exequias oficiales. Durante esos ocho días el emperador Nicolás, habiendo reconocido que el cadáver no era el de su hermano, y no admitiendo ninguna restricción de su autoridad para salvar el prestigio de su dinastía, habría ordenado que un ataúd vacío fuese solemnemente enterrado en la necrópolis de los Romanoff.

Pero, cuarenta años después, en 1865, Alejandro II se habría impresionado por los extraños rumores que circulaban en la sociedad rusa desde la muerte del anacoreta siberiano, Kusmich. Según todas las probabilidades, no conocía el misterio de Taganrog; tenía sólo seis años en esa época, y no es posible creer que su padre, tan misterioso, le hubiese confesado la macabra superchería. Habría ordenado entonces abrir la tumba. La operación, ejecutada de noche, en presencia del Conde Adlerber, ministro de la corte imperial, habría tenido por resultado el descubrimiento del ataúd vacío, que se habría eliminado antes de cerrar el sepulcro. Todos los operadores, algunos soldados y marmolistas, debidamente sermonizados por un sacerdote, habrían jurado guardar el secreto, sobre el Evangelio y el Crucifijo; quizá la amenaza de Siberia, el miedo al infierno siberiano, los preservaba mejor aun del perjurio.

Obedeciendo a la misma curiosidad que su padre, Alejandro III habría ordenado abrir el sarcófago. Este trabajo, presidido por el senador Anatolio Feodorovich Koni, habría demostrado que el suntuoso cofre de mármol estaba vacío. Se sabe de buena fuente que Nicolás II no dudaba de ello.

Así, aun más allá de su vida terrestre, en la que se acumularon tantos contrastes, paradojas y extravagancias, Alejandro I sigue siendo enigmático. El gran poeta Puchkin ha resumido en una frase la historia de esta alma impenetrable: "Una esfinge no adivinada ni aun en su tumba".

FIN

# Colección HOMBRES E IDEAS

1	El Hombre y la Técnica, por Oswald Spengler. . . . .	\$ 3.50
2	La Rebelión de las Masas, por J. Ortega y Gasset. . . . .	4.00
3	Tres Ensayos sobre la Vida Sexual, por Dr. G. Marañón . . . . .	4.00
4	La Mujer Nueva y la Moral Sexual, por A. Kolontay. . . . .	3.00
5	Fouché, por Stefan Zweig. . . . .	6.00
6	Gogol, por Giovanni Papini. . . . .	6.00
8	Tres Maestros, por Stefan Zweig. . . . .	5.00
9	Socialismo, Inteligencia, Civilidad, por Dr. G. Marañón . . . . .	3.00
10	La Sociología y las Reglas del Método Sociológico, por Emile Durkheim. . . . .	8.00
11	El Hombre Mediocre, por José Ingenieros . . . . .	7.00
12	Amor, Conveniencia, Eugenesia, por Dr. G. Marañón . . . . .	4.00
14	El Tema de nuestro tiempo, por José Ortega y Gasset . . . . .	3.60
16	Nietzsche, por Stefan Zweig. . . . .	3.50
17	Amiel, por Dr. G. Marañón . . . . .	5.00
18	Disraeli, por André Maurois. . . . .	6.00
19	La Evolución de la Sexualidad y los Estados Intermedios, por el Dr. G. Marañón. . . . .	7.50
21	Ensayo Biológico sobre Enrique IV de Castilla y su Tiempo, por Dr. G. Marañón. . . . .	3.60
22	Gordón y Flacos, por Dr. G. Marañón. . . . .	3.60
23	La Agonía del Cristianismo, por M. de Unamuno . . . . .	3.60
24	La Superstición del Divorcio, por G. K. Chesterton. . . . .	2.50
25	Cinco Ensayos sobre Don Juan, por Marañón, Maetzki, Ingenieros, Pérez de Ayala, Azorín. . . . .	6.00
26	El Poder Social. Cosas de Europa y otros Ensayos, por José Ortega y Gasset. . . . .	6.00
27	Meditaciones, por Dr. G. Marañón. . . . .	6.00
28	Beethoven, por Emil Ludwig. . . . .	4.00
31	El Alma de la Mujer, por Gina Lombroso. . . . .	6.00
32	Talleres Americanos, por André Maurois. . . . .	2.00
33	La Tragedia Sexual de Leonardo de Vinci, por el Prof. S. Freud . . . . .	3.60
34	Eduardo VII y su Tiempo, por A. Maurois . . . . .	7.00
35	Oscar Wilde, por André Gide. . . . .	4.00
36	La Educación y el Orden Social, por Bertrand Russell. . . . .	5.00
38	La Psicología de las Multitudes, por Gustavo Le Bon. . . . .	4.00
39	Las Cuatro Mujeres de Felipe II, por M. Dhanyis. . . . .	6.00
40	Ensayos de Psicoanálisis Aplicado, por S. Freud . . . . .	6.00
41	Alejandra Feodorowna, por Maurice Paléologue. . . . .	5.00
42	Romain Rolland, por Stefan Zweig. . . . .	7.00
43	Lujo y Capitalismo, por Werner Sombart, edición corriente, \$ 4.00; Edición fina. . . . .	\$ 6.00
44	La Escandalosa Vida de los Borgia, por G. Apollinaire . . . . .	5.00

(Pasa a la tapa siguiente)

# COLECCION "HOMBRES E IDEAS"

(Continuación)

45	Julio, 1914, por Emil Ludwig. . . . .	5.00
46	El Saber y la Cultura, por Max Scheler . . . . .	3.00
47	Lutero, por Funck Brentano. . . . .	8.00
49	Cultura Femenina y Filosofía de la Coquetería, por Jorge Simmel . . . . .	3.00
50	El Problema de la Situación Religiosa. — La personalidad de Dios, por Jorge Simmel. — Mirabeau o El Político.—Kant por J. Ortega y Gasset (un volumen). . . . .	3.60
51	La Orgullosa Vida de Trotsky, por Pierre Fervaque. . . . .	5.00
52	Cómo veo el Mundo, por Alberto Einstein. . . . .	6.00
53	Hindenburg, por Emil Ludwig. . . . .	10.00
54	La Psicoanálisis y la Teoría de la Libido, por S. Freud . . . . .	4.00
55	La Tragedia de una Vida, por Stefan Zweig . . . . .	5.00
56	Juana de Arco, por Funck Brentano. . . . .	4.00
57	Introducción al Narcisismo, por el Prof. Freud. . . . .	4.00
58	La Vida de Enrique IV, por Pierre De Lanux. . . . .	5.00
59	La Emperatriz María Luisa, por León Des Rivieres. . . . .	4.00
60	Jorge Sand y sus Amantes, por Jean Davray. . . . .	6.00
61	Los Dictadores, por Jacques Bainville. . . . .	5.00
62	La Sociología del Saber, por Max Scheler . . . . .	7.00
63	Fundamentos de Filosofía, por Bertrand Russell. . . . .	9.00
65	El Yo y lo Inconsciente, por C. G. Jung. . . . .	6.00
66	Atila. El Azote de Dios, por Marcel Brion . . . . .	6.00
67	Louis Pasteur, por Keim y Lumet . . . . .	4.00
68	El Sentido de la Vida, por el Dr. Alfred Adler. . . . .	7.00
69	Teoría del Psicoanálisis, por C. G. Jung. . . . .	6.00
70	La Vida Sexual Contemporánea, de Iwan Bloch. La obra completa en 2 tomos. . . . .	25.00
71	Introducción a la Psicología de la Vida Sexual, por Erwin Wexberg. . . . .	6.00
72	Del Sentimiento Trágico de la Vida, por M. de Unamuno . . . . .	8.00
73	Conocimiento del Hombre, por Alfred Adler. . . . .	7.—
74	La Vida y la Muerte de los Instintos en el Hombre. La evolución sexual, por Dr. A. Hesnard. . . . .	6.00
75	Los Sentimientos de Inferioridad, por F. Oliver Brachfeld. . . . .	8.00
76	Capitalismo y Socialismo en la Economía Moderna, por Roberto Aldunate . . . . .	8.00
77	Psicología del Gesto, por Gregorio Marañón. . . . .	3.60

Distribuidores exclusivos  
para Chile

LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1165 — Casilla 4130

*Impreso  
en los talleres  
de la Editorial "Cultura"  
Santiago de Chile  
1937*

Universidad de Valparaíso  
Chile



00417141